

Jaime Bayly

Yo soy una señora



«Yo, desde chica, he sido muy de derecha. Nunca he sido comunista, tan bruta no soy. He sido marihuanera, pero no comunista, he sido marihuanera de derecha».

Una mujer adicta al sexo, un esposo tarado que escoge los regalos más inadecuados para su mujer, una azafata que sueña con jubilarse, una locutora radial de madrugada, una derechista pistolera, una pintora que no consigue vender sus cuadros. Este universo de personajes, esta fauna de seres delirantes, es la que habita en Yo soy una señora.

En estos cuentos atravesados por el humor y la ironía, el autor ha logrado un registro oral que transita entre la confesión de parte, el relato testimonial y el chisme. Usted, lector, tendrá la impresión de estar sentado en alguna sala de espera junto a un extraño que, sin ninguna vergüenza, compartirá los detalles más privados de su vida, esos de los que normalmente nadie quiere hablar, pero que, a decir verdad, todos disfrutamos escuchar.

Jaime Bayly

Yo soy una señora



Título original: *Yo soy una señora*
Jaime Bayly, 2019

Revisión: 1.0
14/10/2019

A mi madre

El esposo tarado

En vísperas del Día de la Madre, no tenía regalos para Silvia, mi esposa, madre de nuestra hija Zoe, así que, como me encontraba corto de plata, los ahorros menguando, el futuro en la televisión incierto, llamé a mi madre Dorita y le pedí permiso para usar su tarjeta de crédito y cargar a su cuenta los regalos para Silvia.

—Tengo las tarjetas bloqueadas por tus hermanos, que me vuelven loca, pidiéndome anticipos de herencia —me dijo Dorita—. Pero se me ocurre una cosa: anda a la parroquia cerca de tu casa, pregunta por el padre Julio, dile que eres mi hijo mayor, mi engreído, el que va a ser presidente del Perú, y pídele que te deje sacar regalos de la ropa que le donan las señoras de tu barrio.

Esa misma tarde le dije a mi esposa que tenía que pasar por el banco para ver cómo iban mis inversiones en bonos corporativos, pero, por supuesto, era mentira, porque, sin que ella siquiera lo sospechase, me detuve en la parroquia, pregunté por el padre Julio, quien no tardó en salir y saludarme con cariño, y le dije que necesitaba sacar tres regalos para el Día de la Madre.

—Pasa, hijo, pasa, ya tu mamá me llamó avisándome que vendrías —dijo él, amable como siempre.

Me llevó a la cancha de baloncesto del colegio católico adyacente a la parroquia y señaló una pequeña montaña de ropa usada, chucherías y baratijas.

—Elige lo que quieras —dijo, y se retiró pronto porque tenía que prepararse para officiar misa.

Como estaba solo y nadie me apremiaba, me tomé un tiempo para revolver y escudriñar entre tanta ropa amontonada de segunda mano, alguna ya bastante maltrecha, otra en óptimo estado, ropa para mujeres, hombres, niños, ropa de marca, de colecciones lujosas, que los ricachones de la isla usaban un año o dos y luego daban de baja para que el padre le diera un uso caritativo. Me ayudó saberme de memoria las tallas de Silvia y por eso no tardé en elegir unos zapatos italianos muy lindos, impecables, sin huellas visibles ni estragos del tiempo, y una chalina ancha, de seda, preciosa, y unos pantalones negros, de cuero, ajustados, de escritora maldita, perfectos para mi esposa. Los tres regalos eran muy de su estilo y a tono con sus aires, y por eso no dudé de que serían un éxito el domingo, Día de la Madre.

Llegando a la casa, subí sigilosamente a mi cuarto, envolví con papel regalo los tres obsequios para Silvia y los escondí debajo de la cama. Me quedé tan tranquilo: mi esposa recibiría unos regalos estupendos y yo no había tenido que sacar siquiera la billetera ni pasar las tarjetas de crédito, que, de tanto usarlas últimamente, ya estaban recalentadas y casi echaban humo, pidiendo una tregua.

El Día de la Madre desperté tarde, saqué los regalos, saludé a Silvia con un gran abrazo y, acompañados de Zoe, todavía en pijama, nos sentamos en la sala a abrir los presentes.

—Este es de parte de Zoe —le dije, entregándole los zapatos.

Silvia los abrió, se los probó, dijo que le encantaban y le quedaban perfectos, y nos dio un beso y pareció contenta, aunque, a decir verdad, tampoco eufórica o jubilosa, solo medianamente contenta.

Luego le entregué mi regalo:

—Con todo mi amor, bebida linda.

Lo abrió, eran los pantalones de cuero negro. Los elogió, los olió, los miró una y otra vez, fue al baño de visitas y se los probó y salió con ellos puestos y dijo que le quedaban geniales y le encantaban y los usaría mucho. Pero algo en ella delataba que no estaba realmente feliz y su alegría era un tanto fingida.

—Este regalito te lo envió mi madre por correo rápido —dije, caradura, y le entregué el último de los tres.

Silvia rompió el papel, se encontró con la chalina de seda, se la probó, dijo que era lindísima, me dio un beso aparentemente sentido y dijo:

—Muy lindos los regalos. Muy originales. Todo mi tipo.

Enseguida añadió, sin que yo advirtiera la ironía:

—Los hubiera podido comprar yo misma.

Sentí que era un halago a mi mirada juiciosa y a mi memoria para acertar sus tallas, pero, un par de horas después, echados en las tumbonas frente a la piscina, noté que estaba seria, ensimismada, algo distante, y por eso le pregunté:

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Nada, nada —dijo, pero era evidente que algo nublabla su felicidad y la sumía en una tristeza insólita para el día festivo.

Se hizo un silencio extraño, esperé a que me diera una pista para entender su contrariedad.

—¿Tú compraste mis regalos? —preguntó.

Nuestra hija se bañaba en la piscina, ajena a la pequeña crisis conyugal.

—Sí, claro, y con gran ilusión —dije.

—¿Dónde los compraste? —preguntó Silvia.

Mentí con aplomo:

—Los pedí en Amazon.

Silvia se puso de pie, caminó a la cocina, demoró en volver y, cuando regresó, tenía una cerveza en la mano y no parecía contenta.

—No me gusta que me mientas —dijo.

—No te he mentado, mi amor —dije.

Me miró a los ojos y dijo, decepcionada:

—Dos de los tres regalos eran míos, los doné hace poco a la parroquia.

Quedé helado, sin saber qué decir. Era ya tarde para seguir mintiendo. Silvia continuó:

—Me has regalado dos cosas que eran mías: los zapatos y los pantalones. ¡No puedes ser más tarado!

La concha de la lora, qué mala suerte, pensé.

—Y lo que más me molesta no es que seas tan tacaño, sino que seas tan imbécil de no darte

cuenta de que esas cosas las compramos juntos en Barcelona —dijo ella.

El daño estaba hecho y parecía irreparable. No quedaba sino pedir disculpas:

—Te ruego que me perdones, amor. Tú sabes que estoy mal de plata.

Luego le eché la culpa a mi madre:

—Quería comprarte cosas lindas, pero la tarjeta de mi madre estaba bloqueada y ella me sugirió ir a la parroquia.

—¿Y tenías que elegir precisamente dos cosas que yo había donado? —se irritó Silvia—. ¡Hay que ser huevón, bien huevón! ¡Te has ganado el premio al esposo más huevón del año!

Se puso de pie y se dirigió ofuscada a su estudio. De pronto, el Día de la Madre se había ido al carajo. No sabía qué hacer para reparar los daños causados. Nervioso, fui a mi cuarto, me encerré en el baño y, con mi celular, me hice fotos de cuerpo entero, sin ropa. Elegí la que más me gustaba y me apuré en mandársela a Silvia, quien continuaba en su estudio, con la puerta cerrada. Escribí:

—Soy tuyo, todo tuyo. Mis manos, mi pecho, mi corazón, todo es tuyo. Mi poronga fina es tuya, será tuya siempre, está a tu servicio las veinticuatro horas del día. Soy tu súbdito, tu esclavo, cómeme cuando quieras.

Luego añadí:

—Es el mejor regalo que puedo hacerte por el Día de la Madre. Este pechito de gaviota, estas manos de pianista, esta pinta de viejo verde, esta poronga combativa, peleona, siempre alerta, todo es tuyo, mi bebida rica.

Y le envié el correo con la foto adjunta, seguro de que Silvia se sentiría halagada y, con suerte, se reiría y pasaría la crisis de los regalos usados. Más tarde, ella salió de su estudio, abrió la refrigeradora, sacó una cerveza más y no me dijo nada sobre la foto que le había enviado.

—¿Te llegó mi regalito por correo? —pregunté, coqueto.

—No, no me ha llegado nada —dijo ella, tras revisar su teléfono.

—Qué raro, ya llegará —dije.

Poco después me llegó un correo de Silvia, mi suegra, la madre de Silvia, mi esposa. Me decía:

—Querido Jimmy: He recibido una foto tuya calato, me he reído mucho, debe tratarse de un error, de todos modos, te agradezco la confianza de compartir tus intimidades conmigo.

La concha de la lora, no puedo ser más idiota, le mandé la foto a mi suegra, no a mi esposa, pensé, abochornado: eso me pasa por mandar *mails* apuradamente, atropellándome, sin estar seguro de que el destinatario sea el correcto.

De pronto, vino Silvia riéndose y dijo:

—Dice mi mamá que le has mandado una foto de tu pipí diciéndole que se lo puede comer cuando quiera.

Se reía con gran desparpajo, al menos el aire sombrío se le había despejado.

Habla, gorda

Todos dicen que estoy gorda. Yo me veo gorda, sí, no lo voy a negar, pero no gordísima, tampoco tanto. Me parece que la gordura me sienta bien. Yo no he nacido para ser una flaca demacrada. Alguien tiene que comerse los helados de lúcuma y pistacho, alguien tiene que comerse el salmón y el queso brie, alguien tiene que abrir la caja de bombones de chocolate a las cuatro de la mañana, no seré yo quien diga paso, me abstengo, me sacrifico, hago dieta. A mí no me vengan con dietas ni ridiculeces. Yo no soy modelo ni amiga de modelos ni me interesa la moda. Yo soy una señora y las señoras no seguimos la moda, las señoras dictamos la moda. A mí no me vengan con huachaferías de aspirantes a famosas que creen que una es su cuerpo y su ropa. Yo no soy mi cuerpo ni mi ropa, ¡qué falta de respeto! Yo soy una señora gorda que usa ropa vieja que era de mis tías y mis abuelas y se preserva en óptimo estado. Detesto ir de compras, detesto probarme ropa, nada me gusta más que ser una vieja tacaña y usar unos pantalones que se caen de gastados y mandar a ensancharlos cada tanto adónde Violeta, la costurera. Ya no recuerdo mi talla, Violeta tiene mis medidas y las actualiza cada seis meses y no me regaña ni nada. Todas las noches veo mis tetas caídas y mi panza llena de quesos y helados y sonrío encantada y pienso que este es el cuerpo que merezco, que me he ganado, y soy feliz siendo así, gordita, rolliza, apetitosa. Pero nadie me tiene apetito, ¡menos mal! Porque ya estoy retirada de esos afanes y esos trajines que al final del día solo te dejan amarguras, hija. Ya estoy muy tía para andar persiguiendo a un machito encebollado que me monte alicorado. Ya tuve mi cuota de aventuras y no me provoca aguantar a ningún sinvergüenza pistolero, y soy feliz viviendo sola, durmiendo sola y, sobre todo, tragando sola. ¡Qué feliz soy a las tres, cuatro de la mañana, cuando me baja el Dormonid y me entra un ataque de hambre depredador! A esas horas camino desnuda por la casa y nadie me vigila ni me controla y puedo tragar como la gorda feliz que soy. ¡Qué momentos tan felices paso conmigo misma en la cocina, de madrugada, comiendo sin medida, atacando el salmón, el brie, los helados de lúcuma, los bombones de chocolate! Cada noche es una hambruna distinta y me sorprende con antojos raros, inéditos. Anoche, por ejemplo, le entré al queso fresco y no paré. Hay noches en que me empujo tres Sublimes que me trajo mi hermana de Lima, y hay que ver qué rico bajan y cómo me llenan de nostalgia por el país del que soy oriunda y renegada. Hay noches en que arranco con Doña Pepas y las remojo con Coca Colas y luego termino con unos chocolates vieneses que me trajo mi hermano Andy, que trabaja en JP Morgan, con la cara de Wolfgang Amadeus, que me recuerdan que pude ser una genia precoz pero no tuve tiempo porque me dediqué al amor, ¡si seré idiota! Cómo me arrepiento de todo el tiempo que estuve infelizmente casada con el idiota de mi marido Sandro, que en paz descansa, sacrificándose como una boba

por mis dos hijas que ahora son profesionales y no me llaman por teléfono ni siquiera por mi cumpleaños y creen que basta con mandarme un *mail* y ya cumplieron. ¡Cómo me arrepiento de haberme casado con Sandro y haber postergado mis ambiciones de ser una escritora famosa para ser esposa y ama de casa! ¡Qué gran liberación fue cuando enviudé de Sandro y mis hijas se graduaron de la universidad y dejaron de sangrarme como vampiros! Yo quiero mucho a mis hijas y espero que sean felices, pero son unas egoístas de campeonato y me tienen abandonada y solo viven para ellas y no están dispuestas a tomarse un avión para venir a visitar a su viejita abandonada. Abandonada me tienen, ¡es la verdad! Pero, abandonada y todo, soy feliz. Me quiero así como soy: gorda, vaga, borracha, pastillera, chismosa. Esa soy yo y no quiero cambiar y así moriré, y a mucha honra. Alejen de mí los brócolis y los espárragos, vengan a mí los quesos y los vinos y las mermeladas de higo y los chocolates. Yo no soy mi cuerpo ni mi ropa: yo soy mi apetito. Yo siempre tengo hambre y sed, siempre me puedo empujar un bocadito más, para qué te voy a mentir. Pero no me gusta la vida social, ya estoy harta de eso, lo que me gusta es tragar sola y eructar y tirarme pedos y reírme de lo chancha que soy. La verdad, todos me parecen inmundos, asquerosos, el mundo es asqueroso, al final todos te traicionan. Por eso me protejo de los ascos del mundo en mi cama, en mi cocina, en mi baño, dándome unos baños de asiento eternos en agua caliente con burbujas, porque así es como quiero morir: en la tina, drogada, inconsciente, calata, obesa como una foca. De ninguna manera pienso morir famélica y entubada en un hospital carísimo rodeada de curas y enfermeras: ¡sobre mi cadáver! Yo quiero morir en esta casa, con la refrigeradora bien llena de quesos y salmones y helados de lúcuma. Mi especialidad son los helados, ¡hay que ver la cantidad de helados que me empujo a las cinco de la mañana! ¡De coco, de guayaba, de maracuyá, de pistacho, de lo que sea! ¡No hay helado que no me guste, son mi perdición! Y en mi caso, la culpa no la tiene mi apetito salvaje, desenfrenado, sino el Dormonid. Porque a mí el Dormonid ya no me hace efecto, no me da sueño, he tomado tantos que soy inmune a esa pepita fina: lo que me hace el Dormonid es darme un hambre depredadora, asesina. Apenas me baja el Dormonid y me refina el humor y me pone risueña y remolona, ¡no puedo sino pensar en helados! Después no me vengan con que la felicidad no existe. ¡Claro que existe! ¡Pero tienes que entender que no la vas a encontrar en los hombres! ¡Está en ti! ¡Búscala en ti! No pienses tanto, no te enredes ni filosofes, ¡busca la felicidad en tu apetito! ¡Abre la refrigeradora y traga! ¡Traga sin culpa, traga, engorda, si igual ya estamos tías y nadie quiere toquetearnos, ni siquiera alicorado! Yo no sé si tengo amor propio, lo que sí tengo es hambre propia y soy esclava de mi hambre y me empujo todo lo que se me antoja y más también, y ya perdí la cuenta de los laxantes y supositorios que me procuro para evacuar porque ¡qué sería de mí sin mis pastillas! Yo de chica era flaca, flaquísima, tengo fotos en blanco y negro, puedo probarlo, ¿quién hubiera dicho que esa flaquita esmirriada y seriecita, tan buena ama de casa, militante de la Democracia Cristiana, terminaría siendo la gorda vaga y pastillera que soy? Ha sido un largo camino y estoy tan orgullosa de mí. No me importa lo que digan mis amigas, que en el fondo se mueren de la envidia porque tengo más plata que ellas (yo siempre tuve plata, es cosa de familia), yo me veo en el espejo y me veo regia, señorial, gorda, pero elegante, con una gordura de estadista alemana, gorda como le podrías decir gorda a Angela Merkel, ¡pero a nadie se le ocurriría decirle gorda a Angela Merkel! Yo, al igual que ella o Hillary Clinton, me considero una estadista, una mujer de Estado. Mi Estado es la refrigeradora de mi casa. Vigilo atentamente la bonanza de mi nevera. Nunca falta nada. Tengo un personal muy atento que hace las compras y mantiene la refrigeradora llena de

helados y quesos y salmón. Frutas no tantas, solo plátanos y uvas, ¡piñas no me traigan, que me recuerdan al pesado de mi marido Sandro, que en paz descansa! Verduras no me busquen, no hay, aborrezco las verduras, no soy una vaca para estar pastando, yo soy una señora que come grasa, ¡eso es lo que me salva de la depresión! Nunca he sido más triste que cuando estaba casada y hacía dieta para que el imbécil de Sandro se fijase en mí, ¡tantos sacrificios y privaciones para que después el tarado me sacara la vuelta! Yo empecé a tragar cuando descubrí que me era infiel, ese fue mi castigo, pensé: ahora te jodiste, ahora me vuelvo chancha, y desde entonces no he parado y el infarto lo tuvo él, ¡justos pagan por pecadores, el muy idiota se murió corriendo la maratón de Nueva York! A mí no me saques a correr ni a trotar, yo no soy yegua ni potranca, yo soy una señora de distancias cortas, por ejemplo, la que separa a mi cuarto de la cocina, ¡qué ruta tan feliz la que me lleva de madrugada a la refrigeradora, cuando soy la gorda en bolas que se pasea sin temor alguno a la muerte! Ya estoy muy vieja y trajinada para tenerle miedo a la muerte, qué ocurrencia. Yo no le tengo miedo a Dios ni a la Virgen ni a nadie. Yo soy atea, mi única religión es mi apetito. Cuando muera y me reciban en el cielo, solo espero no encontrarme con el espeso de mi marido. Y lo primero que pienso preguntarle a Dios es: ¿Qué hay para comer, hijito, que vengo muerta de hambre? ¿Tendrás un heladito de lúcuma para compartir?

El diente roto

Desperté a las dos de la tarde, me di una ducha rápida, tomé dos cafés con leche de almendras y me vestí apropiadamente para la fiesta de mi hija Zoe, que cumplía años.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté a las nanas María e Hilda, que vestían a Zoe de princesa.

—No hay suficientes dulces —me regañó María—. Vaya a comprar más.

Fui a la dulcería y compré cien bolitas de chocolate, nueces y coco. Regresé a toda prisa, no fueran a llegar los invitados, veinte niños del colegio de Zoe con sus mamás y algunos con sus nanas, acomodamos los dulces en las mesas y me dispuse a disfrutar de la fiesta.

Como había cinco tipos de sanguchitos (triples, pollo con almendra, pollo con palta, butifarras, mixtos), y podían acabarse rápido, y no había tomado desayuno salvo los dos cafés al paso, decidí asegurarme, probando un sanguchito de cada tipo. Estaban deliciosos, así que repetí. Al morder la segunda butifarra, sentí una cosa dura, rocosa, intragable. Protesté:

—Estas butifarras traen piedritas —le dije a Silvia, mi esposa.

—Quizá son manís —dijo ella.

Escupí y no eran piedras ni manís, se me había salido un diente. Lo encontré confundido entre los jamones, las cebollas, la lechuga y el pan untado de mayonesa. Era un diente completo, el canino o colmillo superior izquierdo. No me dolió, no sangré, pero quedó un hueco en la dentadura.

—A ver, sonrío —me dijo Silvia.

Sonreí y soltó una carcajada. Fui al baño, me miré en el espejo y entendí por qué se reía. Parecía un panelista desdentado de ciertos programas de televisión: señorita, señorita, yo la conocí en una pollada, entonces tenía dientes, ahora me van quedando pocos, el seguro no me cubre la dentadura postiza.

—Me voy al dentista —anuncié, resueltamente.

—No tienes cita, no te va a atender —me advirtió Silvia.

—Soy Jimmy Barclays, vivo hace veinte años en esta isla, algún dentista encontraré —dije, dándome aires.

—No puedes irte ahorita, tienes que estar para recibir a los invitados —dijo Silvia.

—Voy y vengo, no me demoro más de media hora —prometí.

—Sí, claro —dijo mi esposa, contrariada—. Mira que, si no estás cuando cantemos *happy birthday* y rompamos la piñata, vas a quedar pésimo, Zoe te va a extrañar.

—Tranquila, voy y vengo, lo hago en un toque.

Fui al consultorio de mi dentista oficial. Estaba cerrado, era un viernes a media tarde. Lo llamé, no contestó, no quise dejar mensaje. Enseguida fui al consultorio del dentista peruano. Solía atenderme, pero lo dejé porque era muy caro. No estaba, se había ido al tenis. Estaba su enfermera, una señora muy atenta. Le expliqué el problema:

—Se me ha caído un diente. Acá lo tengo en el bolsillo. Necesito que me lo pegue de nuevo. Es el santo de mi hija. No puedo salir en las fotos con el diente roto. Sería un bajón. Van a creer que soy el abuelito, no el papá.

—Pero el doctor no está —dijo ella.

—Yo sé, hágalo usted, colóquelo como sea y le pagaré bien.

No le di opción a negarse. Pasé, me eché en la camilla, le alcancé el diente roto y me dijo que haría todo lo posible para ponerlo en el lugar correcto. No demoró más de media hora. Limpió, aplicó un cemento pegajoso, refinó el contorno del diente siniestrado y, con la debida delicadeza, lo metió en la hendidura de la cual se había desprendido.

—Procure no comer nada muy duro —me pidió—. Con esto aguantará hasta el lunes. Ya el lunes lo atiende el doctor, esta solución es temporal.

Pagué, salí corriendo, volví con premura a la casa. Al llegar, noté que dos señoritas estaban cambiándose dentro de un carro. No quise fisgonear, pero algo miré.

—¿Vienen a la fiesta? —pregunté.

—Sí, somos las princesas Elsa y Ana, de *Frozen* —me dijeron, con acento venezolano.

—Están muy lindas —les dije, y entré corriendo a mostrarle a Silvia mi proeza: Mira, mi amor, me quedó perfecto el diente roto, ya puedo sonreír en las fotos, no quería aparecer en las fotos con la sonrisa mezquina, sin abrir la boca, porque ya me has explicado que, en estos tiempos, el que sonríe sin abrir la boca parece estreñido o deprimido o preocupado, lo que se lleva ahora es abrir la boca como si fueras a comerte un banano o una poronga doblada.

Poco después, me encontraba tomando champán rosado, una copa tras otra, y comiendo sanguchitos, uno tras otro, y hablando de política con las señoras, casi todas venezolanas, y con las nanas, también casi todas venezolanas. Estaba tan absorto en la cháchara política bien irrigada de champán que me olvidé por completo del diente roto. Silvia me dijo que había que pagarles a Elsa y Ana. Cobraron en efectivo, sin factura ni recibo: las princesas no tenían permiso para trabajar, eran princesas ilegales, muy a tono con los tiempos. Pero cantaban bien, y en inglés, y bailaban bonito, y eran muy profesionales animando la fiesta, aunque algunas señoras las veían con recelo y decían, esquinadas:

—En la película, Elsa y Ana no son tan putas.

Estaban muy bien las princesas, tanto que mi esposa y yo consideramos contratarlas para otro tipo de evento.

Luego, como manda la tradición, la animadora anunció que romperíamos la piñata. Los venezolanos, clara mayoría, cantaron una canción muy divertida, arengando a los niños a romperla («dale, dale, dale a la piñata, tumbala pa'l suelo, queremos caramelos»). Niñas y niños se pusieron en fila y se turnaron en golpear la piñata. Nadie la rompió. Por lo visto, era resistente y la golpeaban con una varita mágica de plástico que no parecía suficientemente dura ni afilada para agujerear la figura ventruda, cargada de dulces, de la princesa colgante. Entré a la casa, subí a mi cuarto y bajé con un bate de béisbol.

—Con esto será más fácil —anuncié.

Las niñas tenían dificultades en atinarle a la princesa de papel, los niños pegaban con más violencia, pero la piñata se movía, oscilaba, y muchos de los golpes eran fallidos, daban en el aire, porque los niños tenían los ojos vendados. Por eso mi esposa me dijo:

—Tú agarra la piñata para que no se mueva tanto. Si no, vamos a estar una hora y nadie la va a romper.

Tratando de ser útil, o no completamente inútil, sostuve la piñata con las dos manos y la mantuve quieta, mientras le pegaban. Hasta que llegó un niño mexicano, más alto y avisado que los demás, y le aventó un tremendo golpe a la piñata, pero no le dio al papelote, me dio un batazo en plena cara de merluzo. Todo el mundo se rio, especialmente los niños y las nanas y mi esposa. Y el niño no se preocupó por mí, pues dio otro golpe, esta vez acertó y rompió el colgajo, dejando caer una lluvia de golosinas en medio de los niños que se apretujaban por recogerlas. Me toqué la cara, no estaba sangrando, pero algo estaba mal en mi boca, en la dentadura, algo se había zafado, descoyuntado, roto. Pasé la lengua reconociendo los daños y noté que había un par de orificios nuevos.

—Mamá, mamá, ¡un diente, un diente! —gritó una niña argentina, mostrando, entre chupetines y chocolates, uno de mis dientes rotos, confundidos entre las golosinas.

—¡Yo encontré otro diente! —gritó, eufórica, una niña venezolana.

—¡Es que la piñata viene con dientes! —trató de salvar el bochorno mi esposa—. Por cada diente que encuentren, ¡reciben un premio!

Se me habían caído dos dientes; ambos por suerte fueron rescatados por los niños y me fueron devueltos. Uno era el que me habían pegado con cemento provisional; el otro, el primer premolar contiguo al canino. Menudo hueco me había quedado en la dentadura.

Después cantamos cumpleaños feliz. Yo procuraba no sonreír para ocultar la sonrisa desdentada. Tenía a mi hija en brazos y la concurrencia, muy animada, nos pidió que soplásemos la torta, y mi hija sopló, pero no apagó las velas, y yo soplé luego y, como tenía un tremendo agujero en la dentadura, salió un soplido que más pareció silbido. Silvia tuvo que soplar con todos sus dientes para apagar la vela.

Una de las señoras, al despedirse, me preguntó:

—Ustedes, los peruanos, ¿siempre ponen dientes en la piñata?

Hágale

Te soy sincera, no me hace ninguna gracia cumplir cuarenta y nueve años. Es casi medio siglo, es mucho tiempo, no sé cómo he llegado a esta edad tan avanzada. Estoy tía, acabada, hecha ruinas. Y no me puedo retirar. Tengo que seguir trabajando. Si no trabajo, no como. Si no trabajo, no comen mis dos hijas que ya son mayores de edad y profesionales, pero se han quedado viviendo en mi casa porque no les alcanza para comprarse su casa propia. Por mis hijas Camelia y Paulina, que siempre tienen hambre, y por mí misma, que tanto he luchado desde chica por ser independiente, tengo que seguir trabajando, no me queda otra. No me gusta mi trabajo, lo odio, pero no sé hacer otra cosa. Soy azafata, vivo subida en un avión. Soy azafata de LAN, por supuesto. Menos mal que me queda LAN, porque antes volé en Faucett y en Aeroperú, y antes que ser azafata de Peruvian Airlines prefiero el retiro o ser cajera de banco o concejal de la alcaldía. No me quejo de los chilenos, me mantienen activa, me hacen sentir útil, me pongo mi uniforme y salgo de mi casa a las cinco de la mañana y pienso que soy un ejemplo para mis dos hijas profesionales que duermen hasta mediodía. Son profesionales, sí, pero profesionales de la música, han estudiado Música, son artistas, tienen una banda propia, están componiendo un disco, algún día serán famosas, pero por ahora no tienen trabajo fijo ni sueldo estable y dependen económicamente de mí, y esto lo digo con mucho orgullo y también con un poquito de cansancio. Yo creo en ellas, creo que son muy talentosas, aunque, cuando las comparo con músicos realmente talentosos como Calamaro, pienso que mis hijas son medio apáticas y no van a triunfar nunca. No importa, yo creo en ellas, aunque nadie más crea en ellas. Y mientras sigan sin trabajo, tengo que seguir volando. No paro. Cada día estoy volando a un lugar distinto: Santiago, Buenos Aires, Punta Cana, Bogotá, ahora Medellín, inevitablemente Miami, que de todos mis destinos es el que más odio, porque los gringos me miran para abajo y me revisan todo como si fuera mula o camello. Yo soy una señora, llevo treinta años volando, soy una profesional de la aviación, merezco un respeto. Nunca he traficado. Nunca me he ido a la cama con un capitán ni con un colega aeromozo. Tampoco me he resistido mucho porque los capitanes son medio pavos y los aeromozos son todos más señoras que yo. En mis treinta años de azafata no he conocido a un aeromozo macho, ni uno, debe haber alguno, pero yo no lo conozco, dicen que hay uno en KLM, da igual, no me interesa, ya estoy demasiado tía para hablar de sexo. Desde que enviudé hace trece años (mi marido Sandro falleció haciéndose una liposucción en una clínica informal), no me interesa el sexo. Para nada, punto, cero. Mi vida sexual ha sido espantosa, y que me perdone mi marido Sandro, que en paz descance: nunca tuve un orgasmo con él, aunque sí dos hijas. No me supo satisfacer. Se montaba sobre mí como si yo fuera una vaca del campo y me tiraba y terminaba

rapidito y se quedaba roncando. Mis dos hijas profesionales desempleadas fueron embarazos no deseados, totalmente no deseados por mi parte: primero, no deseaba tener relaciones con mi marido, segundo, no deseaba quedar embarazada, y tercero, no deseaba subirme a un avión con las náuseas secas y el malestar del embarazo. Y no digo que a mis dos hijas no deseadas profesionales desempleadas no las ame: las amo, las adoro, las mantengo a mucha honra, creo que algún día serán famosas y no me molesta que duerman hasta la una de la tarde y se pasen el resto del día fumando la marihuana noble que cultivan en mi jardín. Les respeto su estilo de vida, ellas dicen que no son competitivas, que no están en la carrera de las ratas o los cuyes. Suerte la de ellas, que pueden ser artistas mantenidas por su mami. Yo estoy jodida, yo sí tengo que competir, compito contra las azafatas más jóvenes de LAN que me quieren quitar el puesto y, sobre todo, compito conmigo misma, porque mis estándares profesionales son muy altos y no puedo fallar a la leyenda que ya soy en los aviones de LAN. Sí, soy una leyenda de la aviación aerocomercial. Nunca he fallado a un vuelo en treinta años. Nunca he tenido una crisis de nervios en un avión. Nunca le he vomitado a un pasajero. Nunca me ha chorreado la mano un mañoso. Nunca se la he mamado al capitán. Soy una profesional, al menos cuando estoy trabajando. Y cuando no estoy trabajando, también, porque estoy pensando en mis próximos vuelos y en que tengo que estar bien descansada e hidratada para atender correctamente y con una sonrisa a todos los pasajeros, incluso a esos patanes que no saben pedir las cosas por favor y cuando bajan del avión ni siquiera me miran ni dicen gracias. Yo les sonrío a todos y los odio por igual porque son muchos años sirviendo manís y oliendo gases nefastos, asesinos, ¡ya no quedan caballeros que vayan al baño a deshacerse discretamente de una flatulencia y a las azafatas nos gasean sin asco! Qué depresión, mañana cumpla años y no puedo parar, tengo que trabajar, tengo que volar. ¿Adónde? No sé, ni siquiera sé adónde me toca volar el martes, solo sé que vienen a buscarme en la camioneta a las cinco de la mañana y tengo que estar lista y dejarles la refrigeradora llena a las zánganas de mis hijas. Lo bueno es que las dos, como son místicas y meditan mucho (hay una que, de tanto meditar, creo se ha olvidado de hablar y solo hace un zumbido como de abeja), se me han vuelto vegetarianas, así que les compro un montón de yogures y les lleno la refrigeradora y con eso se contentan, todo el día comen yogur y cantan y excretan, cantan y excretan, cantan y excretan, es todo un estilo de vida. Pero yo, jodida, trabajando como una mula, cargando la bandejita, repartiendo las revistas, pasando las bebidas, preguntando por enésima vez si el señor ya eligió su opción del menú para que el tarado me diga no, no he leído, cuáles son las opciones. ¿Cuáles crees que son las opciones, subnormal? ¿Langosta, cangrejo, pato, conejo? ¡Pollo, pues! ¡Pollo, pescado y pasta! Y si eres pobre y vas atrás, pollo y pasta nomás, que al final saben igual y terminan reducidos en el mismo denso pedo que voy a tener que tragarme, ¡no hay derecho! Una de cumpleaños y trabajando sin ganas, sonriendo sin ganas, pasando las bandejitas y preguntando: «¿Ya eligió su opción de cena, señor?». ¿Y yo? ¿Acaso yo no merezco tener opciones? Yo, que cumpla casi medio siglo de vida sacrificada de viuda y madre de familia, ¿no puedo elegir nada? No, no tengo opciones, estoy jodida, tengo dos hijas a las que tengo que mantener, así que no me queda otra que seguir volando en LAN hasta que me jubile, pero por supuesto estos chilenos pícaros me van a despedir en un par de años para ahorrarse mi jubilación y me van a dejar en la calle como han quedado muchas compañeras exazafatas de Aeroperú que ahora trabajan en bingos y casinos o en centros de rehabilitación. Qué tenaz es la vida, qué injusta es la vida, voy a cumplir años y no puedo hacer una fiesta porque tengo que trabajar. ¿Es justo que el martes sea mi santo y

no sepa en qué hotel voy a dormir? ¿Es justo que tenga que madrugar y correr al aeropuerto sin que mis hijas me digan ¡feliz día, mami! porque las dos están durmiendo cuando llegan a recogerme? ¿Es justo que nadie me salude en el avión porque nadie sabe que estoy de cumpleaños? No, no es justo. Pero no me quejo. Soy una luchadora. Soy echada pa'lante. Como decía ese famoso narcotraficante, ¡hágale! ¡Hágale, no se queje, siga volando! Que algún día mis hijas van a ser famosas como Calamaro y me van a mantener y voy a poder cumplir mis cincuenta con ellas. Ese es mi sueño: celebrar mis cincuenta con mis dos hijas, alicorada, cantando sus canciones y retirada de la aviación aerocomercial. Quiero estar en una casita y ver pasar un avión o imaginarlo porque en Lima no se ve el cielo ni nada y pensar allí podría ir yo pasando la bandejita, pero ahora mis hijas Camelia y Paulina han triunfado en la música y me mantienen. Qué lindo sería cumplir así mis cincuenta años, qué ilusión me da que mis dos hijas profesionales algún día trabajen y sepan ganarse la vida. Pero, por ahora, toca ponerse el uniforme y salir a trabajar. Te soy sincera, no me hace ninguna gracia cumplir cuarenta y nueve años. Pero qué me queda, a seguir volando, ¡hágale! ¡Feliz día y hágale!

Feliz año huevo

Mi esposa Silvia, nuestra hija Zoe y yo, que parecía el abuelo de Zoe, llegamos a la fiesta de fin de año en un hotel de la isla, cercano a casa. Me encontraba de mal humor porque la camisa me ajustaba la barriga y parecía a punto de estallar, y cada entrada a la fiesta me había costado trescientos dólares, lo que había hecho un agujero en mis bolsillos, ¡casi mil dólares por una fiesta!

Apenas llegamos, nos dieron la bienvenida y nos preguntaron si queríamos tomarnos fotos con las modelos anfitrionas disfrazadas de criaturas futuristas, cuatro mujeres de cuerpos espléndidos metidas en trajes plateados, brillantes, como si vinieran de otro planeta, otra galaxia.

—¿Cuánto cuestan las fotos? —pregunté, alarmado.

—Cien dólares el paquete —dijo una señorita.

—Muy bien, encantados —dijo Silvia.

—No, ni hablar, muy caro —dije.

—Amor, no seas tacaño, Zoe tiene ilusión —me dijo Silvia, y tuve que ceder.

Mientras nos hacían las fotos, susurré en el oído de una de las chicas futuristas:

—Mira, mamita, en mi país, por cien dólares, una chica como tú pasa la noche conmigo.

Ella sonrió, inexpresiva.

—Cien dólares por unas fotos —refunfuñé—. Menudas hetairas mamagüevos.

Luego caminamos hasta nuestra mesa, número veintidós, cerca de la orquesta, que ya tocaba música en vivo, y un camarero se acercó, presuroso, nos entregó la carta de licores, y preguntó:

—¿Les traigo una botella de champán?

—Sí, claro —dijo Silvia.

—¿Ya está incluida en el precio que hemos pagado, no? —pregunté, por las dudas.

—No, señor —me corrigió el camarero—. El consumo de licores se paga aparte.

Miré los precios: la botella más barata costaba doscientos dólares, la más cara quinientos.

—Jijunagranputas —mascullé.

—Nos trae un buen champán —ordenó Silvia—. Tenemos que festejar. Ha sido un gran año, amor. Has ganado mucha plata.

—Bueno, sí —musité.

—¿Y para su nietecita? —me preguntó el mozo.

—Para ella, una limonada —respondió Silvia, conteniendo la risa.

—La reputamadre que los parió, en este hotel son unos ladrones afanadores miserables inescrupulosos —dije, releendo los precios exorbitantes de los licores: había botellas de vino

que llegaban ¡a los mil dólares!

Miré a mi esposa y le dije:

—El próximo año nuevo nos quedamos en casa y tomamos cerveza. Esto es demasiado caro. Me duele en el mero culo.

—No seas pesado, a ti siempre te duele el culo —dijo ella.

Poco después la orquesta empezó a tocar *Pedro Navaja*, un clásico, y salimos a bailar los tres. Cerré los ojos y me entregué, afiebrado, a bailar esa gran canción, un himno en las fiestas de mi juventud, cuando una señora muy guapa se acercó y me dijo al oído:

—Señor Barclays, baila usted muy bonito, pero no le conviene andar mostrando el pajarito.

Enseguida me guiñó un ojo y señaló mi entrepierna con un mohín coqueto. Bajé la mirada y comprobé que tenía la bragueta abierta, pero ese no era el problema más serio, el problema más espantosamente serio era que, siguiendo los consejos del astrólogo del periódico, no me había puesto calzoncillos blancos, sino unos amarillos chillones. Rápidamente, me subí el cierre, fingí que no había pasado nada y seguí bailando. Por suerte, mi esposa y mi hija no parecían haber advertido que estaba bailando con el calzoncillo amarillo patito al aire. Terminó la canción, volvimos a la mesa y poco después se acercó otra señora, igualmente atildada, y me dijo, con delicadeza:

—Quiero mostrarle algo, señor Barclays.

Me puse de pie:

—¿De qué se trata? —pregunté.

Ella me mostró una foto tomada por su teléfono móvil: yo salía bailando *Pedro Navaja*, los ojos cerrados, los brazos abiertos, entregado al trance de aquella canción inmortal, y ella me había fotografiado, capturando el preciso momento en que, por ejecutar un paso un tanto arriesgado, yo había abierto las piernas, y se me veían los calzoncillos amarillos, y un huevo, el más grande, el derecho, se había zafado del odioso confinamiento de la ropa interior, y se asomaba rumboso, parrandero, como si quisiera echar una mirada fisgona a la pista de baile.

—Tiene usted un huevo al aire —me dijo ella, y se rio con tanta gracia que Silvia se puso de pie y espío la foto y soltó una carcajada y en cosa de segundos nuestra hija miraba también la foto y gritaba, como si no hubiera nadie oyendo:

—¡Papi, tu huevo salió a bailar!

Le di mi correo electrónico a la señora, le rogué que me enviase la foto y la eliminase para siempre, sin enseñársela a nadie más, y ella me dio su palabra, pero seguía riéndose con cierta malicia, y luego me dijo:

—Yo siempre he admirado los huevos que usted tiene para criticar a la dictadura de mi país.

Aparentemente, la dama era cubana.

—Lo que no sabía es que tiene los huevos tan grandes —añadió, y soltó la carcajada.

Quiero irme a casa, pensé, humillado. Me senté, redoblé el consumo de champán y me negué a salir a bailar, traumatado como estaba, mirándome la bragueta a cada momento, asegurándome de que ningún huevo saliera a bailar sin mi permiso. Si seré idiota de haberme puesto calzoncillos amarillos, pensé, culposo. Cuando se acercó el camarero, le pedí más champán y le pregunté:

—Déjeme hacerle una pregunta personal: ¿usted tiene un huevo más grande que el otro?

El camarero me miró, perplejo, soltó una risa nerviosa y dijo:

—No, señor.

—Pues yo sí —le conté—. Mi huevo derecho es más grande. Por eso he sido siempre un hombre de derecha.

El mozo pensó que bromeaba, pero no: estaba haciéndole una confesión sincera.

—El problema —continué— es que un huevo me crece, no para de crecer, y el otro no.

El camarero fue amable y dijo:

—No se sienta mal, todos tenemos defectos. Yo, por ejemplo, tengo el pene chueco.

—¿Chueco de qué manera? —pregunté.

—Siempre apunta al Norte —respondió él, y no parecía estar bromeando—. Como nací en Cuba, apunta al Norte, porque quiere ser libre. Es como una brújula. Cuando vine en balsa con unos amigos, nos sirvió mucho para orientarnos en alta mar.

—Un pene brújula —comenté, pensativo—. Muy útil, sin duda. No sabía que existía.

El camarero se retiró con discreción profesional. Como mi esposa y mi hija seguían bailando, me dirigí al baño, me encerré en el habitáculo reservado a los minusválidos (un huevo bastante más pequeño que el otro podía considerarse una minusvalía o discapacidad, me dije) y me quité el calzoncillo amarillo, ya basta de payasadas de Año Nuevo, pensé. Y lo dejé allí, colgando del gancho de la puerta, y salí, me lavé las manos, me aseguré de tener la cremallera bien cerrada, y volví a la mesa. No tenía ganas de salir a bailar, así que me dediqué a comer como pirata o preso político. Al día siguiente debía comenzar una dieta estricta y por eso tragué como un oso guardando reservas para el invierno. Interrumpí ese banquete cuando la orquesta se animó a tocar una canción de Celia Cruz, *La vida es un carnaval*. Me puse de pie, me miré la bragueta, estaba bien cerrada, menos mal, y me uní a bailar, extasiado, con Silvia y Zoe. Estaba moviéndome como un adolescente eufórico, sintiéndome inmortal, seguro de que el nuevo año me haría ganar más dinero, cuando mi hija, traviesa, me avisó:

—Papi, ¡el huevo, el huevo!

—Amor, ¡se te escapa el huevo! —me dijo Silvia, partiéndose de la risa.

Y así mismo como ellas me lo advirtieron con cierto fragor, comprobé que el maldito cierre al parecer se abría sigilosa e inopinadamente cuando yo bailaba y otra vez el huevo derecho, el más conspicuo y huidizo de ambos, había salido a bambolearse, hamacarse y pavonearse, provocando miradas de hilaridad o consternación entre los bailarines otoñales que contemplaban con pasmo aquella insólita exhibición testicular. Colorado de la vergüenza, me subí la bragueta estropeada y contemplé cómo una señora muerta de la risa se acercaba y me decía:

—¡Feliz año huevo, señor Barclays!

Lo que sé del amor

Me he casado tres veces, siempre por amor. Mi tercer marido, Silvio, con el que estoy felizmente casada, es veinte años menor que yo. Es un potro insaciable. No sé si me ama, pero me hace sentir una mujer como nunca nadie me hizo sentir. Me devora en la cama, me pone así y así y me cabalga como jinete experto. Por eso me enamoré de él, por eso dejé a mi anterior marido. Era un flaquito esmirriado de nombre Osvaldo que nunca me supo coger bien. Nos queríamos, pero no había fuego en la cama, por eso lo dejé. Era muy apático, muy poca cosa. Siempre tenía cólicos, gases, gastritis, siempre le dolía la pancita y no tenía ganas de subirse encima mío y darme lo que merezco. Y yo venía de otro fracaso matrimonial con Sandro y sentía que no merecía ese trato tan apático, tan desganado. Yo soy reprimida por mi formación católica y aparento ser una dama, pero en la cama me sale la yegua de carrera que llevo adentro y me vuelvo loca y me gusta que me posean sin muchas delicadezas. Mi primer marido Sandro era así, un poquito delicado. Me quería, me hacía el amor con mucha ternura, y luego cuando terminaba hacía unos ruiditos ahogados, un poquito afectados, como si algo le doliera, y al rato se ponía a llorar y yo le preguntaba por qué lloras, Sandro (porque él se llamaba así en honor al ídolo argentino de la canción) y me decía porque te amo, gordita, pero creo que tengo un hueco. ¿Un hueco, dónde tienes un hueco, mi amor?, le preguntaba yo, desolada, hecha un nudo. Y él me decía tengo un hueco en el alma, necesito hacer el amor con un hombre. Y para mí era el fin del mundo, el diluvio, trágame tierra. Mi marido me quería, pero más quería estar con un hombre. Qué matrimonio tan sufrido tuvimos, cuánto sufrimos los dos, cuántas veces Sandro me amó y luego se fue a llorar al baño pensando en su amigo del colegio con el que había hecho unas cositas que no se olvidaba. Sandro dice que su amigo lo obligó, que a él no le gustó, pero yo ya estoy muy vieja para crearme esos cuentos, para mí está clarito que Sandro tiraba para la mariconada desde chico y yo no supe darme cuenta a tiempo y lo veía tan educadito, tan refinadito, tan perfectito, que me enamoré hasta los huesos, sin darme cuenta de que todo lo que me gustaba de él, su increíble delicadeza, era lo que al final terminaría apartándome de él, porque ya de tan delicado no quería ni tocarme y cuando me veía calata ponía un gesto agrio, avinagrado, y yo a veces me despertaba de noche y lo veía haciéndose una pajita y tocándose el popó y pensaba en qué carajos estaba pensando cuando me casé con este señorito tan afeminado y tan atormentado. Pobre Sandro, cuánto sufrió por mí. Tuve que dejarlo porque él era tan delicado que no se atrevía a salir del clóset y aceptar su condición de homo. Lo hice por mi bien y por su bien y porque ya entonces le sacaba la vuelta con el flaquito Osvaldo, al que conocí en la peluquería del Club Villa. El flaquito Osvaldo era mi peluquero, me hacía las uñas, era argentino, y si bien parecía algo estrafalario, conmigo fue siempre muy machito, por lo

menos en la primera parte de nuestro matrimonio, después ya no sé, le vino la apatía, el desgano, él decía que era porque tenía gases, cólicos, gastritis, pero yo le decía que la mujer de la casa era yo y que la regla me tenía que venir a mí, no a él. A todo esto, mi primer marido, Sandro, se dedicó a la bebida y lo perdió todo por el vicio del alcohol y terminó en la calle, literalmente en la calle, sin trabajo ni oficio conocido y con una sed insaciable de cualquier bebida espirituosa. Tan arruinado terminó, que una tarde fue a visitar a mi viejita Dorita y le lloró desgracias y le dijo que yo le había sacado la vuelta con el peluquero argentino, lo que era verdad, y mi mami, una santa, se compadeció de Sandro, le sirvió un trago y otro más, y terminaron rezando el rosario en latín y al día siguiente, tan dadivosa, le compró una casita a dos cuadras de su casa, en el barrio noble de Miraflores. Qué corazón tan noble el de mi viejita, que le regaló un chalé a mi exmarido y lo salvó de la ruina alcohólica. Con mi segundo marido supe ser feliz, no me quejo, quién diría que iba a terminar enamorándome y casándome con un peluquero argentino que había llegado sin un centavo a Lima. Fuimos felices los primeros años, después le vinieron los problemas estomacales, el mal aliento, la apatía, el cansancio, los picos de estrés, la presión alta, la fobia al trabajo. Se me fue enfermando mi marido argentino, se volvió vago y quejumbroso mi Osvaldo, se pasaba todo el día en la casa que compré en Villa y ya no quería trabajar, decía que le dolía mucho la barriga, que tenía gases. Yo no sé qué comía el pobre, pero siempre era un manojo de gases, un atado de vientos innobles, se retorció de dolor porque no le salían los gases. Debían de ser los chinchulines o los chorizos que se empujaba. Pobre mi segundo marido, qué será de él, me dicen que está vegetando en la casa de Villa que le regalé cuando lo dejé. Yo soy una mujer práctica: si no encuentro en mi casa el mantenimiento que necesito y merezco, salgo a buscarlo a la calle y lo encuentro donde sea, como sea. Así conocí a mi actual marido, el gran amor de mi vida, Silvio, que ha sabido darme toda la felicidad que Sandro y Osvaldo no supieron procurarme. A Silvio lo conocí en el Regatas, era profesor de natación. Yo sabía nadar, pero cuando lo vi en ropa de baño a este muchachito tan lindo quedé tan impresionada que le dije que no sabía nadar porque había nacido en Cochabamba y simulé que era boliviana y no sabía nadar y lo contraté para que me diera clases en la piscina del Regatas y así nació nuestro amor y antes de que nos diésemos el primer beso yo me zambullía y abría los ojos y le veía el paquete abultado y pensaba este caramelo tiene que ser mío, este caramelo me lo tengo que comer yo. Porque hasta ese entonces yo pensaba que había tenido suerte en el amor, pero no, cuando por fin pude verlo a mi Silvio desnudo me di cuenta de lo mezquina que había sido la vida conmigo al acostumbrarme tan ajustadamente a las cositas de Sandro y Osvaldo, que entonces me parecían muy bien, correctas, tampoco exageradas, claro, pero que, comparadas con Silvio, eran muy poquita cosa, unos manicitos, es increíble cómo una va cambiando con los años y se va volviendo más exigente. Pero así es el amor, todo tiene su momento y todo se termina cuando tiene que terminarse y en eso mi madre siempre me enseñó a ser generosa con los caídos, con los derrotados, con los humildes, siempre tenderles una mano protectora y darles una propina justiciera. Mi mami predica con el ejemplo, porque no solo le compró un chalé a Sandro para salvarlo del alcohol (cosa que, según me cuentan, no logró, pero al menos ahora Sandro se emborracha en su casa propia), sino que también ayudó a mi segundo marido Osvaldo, porque, cuando yo lo dejé, Osvaldo le ofreció sus servicios de manicura y pedicura a mi mami Dorita y ella lo contrató y él la visitaba todas las tardes y le hacía las uñas y le daba masajes en la espalda y los pies y mi mami se encariñó tanto que le dio un préstamo para que Osvaldo pusiera un salón de belleza en La Encantada, pero luego

el bandido se tiró la plata y no le pagó y mi viejita lo olvidó y lo perdonó. Quién me hubiera dicho que, a mis años, ya tía, un poco trajinada, me iba a enamorar como una chiquilla, hasta los huesos, de un hombre veinte años menor. Yo tengo cuarenta y nueve recién cumplidos y Silvio tiene veintinueve, pero en la cama somos quinceañeros los dos y siempre estamos dispuestos y fogosos y con ganas de recuperar el tiempo perdido. No digo que el tiempo que pasé casada con mis primeros maridos fue perdido, pero la verdad, sí lo digo: fue un tiempo perdido, porque uno me salió gay en el clóset y el otro me salió ocioso y por eso los dejé y terminé paseándome por la piscina del Regatas a ver si me sonreía la fortuna. Vaya que me sonrió la fortuna. Soy millonaria, no trabajo y estoy enamorada hasta los huesos, como una perra callejera, de mi tercer y actual marido. Es todo lo que siempre soñé en un hombre: sensible pero no marica, sentimental pero no cursi, relajado mas no vago. Gracias a Dios y a mi mami Dorita por tantas fortunas y felicidades, y gracias a Silvio por darme el amor que siento que merezco y que la vida me había escamoteado. Y si mis exmaridos me están leyendo, les deseo larga vida y mucha salud y no les guardo ningún rencor. Pero para mí es como si estuvieran muertos y, si algún día me los encuentro, sé que no los veré porque serán translúcidos a mis ojos.

Las bolitas de mi esposo

—Tienes que bajar de peso, estás gordísimo —me dijo Silvia, mi esposa, cuando me vio en traje de baño.

Era cierto, estaba pesando cien kilos y debía pesar no más de ochenta y cinco, tenía que bajar esos quince kilos de pura grasa, resultado de la buena vida sedentaria y todas las bolitas de nueces y chocolate que comía pasada la medianoche, cuando me atacaba la ansiedad y un hambre malsana me llevaba clandestinamente a la cocina.

—Te prometo que hoy comienzo una dieta estricta —le dije.

Pero no me creyó, me conocía bien, sabía que mis dietas nunca funcionaban, y por eso, sin decirme nada, tiró a la basura los chocolates, los helados de lúcuma, las bolitas de nueces, los mazapanes, las galletas Pícaras y Morochas traídas desde Lima, todo el dulce que me tentaba irresistiblemente de noche, cuando ella dormía y no podía vigilar que no bajara a la cocina en mis incursiones kamikazes. Pasó una noche, pasaron dos, pasaron tres, y me resigné a comer pasas y ciruelas cuando me venía el hambre maluca de madrugada, pero al cuarto día, pesando todavía lo mismo, sin haber bajado siquiera un kilo, le dije a mi esposa que tenía que ir al banco, y me dirigí en cambio a la dulcería, compré cien bolitas de nueces y chocolate y, al llegar a casa, furtiva y sigilosamente, sin que ella me viera, metí la caja con ese tesoro azucarado debajo de mi cama.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dijo mi esposa esa noche, antes de quedarse dormida—. Ya vas para el cuarto día sin comer dulces.

—No sabes cómo estoy sufriendo —me quejé, tan aficionado al melodrama.

Y cuando ella se durmió, bajé de la cama, me eché en la alfombra, deslicé un brazo inquieto y fui sacando, una a una, jurándome que cada una sería la última, bolitas de nueces y chocolate que se disolvían en mi boca. Comí diez o doce, Silvia no me vio, subí a la cama y dormí como un bendito. Pero, al día siguiente, cuando mi esposa me pesó, no solo no había bajado ni medio kilo, sino que pesaba uno más.

—Tienes que salir a correr —me dijo—. Si no sudas, no bajarás de peso.

—Pero ya estoy haciendo una dieta severísima y no estoy comiendo nada de dulce —protesté, porque llevaba meses, tal vez años, sin correr, y temía que si lo intentaba colapsaría en una vereda como un perro sin dueño.

—No basta con eso —dijo Silvia, que se había vuelto una obsesa de la nutrición, los jugos verdes, las comidas orgánicas, las dietas ultramodernas—. Tienes que correr mínimo media hora.

—No creo que pueda, ya tengo cincuenta años —le advertí.

—Entonces yo te acompañaré —se ofreció ella, generosamente.

—No, no, no hace falta, prefiero correr solo —le dije, porque tenía un plan para despistarla.

Después del programa, ya tarde, al filo de la medianoche, Silvia me obligó a ponerme ropa deportiva y zapatillas y me despidió con un beso cargado de buenos augurios. Como tenía un plan, saqué una botella de agua y salí corriendo. Pero troté apenas media cuadra y, cuando me encontraba lejos de la casa, sin que ella pudiera verme, empecé a caminar lenta, morosamente, hasta llegar a una banca cercana, en la que me eché y me puse a ver el cielo despejado, la luna llena, las estrellas, mientras pensaba en títulos para mi novela. Cuando se cumplió una hora, me puse de pie, me bañé de agua la cabeza y el pecho, corrí una cuadra de regreso a casa y, apenas Silvia me vio, aceleré la respiración, agitándome, casi jadeando, y le dije:

—Mira cómo estoy sudando, huelo a chivo mal, he corrido como una bestia.

—Estoy orgullosísima de ti —me dijo.

—Pensé que iba a desmayarme —le dije, y subí de prisa, me encerré en el baño y me di una larga ducha en agua caliente.

A la noche me jacté de no comer un solo dulce minúsculo, nada de nada, y mi esposa me premió con besos y abrazos y, apenas se quedó dormida, me descolgué de la cama, me tendí en la alfombra, repté cuidadosamente y, como un lagarto, un caimán hambriento, fui sacando más y más bolitas de chocolate y nueces hasta saciarme y volver a la cama y dormir soñando con ángeles, querubines y el dinero de mi madre.

Así fueron pasando los días y las noches, simulando salir a correr, descansando en la misma banca, fingiendo estar a dieta, tragando dulces cuando Silvia dormía, y todo estaba bien, salvo que, cuando me pesaba, conminado por ella, de pronto veíamos que había subido un kilo, dos kilos.

—Esta balanza está malograda —me quejé amargamente—. Hay que tirarla. Ya basta de pesarme. Tenemos que ser pacientes y quizá en un mes empiece a perder peso.

—Hay algo que estamos haciendo mal —dijo Silvia, pensativa—. Tienes que tomar más agua, quizá estás reteniendo líquidos.

—Sí, sí, debe de ser que mis quince kilos de sobrepeso son pura agua —dije.

—Es raro, porque regresas de correr tan sudoroso, se supone que deberías estar botando el agua —dijo, sin entender qué pasaba conmigo.

—Yo creo que estoy mal de la tiroides —dije, haciéndome la víctima—. Debe de ser un problema glandular, hormonal.

Silvia me miró, pícara, y dijo:

—¿Será por eso que tienes los huevos tan hinchados?

Nos reímos. Esa noche salí a correr, me eché en la banca, me mojé de agua y regresé con la respiración acelerada, entrecortada, como si hubiera corrido una maratón de cuarenta kilómetros. Me había convertido en un simulador, un gran histrión, y Silvia ni sospechaba que tanto la dieta como el ejercicio eran puro cuento, puro humo.

Hasta que una noche regresé de la televisión y ella me esperaba con cara de pocos amigos.

—Eres un mentiroso de lo peor —me dijo.

—¿Por qué me dices eso, mi amor? —pregunté, manso como un corderito.

Me miró con ojos encendidos, flamígeros:

—Estaba haciendo la limpieza en tu cuarto y hay una fila de hormigas que se meten debajo de la cama.

La concha de la lora, pensé, malditas hormigas deladoras.

Subimos al cuarto, me enseñó la hilera de hormigas laboriosas, puse cara de perplejidad, y dije:

—Será que han hecho su casa debajo de la cama.

—No te hagas el tonto —me dijo ella.

Luego se agachó y sacó la caja con las pocas bolitas de nueces y chocolate que quedaban.

—¿Quién carajo ha dejado eso ahí?! —protesté, a gritos, furioso.

—¡No te hagas el inocente! —gritó Silvia, indignada.

—Deben de ser de Tamarinda, ¡yo no he puesto esos dulces allí! —dije, cobardemente, culpando a la pobre nana peruana.

—Estas bolitas no son de Tamarinda, ¡son tuyas! —me espetó Silvia.

—¡Falso! —me desgañité—. ¡Falso de toda falsedad! ¡O son de Tamarinda o las hormigas del orto las han traído cargadas hasta acá!

Silvia me miró con menos rabia que pena y dijo, para sí misma:

—Si serás huevón...

Furioso, la emprendí contra las hormigas, pisándolas sin compasión, pero mi esposa las defendió, empujándome y llevándose la caja con las bolitas.

—¿Adónde te las llevas? —pregunté, desesperado—. ¡No se te ocurra tirarlas a la basura!

Silvia se marchó deprisa, yo bajé las escaleras detrás de ella, le arrebaté la caja y salí a la calle corriendo como un demente, mientras me empujaba una bolita tras otra, delicada operación, la de tragar y correr a la vez, que podía costarme la vida.

—¡Ven acá, gordo huevón! ¡Deja de comer como un chancho! —me gritó Silvia, corriendo detrás de mí.

Pero yo corría más rápido que ella, tal vez acicateando por aquel subidón de azúcar a la vena y, apenas terminé de comerme todas las bolitas, me tiré en el pasto, al lado de la pista, jadeando, y cuando llegó mi esposa le dije:

—Creo que me va a dar un infarto.

—Eres un gordo pelotudo —me dijo ella, riéndose, y se echó a mi lado a ver las estrellas.

Sentí que la amaba.

La profesional que no pude ser

Uno de mis grandes traumas es que no soy una profesional. Aunque me duele reconocerlo, es la verdad. Mi sueño es que mis dos hijas, Camelia y Paulina, sean profesionales para que ellas no sufran lo que yo he tenido que sufrir. Yo sería profesional, si no fuera por mi marido Sandro, que en paz descansa: por su culpa, no terminé la carrera. No había entrado a la Católica, no había entrado a la de Lima, había rebotado en los exámenes de ingreso, pero soy una luchadora y logré entrar a la UNIFÉ. No tuve que dar examen, entré porque mi mami era amiga de las monjas y les daba donaciones y por eso tenía vara. La verdad es que no sabía qué estudiar, las monjas me hicieron un test vocacional y salió que no tenía vocación de nada, así que ellas me metieron en la carrera de Educación Infantil, que, según dijeron, era rendidora, de provecho. Ese era mi sueño: ser profesora, maestra, maestra jardinera. Quería ser profesora de niños en un nido, o de niños especiales, con discapacidad. Pero en el segundo semestre las monjas me hicieron otro test vocacional y salió que seguía sin vocación y estaba embarazada. Si seré tonta, las monjas descubrieron mi embarazo antes que yo y mediante un test vocacional, ¡alemanas tenían que ser! ¿Cómo se dieron cuenta? No sé, hasta el día de hoy no sé, solo me acuerdo de que ya sospechaban de mí porque estaba pálida y me daban unos ataques de náuseas repentinos y a veces no llegaba al baño y dejaba mis arrojitos frescos en el pasillo. Y las monjas alemanas, que además sabían de mi gran instinto maternal, y sabían que estaba saliendo con Sandro, mi novio, sospecharon al verme en ese estado calamitoso y aprovecharon el test vocacional para llevarme al baño, bajarme el calzón y hacerme un examen de orina. Así fue como se truncó mi sueño de ser profesional: Sandro se ponía condón, pero parece que compraba unos condones chinos que venían defectuosos y a veces tenían huequitos y por eso quedé embarazada y tuve que dejar mis estudios y ahora soy madre de mi hija Camelia, fruto del amor, pero también de un agujerito en el condón que se puso Sandro, que por no comprar preservativos de calidad me dejó encinta. Lógicamente, tuve que dejar mi carrera para ser mamá. Y cuando nació Camelia ya no pude regresar a la UNIFÉ, era imposible, ya me había casado con Sandro y no teníamos plata para contratar una empleada, así que yo solita tuve que cuidar a Camelia. Después, todo fue de mal en peor: Sandro se dedicó a la bebida, fue despedido del Estudio Olaechea porque lo encontraron en el baño con la secretaria, cayó en las garras de los bingos, se convirtió en un bueno para nada. Y yo, con Camelia, sola, sin título profesional, viendo cómo mi marido regresaba a las cinco de la mañana, ebrio, cayéndose, de un bingo pulgoso. ¡No sé cómo sobreviví! Sobreviví gracias a mi mami Dorita, que me pasaba plata a escondidas de Sandro y se citaba a escondidas con Sandro en el grifo a las dos de la mañana para darle plata a escondidas de mí, tan buena era mi mami que nos mantenía a los dos,

clandestinamente a ambos, a mí para la leche y los pañales, y a Sandro para sus tragos y sus bingos. Y cuando ya mi mami le había conseguido trabajo a Sandro en la Universidad de Piura como profesor de Educación Física (porque él era muy bueno en eso, haciendo planchas y abdominales y ranas, yo lo he visto borracho haciendo cien planchas, vomitando toda la tripa y quedándose dormido sobre sus arrojados frescos), cuando ya parecía que vería la luz al final del túnel, ¡de nuevo quedé embarazada! ¿Lo planeamos? ¡Claro que no! Yo ya no quería tener relaciones con Sandro, su cuerpo me provocaba rechazo, repugnancia, repulsión, asco, cosita, porque yo sabía que él me sacaba la vuelta con cualquier orificio lubricado que se le ofreciera, así fuera de varón, pero había noches en que llegaba achispado, alicorado, y me buscaba mi punto G (que está en el cuello), y aunque sabía que no me convenía, me dejaba besuquear y a las finales cedía y terminábamos tirando. En eso no me quejo, Sandro era un inútil, pero cuando estaba borracho era bien fogoso en la cama, tenía una lengua viva que me volvía loca, lo malo es que a veces estaba tan ebrio que se quedaba dormido haciéndome cositas ricas ahí abajo, una cosa espantosa, humillante, que tu esposo se quede privado cuando está en pleno acto contigo. Yo no quería quedar embarazada de nuevo, pero así es la vida, así nació mi segunda hija Paulina, una a los hijos los quiere más cuando no han sido planificados, cuando han sido fruto del amor ciego, necio, obtuso. Y ahora tengo a mi Camelia que estudia para profesional en la de Lima, tengo a mi Paulina que estudia para profesional en la San Ignacio, y tengo a Sandro en una lata de Nescafé porque hace años falleció en un choque en la Costa Verde, borracho claro, y tuve que mandarlo a cremar rapidito antes de que le hicieran la prueba etílica. ¿Quién pagó la cremación? Mi mami Dorita, por supuesto: ¡una santa! ¿Y quién paga las universidades de mis dos hijas, carísimas, que cuestan un ojo de la cara? Mi mami, quién más va a ser, yo no soy una profesional, tuve que abandonar mi carrera para ser ama de casa, y si bien ahora trabajo como locutora de radio Oxígeno de cuatro a seis de la mañana leyendo los titulares del día, mi sueldo no alcanza para pagar las universidades, que, sumadas, salen a casi dos mil dólares al mes. No me quejo, ¡pero es una fortuna! Gracias a mi mami Dorita, que les costea sus estudios y sus viáticos y su movilidad, ¡todo! Porque las chicas no querían ir en combi a la universidad y mi mami les ha comprado un Toyota Yaris usado que las dos comparten, ¡qué generosa es mi viejita Dorita!, ¿qué haríamos sin ella? Yo no seré profesional titulada, diplomada, pero me considero muy profesional como locutora de radio Oxígeno: nunca he llegado tarde, nunca les he fallado a mis jefes, me levanto a las tres de la mañana, tomo dos Nescafé bien cargados (a veces he estado tan dormida que me he tomado un poco de Sandro con agua caliente y ni cuenta me he dado) y llego con ilusión a la cabina radial para leer las noticias del día: los titulares de los periódicos, las farmacias de turno, las defunciones, el santoral, el horóscopo, lo que ocurrió hace cien años y los chismes de la farándula. A esa hora mis hijas duermen, nunca me escuchan. Cuando llego a la casa a las ocho de la mañana (porque el tráfico a esa hora es tenaz), ellas están durmiendo y yo les cuido el sueño. Camelia y Paulina son bien organizadas y solo tienen clases después de mediodía. ¿Qué estudian? La verdad, no sé bien. Camelia dice que estudia Administración y yo le digo qué bien, hijita, qué vas a administrar, y ella me dice no sé, mamá, ya veremos, y eso me parece muy maduro de su parte, porque en la vida una va administrando, pero sobre todo va improvisando, yo por ejemplo soy una profesional administrando el caos que ha sido mi vida desde que Sandro me hizo dos hijas y me enviudó borracho. Paulina se molesta cuando le pregunto qué está estudiando. ¡No te metas en mi intimidad!, me regaña, ¡eso es problema mío, mamá! Ya, Paulina, todo bien, estudia lo que

sea tu vocación, le digo yo, pero no te olvides que yo soy la que paga las boletas mes a mes a los usureros de la San Ignacio. ¡Tú no las pagas, las paga la abuelita Dorita!, responde Paulina, que me ha salido contestona, tiene el genio de Sandro, y bien callada me tengo que quedar. Mi mami es la que paga todo y si le preguntan a ella qué estudian mis hijas, tampoco sabe, pero paga y compra el Yaris y les da para su gasolina y sus extras y hasta las ha invitado a un festival Ultra de música electrónica en Miami, ojalá que mis hijas regresen vivas y con la memoria intacta de esa degeneración. Esa es la historia de mi vida: sacrificarme, ir remando, aguantar, hacer de tripas corazón, no quejarme, ser buena madre y buena locutora de radio Oxígeno y no guardarle rencor a mi marido difunto que está en una lata de Nescafé que cuando la abro ni siquiera huele a café, ¡apestaba a trago, en su memoria! Mi sueño es que mis dos hijas sean profesionales tituladas, graduadas, con tesis y todo, y que nos hagamos la foto en la graduación y después se dediquen a sus carreras profesionales, sea la carrera que sea, pero que ante todo sean siempre profesionales a carta cabal, como la profesional titulada que yo no pude ser y, sin embargo, siento que soy a mi manera, leyendo las noticias cada madrugada a las cuatro en punto en radio Oxígeno.

Un sátiro en Disney

Estaba harto de hacer colas en Disney, colas de media hora, cuarenta minutos, para recrearme en un mísero juego de tres minutos y luego vaya usted a hacer otra cola bajo el sol inclemente y con los chillidos de tantos y tantos niños como neurótica música de fondo.

Luego de una larga espera, subimos al botecito del mundo en miniatura. Habíamos hecho ese irritante recorrido el día anterior y también el precedente, de manera que ya me lo sabía de paporreta, como mi hija Zoe se sabía la letra de la bendita canción, que, a fuerza de repetirse, el mismo sonsonete machacándome la boca del estómago, estaba provocándome, me temía, un derrame biliar.

—Mira, papi, monedas —dijo Zoe, señalando el agua de poca profundidad, las decenas, centenares de monedas que los visitantes habían arrojado, convocando la buena fortuna.

—Pide un deseo y tira una moneda —le dije, sacando tres monedas del bolsillo.

Zoe pidió expresamente no ir más al colegio y quedarse a vivir en Disney. Silvia, mi esposa, pidió ir en junio a Nueva York. Yo pedí un deseo imposible de cumplir:

—Que callen esta música que me está volviendo loco y vayamos a dormir la siesta.

Luego arrojamos monedas al agua y, como el asunto pareció gustarle a nuestra hija y yo tenía varias monedas más, seguimos tirándolas graciosamente, ya sin pedir deseos o pidiendo unos absurdos, como:

—Que a mi papá le crezca la nariz por decir mentiras (Zoe).

—Que abran un restaurante peruano en Disney, porque la verdad es que acá se come fatal (Silvia).

—Que mis testículos tengan el mismo tamaño y no sea uno más grande que el otro (yo).

De pronto, despertó el niño terrible que yacía dentro de mí y vi a lo lejos a Don Quijote y Sancho Panza y saqué una moneda y, cual bárbaro indomable de las tribus indias del sur, la arrojé, tratando de darle a Sancho, pero fallé por poco. Zoe soltó una carcajada y Silvia me amonestó:

—No seas tonto, estás dando un pésimo ejemplo a tu hija.

—Me da igual —dije, y tiré otra moneda más, y como Zoe se reía tanto y nadie parecía vernos en ese trance hilarante y salvaje, tiré una última moneda y tuve la buena fortuna de darle a Rocinante, rasguñándole una pata.

Zoe y yo nos reímos tanto que a Silvia no le quedó más remedio que reírse también. Pero, al bajar, alguien me delató, porque dos jovencitos uniformados me retuvieron en el andén y dijeron que las cámaras de seguridad me habían pillado arrojando monedas a los monigotes cantarines.

—Eso no es verdad —me defendí—. Yo solo he tirado monedas al agua, pidiendo un deseo.

No me creyeron, pero me dejaron ir, aunque me advirtieron que, si arrojaba algo de nuevo, me prohibirían la entrada al parque.

—No me rompan los cojones —les dije en español, seguro de que no entenderían una palabra—. No pienso volver ni loco. ¡Y Herodes era un sabio!

Luego fuimos al carrusel. Zoe insistió en subirse al caballo más alto, Silvia trepó al intermedio y me pidieron que montara el caballo más bajo, pero dije:

—Voy a sentarme en el carruaje porque tengo que chequear unas cosas del trabajo.

—¿En serio? —me preguntó Silvia, desconfiada—. ¿Chequear qué?

—El comportamiento de mis acciones en la bolsa —dije, poniendo énfasis en la palabra «comportamiento» para darme aires de financista.

Me senté en el carruaje, tan contento, y cuando el tiovivo empezó a girar, abrí mi tableta y empecé a hurgar en internet para ver el video porno de una actriz famosa. De pronto, tras varias tentativas fallidas, lo encontré y me puse a salivar como un camello viejo en medio del desierto y la canícula.

—¿Cómo van tus acciones? —preguntó Silvia, desde su caballo.

—Subiendo, subiendo —dije, muy serio.

Tan encantado estaba que, cuando terminó la vuelta y la música de feria cesó, insistí en que diéramos un paseillo más, de manera que pudiese ver no la versión corta, sino la más larga del video porno y, aunque no la encontré, me detuve a fisgonear dos o tres videos eróticos de alta calidad.

Al bajar de la calesita, una señorita uniformada se acercó a mí, frunció el ceño y me dijo, el rostro adusto, la mirada reprobatoria:

—Señor, está prohibido mirar pornografía en los parques de Disney.

Silvia me miró con ojos perplejos, vacíos de afecto.

—No me acuse sin pruebas —me ofusqué—. Estaba mirando cosas de trabajo.

—Lo que usted ha cometido es una falta gravísima —dijo, indignada—. Podríamos expulsarlo de Disney. Le advierto que, si vuelve a hacerlo, lo echaremos y no podrá entrar más.

—No sería un castigo tan terrible —farfullé—. Y no he mirado pornografía hace años —afirmé.

—Lo tenemos grabado en cámaras —me espetó ella, con aires de superioridad moral.

De regreso al hotel, mi esposa estaba tan decepcionada que no me hablaba. Yo le decía que esas páginas para adultos se me habían abierto solas, pero ella naturalmente no me creía. Tratando de limar asperezas, hice una reserva para cenar en el restaurante con Cenicienta. Nuestra hija se entusiasmó tanto que Silvia tuvo que resignarse a acompañarnos. Media hora después, estábamos en un comedor lleno de niños vocingleros de todas las edades, que esperaban ansiosos la llegada de Cenicienta, el Príncipe Encantador, *Lady Tremaine* y sus hijas Anastasia y Dricela. Cenicienta hizo su aparición como una auténtica princesa: rubia, sonriente, impecable, con un vaporoso vestido celeste y zapatos de cristal, imponía su belleza y simpatía a cada paso y no se negaba a dejarse retratar por niños y adultos, hasta que llegó a nuestra mesa y Zoe se puso de pie y la abrazó, emocionada, y le hicimos fotos con Cenicienta, y luego los tres nos hicimos más fotos con ella, y al final le pedí a Silvia que, abusando de la paciencia de Cenicienta, que parecía no tener límites, me tomase un par de fotos con tan regia y espléndida princesa, a lo que Cenicienta accedió, gustosa. Le pasé el brazo por la cintura, la apreté suavemente hacia mí y le dije al oído,

en voz muy baja, como un secreto que compartiríamos toda la eternidad:

—Qué rica estás, mamita.

Cenicienta siguió sonriendo, beatífica, meliflua, un tanto ausente, y por eso deduje que no hablaba español, y entonces perdí las inhibiciones y le dije al oído, mientras mi esposa nos tomaba una foto y otra más:

—Qué buenas tetas tienes, Cenicienta.

Ella sonreía, halagada, extasiada, y por eso me animé y le dije, susurrando:

—Cómo me gustaría hacerte la cola.

Cenicienta se deshizo en un mohín coqueto, nos firmó un autógrafo y se alejó, sin perder la sonrisa. Todo había salido de maravillas. Pero, al salir del restaurante, me esperaban Cenicienta, despojada de su peluca rubia, luciendo un cabello negro azabache, y dos adustos guardias de seguridad. Me llevaron a un cuarto y me acusaron:

—Dice Cenicienta que usted la ha acosado.

En mi precario inglés, me defendí:

—¿Acosado? ¡Imposible! Solo le dije piropos en español.

De pronto, Cenicienta me sorprendió:

—No se haga el tonto, señor. Soy de Bayamón, Puerto Rico, hablo perfectamente español.

La concha de la lora, pensé, me tocó una Cenicienta boricua, qué mala suerte.

—Señorita Cenicienta, le ofrezco mis sentidas disculpas, todo es un gran malentendido —me replegué.

Por fortuna, no parecía una mujer rencorosa.

—No estoy acostumbrada a que me digan cosas tan subidas de tono —dijo.

—Cuánto lo siento, pensé que no hablaba español, era solo una broma tonta —le dije.

Cenicienta hizo saber a los guardias que mis disculpas habían sido aceptadas y el incidente, superado. Salimos juntos y no pude evitar mirarle de soslayo el escote y ella me pilló, sonrió y dijo:

—¿Me mandaría saludos en su programa, señor Barclays? Mi marido y yo no nos lo perdemos.

—Claro, el lunes, sin falta —le prometí, halagado.

Me dio un beso en la mejilla y dijo en voz muy baja, apenas un murmullo:

—Y usted, ¿no era del otro equipo?

Todo por una alcachofa

Mi hija Camelia, el amor de mi vida, está molesta conmigo. Dice que soy una mala madre. No quiere verme. Hace tres años se fue a estudiar a Nueva York y me ha dejado sola en Lima y no quiere volver ni por Navidad. Yo quiero ir a verla, pero ella me frena, me dice que no es el momento y no está preparada para verme. ¿Cuándo va a estar preparada? Parece que cuando estén preparándose para enterrarme. Es una pena tremenda que Camelia, el sol de mi vida, esté molesta conmigo. Siempre fui una buena madre con ella. No era estricta ni controladora ni entrometida, la llevé a Disney dos veces y le pagué todo su colegio y sus cumpleaños se los celebré siempre en el club con mago y payaso (que a veces eran el mismo chico). Camelia y yo nos llevábamos bien hasta que ocurrió la desgracia. No debió ocurrir, le he pedido disculpas y no me cansaré de pedirselas, pero ella no me perdona, es rencorosa como yo y se aferra al mal recuerdo, a la pelea que nos dividió. Yo no quería pelearme con ella, la adoraba, era la luz de mis ojos. Pero llevaba años viuda y abandonada desde que su papá Sandro falleció en un choque en la Costa Verde, ebrio, con dos travestis en el carro. Para mí fue una humillación que encontrarán a mi esposo muerto y borracho y con dos travestis alicorados. Todo el mundo se enteró de que mi marido había muerto sacándome la vuelta con dos travestis. Fue el peor momento de mi vida, sin contar mi matrimonio religioso. Tuve que ir al entierro y llorar a mi marido y luego (yo, ante todo, soy una dama) fui al velorio de los travestis y presenté mis sentidas condolencias a sus familiares y les bajé un sencillo en sobre cerrado para que no me fueran a enjuiciar. Nunca más tuve relaciones con nadie. Quedé traumada. Me dediqué a ser una buena madre y a cuidar a mi hija Camelia. Me dediqué también a la bebida, es cierto, pero moderadamente y sin excederme, no soy perfecta tampoco. Creo que, mal que mal, fui una buena madre. Fui madre y padre y no hubo mañana que no llevara a Camelia al colegio y nunca me atrasé en sus pagos y la llevé a Disney no una sino dos veces, la segunda vez casi vomito, tengo fobia a la gente y más fobia a la gente feliz. Quién hubiera dicho que mi hija y yo terminaríamos peleadas: nadie, éramos íntimas. Hasta que pasó la desgracia. Yo llevaba años retirada de las cosas del amor. Ya soy una mujer mayor, tengo cincuenta años, no me hacía ilusiones de que alguien viniera a humedecerme la vida. Desde que me enviudó mi marido habían pasado ocho años y yo estaba reseca y no me metía con nadie ni me tocaba solita: por respeto a mi hija Camelia, nunca quise comprar un juguete erótico como los que recomendaba una gorda boricua en televisión que después se volvió flaca. Yo soy una dama y ante todo me preocupaba mi imagen ante mi hija. Quería ser un ejemplo para ella. No quería fallarle, traer hombres a la casa, confundirla, ni quería tampoco que me encontrara un día un juguete como los que recomendaba la gorda mañosa en televisión. Pero hace tres años ocurrió la

desgracia y hasta ahora Camelia no me perdona. Una tarde, a la salida del banco en la calle Miguel Dasso, se me acercó un moreno bien plantado que me quería vender corazones de alcachofas. Yo le dije que no educadamente, pero el moreno me persiguió, me acosó, me dijo cosas que nunca me habían dicho y despertó a la mujer volcánica que yo tenía dormida. Era un negro lindo, alto, fibroso, y me miraba con ojitos de caramelo. No sé qué le vi que lo hice pasar a mi apartamento de la calle Maúrtua para no quedar como una sobrada racista. Le ofrecí una bebida, un plátano, una gelatina. Me puso en la mesa sus corazones de alcachofa. Negociamos el precio. Le compré todas, a pesar de que odio las alcachofas. Y de repente, de la nada, el muchacho, que podía ser mi hijo, se me vino encima y me empezó a besuquear y toquetear. Yo no sabía que todavía vivía en mí la mujer que ese moreno juicioso supo despertar aquella tarde. Yo juraba que esa mujer ya estaba muerta, reseca, decrepita. Pero, quién lo hubiera dicho, el vendedor de alcachofas se bajó el pantalón y en ese momento perdí la cabeza y me enamoré de él. Perdón por la franqueza, pero así fue: amor a primera vista. Y perdí por completo la noción del tiempo y me puse de rodillas y comencé a comerle la alcachofa. Y en esas estaba cuando entró mi hija, malaya mi suerte, y me encontró de rodillas, comiéndomela toda, el moreno jalándome los pelos y diciéndome lisuras como nunca nadie me había rebajado tan rico. Pobre mi hija, qué impresión tan tremenda se llevó de mí, no debe de ser fácil ver a tu mami en esa posición pecaminosa y un poquito ingrata a primera vista. Desde ese día todo se echó a perder con Camelia. Dejó de verme como a una madre ejemplar. Me perdió el respeto. Me dijo que era una tal por cual, una borracha, una pe, que se la comía al primer vendedor callejero, que cuántas no me habría comido mientras ella estaba en el colegio. Apenas terminó el colegio, se ganó una beca y se fue a estudiar a Nueva York. No es beca completa, es media beca, así que yo le mando cada semestre su plata para que esté contenta y me perdone. Pero no me perdona. No quiere verme. Dice que no está preparada para verme. Y así me tiene sufriendo ya tres años. Es una pena muy grande la que llevo. Reconozco que no debí comerle la alcachofa al moreno, reconozco que quedé como una hetaira ante mi hija, pero soy humana, no soy perfecta, llevaba años respetando mi viudez hasta que ese bandido me tentó en la calle, me persiguió y se metió a mi casa y me mostró la boa constrictora. Qué trauma tan tremendo le quedó a mi hija Camelia, que apenas pudo se alejó de mí y no me habla más, hasta el día de hoy no me habla. Bueno, yo tampoco le hablo porque no sé su número de celular en Nueva York, pero le escribo *e-mails* y ella me responde fríamente y siempre tratando de sacarme plata. Yo tengo plata, soy millonaria, vivo de la herencia anticipada que me regaló mi madre Dorita. Plata no me falta, plata me sobra, no me va a alcanzar el tiempo para gastarla en mi único vicio, que es la bebida. Mi hija sabe que tengo plata y por eso se propasa conmigo y me pide más y más. Y yo le doy, pero cada vez que le mando una remesa me ilusiono con que me va a perdonar. Y no. No me perdona. Es orgullosa y altiva como yo, o como era yo hasta que conocí al vendedor de alcachofas. Tampoco me perdona que le haya comprado una casita a mi amigo moreno al que le comí la alcachofa, que por cierto se llama Manuel y me visita tres veces por semana para hacerme mi terapia. Cuando digo terapia me refiero a mis masajes, porque Manuel es un masajista consumado, y también a lo otro, que se me ha vuelto un vicio, una necesidad. Y mi hija sabe que le he regalado una casa a Manuel en este barrio noble de Miraflores, frente a la huaca, y no me lo perdona, me dice que soy una idiota y una pe y que Manuel me está sangrando. Mi hija me juzga, me condena, no entiende que soy su madre, pero también una mujer y tengo unas necesidades sentimentales y de las otras. Ya no sé qué hacer con

Camelia. Ahora me ha pedido plata para comprarse un carro carísimo. ¿Le mando plata o no le mando plata? Es un dilema tremendo. Me hace sufrir. Por un lado, pienso: si no quiere verme, entonces que no me pida tanta plata. Por otro lado, pienso: si le doy más plata, quizá quiera verme. Y al final cedo y le doy. Y rezo para que me perdone y me quiera ver, pero ya no me hago ilusiones y creo que mi hija no me va a perdonar nunca por haberme encontrado de rodillas haciendo una mamada que me cambió la vida. Soy otra. He renacido. No vivo con Manuel, pero lo tengo acá cerquita y lo veo cuando lo necesito. No le pido a mi hija que acepte a Manuel y sea su amigo en Facebook e Instagram, tan solo le pido que me perdone con caridad cristiana, que se borre esa imagen libidinosa que tiene de mí y que entienda que antes de quedar embarazada de ella y traerla al mundo yo ya era una mujer y tenía mis fantasías y ahora me he vuelto a enamorar y no veo ningún problema de que Manuel sea moreno, ¿por qué los gringos pueden tener a un presidente moreno y yo no puedo dejar que me presida mis partes un moreno? ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo sacar a un peruano de la pobreza? ¿Qué tiene de malo traerlo de Surquillo y hacerlo residente en Miraflores? ¿Qué tiene de malo haberme hecho adicta al sexo? ¿A quién le hago daño? ¿A quién? Hijita, por favor perdóname, por favor dime que estás preparada para verme, te prometo que los días que vaya a visitarte a Nueva York no hablaremos de Manuel y te compraré el auto que quieras.

Maná del cielo

Mi madre Dorita me llamó por teléfono desde Madrid el día de su cumpleaños y me sorprendió:

—He decidido que voy a retirar toda la plata que me dejó mi hermano en bancos de Londres. Su hermano dejó parte de su fortuna a Dorita, quien lo acompañó en el momento de su muerte.

—¿Y qué vas a hacer con esa plata? —pregunté—. ¿Dónde la vas a invertir?

—La voy a mandar a Lima y voy a dividirla entre mis diez hijos.

De pronto, llovía maná del cielo. Eufórico, jubiloso, dije:

—¡Magnífico, qué gran noticia, no sabes la alegría que me has dado!

Luego añadí:

—Eres la mejor mamá del mundo, qué haría sin ti.

Dorita volvió a sorprenderme con su voz suave y, a la vez, firme:

—El problema es que no sé si puedo darte tu parte, mi amor.

Sentí un balde de hielo en la cabeza y la espalda, un ramalazo que me paralizaba.

—¿Por qué, mamá? —pregunté—. ¿Me vas a desheredar?

—Quiero darte tu parte, pero hay dos cosas que tienes que hacer para allanarme el camino, mi amor —dijo Dorita, con la voz bondadosa que le era habitual.

—Dime, mamá, estoy a tus órdenes —dije, sumiso, porque sabía que con mis novelas y programas de televisión no ganaría en diez vidas lo que ella podía donarme, si le despejaba el camino de unos escollos que pasó a enumerar, no sé si en orden de importancia:

—Primero que nada, hijito, tienes que bautizar a tu hija Zoe.

Zoe acababa de cumplir seis años y no habíamos querido bautizarla porque nosotros, sus padres, éramos agnósticos.

—Justamente la otra noche Silvia y yo estábamos pensando que sería lindo bautizarla —me apresuré a mentir piadosamente, en aras de allanar el camino a la donación.

—Cuanto antes, mejor —sentenció Dorita.

—El problema es que en la parroquia nos ven con mala cara porque no nos hemos casado religiosamente —le advertí.

—No te preocupes, ya hablé con el padre Julio y él nos va a bautizar a Zoecita apenas yo le diga, sin charlas ni nada.

—Un bautizo exprés —dije.

—Así mismo, hijito —dijo ella—. Tú sabes que yo abro muchas puertas.

—Cuenta con eso, mamá. Cuando pases por Miami de regreso a Lima, bautizamos a Zoe y tú

serás la madrina.

Dorita se apresuró a corregirme:

—No, no, yo no quiero ser la madrina.

—¿Y eso, por qué? —pregunté.

—Porque soy la abuela, pues, la abuela no puede ser la madrina.

—Como quieras, mamá —me replegué dócilmente, como un cachorrito—. La madrina será Caroline y el padrino, Jack.

—Así me gusta, hijito, vamos avanzando —dijo, y oí que bostezaba.

—¿Qué más debo hacer para facilitar que me incluyas en la repartición del maná que caerá del cielo? —pregunté, pensando que me diría: casarte con Silvia por la religión, cosa que estaba dispuesto a hacer en la Catedral de Lima, hincado de rodillas, con una corona de espinas flagelándome la cintura y el pubis por mi conducta disoluta, todo fuera para que Dorita sintiera orgullo de mí y, sobre todo, no nos engañemos, dejara caer un maná en mis manguantes cuentas bancarias.

—Tienes que volver al estado de gracia —dijo ella.

No entendí bien, por eso pregunté:

—¿Estado de gracia? Yo me siento en estado de gracia todos los días con Silvia y Zoe. Para mí estar vivo ya es una gracia que agradezco, mamá.

—No es así, hijito, no me palabrees, no seas piquito de oro conmigo —se impacientó Dorita.

—¿Entonces? —pregunté.

—Tienes que confesarte —dijo ella.

—¿Confesarme? —pregunté, sorprendido—. ¿Con un cura?

No me había confesado hacía treinta años fácilmente, no recordaba la última vez que lo había hecho, debió de ser cuando tenía dieciocho años y postulé a la universidad, desde entonces no le había dicho mis pecados a nadie, o a ningún religioso, tal vez en mis novelas más afiebradas se los había relatado a un lector imaginario.

—Claro, con un sacerdote —me corrigió mi madre, pues no le gustaba que dijera «cura» para aludir a un religioso en sotana.

—Si me confieso, ¿me incluirás en la donación? —pregunté.

—Es una promesa, como que me llamo Dorita Mary Lerner —dijo.

—Dalo por hecho, mamá —me apresuró a comprometerme—. Si quieres, me confieso contigo.

—No digas cojudeces, hijito, la confesión tiene que ser con un sacerdote, sino carece de valor —me educó ella.

—Mañana mismo me confieso —prometí.

—¿Y cómo sé que no me vas a mentir? —se inquietó ella—. Porque contigo nunca sé cuándo me dices la verdad y cuándo estás inventando cosas.

—Pues me confesaré con tu amigo, el padre Julio, y tú lo llamas y él te lo confirmará.

—Muy bien, hijito, muy bien, así me gusta.

Por recibir el dinero de mi madre, estaba dispuesto a ir a misa todos los días, confesarme todas las tardes, ser monaguillo, cantar en el coro, pasar la limosna, orar tres meses encerrado en una abadía, lo que ella me ordenara, así de desesperado estaba por recibir su donativo.

Esa misma tarde llamé al padre Julio, le pedí que me confesara y me dijo que me recibiría a las ocho de la noche en sus oficinas. Llegué puntualmente. Me puse de rodillas ante él, nos

persignamos, me dijo:

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Dime tus pecados, hijo mío.

—Padre, confieso que no creo.

—¿Cómo que no crees?

—Soy agnóstico.

—Entonces, ¿qué rayos haces acá?

—Mi madre me mandó.

—Ya, ya. ¿Qué más?

—Padre, confieso que tengo el culo como la vía de un tren.

—Eso ya me lo temía. He leído tus libros.

—Padre, confieso que he comido kilómetros de poronga fina.

—Ya, ya. ¿Y estás arrepentido?

—Bueno, sí, pero a veces lo extraño.

—Es contra natura, hijo, contra natura.

—Padre, confieso que soy mitómano, todo lo que escribo me lo invento.

—Ya, ya. ¿Qué más?

—Padre, confieso que a veces, cuando hago el amor con mi esposa, le pido que me meta el dedo.

—¿Dónde, en la boca?

—No, padre, bueno fuera. En el culo.

—Ya, ya.

—¿Es pecado?

—Sí, claro. Sigue, hijo.

—Padre, ya que estamos, a veces, cuando hago el amor con mi esposa, me gusta ponerme en cuatro.

—¿En qué?

—En cuatro. ¿Es pecado, padre?

—Creo que sí, hijo. Voy a tener que consultar con el Vaticano. Pero a primera vista diría que sí. ¿Qué más?

—Padre, confieso que todos los días me inserto entre ocho y diez supositorios.

—¿Por qué? ¿Eres estreñado, estás constipado?

—No, qué ocurrencia, padre. Por puro placer. Soy adicto al supositorio.

—Ya nada me sorprende, tratándose de ti.

—Padre, confieso que...

—¡No sigas, hijo mío, basta ya! ¡Y deja de jugar así con tu ano, por el amor de Dios! Ahora vamos a rezar juntos treinta padrenuestros y treinta avemarías, voy a absolverte.

—Gracias, padre, es usted un gran tipo. Y por favor no le cuente a mi madre que tengo el culo como la vía de un tren.

—Ella lo sabe mejor que tú, hijo. Oremos.

—¿Puedo sentarme, padre?

—No, quédate de rodillas.

—No es la primera vez que me arrodillo ante un hombre, padre.

—¡Silencio, que no te absuelvo!

—Oremos, padre, oremos.

Jorge Mario, ¡sos groso!

Soy argentina a mucha honra, no soy creyente, soy alcohólica, soy obesa, soy una foca con vagina y sin embargo estoy sinceramente emocionada con la elección de nuestro papa argentino. No creo en la Iglesia, no creo en la infalibilidad de este papa ni de ninguno, pero ante todo soy argentina y me parece que la elección de su santidad Jorge Mario es un momento histórico en la vida de nuestra nación. ¡Grande, Argentina! ¡Fuerza, Argentina! ¡Todavía se puede, Argentina! ¡Hemos ganado el papado! ¡Vamos ahora por las otras religiones! No es una cuestión de fe religiosa, es una cuestión de amor a la gran patria argentina. Los argentinos hemos nacido para ser campeones del mundo en todo y por supuesto también en las religiones. Los argentinos siempre vamos por más, somos los mejores, por eso nos envidian tanto, porque tenemos un talento natural para ganar sin esfuerzo cualquier competencia, como Jorge Mario ha ganado el Vaticano en primera vuelta, sin ir a *ballotage*. Mi sueño como argentina es que el jefe de los musulmanes sea argentino, que el jefe de los judíos sea argentino, que el jefe de los budistas sea argentino, que el jefe de los mormones sea argentino, que el jefe de los pentecostales sea un putito argentino en el clóset. Estoy embriagada de la emoción y también de toda la champaña que he tomado para celebrar el gran triunfo de la Argentina en el mundial del Vaticano. Y quisiera decirle a nuestro papa querido, perdonen que me permita esta confianza: Che, Jorge Mario, sos un groso, sos un ídolo, qué orto tenés, sos un copado total. Creo con fervor en este papa porque es argentino y creo que si el papa es argentino es porque Dios, lógicamente, obviamente, tendría que ser argentino, está clarísimo que Dios es argentino y el Espíritu Santo es argentino y Jesucristo nació en una villa miseria, lo demás es verso, milonga pura. Me voy mañana al Vaticano para la entronización de Jorgito. Yo lo conozco a Jorgito de toda la vida. Es tano, del barrio de Flores, un santo, un hombre austero, un curita confiable por su discreción y porque es jesuita y cuervo, de San Lorenzo. Yo, sin ser creyente, he asistido a muchas misas de Jorge Mario en la Catedral Metropolitana, solo para admirar la belleza de nuestra Catedral, que me conmueve en lo más hondo, y para escucharlo hablar tan lindo a Jorge Mario, con tanta pureza, con las bolas siempre llenas y bien puestas. Porque nuestro papa era el jefe de la oposición a los K, olvidate de Macri, olvidate de Lilita, olvidate de Cobos o Ricardito, el más groso anti-K de la Argentina era Jorgito y por eso su triunfo es una tremenda bofetada a la señora Cristina y a su séquito de adulones ateos, que ahora van a hincarse de rodillas ante nuestro papa argentino, cuando estos últimos años le han hecho la guerra acusándolo de ser cómplice de la dictadura militar y del robo de bebés y del secuestro y la tortura de dos curitas jesuitas: ¡cómo los zurdos de mi país han escupido sobre la honra de Jorgito, cómo lo han llenado de juicios y lo han obligado a declarar a la justicia en forma

humillante, cómo se han meado sobre él por mezquinas venganzas políticas! Pues mirá vos quién ganó la batalla: ahora Jorgito es papa y Cristina tiene que ir a besarle los pies y Néstor está tomando mate con Chávez y Fidel en el horno. Yo tengo muchos amigos gays y hasta me he acostado con algunos de ellos cuando hemos estado en pedo y apoyo el matrimonio gay, o el matrimonio igualitario como lo llamamos en Buenos Aires, y entiendo que mis amigos putos no lo quieren a Jorgito porque dicen que es homofóbico y que los discrimina y que se opuso al matrimonio igualitario que sacó adelante Cristina. Yo, en ese punto, y solo en ese punto, apoyo a Cristina, y no porque yo sea lesbiana, que no lo soy, a mí nada me gusta más que comerme una poronga cruda, doblada, y a falta de eso tengo que comerme unas que compro en Amazon, qué más da. Pero me parece que mis amigos putos, que son adorables, ya exageran: ¿qué quieren, que el papa sea putito también, que elijan papa a Flor de la V o a Gasalla? Dejate de joder, nene, ¿qué querés, que el papa baile en lo de Tinelli y esté a favor del consumo de marihuana y del aborto y de las bodas entre putitos? ¡El papa es el papa, dejate de joder! ¡El papa tiene que defender lo suyo, sino lo echan como echaron a los dos jesuitas en tiempos de los gorilas y no llega a ser papa ni arzobispo ni cardenal ni párroco de la Iglesia de la Poronga Ciega de Salta! Mi devoción al papa, a este papa, es absoluta, total, como es total y absoluto mi amor por la Argentina, el mejor país del mundo. ¡Cómo estarán sufriendo los brasileros! ¡Cómo les habrá quedado el orto ardiendo a los chilenos huones! ¡Cómo nos envidian los brasileros y los chilenos! Lo siento, pero Maradona es argentino, Messi es argentino, el papa es argentino, Máxima de Holanda es argentina, Susana Giménez es argentina, Sandro fue argentino, Gardel fue argentino, Charly es argentino, Borges fue argentino, Calamaro que es el más grande de todos es argentino, Diego Torres que es mi vecino en San Fernando es argentino y no sigo porque es obvio que somos los mejores, los más cancheros, los que tenemos más onda. ¡Hasta en la religión, que es cero onda, el único que tiene onda es Jorge Mario, tenía que ser argentino! ¡Qué onda tuvo cuando aceptó el papado re tranqui, cero dramas, cero quilombo! ¡Qué onda, qué glamur para ir a pagar el hotel sin ponerse esos dantescos zapatos colorados como el inefable purpurado alemán! Lo único que le critico al papa es que en su discurso en el balcón hablara en italiano, yo esperaba que dijera unas palabras en argentino, que le dedicara este triunfo a la Argentina, que se pusiera a saltar como un argentino más y cantara ¡vamos, vamos, Argentina, vamos, vamos, a ganar, que esta barra bullanguera, no te deja, no te deja de alentar! Yo esperaba que se sacara la sotana y mostrara una remera de la selección con el número 10 de la Pulga, esperaba un gran momento argentino, pero entiendo que el papa tenía que guardar las formas y hacerse el tano, después de todo es hijo de tanos y está rodeado de curas italianos que no lo quieren. Pero estoy segura de que cuando Jorge Mario venga a Buenos Aires va a ser un quilombo total y hasta mis amigos putos van a ponerse en pedo y van a aplaudirlo con frenesí y Jorge Mario va a terminar cantando en el Gran Rex el tema de Sandro que más me emociona: *Rosa, Rosa*. ¿Por qué este papa, que viene a modernizar las tradiciones milenarias de la curia romana, no puede cantar *Rosa, Rosa*? ¿Por qué el papa argentino no puede cantar, decime? Todo bien con rezar, no me opongo a que el papa rece, está en su derecho, pero ante todo y antes de ser papa debe recordar que es argentino y el sueño de todo argentino es cantar en el Luna Park una canción de Sandro (tiene que ser *Rosa, Rosa*), una de Charly (*Demoliendo hoteles*, me parece) y una de mi vecino Diego Torres (*Color esperanza*, ¿te imaginás un recital del papa y Diego y Shakira, que es medio argentina, que no se me haga ahora la culé, cantando *Color esperanza*?). Yo sé que Jorge Mario va a ser un gran papa porque es un gran argentino y porque es

groso, re grosó, cuervo y anti-K y políglota, ¡es como si hubieran elegido papa a Viggo Mortensen, la concha de su hermana! Qué fiaca me da ir hasta el Vaticano, pero es mi deber como argentina, mañana me voy en Alitalia con mis mejores amigas, lo más panchas todas, a celebrar el triunfo de nuestro Jorge Mario querido y si me la encuentro a Cristina en Roma no la saludo y le hago un desaire y le muestro el crucifijo que me regaló Lilita Carrió a ver si le saco al demonio que la ha poseído. Qué boluda Cristina de salir a decir que todos los diabéticos somos gente pudiente, de dinero. Yo soy diabética y soy millonaria de toda la vida, en eso dio en el blanco Cristina, soy diabética porque soy vaga y sedentaria y adicta al dulce y a la poronga brasilera, pero tengo un amigo diabético, que es puto, peluquero en un salón pedorro de Liniers, que no tiene un mango y es diabético porque nació diabético como nació puto, ¡me parece que Cristina debería disculparse con todos los diabéticos pobres del mundo, que son tantos, digo yo! Solo espero que mis buenos amigos del clero me den asiento vip (y no una silla a secas, sino acolchadita) en la ceremonia de entronización de Jorge Mario. Es lo que merezco. Me han prometido una sección lateral vip al lado de Susana y Tinelli y el Chueco Suar que es judío pero ante todo es un gran productor y no se pierde estos eventos. Me dicen que Palito Ortega va con Charly García a cantarle al papa, mirá qué lindo sería ver a Charly rehabilitado cantándole *Chipi Chipi Bombón* a Jorge Mario, mirá qué copado sería que Palito cantara *Despeinada* en el Vaticano, qué ilusión tan grande tengo de tomarme mañana el Alitalia y pasarme una semana bomba, en pedo astral, celebrando el papado de Francisco. Y todo bien con llamarse Francisco, pero ¿no hubiera sido más argentino llamarse Carlitos o Diego o Lionel? Si se llamaba papa Lionel I, o el papa Diego Armando II, hasta los zurdos K se hacían católicos, ponele la firma, te lo digo yo, que soy argentina como el dulce de leche y que he comido más dulce de leche (y leche en general, sobre todo brasilera, vos me entendés) que cualquier noble señora argentina de mi barrio de Pilar, *country* Highland. Jorge Mario, ¡sos grosó, sos más grande que Sandro, no te mueras nunca, genio!

El hijo del papa

Cuando mi neurocirujano de confianza me dijo que yo era bipolar y tenía que cambiar las pastillas para dormir, le hice caso, sin saber que una de esas pastillas me provocaría sonambulismo.

Una mañana aparecí durmiendo en las tumbonas de la terraza y mi esposa no se alarmó, pues pensó que era una de mis usuales extravagancias.

Pero ella notó que algo raro estaba pasando cuando, pocas noches después, la nana de nuestra hija, una señora colombiana, subió de madrugada a nuestro cuarto, en camisón tamaño carpa playera, y despertó a mi esposa y le dijo que yo me había aparecido en su habitación, desnudo de la cintura para abajo, aunque con medias gruesas, hablando solo, y me había metido en su cama, la había abrazado y le había dicho cosas insólitas.

—¿Qué te dijo? —le preguntó mi esposa.

—Me dijo: Sóplame el canario.

—¿Qué más?

—Me dijo: Voy a medirte el aceite.

—¿Algo más?

—Me dijo: Enséñame los melones.

Mi esposa bajó enseguida, me encontró profundamente dormido en la cama de la nana colombiana, me despertó sin brusquedad y me llevó de regreso a nuestro cuarto, y ya entonces sospechó que algo estaba mal conmigo.

Yo no me acordaba de nada: ni cómo bajé a dormir en la terraza, ni cómo terminé en la cama de la nana. Aunque le creía a mi esposa, pensaba que estaba exagerando y no había por qué preocuparse.

Sin embargo, y sin saber que estaba cayendo en una fase peligrosa de sonambulismo, volví a escaparme una noche: subí al auto, manejé aparentemente dormido hasta el Seven Eleven, entré desnudo de la cintura para abajo, aunque con el torso bien abrigado, comí tres helados de chocolate sin pagar y, cuando la cajera me quiso cobrar y vio que llevaba los genitales al aire, dio un grito. Al parecer me asustó y dijo que le dije:

—¡Silencio, carajo, que soy el presidente constitucional del Perú!

Ella me conocía por todos los años que yo llevaba viviendo en la isla, y por eso se apiadó de mí, no llamó a la policía, no me cobró los helados y me ayudó a entrar en mi carro y se despidió de mí, pensando que volvería a mi casa, pero yo recliné el asiento y me quedé dormido y desperté ya de mañana, a plena luz del sol, con una señora venezolana a mi lado, haciéndose una foto

conmigo o con mi flácido colgajo al aire.

Yo iba enterándome de todo esto porque mi esposa me lo contaba, entre divertida y preocupada, pero, la verdad, mi memoria estaba borrada y no registraba nada y no me explicaba cómo hacía tantas cosas osadas, estando dormido.

Una madrugada, según me contó mi esposa, llamé de súbito al favorito para ganar las elecciones presidenciales peruanas y le pedí que me nombrase embajador en Uruguay.

—¿Por qué en Uruguay? —preguntó, sorprendido.

—Porque ningún peruano sabe más de marihuana que yo —le contesté.

Por lo visto, aun dormido y sonámbulo, era capaz de razonar con una mínima coherencia y preocuparme por mi futuro. Pero era un peligro que hiciera llamadas telefónicas sonámbulo, porque, según fui notificado luego, llamé a mi primera esposa, de la que llevaba tantos años divorciado, la desperté con un sobresalto y le dije:

—Extraño chancarte rico.

Lo peor ocurrió una noche en que salí a correr sin zapatos, con medias gruesas, desnudo de la cintura para abajo, y la policía, que no cesaba de patrullar el barrio a toda hora con una insistencia casi majadera, me vio corriendo a toda prisa, con la lengua afuera, sin ropa deportiva, exhibiendo graciosa y despreocupadamente mi dotación genital, y por supuesto me siguió, me detuvo y me preguntó qué diablos estaba haciendo, y yo les dije:

—Estoy preparándome para la maratón de Nueva York.

Me preguntó la oficial uniformada:

—¿Y por qué está desnudo, señor?

—Porque me gustaría vacunarte —le dije.

La mujer policía me arrestó, me subió a su auto y soltó un alarido cuando, según ella, vio por el espejo que yo, semidormido, boquiabierto, babeando un hilillo, la respiración acezante, estaba haciéndome una paja virulenta, mientras le decía:

—Ven, sóplame la polla como si fuera un silbato.

Amanecí en la comisaría, vestido con el pantalón de uniforme que me prestó un oficial, y mi esposa tuvo que pagar una fianza de cien dólares para llevarme a casa. Cuando me preguntó por qué había salido a correr con la poronga hamacándose al viento, le dije que no tenía idea, y lo mismo le respondí cuando me preguntó por qué le había dicho cosas mañosas a la señora policía.

Otra mañana desperté en pijama, con pantalón de buzo por suerte, echado en posición canina, en la postura que se conoce como en cuatro, sobre la mesa de *ping-pong* de la terraza, y cuando la nana colombiana, con sus robustos doscientos kilos, recién terminada de desayunar unas arepas, me preguntó por qué estaba en cuatro, arriba de la mesa de *ping-pong*, parece que le dije:

—Porque estoy esperando a que me metas la bolita.

Ella pegó un grito agudo, salió corriendo y despertó a mi esposa.

El último episodio de sonambulismo ha ocurrido este fin de semana, y ya es oficial que el lunes mi esposa me llevará al neurocirujano para que me dé otras pastillas para dormir, porque las cosas se han desbordado y están fuera de control y, según ella, mi vida peligra de noche, cuando todos duermen y salgo a pasear sin que nadie pueda impedirlo. Según el relato de mi señora, que ya no celebra mis exabruptos sonámbulos, caminé de madrugada hasta la casa de los vecinos argentinos, me bajé el pantalón de pijama y toqué el timbre con insistencia, hasta que mi vecino, un banquero que no suele devolverme el saludo, me abrió la puerta de muy mal humor, vio que yo

lo amenazaba con el pequeño pistacho de mi entrepierna, pensó que yo estaba drogado y me preguntó:

—¿Qué carajo hacés acá en bolas a las tres de la mañana?

Yo no le respondí, entré caminando como si tuviera una misión, él me siguió perplejo, me paré frente a la piscina y comencé a orinar, sin decir palabra.

—¿Qué hacés, boludo? —gritó él—. ¿Quién te pensás que sos para venir a mear en mi pileta, nabo?

Yo seguí orinando tranquilamente y le dije, con marcado acento argentino:

—Soy argentino. Soy hijo del papa.

Mi vecino se dio cuenta de que yo estaba loco. Cuando se repuso del susto, preguntó:

—¿Vos sos argentino?

Le respondí:

—Sí. Mi nombre es Jaime Mario Bergoglio. Nací en el barrio de Flores. Mi papá es el papa argentino Jorge Mario Bergoglio. Cuando él muera, yo seré papa.

Luego terminé de mear en la piscina y me fui de su casa sin despedirme.

La pepita de oro

Yo, desde chica, he sido muy de derecha. Nunca he sido comunista, tan bruta no soy. He sido marihuanera, pero no comunista, he sido marihuanera de derecha. He sido coquera, pero no izquierdosa, he sido coquera conservadora, creyente en el libre mercado. He sido inquieta sexualmente, casi digamos promiscua, y he tirado con chicos de izquierda en la universidad, pero siempre me ha parecido que tiran mejor los de derecha. Los amantes de izquierda que he tenido hablaban y hablaban y no concretaban y además no eran demasiado higiénicos y después tenía que dejarles un billete servicial para el taxi. Cuando me he ido a la cama con un derechista religioso, ha sido siempre un incendio, una cosa tremenda, llena de culpa, violencia física, palabras vulgares y rezos en latín. Los derechistas son más reprimidos y más culposos, pero también más fogosos, eso me consta. No hay derechista que no sea pajero y no le guste que le meta el dedo en el culito. Cómo alucinan cuando les cosquilleo la próstata: me gusta iniciarlos, sembrarles la duda, que no se sientan tan seguros de su virilidad empresarial. El problema con los derechistas religiosos es que no se ponen condón, no saben ni cómo ponérselo los tarados, se lo ponen al revés y se les baja la tripita al toque, y entonces con ellos todo tiene que ser a pelo, al natural, con los riesgos consiguientes y subsiguientes. Pero yo me cuido desde chica y me he acostado con muchos derechistas sin condón y casi siempre metiéndoles el dedito, cómo goza un derechista fanático cuando le enseñas la tercera vía, es como darles un golpe de estado en secreto, como disolverles el parlamento (porque todo orto habla, es ley natural). Lo que no he podido nunca es comerme una encapuchada. No puedo con la capucha. Me mata. Me baja mal la libido. Por muy guapo que sea el susodicho, si me sorprende con una pieza enmascarada, recubierta, ensimismada, me indispono enseguida, me corta, me deja fría y replegada. ¿Por qué será que soy tan terriblemente discriminatoria con las que no me dejan ver la cara bien aireada y se me esconden? ¿Por qué será? Yo he comido kilómetros, pero siempre mirándoles la cara. Si me sacan al Subcomandante Marcos, me sale la derechista que llevo adentro y se acaba la refriega. ¿Quieres hablar conmigo cara a cara? Muéstrame la cara, entonces, no me mezquines la apariencia. No puedo con los encapuchados y los enmascarados y los camuflados y encubiertos y recubiertos: siento que algo me esconden, que no puedo confiar en ellos, que no dan la cara. Y me daña mucho el goce estético, me rebaja mucho la impresión de la belleza, porque yo cuando miro una poronga es como si estuviera admirando un cuadro en el Prado o el Louvre. Lo mismo me pasa con los que la tienen muy chiquita, aunque la tengan a la vista y bien aireada. Me dan lástima. Me dan ternura. Me inspiran compasión. Me dan ganas de meterles el dedito y que ellos se toquen su cosita ínfima, minúscula, y me gusta mentirles y decirles que la tienen grandísima y ellos se la creen, pobrecitos,

qué culpa tendrán de ser pichicortos, pistachitos. Con los años me he vuelto más exigente porque tengo una colección de consoladores que compro en Amazon y todos son de buen tamaño, buena textura, buen olor, y entonces una se acostumbra a que todas sean así de bonitas y limpias y rendidoras. Todos los pipilines que he comprado discretamente por internet son circuncidados, no recuerdo que se ofrecieran de los otros, a mí en todo caso no me interesan. Y todos te acostumbran a la limpieza depilatoria. En eso también soy muy de derecha: a mí dame una cruda, tiesa, incluso sin moral, pero que el propietario tenga la amabilidad de recortarse el matorral. Yo con las selvas exuberantes no puedo. Me mata el pelambre, la melena frondosa, la que parece erizo o puercoespín. Yo me la como entera o doblada, pero exijo en nombre de la dignidad que el señor se depile sus partes de combate. Si me quieren llevar a la jungla, me indispongo, no tengo vocación de exploradora, no soy Humboldt ni Bonpland. A mí muéstrame la mercadería, no la escondas con un pasamontaña ni me la escamotees en medio de una vegetación áspera y copiosa. Los peores amantes que he tenido (todos de izquierda, todos excomunistas reciclados en ecologistas, todos ateos, uno de ellos regidor de Lima) eran de tamaño ínfimo y enemigos radicales de la depilación. Era el horror, la barbarie pura, la vuelta a la caverna: había que mirar eso con linterna, a veces era más grande el pelaje afro que la dotación muy mínima. Mis mejores amantes han sido derechistas, religiosos, casados, del Partido Popular Cristiano, del Movimiento Libertad, los que votaron por Mario y luego se hicieron fujimoristas y ahora son apristas en el clóset, ¿quién hubiera dicho que mis primeros tiradores de la juventud estudiosa del Movimiento Libertad iban a terminar siendo ministros rapaces de Fujimori y luego adulones ventrudos de Alan, todos casados y todos obscenamente enriquecidos en la bolsa y adictos a mí y mis consoladores? No hay memoria en este país, pero yo digo sin jactancia que mi vagina es el verdadero museo de la memoria de este país amnésico y descerebrado. Yo recuerdo a todos y cada uno de los que han pasado por allí y se han alojado en esa posada peregrina y me han dejado su pequeño donativo, su agüita de coco, su baba de caracol. Yo soy la memoria viva de este país. Tú muéstrame una revista de sociales en papel cuché y yo te digo quién es quién, quién es aventajado y quién es chiquilín, quién es tirador solvente y quién es tontón incompetente, quién se depila y quién tiene una reserva natural ecológica. No es que sea una pe, pero soy inquieta, soy curiosa, me gusta probar de todo. Sí, por supuesto, también me he comido a unas amigas del club, a veces me entran unas ganas brutas de comerme a una amiga casada y alicorada y en esos casos me vuelvo machaza y entiendo por qué me río tanto con Ellen y por qué me gusta vestirme así como ella, un poco tirando a hombre, siempre con pantalón y zapatillas, nada de tacos ni vestidos de *lady*, pero al final, no sé por qué, debe de ser porque soy conservadora y de derecha, siempre extraño a un machito encabritado que me ponga en cuatro y me traspase y sobrepase y sopese con su lanza flamígera. Ya tengo años, ya estoy tía y una cosa he aprendido que quisiera compartir con ánimo pedagógico con las nuevas generaciones pujantes: los que más hablan de política son los que peor tiran y a veces ni siquiera tiran, los más politiqueros son los más ineptos en la cama, los que más se acaloran hablando de política no sirven para ponerte en llamas. Si quieres que te pongan a gozar, búscate un derechista, religioso, empresario minero, casado, buen esposo y padre de familia, y dile quiero que bajas a mi mina como minero informal y me saques todito el oro que tengo para ti: búscame la pepita de oro, aunque la mía ya parece de plomo por el desgaste geológico.

Mi Jimmy

Mi Jimmy me dice que ya no quiere ser presidente. Yo le digo: pero tú has nacido para ser presidente, mi amor, yo soy tu mami y te lo vengo diciendo desde que eras niño: eres un líder nato, el Señor te ha creado para que sirvas a tus semejantes, solo vas a cumplir el plan de Dios cuando aceptes humildemente que debes ser presidente del país que amas. Mi Jimmy me dice que ya no sabe cuál es el país que ama, si su Perú natal que lleva en el corazón o los Estados Unidos donde vive hace no sé cuántos años. Yo le digo tú no eres gringo, hijito, tú eres peruano, más peruano que el ceviche, que la papa a la huancaína, que el chancho al palo, tú eres bien peruano por parte de tu mami y un poco inglés por parte de la familia de tu papi, que en paz descanse.

Ya no sé qué hacer para convencerlo de que a fines de año se inscriba como candidato presidencial. Le he ofrecido financiarle la campaña, he hablado con mis amigos de la Obra y ellos han movido sus influencias y tenemos un partido político importante dispuesto a lanzarlo, siempre que no se lance el cocinero tan simpático que sale en televisión comiéndose todo lo que se mueve. Le he dicho que la mesa está servida para él, para mi Jimmy, claro, no para el cocinero, porque el cocinero vive con hambre y se come todo antes de que lo sirvan. Pero mi Jimmy es un Hamlet, duda si ser o no ser, duda y duda, deshoja la margarita, me dice que lo está pensando. ¿Qué estás pensando, mi amor, ¡qué estás pensando!? Hace años debiste lanzarte, te lo dije, te animé, te ofrecí una donación secreta a escondidas de tus hermanos, y al final te enamoraste de tu Silvilín y se fueron a Miami y me dejaste bien plantada. Pero ahora te voy a lanzar, aunque no quieras, hijito. Y no me vengas con el cuento de que estás viejo, mal de salud, muriéndote, que yo soy tu mami y sé que eres mi hijo más sano y deportista entre los diez hijos que me dio el Señor, y también el más piadoso, el más recto, el más virtuoso y el que ha nacido para servir a sus semejantes.

No sé qué espera mi Jimmy para volver a su Lima natal, entrar de lleno a la política, dejarse de engreimientos y trabajar duro por los más pobres. Yo lo empujo, cada vez que lo voy a visitar le recuerdo que lo estamos esperando, pero él encuentra una excusa para quedarse allá en Miami haciendo un programa de televisión que no lo ven ni los camarógrafos de su estudio, y esto lo sé porque cada vez que voy a Miami a visitarlo, llevándole sus pastillas para dormir y sus granadillas que tanto extraña, me invita al programa y voy a escondidas de mis otros hijos, que me han prohibido que siga dándole entrevistas a mi Jimmy, y he visto con mis propios ojos que se caen de cansados cómo los camarógrafos en pleno programa de Jimmy están viendo las pantallitas de sus celulares de mamarracho, seguro que están viendo pornografía esos cubanos mañosos, ¡qué falta de respeto a mi Jimmy, él hablando de cómo gobernaría no al Perú sino al mundo entero y ellos chateando con una balsera recién llegada a la Florida!

Mi Jimmy es muy inseguro, muy sensible, muy delicado, todo le afecta una barbaridad. Es lo opuesto a su papi, que en paz descansa, que era un toro chúcaro, una bestia imposible de domar. Pobre mi Jimmy, todavía no se recupera de los traumas de su infancia, porque su papi le daba correazos en el potito calato y le decía hasta la saciedad que iba a ser mariquita. Y mi Jimmy, de tanto escucharlo, se lo creyó y hasta ahora me dice que tiene dudas. Yo le digo déjate de zonceras, hijito, tú eres el más macho de mis hijos, el más viril de todos, eres tremendo galán latino, ya supera tus complejos, tus inseguridades, y lánzate de lleno a la política. Pero él me dice que no sabe, que no quiere, que no puede, que el principal problema es que está acostumbrado a dormir de cuatro de la mañana a una de la tarde, y que no está dispuesto a cambiar ese hábito malsano y que así no se puede ser candidato ni menos presidente. Y yo le digo: pero hijito, eso se cura en tres días, solo tienes que ir donde tu tía Ivette, que es una psiquiatra de primerísima, y ella te quita todas las pastillas y te enseña a levantarte a las seis de la mañana, a salir a correr varias vueltas a la huaca y luego vienes conmigo a misa en María Reina y a las ocho ya estás con terno y corbata dando órdenes para ser presidente. Porque tú has nacido para liderar, para dirigir, para mandar, y si quieres quedarte no un período sino dos y tres como presidente, yo te apoyo, mi amor, cambiamos la Constitución como te cambio yo los zapatos Prada que tanto te gustan y te quedas en el poder indefinidamente sirviendo a los pobres, yo te apoyo en eso y en todo. Pero él me dice que no se cree capaz de levantarse temprano, salir a correr y luego oír misa conmigo. Yo le digo no hay imposibles, mi amor, hay incapaces, tú tienes que superarte, tienes que tener fe y cambiar tu vida y enderezarla para el bien, ya basta de tomar caminos chuecos, torcidos. En eso no sé si mi Silvilín me ayuda, porque cuando hablo con ella me dice que no, que mi Jimmy no debe entrar en política, que él es escritor, que no sirve para nada salvo para dormir y es tan ocioso que se cambia de calzoncillos cada tres días. Yo le digo escritor de qué, hijita, escritor de adefesios, de novelas libidinosas, de cosas satánicas, escritor que escribe cosas espantosas bajo la influencia del mismísimo diablo, ¡pues yo no quiero que sea ese tipo de escritor, Silvilín, y tú tampoco, que ya me han contado mis amigas de la Obra que en el colegio querías hacer cosas indebidas con tu profesora alemana que menos mal no te dio bola!

Al final todo es cuestión de tener fe. Mi Jimmy me dice que ya no tiene fe, que no es creyente. Me parte el alma verlo tan atontado, tan lelo, tan confundido. Cómo puedes decir esas insolencias, mi amor, le digo yo, si tú desde chico has sido el más pío de mis hijos, el más creyente, el más devoto. ¿Ya te has olvidado de los rosarios que rezábamos en latín, de los retiros en la Obra, de cómo te sacabas veinte en tus clases de religión? Tú sigues siendo creyente, mi amor, sigues teniendo fe, no te engañes, solo que tu fe está dormida y tienes que despertarla y cuando empieces a rezar verás el camino iluminado y entenderás que solo serás feliz cuando cumplas el plan de Dios. Y para saber ese plan solo tienes que hablar conmigo o con Dios, y yo lo sé, lo sé desde que naciste, tú no has nacido para escribir cosas adefesieras que nadie lee, mi amor, porque ya ni los hombres afeminados te leen, ya hasta ellos, que eran tu público fiel, se han hartado de ti, tú has nacido para ser presidente, para convertir al Perú en potencia mundial, para llevar la palabra de Dios a los rincones más inhóspitos de tu país bien acholado y para recuperar el Huáscar que nos quitaron los chilenos. Y yo no me voy a morir hasta verte presidente, Jimmy, yo te voy a lanzar, aunque no quieras, y te voy a pagar toda la campaña y después me nombras embajadora en el Vaticano y recién entonces me podré morir tranquila, en paz, sabiendo que mi hijo mayor, mi primogénito, recuperó la fe y por fin hizo algo útil con su vida.

Ahora en dos semanas voy a ir a ver a mi Jimmy y ya me ha mandado con su chofer como quinientas pastillas para dormir y yo se las llevo junto con varias bolsas de granadillas y pobre el gringo insolente de la aduana que me las quiera quitar, yo soy Dorita Mary Lerner viuda de Barclays y a mí nadie me rebusca la maleta ni me confisca mi fruta fresca. Voy porque es su cumpleaños y porque tengo que sacarlo de la modorra en la que vive a mi hijo, tremendo dormilón, y porque es mi misión de madre, cristiana y peruana abrirle los ojos a semejante manganzón y decirle que a fines de año tiene que regresar a Lima y anunciar su candidatura antes de que el cocinero tan simpático lo atrase y se lo coma como chanco al palo. Pobre del cocinero que trate de hacerle plancha quemada a mi Jimmy, que yo misma voy a su Panchita o su Papacho's y lo agarro a rodillazos. Nadie está más preparado para ser presidente del Perú que mi Jimmy, y a los que se ríen de mí, les digo que el que ríe último, ríe mejor, y ya nos vemos el 28 de julio en Palacio.

La presión religiosa

Mi madre es muy religiosa. Yo soy religiosa cuando estoy con ella. Cuando estoy sola, tiendo a no ser religiosa, tiendo a ser atea. Cuando quiero tener un orgasmo, ciertamente no soy religiosa, soy atea.

Me siento una flagrante contradicción. No encuentro una mínima coherencia en mí. Cuando estoy con mi madre, intento complacerla. Rezamos juntas, vamos a misa. En esos momentos, soy creyente, realmente lo soy, me vuelvo tan religiosa como ella y no dudo de mi fe. Pero es una fe veleidosa, pasajera. Apenas ella se va de regreso a casa y una distancia de miles de kilómetros se interpone entre nosotras, dejo de rezar.

Yo solo rezo cuando me lo imponen. Mi madre me lo impone sin darse cuenta, no me obliga a rezar, pero su sola presencia me vuelve religiosa, su mirada llena de bondad revive la fe en mí. No sé si es fe en la religión o fe en ella o puro instinto de amor, pero no puedo decirle: Mamá, soy atea. Me parece que sería una crueldad, no puedo hacerle daño de esa manera, sería indelicado. Prefiero guardarme esas cosas para mí misma.

Yo no quería confirmarme cuando estaba en el colegio. Ya había dejado de creer. Me confirmé para contentar a mi madre. Para ella era una cosa terrible que no me confirmase. La hacía sufrir. Pensé: Qué me cuesta fingir un poco, es solo una ceremonia, ella se merece que haga ese pequeño esfuerzo de cortesía. Y fingí y me confirmé. Pensé que allí terminaba la cosa, pero recién comenzaba.

Desde entonces he sentido que la presión religiosa es tan fuerte que siempre acabo cediendo para contentar a mi madre. Por ella me casé religiosamente. Por ella bauticé a mis hijas. Por ella las matriculé en colegio religioso. Cuando ella viene a visitarme, vamos a misa todas las mañanas. Pero yo no creo en nada de eso. Lo hago porque la adoro y todo lo que soy se lo debo a ella y todo lo que tengo también se lo debo a ella.

Cuando digo que todo lo que tengo se lo debo a mi madre, no exagero. Mi marido Sandro era alcohólico y adicto a los bingos y nunca fue de provecho y falleció alicorado en accidente de tránsito en la Costa Verde de madrugada. No me dejó nada. Me dejó a dos hijas en el colegio. Me dejó su cuerpo frío y machucado que había que enterrar religiosamente. ¿Quién pagó el sepelio de mi marido? Mi madre Dorita. ¿Quién nos mantiene desde entonces? Ella, Dorita. ¿Quién pagó esta casa en la que vivo sola porque mis hijas ya se fueron a estudiar a universidades lejanas? Mi madre. ¿Quién paga sus universidades, sus camionetas, sus viajes de primavera? Mi madre.

Antes me daba vergüenza que mi madre pagase todo. Ya me acostumbré. Ya me parece normal. A mis hijas les digo: Chicas, las cuentas, directamente a su Nana Dorita. Ellas arreglan sus cosas

de plata con mi madre. Yo ni me entero. No sé lo que cuestan esas universidades carísimas, no sé lo que estudian mis hijas, ellas me lo han dicho, pero no les he prestado atención. Lo siento, así son las cosas: yo no sirvo para hacer dinero. No sé ganar plata. No sé trabajar. Yo soy pintora. Lo único que sé hacer es pintar mis cuadros. Soy plenamente feliz cuando pinto. No vendo mis cuadros, no los expongo, no sé ganarme la vida con mi arte, pero, por suerte, mi madre apoya mi carrera artística y me ha dicho que no me preocupe por las cosas del dinero, que ella feliz paga todo y ni se da cuenta. Mi madre tiene mucho dinero. No sabe cuánto tiene ni cuánto le rinde ni cómo lo mueve magistralmente mi hermano Andy. Mi madre tiene plata de toda la vida, de familia, y Andy es brillante moviendo la plata y haciendo que rinda buenos dividendos. Gracias a mi madre y Andy, me doy la gran vida.

Es lógico entonces que cuando mi madre me visita, como ha ocurrido estos últimos días, deje de ser atea y me vuelva religiosa, todo lo religiosa que haga falta para complacerla. Si ella me apoya en mi carrera artística, lo lógico es que yo la apoye en su carrera religiosa. Sería muy desagradecido de mi parte que yo le dijera: Mamá, soy atea. No corresponde. Mi manera de decirle gracias es rezando con ella, levantándome al alba para acompañarla a misa, cerrando los ojos y elevando una oración sentida como hacíamos cuando era chica y me preparaba para mi primera comunión.

No es que sea falsa o hipócrita, es que yo soy más de una mujer. Cuando estoy sola y pinto, soy atea. Cuando me toco por las noches pensando en una amiga a la que nunca me atreví a declararle mi amor, soy atea. Pero, cuando mi madre está de visita, ¿cómo rayos yo podría ser atea? No me nace. Soy una mujer educada, de principios. No sé si tengo principios, pero con seguridad tengo nervios, soy una mujer muy nerviosa. Y me pongo muy nerviosa cuando contradigo a mi madre en las cosas religiosas. Ella se fastidia mucho si ve que tengo la fe tan descuidada. La hago sufrir, realmente la veo sufrir. Y su sufrimiento es el mío. Y su placer, su mirada extasiada cuando rezamos, es el mío también.

Si Dios existe y sabe que yo existo y pierde su tiempo dedicándome un momento para contemplar el caos que es mi vida, debe de tener la peor opinión de mí, pensará que soy una aprovechada, una oportunista, una farsante cualquiera, pensará esta pendenciera solo reza cuando le conviene para sacarle plata a su señora madre. Y es así, sí, reconozco que es así, rezo por conveniencia, por comodidad, para no pelearme con mi madre y llevar la fiesta en paz. Y para que mis hijas se gradúen de la universidad y sean profesionales de bien. ¿Se drogarán mis hijas? ¿Sabrán que el sexo oral es tremendamente riesgoso? ¿Seguirán pidiéndole plata en efectivo a mi madre como regalo de cumpleaños? ¿Pensarán que mis cuadros no tienen valor y son un mamarracho? ¿Estarán avergonzadas de tener una madre buena para nada como yo? No lo sé. Solo sé que soy una mantenida. Solo sé que ayer y anteayer fui a misa con mi madre y no fui para nada infeliz, me sentí tremendamente liberada y auténtica poniéndome de rodillas y rezando con fervor. ¿Y qué si ella tiene razón y hay alguien escuchándonos? ¿Pierdo algo rezando? Nada. La hago feliz a ella. Soy feliz porque me olvido de la desgracia que es mi vida. Y por las dudas me aseguro, no vaya a ser que cuando muera alguien vaya a juzgarme, no quiero que me echen en cara que mis hijas no fueron bautizadas o que no me casé por religioso o que cuando mi madre me dice para ir a comulgar me hago la estrecha. No. Esa no soy yo. Yo puedo ser atea en secreto y ante mí misma, pero no puedo ser atea ante mi madre y ante Dios. Ante Dios, soy creyente y no finjo. Cuando me olvido de Dios porque mi madre está lejos, me vuelvo un poquito atea, o digamos vaga en

cuestiones religiosas, que Dios me perdone por ser tan ociosa, para todo soy ociosa menos para pintar y tomarme un trago. No soy alcohólica, no, no exageremos. Simplemente soy más feliz cuando tomo un par de tragos. ¿Por qué negarme esa felicidad? ¿Por qué? ¿Solo porque mi marido Sandro murió alicorado? No: he superado ese trauma. Mi marido no sabía tomar, no tenía cultura alcohólica, era un borracho. Yo no me emborracho, yo calmo los nervios, que es otra cosa.

Mañana viene mi madre a almorzar. Tengo que asegurarme de que estén colgados todos los cuadros religiosos. No debo olvidarme de ponerme mi anillo de casada que solo uso cuando ella viene. Sería mejor bendecir la mesa antes de comenzar a comer las cosas que he encargado al restaurante del barrio. Después de almorzar nos echaremos en mi cama y comenzaremos a rezar el rosario tomadas de la mano y será cosa de minutos para que ella se quede privada y yo caiga profundamente dormida. Cuando sea el momento de morir, me gustaría morir así, aferrándome a la mano de mi madre, rezando con ella, cayendo en un sueño tenaz junto a ella. Finalmente, cuando rezo con mi madre no siento el peso de mi cuerpo y es como si volara.

Conspiración telefónica

Mira, hijito, estoy muy preocupada, tienes que hacer algo. Dime, mamá, ¿qué pasa, cómo puedo ayudarte? Tienes que hablar con tu hermano Philip. Por qué, mamá, qué ha pasado. Dice que quiere separarse de Nathalie. Ah, caramba. Dice que está harto de Nathalie, que no la aguanta, que está con ella solo por sus hijos. Dios, ¿de veras? Está harto, así dice, está harto. Pobre, lo siento. Nada de pobre, no va a encontrar a nadie como Nathalie, es una santa, le aguanta todo, ¡y encima ahora la quiere dejar! Increíble, sí. ¡Tienes que hablar con Philip, tienes que llamarlo! Ya, mamá, eso haré, ¿y qué quieres que le diga? Háblale como su hermano mayor, aconséjale, dile que no termine su matrimonio. Tomo nota de tu preocupación, mamá. Ahora me ha dicho que van a ir a una terapia él y Nathalie. Ah, qué bien. No, nada de bien, sabe Dios en qué manos caerán, seguro que van a ir donde un psiquiatra que les va a decir que se separen nomás. Bueno, mamá, pero si los dos quieren separarse, quizá les venga bien un descanso, ¿no crees? Descanso, descanso, tú solo piensas en el descanso, amor: ¿cuándo vas a cambiar?, ¿cuándo vas a darte cuenta de que la ociosidad es la madre de todos los vicios? ¿Cómo estás durmiendo, mamá? Pésimo, pésimo, ¡fatal! ¿Por qué, mamá? Porque me duermo todo el día, estoy hablando y me duermo, me están hablando y me duermo, me quedo dormida comiendo, es horrible, y cuando por fin me acuesto y me duermo, me levanto y pienso que son las seis de la mañana y me pongo a hacer mis ejercicios, ¡y recién son las once de la noche! Qué fastidio, pero solo tienes que seguir durmiendo, mamá. No puedo, ya no puedo, ¡me quedo desvelada toda la noche! Pero toma algo, mamá, toma una pastilla. Estoy tomando la pastilla esa que me recetó tu Silvia, pero no me hace efecto. ¿Silvia? ¿Qué te recetó Silvia? Remerón, me dijo que tome un cuarto de Remerón, pero yo me tomo un cuarto, medio, la pastilla completa y nada, ya cuando me despierto ¡no me puedo volver a dormir! No sabía que Silvia te había recetado Remerón, mamá. También estoy tomando Melatonina. ¿Y qué tal? ¡No sirve para nada! Mamá, ¿cómo estás de salud? ¿Quién? Tú, mamá. ¿Yo qué? ¿Cómo estás de salud? Mal, pésimo. ¿Por qué, qué tienes? Me han hecho no sé cuántos exámenes y me han encontrado que tengo un mineral. ¡Un mineral! Sí, un mineral. ¿Cómo así, qué mineral? Cómo se llama el mineral, no me acuerdo, hijito. ¿No te acuerdas? Mercurio, me han encontrado que estoy llena de mercurio, tengo el mercurio altísimo. Qué cosa tan rara. Nadie se lo explica, los médicos no entienden cómo tengo el mercurio tan subido. ¿Y cómo se cura eso? Con inyecciones, unas inyecciones carísimas, todo el día me ponen inyecciones, una cosa atroz. Lo siento, ¡qué fastidio, qué incomodidad! No sabes cómo me estoy riendo con tu libro. ¿En serio? Me río a carcajadas, lo malo es que me estoy volviendo una mal hablada de lo peor. ¿Cómo así, mamá? Es que tu libro está lleno de lisuras, qué barbaridad, todo el tiempo la puta que te parió, la puta que te parió. Ah,

caramba, no me había dado cuenta, perdóname si te ofende. No me ofende nada, hijito, lo malo es que se me contagia, ahora en la mañana llamé a tu tía Teresa Montero y le dije Tere, la puta que te parió. Qué gracioso, mamá. Sí, y Tere no entendía nada, y yo me moría de risa y le decía la puta que te parió. Estás chiflada, mamá. El otro día vi a tu hija Camelia, mi amor. ¿Qué tal, cómo está Camelia? Fui a visitarla, le llevé un regalito. Gracias, mamá, ¿qué le llevaste? Plata, plata en efectivo. Muy atinado de tu parte. La vi muy bien, no está tan flaca, la vi más asentada. ¿Centrada? No, centrada no, yo no sé cómo saber si está centrada o descentrada, eso deberías saberlo tú, que eres su papá. ¿No está centrada? No dije centrada, dije asentada. ¿Estaba sentada? No, no estaba sentada, me saludó parada. ¿Pero la encontraste sentada? Sí, más sentada, más asentada. Ah, ya. Más asentada, no tan flaca, más asentada, tú me entiendes. Claro, entiendo, mamá. ¿Y qué has sabido de Paulina? Nada, yo nada, ¿qué has sabido tú? Está muy bien, el otro día fui a visitarla, no sabes lo linda que está la casa de Sandrita. ¿Sí? Linda, linda, qué bien decorada, ¡regia! Me alegra. Tienes que ir, te va a encantar, es todo tu tipo. ¿Quién, la casa o Sandra? La casa, hijito, es una casa inglesa, estilo Tudor, Sandrita dice que es la casa que tú siempre quisiste tener. Pero es de ella, mamá. No, no es de ella, es de tus hijas. ¿Está a nombre de ellas? Bueno, tanto no sé. ¿Sandra te ha pedido plata últimamente? No, no la he visto, vino a visitarme el otro día y me dijo que se iba de viaje. ¿No le diste plata? No, creo que no, pero tú sabes que la memoria me falla, ya no sé a quién le doy plata, tus hermanos se molestan conmigo porque me olvido de todo. Te entiendo, yo también me olvido de todo. ¿Te acuerdas de Manuel? Manuel, ¿qué Manuel, mamá?, ¿tu chofer? No era mi chofer, hijito, era mi brazo derecho. Sí, claro. Dicen tus hermanos que Manuel se ha comprado una casa linda acá por la huaca y la está arreglando. Ah, caramba. Y dicen que se la ha comprado con una plata que yo le di, pero yo, la verdad, no me acuerdo de nada. Bien por Manuel, él siempre fue atento contigo. Sí, muy atento, un excelente muchacho, pero tus hermanos están furiosos con él, ¡furiosos! Mamá, le he dicho a Andy que la plata que le diste a Sandra para que se compre su casa me la descuenten de mi herencia. No te descuentan nada, eso fue regalo, lo que se regala no se quita, mi amor. Igual yo dejo constancia, mamá. ¿Cuándo vamos a bautizar a Zoecita, dime? Ya pronto, cuando vayamos a Lima. ¿Cuándo vienen, la traen ahora por Fiestas Patrias? No, Zoe se queda acá. Entonces, ¿cómo la vamos a bautizar? Más adelante, mamá, quizá el año que viene. Hijito, por favor, anda habla con Henry, mi enamorado, el de la farmacia, dile que estoy necesitando mi *krill oil*. ¿Tu qué? ¡Mi *krill oil*, que me mande mi *krill oil*! Ya, mamá, así le voy a decir, ¿qué más necesitas? ¡Nada más, nada más, mi *krill oil*, solo mi *krill oil*! Ya, yo te lo llevo ahora que voy a Lima. ¡No, no, que me lo mande Henry, tú no me vas a traer nada, ya te conozco! Así le diré a Henry, mamá. Estoy muy preocupada, mi hijito, tienes que hacer algo. ¿Por qué, mamá, qué pasa? Tu hermano Jack se quiere separar, dice que está harto de Ellen. ¿No era Philip el que se quiere separar? Philip, sí, ¡y Jack también, imagínate! Ah, caramba. Dice que ya no la aguanta, que solo está con ella por cariño a sus hijos, tienes que hacer algo, mi amor. ¿Qué quieres que haga, mamá? Habla con Jack, habla con Philip, aconséjales, tú ya estás de vuelta, díles que la separación no arregla nada, ¡nada! Ya, mamá. ¿Los vas a llamar, me prometes? Bueno, sí, los voy a llamar cuando esté en Lima. No, amor, cuando estés en Lima ¡ya va a ser muy tarde, tienes que llamarlos ahorita! Ya, mamá, los llamaré, o quizá mejor les escribiré un correíto. No, mi amor, correíto no, llámalos, no seas flojo. Ya, mamá. Tienes que vencer la pereza, tienes que dejar la flojera de lado, tu podrías estar de presidente si no fueras tan flojo, mira dónde estás por culpa de la flojera. ¿Dónde estoy, mamá? En la puta que te parió. ¿Cómo? Toda tu novela es la

puta que te parió, la puta que te parió, no puede ser que escribas así, hijito, qué va a pensar la gente, que yo te hablaba así cuando eras chiquito. ¿Tú crees que pensarán eso? ¡Claro, claro que piensan eso, y yo nunca te he hablado con lisuras, amor! ¿Te está gustando la novela, mamá? Sí, mucho, mucho, pero leo tres párrafos y me quedo dormida. Ah, caramba. Es por el mercurio, que lo tengo altísimo.

Hagamos un trío

Lamentablemente no hicimos un trío porque mi hermana no se animó. Dependía de ella y, a la hora de la verdad, arrugó. Mi esposo Silvio y yo teníamos ganas de jugar con ella esa noche. Mi esposo me ama y, que yo sepa, nunca me ha sido infiel, pero tampoco es miope y sabe apreciar la belleza de mi hermana. Mi hermana es mucho más linda que yo. Me gana en todo: en cara, en tetas, en poto, en piernas. No me gana en conversación, en eso la supero sin esfuerzo, ni en bromas, yo soy más pícaro que ella, ni en plata. Pero mi esposo estaba obsesionado con hacer un trío y a mí me gustaba que me contara sus fantasías y al final siempre terminábamos con el mismo problema práctico: Ya, todo bien, quieres estar conmigo y con otra mujer, pero ¿qué mujer? Mi esposo Silvio lo tenía clarísimo: Tu hermana. Pero mi hermana está casada, le decía yo, y a él no le importaba ese detalle y me contaba en sus delirios eróticos las cosas que quería hacernos a mi hermana y a mí, y yo me calentaba y entraba en la película y le decía las cosas que mi hermana y yo le íbamos a hacer. De tanto jugar con esa fantasía, los dos nos obsesionamos con plantearle la cuestión a mi hermana. No era fácil, podíamos patinar feo. No sé si mi hermana es feliz con su esposo, yo diría que sí. Solo sé que dos semanas antes de casarse se acostó con el chofer de la limusina que fue a recogerla al aeropuerto de Miami. Yo no lo podía creer cuando me lo contó. Según mi hermana, fue un arrebato, una crisis nerviosa, no era que el chofer cubano fuese particularmente atractivo, era que ella se sentía tensa ante la inminencia del matrimonio y quiso quitarse la tensión de encima y echarse un último polvo para despedir su soltería. Me lo contó a mí y solo a mí y yo ni siquiera tuve el gusto de conocer al cubano que se tiró a mi hermana en un hotelito discreto. En mi familia todas las mujeres somos así, sexualmente muy apetentes. No debí contarle a mi esposo que mi hermana se tiró a un cubano dos semanas antes de casarse. Se lo conté una noche en plena tiradera y desde entonces creo que se obsesionó con ella. Yo no lo cortaba, me gustaba que me contara su película con mi hermana: de noche, en esta casa, en la piscina, tú me haces esto, ella me hace esto otro, luego yo les hago esto y lo otro. Tal vez porque pensaba que en la práctica era imposible, yo me entregaba a la fantasía que él me iba contando y sinceramente gozaba pensando que mi hermana y yo lo haríamos feliz una noche y la cosa quedaría en secreto entre los tres. Ese era el pacto con mi esposo: una noche y solo una noche y después nadie se acuerda y no pasó nada. Por eso planeamos todo meticulosamente. Invitamos a mi hermana a que viniera a Miami a pasar unos días con nosotros, le pagamos el viaje, le pedimos que se quedara a dormir en la casa, ella que es muy maniática no cedió y se fue a un hotel cercano, aunque aceptó que nosotros le pagáramos la cuenta. Mi esposo Silvio y yo compramos los vinos, preparamos todo, nos arreglamos, nos hicimos unas ilusiones de quinceañeros alborotados. Recuerdo

claramente ese momento: él y yo arreglándonos en el baño, mirándonos en los espejos, sintiendo en el aire el peligro de la seducción que estábamos dispuestos a llevar a cabo, riéndonos y amándonos porque éramos capaces de reconocer que él estaba loco por mi hermana y yo veía esa locura con simpatía y una cierta condescendencia que no sé si era puro puterío, pero no me parecía malo que mi esposo quisiera hacer jugarretas con mi hermana, malo me hubiera parecido que las hiciera a escondidas, la verdad es que me gustaba y halagaba que me contara todo y fuésemos capaces de compartir ese secreto. Cuando mi hermana llegó, salí a abrirle la puerta y le pregunté a quemarropa: Trajiste ropa de baño, ¿no? Me dijo que sí, menos mal. Yo ya estaba en ropa de baño y mi esposo también y luego estábamos en la cocina y fue un momento genial porque mi hermana quiso abrir una botella de vino y no pudo y mi esposo le dijo déjame, yo te ayudo, yo soy experto en eso, y cuando metió el sacacorchos y lo hundió y le dio vueltas, mi hermana y yo nos miramos y nos reímos y yo pensé: Ya, es un hecho, esta noche hacemos un trío en la piscina, qué rico. En ese momento pensé que mi hermana estaba jugada a favor del trío, su mirada fue inequívoca, le gustó sentir el peligro de mi esposo sacando el corcho con su sonrisa de penúltimo *playboy*. ¡Qué pedazo de lomo mi esposo! No quiero alardear, pero mi esposo en ropa de baño y con dos vinitos es una tentación para cualquier mujer en su sano juicio, y por eso pensé que mi hermana entendería que lo de esa noche no era invitación sino emboscada, no era reunión sino trampa. Cuando mi hermana se cambió en el baño de visitas y salió en ese bikini y mi esposo la miró relamiéndose y ella se acercó a la piscina y dejó entrever la majestad de su poto peruano y mi esposo y yo le miramos el poto y pensamos que era un poto supremamente bien hecho y sin duda alguna superior al mío en todo sentido, en ese momento pensé que el trío era un hecho, una cosa inevitable, y mi esposo, aunque tal vez no lo mereciera, saldría premiado esa noche. Si mi hermana se había puesto ese bikini y no tenía empacho en lucir su poto tan oronda era porque quería que mi esposo le hincara el diente. En eso mi esposo y yo somos siempre un equipo y habíamos trazado las reglas muy claramente: cuando finalmente ocurriera el trío, él no podía metérsela a mi hermana, solo podía metérmela a mí, con mi hermana era besos y sexo oral y punto, yo estaba dispuesta a compartir, pero tampoco tanto, una también tiene sus límites y su moral. Mi esposo no tenía problemas, su obsesión era que mi hermana se la comiera doblada, él solo quería eso, ver a mi hermana y a mí haciéndole un servicio esmerado, todos los hombres son iguales, todos sueñan con dos mujeres parecidas o mejor igualitas y las dos hincadas de rodillas y haciéndoles reverencias con la boca llena. Todo fluyó suave y rico en la piscina. Mi esposo servía los vinos, yo ponía la música, mi hermana parecía contenta con la situación y sus posibles ramificaciones. No sé, yo en ese momento pensé que el trío era un hecho, lo di por sentado. Por supuesto, las dos empleadas habían salido por la tarde, les había dado el fin de semana libre, no quería que nos espieran y se ganaran con la película, hay que cuidar la reputación de señora ama de casa. Salimos de la piscina y nos echamos en la tumbona y mi esposo estaba loquito con el repelente en aerosol disparándose a los mosquitos y no le importaba si nos lo tiraba en la cara con tal de matar al mosquito real o imaginario que veía en su paranoia de cazador frustrado. Yo sentía la tensión en el ambiente, pero nadie se atrevía a dar el primer paso. Fue un momento tremendo, de gran expectativa. Yo esperaba que mi hermana no me defraudara y, como buena mujer de mi familia, fuese un poquito más puta risueña que hermana convencional. Pero, cuando finalmente me animé y le pregunté si alguna vez había hecho un trío, ella dio un salto, se paró de un brinco como si le hubiera pasado corriente, como si le hubiera dado un calambre, y se sentó

con cara de palo y dijo que ella jamás haría un trío. Fue un momento tenaz. Mi esposo se quedó helado, en ese momento se le bajó todita, pude ver cómo se le deshizo toda la ilusión. Mi hermana arrugó, se replegó, reculó, nos dejó tirando cintura. Recuerdo que de la nada dijo: Yo siempre pienso que papi está mirándonos desde el cielo. ¡Qué bajón! ¡Qué momento satánico! Yo quería hacer un trío y ella revivió a papi y lo puso a espiarnos en la noche estrellada. Mi esposo estaba tieso como un cadáver y creo que pensaba: Todo el vino que le dimos a la mal cogida de tu hermana fue en vano. Él siempre está pensando en la plata, no puede con su genio. Amé a mi esposo cuando dijo: No sé, yo no creo en el cielo, yo soy ateo. Bien dicho, pensé, y además cualquier mujer lo sabe: un hombre nublado por el deseo es ateo, así lo ha sido desde la creación.

Tres amigas en apuros

Mi madre Dorita vino a pasar unos días con nosotros en Miami. Tras su última visita, pensé que no la vería en dos o tres meses, pero me sorprendió, anunciándome de pronto un viernes que al día siguiente llegaría con sus amigas Teresa Montero y Antonia Olaechea, amigas de toda la vida, del colegio Villa María, de correr olas en La Herradura, del Opus Dei.

Dorita había estado con nosotros el mes pasado, celebrando mi cumpleaños, y no habían transcurrido siquiera tres semanas y ya se dejaba caer de nuevo, qué alegría. No venía, en rigor, a visitarnos, venía con sus amigas Teresa y Antonia porque ambas estaban mal de salud y tenían que hacerse unos procedimientos médicos en el Baptist, el hospital que mi madre prefiere en esta ciudad.

Me ofrecí a reservarles un hotel en la isla, pero Dorita, infatigable, ya había alquilado una casa cerca del hospital. Enseguida me ofrecí a mandarles un chofer al aeropuerto y Dorita me hizo saber que lo esperaba con ilusión, porque ya me conoce y sabe que no voy al aeropuerto a buscar a nadie, ni siquiera a ella, ni siquiera a mis hijas cuando vienen de Nueva York a visitarme un fin de semana.

Dorita, Teresa y Antonia, las tres con setenta y largos años, llegaron con una empleada doméstica, Tamarinda, que en realidad se llama Tamara, pero a la que le dicen en tono jocoso Tamarinda, y seis maletas, dos cada una. Mi chofer, que en realidad no es mi chofer particular, sino un chofer de confianza al que contrato en contadas ocasiones para servir a mi familia o a ciertos invitados, y que cobra una fortuna por hora de servicio, ya conocía bastante bien a mi madre, así que no tuvo que llevar cartelito al aeropuerto, pero, como era previsible, no entraron las tres amigas, la mucama hacendosa y las seis maletas en la camioneta, de manera que el hombre tuvo que improvisar, contratar un taxi, cargarlo de maletas y llegar a la casa alquilada por mi madre. Nada más dejar a la empleada ordenando las cosas, mi madre y sus amigas vinieron a visitarnos. Burlando los severos controles aduaneros, Dorita había introducido a este país, sin declarar nada, una maleta llena de granadillas, tunas, plátanos de la isla, chirimoyas, camotes, limones, uña de gato, polen, miel de abeja, afrecho y helados de lúcuma derretidos.

Con gran naturalidad, Teresa nos contó que tenía un problema de almorranas y le harían una delicada operación en el ojo del culo, llamada «reconstrucción del ano» y, sin que nadie se lo preguntara, nos hizo saber que mi madre Dorita pagaría todos los gastos de esa operación a contramano, y luego, ya roto el hielo, y puestos a contarnos todos de qué pie cojeábamos, Antonia, amiga de mi madre desde niñas, vecinas de toda la vida, viajeras al Vaticano dos veces por año, nos contó que por un ojo no veía ya nada y por el otro a duras penas entre el diez y el quince por

ciento, y que la operarían para implantarle células madre en ambos ojos, con la esperanza de que, en el escenario más optimista, recobrase parcialmente la visión en el ojo negro y mejorase la tenue visión en el ojo nublado, o amarillento, porque, según confesó, lo que veía en el ojo que tendía también a apagarse era una mancha amarilla creciente. Me conmovió que mi madre tuviese el buen corazón de pagar ambas operaciones, el viaje, la casa alquilada, y que estuviera dispuesta a quedarse una, dos, tres semanas, las que hicieran falta para socorrer a sus amigas delicadas de salud.

Ambas operaciones fueron exitosas y Dorita no tardó en sentenciar que se trataba de dos milagros que había obrado el papa polaco desde el más allá. Teresa salió del hospital al tercer día y Antonia, al cuarto. Cuando le pregunté a mi madre cómo estaban sus amigas, me dijo: Tere tiene el poto al treinta por ciento y Toña tiene los dos ojos al cero por ciento, no ve un carajo. Le dije: Pero Antonia tenía uno al quince por ciento antes de la operación, ¿ahora está en cero? Sí, me tranquilizó ella, está ciega de los dos ojos, pero en tres meses estará al cuarenta o cincuenta por ciento. ¿En los dos?, pregunté. Eso aún no se sabe, respondió Dorita, idealmente en los dos, o en la suma de los dos, todo lo que sea arriba de quince por ciento combinado es ganancia. Me sorprendió lo bien que sumaba mi madre, sin duda estaba lúcida y afilada, por lo visto las sesiones de directorio de la minera la habían familiarizado con los números y la conveniencia de echarse una siesta. Porque, para mi sorpresa, mi madre y sus amigas no venían a la isla a visitarnos, decían que el tráfico era atroz y les provocaba quedarse durmiendo largas siestas interminables de dos y tres horas, y cuando despertaban Tamara les hacía masajes en la espalda y los pies y rezaban el rosario las cuatro, agradeciéndole al papa polaco su intercesión milagrosa.

Una mañana muy temprano mi madre saltó de la cama, hizo sus ejercicios espirituales y les dijo a sus amigas que vendrían a visitarnos. Eran las ocho. Salieron a las ocho y media. No sabían quién debía manejar. Antonia no veía nada, así que la sentaron delicadamente atrás. Mi madre tenía la licencia expirada, prefirió sentarse en el asiento del copiloto. Teresa tomó el volante, encendió la camioneta que yo les había prestado y se dirigió a nuestra casa. A sugerencia de mi madre, empezaron a rezar el rosario en latín. No se sabía si Antonia rezaba o dormía, pero musitaba algo débil, inaudible. Teresa manejaba deprisa, no porque estuviera apurada, sino porque no conocía otra manera de conducir. Unos semáforos más allá, tal vez porque sintió un cosquilleo o una picazón en la zona operada y quiso reacomodarse, pisó el acelerador en lugar del freno y chocó aparatosamente contra un auto detenido en la luz roja. La colisión fue tan violenta que las bolsas de aire se inflaron de golpe, tan repentinamente que Dorita y Teresa quedaron aturdidas, aprisionadas, bobas por el impacto, mientras Antonia despertó de su letargo y recuperó de pronto la vista parcial en los dos ojos y gritó: ¡Milagro, milagro, ya veo! Dorita la amonestó: ¡Si ves, por qué carajo no avisas que vamos a chocar! Luego le dijo a Teresa: Chola, ¿estás bien? Teresa respondió: Creo que sí, pero no veo por un ojo. Dorita sentenció: No te quejes, hija, estás tuerta, pero Antonia ve por los dos ojos, así que algo hemos mejorado. Al ver que la señora del carro siniestrado bajaba y se acercaba con gesto furioso, Dorita gritó: ¡Acelera, Tere, fúgate, no seas cojuda! Pero Teresa se negó a escapar y dijo: Ni cagando, nos quedamos y pagamos. Pagaré mi hijo Jimmy, dijo Dorita. Antonia dijo, exultante, maravillada: Qué linda es la luz de Miami. Cállate y no hables huevadas, le dijo Dorita.

Luego se bajó de la camioneta y le habló en español a la señora del auto chocado: Mira, hijita, mi hijo es Jimmy Barclays, de la televisión, el mandamás del canal Mega, él va a ser el próximo

presidente del Perú, así que tú llámalo a su casa y él te paga todo, ¿ya? Y no me hagas más líos porque yo soy Dorita Lerner y si me metes un juicio te voy a destruir y te voy a meter presa, ya sabes, porque ya te he sentido clarito el tufo a alcohol. Así que apunta el número de Jimmy y llámalo y él te paga todo, es un gran huevón. Chau, hijita, chau, que Dios te pague, dijo Dorita y subió a la camioneta y Teresa pisó a fondo el acelerador, sin reparar que la señora casi no hablaba español. Minutos después, sonó mi celular, despertándome, y la mujer chocada, una brasilera, me preguntó llorando si le pagaría todo. Sí, por supuesto, dije, como un gran calzonazos.

Tetas nuevas

Estoy molesta con mi marido Silvio porque anoche terminó dos veces encima de mí gritando como un caballo y luego se quedó dormido y no se preocupó de que yo terminase. Es una grosería hacerme el amor de esa manera. Le importa un cuerno si yo termino o no termino, él hace lo suyo, va a sus posturas conocidas de jinete, cabalga, se siente un campeón, termina a los gritos y las nalgadas y buenas noches, muchas gracias, hasta mañana. Estoy molesta con mi madre Dorita porque no ha terminado de leer el libro que le regalé y por lo visto no tiene intención de terminarlo. Es una desconsideración, una grosería. Pasé cuatro años escribiendo esa novela sobre mi iniciación amorosa en un colegio de monjas alemanas. Es una novela sórdida, desalmada, con seguridad chocante para mi madre, que es muy religiosa. Pero no es una novela cualquiera, es mi novela, y en ella cuento las cosas tremendas que me hicieron las monjas neonazis en ese colegio internado en el que me metieron mis padres no para que aprendiera a hablar bien el alemán, sino para que no les molestara la vida los fines de semana en su casa de campo. Hace un año le regalé la novela a mamá. Me prometió que iba a leerla. No me ha dicho una palabra. Le he preguntado un par de veces y me ha respondido con evasivas que la estaba leyendo, pero no directamente, dijo que había contratado a una señora para que se la leyera porque a ella le cansa mucho la vista y que la señora iba ciertas tardes a leerle la novela, pero al parecer había leído ciertas páginas truculentas en las que unas monjas insomnes salían de madrugada por los pasillos del internado ávidas de lamer clítoris y entonces mi madre había aconsejado suspender la lectura. Estoy molesta con mi madre Dorita porque cuando le pregunto si está leyendo mi novela me miente, me dice que sí, que va avanzando poquito a poco, que la dosifica para disfrutarla más, que ya no se la lee la señora contratada porque le dio un poco de pudor que le leyera esas cosas tan tremendas. Pero la verdad es que mamá ha abandonado mi novela, disgustada, espantada de que yo me atreviera a contar esas cosas tan fuertes, tan alusivas a la vagina, que es un asunto del que nunca he podido hablar con ella. Es frustrante: mi marido Silvio no ha leído mi novela, mi madre la ha leído a medias y la ha abandonado, mi mejor amiga no sé si la ha leído porque se la regalé hace meses cuando vino a visitarnos y luego se fue y no me ha dicho una palabra. ¡Y es mi mejor amiga! ¡Y le regalo mi novela y no me manda siquiera un escueto correo electrónico diciéndome que la leyó, que le gustó, nada! Estoy molesta con mi hija Camelia porque ha vuelto a fumar. No me importa que fume marihuana de vez en cuando, quién en esta casa no lo hace, hasta las empleadas domésticas me piden un porrito cuando están muy estresadas y yo lo comparto con ellas y nos reímos juntas (ellas sí me leen, ellas son las únicas en esta casa que han leído mi novela y me la han comentado y me han dicho que lloraron con las escenas de los abusos sexuales y me han

contado cosas atroces que ellas vivieron en los Andes peruanos cuando eran niñas), el problema es que mi hija Camelia ha vuelto a fumar tabaco. Toda la vida le rogué que no fumase tabaco, que es un hábito sucio, desagradable, y ahora ella fuma y fuma como china en quiebra y no le importa fumar cuando viene a la casa y fuma en mis narices, aunque yo le pida que no lo haga. Es una desconsideración, una grosería, una falta de respeto. Y es una pena muy grande porque el daño que hace a su salud es irreparable y apenas tiene veinte años y estudia Economía en New York y es una genia para los números y el dinero, pero se vuelve idiota cuando se trata de su salud y es adicta al tabaco y al vodka y al Red Bull y sabe Dios a qué pastillitas que le enfocan la lucidez y la ponen locuaz. A mi hija Camelia ni siquiera hice el intento de regalarle mi novela, para qué voy a engañarme, ella no lee nada, solo lee todo el día la bendita pantallita con los mensajes de texto, está como hipnotizada por ese cristalito de éter en el que teclea y teclea mientras inhala y golpea y echa más humo cerca de mí. Mi vida es un completo fracaso: mi marido me monta como si yo fuera una yegua de carrera, no se preocupa por darme un orgasmo delicado, bonito, no me espera, no tiene la menor consideración por mis tiempos, cree que cuando él termina, termino yo también y termina todo el mundo, se acabó la función; mi madre es una santurrona que se niega a leer mi novela y a hablar del pasado porque prefiere vivir ensimismada en sus ficciones religiosas y las cosas que escribo le parecen dictadas por algún espíritu luciferino; mi hija fuma tabaco y bebe vodka y es absurdamente alta y flaca y creo que todo el día está drogada solo que ya no reconozco qué drogas se mete, pero la encuentro acelerada, atropellada, sin ningún respeto por las formas o las cortesías, el otro día Camelia me dijo: Mamá, tienes las tetas caídas, deberías levantártelas. Y se fue fumando su cigarro con su aire de sabelotodo que sabe a cuánto van a estar el próximo año las acciones de Apple, Google y Twitter. Sí, tengo las tetas un poco caídas, soy una señora de cincuenta años, pero no pienso operarme nada, no pienso rehacer mi cuerpo para complacer a quién, ¿a mi marido? Mi marido no me mira las tetas, mi marido no me mira la cara, mi marido tiene una obsesión con mi poto y por eso se enamoró de mí y se casó conmigo y por eso siempre que me hace el amor me obliga a ponerme en cuatro y me cabalga como a él le gusta. Una vez en el colegio alemán, en quinto de media, hicieron un concurso para ver quién tenía el mejor poto y todos votaron, chicos y chicas, y yo gané, y creo que fue uno de los días más felices de mi vida. Y no puedo quejarme: tengo un muy buen poto gracias a mi madre Dorita, que tiene un poto aun más soberbio que el mío, solo que ella es religiosa y lo oculta y yo soy más liberal y lo dejo entrever. Estoy molesta con mi hermana Caroline porque me prometió que me haría ganar dinero en su fondo de inversión y le di dos millones de euros que saqué de una de mis cuentas secretas sin que mi marido se enterase de nada y la arpía de mi hermana me tiene a pérdida y no me ha hecho ganar nada y cada trimestre encuentra un pretexto para decirme que estamos diez por ciento abajo del monto invertido y echarles la culpa a los chinos. Si por lo menos mi hermana me hiciera perder dinero, pero leyera mi novela hasta el final, en fin, quizá estaría menos molesta con ella, pero cuando vino a visitarnos le di la novela, le advertí que tenía escenas muy fuertes con las monjas alemanas, se la firmé, se la dediqué, se la llevó (junto con los dos millones de euros) y no me dijo una sola palabra hasta el día de hoy. Soy una escritora, me parto el lomo escribiendo la gran novela de mi vida y mi marido no la lee, mi mamá no la lee, mi hija no la lee, mi hermana no la lee y lo peor de todo es que quizá tienen razón y la novela es muy densa y no merece que la lean hasta el final. Qué depresión, creo que mi hija tiene razón, tengo que hacerme las tetas.

Un manatí a dieta

Mi esposa me ha puesto a dieta. Estoy pesando noventa y siete kilos. Debería pesar ochenta y cinco. Llevo dos semanas a dieta y he bajado apenas dos kilos.

La dieta consiste en no consumir azúcar, nada que tenga azúcar, ni las cosas obvias que más engordan: pan, arroz, pasta, galletas. Solo debo comer pescado, pollo, clara de huevo, frutas y verduras, en las cantidades que quiera.

Una parte importante de la dieta es tomar mucha linaza mezclada con jugo de naranja. Según mi esposa, la linaza obra maravillas en el sistema digestivo, me purifica, deshinchas y ayuda a eliminar fácilmente casi todo lo que como.

Lo que más trabajo me cuesta es no comer chocolates ni helados pasada la medianoche, cuando me asalta una urgencia suicida por endulzarme el paladar.

La otra noche regresé a casa después del programa, tomé tres jugos de naranja con linaza, me abrigué porque, siendo enero, invierno en la isla, hacía frío, y salí a caminar los tres kilómetros que recorro cada madrugada, sin falta, no tanto para ejercitarme, pues camino a paso reposado, sino para disfrutar de la noche, despejar la mente y cuidar el espíritu: tengo para mí que las caminatas nocturnas me sirven para templar el ánimo mejor que las meditaciones en posturas de yoga que, con la ayuda de una profesora, ensaya mi esposa.

Caminar a medianoche por la isla es una rutina en extremo placentera, porque uno no encuentra peatones, perros, ni siquiera automóviles casi, tan solo un carrito de golf que pasa muy esporádicamente y algún gato que mira con astucia desde la penumbra, de modo que se puede pensar y hasta hablar a solas sin que nada nos interrumpa ese momento ensimismado de confrontarse con uno mismo y sus deseos, planes, ambiciones, y también, claro está, sus miedos y rencores. He caminado de noche en otras ciudades en las que me ha tocado vivir, pero ninguna tan apacible, segura y cálida como esta isla.

Aquella noche en que todo parecía estar bien, en paz, caminé kilómetro y medio hasta llegar a la fuente de agua, me detuve, elevé una plegaria siendo agnóstico por la memoria de la adolescente que perdió la vida en un absurdo accidente el primero de enero a las ocho de la mañana, cuando el conductor de un coche deportivo de alta gama, un joven menor de edad, se estrelló contra un poste de luz, y la chica de apenas diecisiete años, pasajera en el vehículo, no pudo sobrevivir a tan incomprensible colisión contra unos árboles y un poste de alumbrado público, y vi las flores y las velas encendidas allí, en el lugar donde ella perdió una vida llena de promesas, y pensé en lo antojadiza que era la suerte, y en cómo unos simplemente tenían mala suerte y fallecían porque el azar se ensañaba con ellos, y otros teníamos buena suerte, acaso mejor

de la que merecíamos, y conseguíamos seguir vivos, en pie, gozando de buena salud.

Emprendí el camino de regreso cuando sentí que la linaza hacía efecto inmediato, me provocaba retortijones en el estómago y anunciaba que debía aliviarme pronto. Apuré el paso. Tenía que andar a toda prisa quince cuadras largas para llegar a casa. Estaba habituado a caminarlas morosa, sosegadamente, casi zigzagueando, como el gran haragán que soy, pero ahora la urgencia estomacal me obligaba a dar trancos largos, como los que dan las personas que tienen poder o creen tenerlo, o las que pasan de una cita importante a otra, como si la vida fuera a acabarse mañana. Cuanto más rápido caminé, más poderosa se hizo la urgencia de aliviarme. Comprendí que los movimientos sísmicos en mi vientre de manatí a dieta me advertían que, así las cosas, no llegaría al baño de casa. Caminé más rápido, empecé a correr, pero la barriga emitía sonidos pedregosos, telúricos, anunciando una catástrofe, un desastre, y entonces pensé: tal vez deberías tocar el timbre de una de estas casas y pedir el baño prestado. Pero era tarde, la una de la mañana, y casi todos dormían en la isla, y no pocos vecinos me conocían por mi trabajo en televisión y los años que llevaba viviendo en el barrio, y me dio vergüenza pedirle ayuda a un buen samaritano.

Entonces me resigné a que, como nuestros antiguos antepasados, los monos o chimpancés que aprendían a caminar erguidos, sería inevitable evacuar en algún rincón oscuro, detrás de un cerco vivo de cipreses.

Estaba eligiendo el lugar donde habría de expeler mis deposiciones de ley cuando empezó a llover a cántaros. Lo que faltaba, pensé. Me estoy cagando y se larga a llover y ahora me voy a mojar hasta el culo, me dije.

Me escondí como un animal temeroso, rogué al azar que me protegiera de algún viandante que pudiese pillarme haciendo esas cosas innobles en la vía pública, me abandoné a los dioses de la fortuna, me bajé los pantalones, me puse en cuclillas, como el mono que todavía era, e hice lo que tenía que hacer. Sí, la linaza era tremendamente digestiva, tanto que sentía que estaba pariendo un feto de seis meses entre los arbustos.

De pronto sonó el celular. Era mi esposa. Me dijo que estaba preocupada porque con la lluvia tan copiosa seguramente estaría mojándome de pies a cabeza y que saldría de inmediato a rescatarme. Le dije dónde estaba. Le pedí que no se apurase. No quise explicarle lo que estaba haciendo para no herir su sensibilidad.

En esa circunstancia me encontraba, tratando de agazaparme bajo un sauce llorón, rogando que no pasara un auto, un ciclista, la patrulla de la policía, un peatón impertinente, cuando atisbé las luces de un vehículo que se acercaba a baja velocidad, en dirección a mi escondrijo, donde continuaba depositando mis desechos.

Ella bajó, me llamó por mi nombre, y yo me agaché todavía más y no respondí.

—¡Amor, soy yo! —reconocí la voz de mi esposa, y luego oí cómo se reía.

—No me mires, por favor —imploré, humillado.

Ella se dio vuelta, siguió riéndose y preguntó:

—¿Tienes papel higiénico?

—No.

—¿Y con qué te vas a limpiar?

—Con las hojas.

—No seas tonto, te paso paños húmedos.

Se acercó, me vio así, en cuclillas, escondiendo el mojón, mirándola con profunda vergüenza, y pensé que no me amaría más, que me dejaría, que nuestro amor no sería capaz de sobrevivir a esa imagen repugnante, patética, que le había infligido, y ella me alcanzó los paños y siguió riéndose sin poder contenerse, mientras yo me limpiaba.

Cuando me subí los pantalones y me dispuse a entrar en la camioneta, después de tapar con hojas de calicanto mis residuos, como los gatos ocultan sigilosamente sus excrementos, vi con pavor cómo se abría la puerta de la casa en cuya fachada me había recogido para dejar una donación de guano de pelícano triste, y salía un tipo en ropa de dormir y sandalias, cubierto por un paraguas, y me preguntaba, en perfecto español:

—¿Se encuentra bien, señor Barclays?

—Sí, sí, muy bien —respondí, y no quise acercarme ni darle la mano.

—Lo vi en las cámaras de seguridad y quería ofrecerle pasar al baño.

Sentí que era el momento más vergonzoso de mi vida. Quise escapar, desaparecer, cambiar de identidad, no volver a la isla. Ese amable vecino me había visto, en sus cámaras, haciendo algo que los caballeros no debían hacer en público, y sabía Dios si se quedaría con la grabación y la mostraría a sus amigos, borrachos, riéndose de mí.

—No se preocupe, perdone la molestia —dije, evasivo, y subí a la camioneta.

El vecino amable nos hizo adiós, riéndose de un modo pícaro, malicioso, que prolongó mi agonía.

Llegando a la casa, me di una larga ducha.

Mi esposa seguía riéndose.

Hasta aquí hemos llegado con la dieta de linaza, pensé, furioso.

Pero, al día siguiente, seguí cumpliendo el régimen de privaciones alimenticias, tomé mucha linaza y, en medio del programa, tuve que mandar a comerciales y, mientras emitían la publicidad, me quité el micrófono, lo apagué y corrí al baño como un terrorista con una misión.

Ya es Navidad

Que haya fumado marihuana ayer y hoy no significa necesariamente que sea adicta, no saltemos a conclusiones. Que vaya a fumar el próximo fin de semana no es algo seguro: puede ocurrir como puede no ocurrir y si no ocurre no pasa nada, mantengo la calma y cumplo mi rutina sin que se note la mínima alteración. ¿De qué depende que fume o no? Ante todo, depende de mi esposo Silvio. Si él decide fumar y quiere compartir conmigo su vicio (no su adicción, porque Silvio no es adicto, fuma de vez en cuando y es muy respetuoso de mi libertad de fumar con él o abstenerme, aunque yo nunca me abstengo), entonces yo lo acompaño feliz, porque el matrimonio es compartir. ¿Compartir qué? Compartir un pavo el Día de Acción de Gracias y un porrito esa noche para bajar el pavo y calmar la ansiedad y no ir a ponernos en una cola absurda en la cochera de Target para comprar un plasma gigante que no necesitamos: en mi relación con Silvio compartimos todo, también su afición por la marihuana. Insisto, y perdón que haga hincapié, pero no quisiera que me confundan: no soy adicta, no soy dependiente, no soy viciosa, soy aficionada a la marihuana. Es una afición, un *hobby*, como me puede gustar cultivar un bonsái o llevar siempre un supositorio en cada teta aprisionado por el sostén por si me ataca una constipación severa. Ni Silvio ni yo somos adictos a la marihuana, aunque hemos fumado ayer y hoy. ¿Por qué hemos fumado? Yo, porque amo a Silvio y no me gusta que él esté volado y yo no, se crea una distancia entre nosotros y a mí me gusta sentir que somos cómplices. Silvio, porque en las fiestas y feriados se pone mal, se pone depresivo, lloroso, se pone a hablar de todo lo que salió mal en su vida y entonces la culpa le come la cabeza como una polilla malnacida carcomería toda esta casa noble de madera y él solito sabe cómo matar a la polilla: va caminando como un sonámbulo, teclea la combinación de la caja fuerte, abre la caja y saca un atado de hierba fresca y me lo entrega para que yo le arme la pistolita. ¿Cómo llega tanta marihuana a nuestra caja fuerte? A mí no me miren, yo no compro nunca ni sé dónde comprar. Silvio tampoco compra, no que yo sepa, a él le regalan marihuana sus amigos del canal. Así me dice Silvio y yo le creo: «Amor, se me acercó un camarógrafo y me regaló una hierba fina», «Amor, se me acercó el iluminador boricua y me dijo Silvio, aquí te dejo una donación para tu *Thanksgiving*». A todo esto, Silvio se pone bruto en vísperas de los feriados y me da la contra: me dice «*Happy Thanksgiving*», y yo le digo «Amor, no seas necio, es *Thanksgiving*, no *Thanksgiving*», y él, que cuando llegamos a Miami sabía hablar inglés y ahora lo ha perdido y habla como cubano, me dice «No es *Thanksgiving*, porque si ya te di las gracias es *Thanksgiving*». Yo no sé si la marihuana afecta la memoria (creo que sí) o si afecta la productividad (de hecho) o si engorda (quién puede estar volada y a dieta: ¡imposible!), pero estoy segura de que a Silvio le ha afectado su inglés: cada porrito le ha ido borrando el poco

inglés que aprendió en el San Agustín, que igual era bastante resacoso porque dónde se ha visto que unos curitas ibéricos agustinos hablen bien el inglés. Silvio y yo vivimos en Miami hace años (nos fuimos del Perú cuando perdió Vargas Llosa y ya nunca pudimos volver, porque Silvio desarrolló su carrera de locutor aquí y compramos una casa con un crédito a treinta años y ya van veinticinco y solo hemos pagado los intereses y el banco está quebrado y de acá no nos sacan ni con grúa) y no hablamos inglés con nadie y si nos hablan en inglés respondemos en español y nos hacemos respetar, porque es Miami y acá no nos van a obligar a hablar un idioma extranjero. Eso nos pasa cuando salimos al jardín a fumar un porrito: a veces escuchamos a alguien hablando en inglés y nos escandalizamos, nos subleva, nos sentimos invadidos y decimos: Qué se habrán creído estos inmigrantes para venir a Miami a hablar inglés a gritos, si no bajan el volumen los reportamos a Migraciones. En mi casa la única que habla inglés es mi hija Zoe. Lo habla perfecto, pero Silvio y yo le respondemos en español para que no pierda sus raíces, el amor a su tierra, a su terruño. Y cuando viene alguien con pretensiones de hablar en inglés, mis empleadas, que son como mis hermanas, y que se vinieron con nosotros con visa de turista el año 90 y todavía están haciendo turismo (¿cuál es el apuro?, ¡hay mucho por conocer en este gran país!), lo frenan en seco y le hablan un español bien encebollado. De algo Silvio y yo estamos orgullosos: jamás las empleadas del servicio doméstico nos han visto fumando marihuana, jamás, y jamás se nos han escapado como se escaparon las empleadas que trajeron los Friedman y los Parker, y jamás nuestra hija Zoe nos ha visto compartiendo un porrito: Silvio y yo respetamos que este es un hogar familiar y cuando a él le dan ganas de fumar (que siempre es un viernes por la noche, siempre), salimos a manejar y yo me encargo de armar el arbolito navideño y prender las lucecitas y poner la pirotecnia y, apenas doy la primera pitada y golpeo, siento: ya es Navidad. Eso es lo bueno de vivir con Silvio, que todos los fines de semana son Navidad, siempre estamos de buen ánimo, risueños, relajados, regalones, con ganas de compartir una sonrisa o una propina con cualquiera (aunque no la merezca). En el Seven Eleven ya nos conocen todos, incluyendo a los oficiales de la policía que nos respetan la intimidad porque saben que si se ponen majaderos nos mudamos a Colorado o al estado de Washington. Apenas nos ven entrar a Silvio y a mí, ya saben que estamos volados, derrapando, chorreando, regulando la altitud o el plan de vuelo o el aterrizaje, ya saben que venimos por lo de siempre: jugos de manzana, mango en rodajas y bananas. ¡Cómo le gusta a Silvio comer su mango y su plátano masticado, mientras manejamos y vamos cantando canciones de Calamaro o del gran Kevin Johansen, cómo le gusta tirar las cáscaras de plátano por la ventana! ¡Es un mono, un mono! Y luego es indudable que, cuando estamos levemente afinados o ecualizados por la marihuana, nos mejora mucho el rendimiento sexual. Eso ni se diga, es un hecho probado por los científicos que el THC (que, en lo que a mí respecta, tiene vigencia mucho antes que ningún TLC) te desinhibe y vuelve más sensible y cariñosa en la cama. El problema es que a veces a mi Silvio me lo vuelve más bi y antes de que me dé cuenta ya se puso en cuatro y me está pidiendo que le mida el aceite. Pero eso es lo lindo de mi relación con Silvio, que él me cuenta sus fantasías (que siempre son con hombres, lo que a mí me entenece) y yo le cuento mis fantasías (que siempre son con mujeres, con la misma mujer, una brasilera que me depila en el club y que creo que está revirada por mí) y no estamos presionados por esa cosa absurda de llegar juntos al orgasmo, cada uno llega cuando le da la gana y le respeta sus tiempos y sus demoras al otro. Y a veces, rara vez claro, tampoco exageremos, mi fantasía es tirar con él y la suya es tirar conmigo y cuando eso pasa es fantástico, genial, es como sentir Ya es Navidad, llegó la Navidad. Qué lindo

se pone mi barrio en Navidad, todo el mundo prende lucecitas y decora. Qué lindo sería el mundo si la gente entendiera, como Silvio y yo entendimos hace mil años, cuando nos vinimos a Miami, que Todos los Fines de Semana pueden ser Navidad. Navidad es un estado de ánimo, una actitud. Depende de ti: no tienes que hacerle un regalo a nadie, regálate a ti misma el Derecho a ser Feliz. No porque todos en tu familia hayan sido unos desgraciados tú también estás condenada a serlo: rompe el círculo vicioso. ¿Cómo lo rompes? Yo lo rompo aceptando que La Vida es un Círculo Vicioso. Yo rompí ese círculo siendo un poquito viciosa y fumando una hierbita con mi marido cada tanto. Eso nos relaja, nos pone pacíficos, creativos, nos ponemos a sacarles fotos a nuestros genitales. Dios y la Virgen, qué peligro que Silvio lleve tantas fotos de nuestra intimidad en su celular: nos sacamos esas fotos cuando estamos en pleno viaje por la Vía Láctea y luego Silvio se olvida y se le pierden los celulares, qué peligro que sus amigos del canal vean mis fotos posándole a Silvio depilada. Porque eso sí reconozco que tiene de malo fumar: todo se me pierde. Hoy fuimos al cine y fumamos en el estacionamiento y, al salir de la película, se me había perdido el papelito del parqueo y luego que llegamos al parqueo también se nos perdió el carro y no sabíamos en qué nivel estábamos y, cuando por fin lo encontramos, se nos habían perdido las llaves del carro, que las encontramos tiradas en el cine apenas terminó la función. Lo que no hay que perder nunca es la calma, ni siquiera cuando estás caminando entre mil carros y no sabes cuál es el tuyo. No sigo porque ya lo siento al bandido de Silvio abajo, atacando la refrigeradora. Si me demoro, no me queda ají de gallina. Que otras hagan dieta: yo no quiero morir flaca de inanición, yo quiero morir gorda y volada y depilada y sin recordar el año en que nací.

No seas paloma

Mi madre Dorita Lerner (viuda, millonaria, misa y rosario diarios) compró las casas vecinas a su antigua casona de Miraflores, las mandó a demoler mientras viajaba por Europa y, con la ayuda de dos decoradores limeños que se esforzaron por disimular sus amaneramientos y mohines para que ella, tan religiosa, no fuera a escandalizarse y despedirlos, las convirtió en un jardín ornamental, lleno de plantas frondosas y flores exóticas, en el que se sentaba a rezar todas las tardes, aun si hacía frío o caía una odiosa garúa. Ella lo llamaba «El Jardín del Paraíso» y le gustaba imaginar que el cielo al que ascendería luego de morir no sería un lugar tan distinto a ese bello terreno floreado, en el que inexplicablemente encontraba una paz que no hallaba en ninguna otra parte.

Un sábado por la tarde Dorita estaba rezando con los ojos entrecerrados, pidiendo por cada uno de sus diez hijos, por cada uno de sus veinticuatro nietos, por sus padres ya fallecidos, por su esposo ausente, por su hermano difunto que la hizo tan rica, legándole minas de plata, cuando de pronto sintió un golpe seco contra las ventanas del segundo piso que daban a la terraza, y luego el aleteo inconsciente y errático de una paloma herida, y enseguida el cuerpo del pájaro cayendo en las baldosas de la terraza, a pocos metros de la austera banca donde ella reposaba, elevando sus plegarias. De inmediato, se puso de pie, se acercó a la paloma que agonizaba, la recogió y la vio morir en sus manos con un manso sosiego que ella interpretó como un mensaje divino.

—Bienvenido seas, Paráclito, santo espíritu consolador —le dijo, conmovida, y besó a la paloma muerta.

Luego la llevó a la cocina, llamó a su personal doméstico a gritos (dos empleadas, un chofer, un jardinero, un guardaespaldas) y les ordenó:

—Arrodíllense, que ha llegado el Espíritu Santo.

Sus cinco criados, todos de profunda fe religiosa, se hincaron de rodillas en la cocina, lo mismo que Dorita, y luego ella levantó a la paloma muerta como si fuera una ofrenda y recitó en latín, con autoridad:

—*Veni, Creator Spiritus, Mentis Tuorum Visita.*

Al ver que sus servidores domésticos permanecían en silencio, los ojos llorosos, trémulas las rodillas, Dorita les dijo:

—No sean tarados, no se queden callados, repitan conmigo: *Veni, Creator Spiritus, Mentis Tuorum Visita.*

Cada uno pronunció a su manera la sentida oración en latín. Dorita se puso de pie, dejó delicadamente a la paloma sobre la mesa de la cocina, sacó un cuchillo afilado y se dispuso a

cortar el cuerpo exangüe del ave.

—¿Qué hace, señora? —se sobresaltó su custodio, al verla empuñar un cuchillo.

—Voy a disecar al Espíritu Santo —dijo ella, los ojos luminosos, extranjeros a toda duda.

—¿Va a cortar a la paloma? —preguntó la cocinera.

—Claro, pues, hijita —respondió Dorita, con impaciencia—. ¿O tú crees que me voy a comer al Espíritu Santo con arroz y huevo frito?

Nadie osó reír: con la señora Lerner nunca se sabía cuándo hablaba en serio y cuándo en broma. Dorita extendió las alas de la paloma y le hizo un tajo en el vientre, a la altura del buche, y un líquido amarillento verduzco salió expulsado por la parte baja, entre las patitas. Dorita untó sus manos con ese líquido, estiró los brazos hacia arriba, como hablando ensimismada con el ser supremo, pronunció unas gratitudes en latín y luego se aplicó el líquido en las mejillas y la frente.

—¿Qué hace, señora? —se angustió el chofer, que no entendía por qué su jefa parecía en trance con la paloma muerta—. ¿Por qué se mancha con la pila del pájaro?

—No seas idiota —le dijo Dorita, sin siquiera mirarlo—. No es meado de paloma. Es el líquido virtuoso del santo espíritu, fuente de luz y sabiduría. Es agua que puede ser líquido, hielo y vapor a la vez.

—Caramba, no sabía —masculló el chofer, y sin embargo no se animó a embadurnar su rostro con ese líquido extraño que ahora le daba un aspecto macilento a la sonrisa de su jefa, patrona y consejera espiritual.

Cuando Dorita empezó a sacar delicadamente las partes interiores (el buche, el corazón, el pulmón, el hígado, el esternón), vaciando las entrañas del animal, algunos se retiraron de la cocina, haciendo gestos de asco o repugnancia, y solo la infatigable cocinera se le acercó y preguntó cómo podía ayudarla.

—Trae bastante sal —le pidió Dorita.

Luego rezó en latín:

—*Qui Dícetis Paráclitus, Altíssimi Dónum Déi.*

Una vez que el cuerpo de la paloma quedó vaciado por dentro, Dorita lo bañó en sal, lo depositó con reverencia en la refrigeradora, en la parte más helada, junto con los helados de lúcumas y chocolate que eran su perdición antes de irse a dormir, y le dijo a la cocinera:

—Con el corazón y el pulmón y toda la tripita hazme un buen caldo de Espíritu Santo para levantar muertos.

Todavía conmovida por la súbita aparición de la Santísima Trinidad en el jardín de su casa, Dorita hizo un par de llamadas telefónicas y contrató a un taxidermista para que, al día siguiente, terminara de disecar a la Sagrada Paloma Mensajera.

—No sé si quedará bien, señora —le dijo el experto—. Disecar una paloma es complicado, tiene su maña.

—No seas tarado —le dijo Dorita—. Va a quedar perfecto. Y si queda mal, te corto un huevo.

El taxidermista se rio, pero Dorita permaneció seria, muda, al otro lado del hilo, y él no supo ya si la señora bromeaba o qué.

Esa noche, antes de irse a dormir, Dorita bebió el caldo de paloma que le preparó su cocinera y sintió que una fuerza bienhechora, curativa, milagrosa, invadía su cuerpo, la elevaba a un lugar virtuoso y la acercaba al supremo hacedor. Confortada por el caldo, durmió diez horas sin interrupciones, habló en sueños con sus padres ya fallecidos y se sorprendió de que, en el cielo,

hubiera caballos blancos que ella montaba como en los años de su juventud, cuando era campeona de saltos ecuestres en Lima.

Al día siguiente, el taxidermista hizo correctamente su trabajo, mientras Dorita, a su lado, le daba instrucciones precisas:

—Las alas bien abiertas, papito, que es el Espíritu Santo, no tu pajarito enfermo que seguro que ya no vuela.

O bien:

—Píntale el pico de un rojo primavera.

O incluso:

—No me gusta así, toda ploma. Queda triste. Píntame de blanco a mi Paráclito. Dale alegría, pues, mamerto.

Una vez que el cuerpo de la paloma estuvo perfectamente disecado, pintado de un blanco níveo, inmaculado, como si no hubiera pasado por el percance de la colisión y la agonía, como si ahora volase hacia la eternidad, Dorita lo exhibió sobre un panteón de mármol que hizo construir en medio de su jardín, el Espíritu Santo disecado, las alas abiertas, suspendido sobre un plato de plata, en el que había mandado a escribir: «Lava lo que está manchado, riega lo que está árido, sana lo que está herido. Sin tu ayuda, nada hay en el hombre, nada que sea bueno» (Dorita Lerner viuda de Barclays, Lima, octubre de 2015).

Cuando Dorita me contó por teléfono la historia del Espíritu Santo disecado en su jardín, no pude reprimir una carcajada y le dije:

—No seas paloma, mamá.

A lo que Dorita me respondió, sin perder el buen humor:

—Tú no seas huevón. ¿Cuándo vas a venir a Lima para rezar conmigo ante mi Espíritu Santo en el jardín?

La sorpresa argentina

Como argentina que soy, estoy re orgullosa del primer papa *gay friendly* argentino de la historia, pero más orgullosa de que el primer hombre de toda la historia de la humanidad (y no digo de la historia argentina, digo de la especie humana) en quedar embarazado sea, por supuesto, como no podía ser de otra manera, un argentino. Cuando vi a Alexis anunciando su embarazo de manera tan masculina en el programa de Susana, pensé: una vez más, los argentinos hacemos historia, creamos tendencia. Qué grande este Alexis de Entre Ríos: casado con Karen, un pibito de veintitantos años, embarazado de ocho meses, sobándose la pancita, re tranquilo en el *living* de Susana, que no lo podía creer y lo miraba con curiosidad de científica incomprendida. Y Alexis es hombre, varón, macho, como yo soy argentina y Cristina es viuda. Es hombre y así está inscrito en su DNI y en su pasaporte y en todos sus documentos de identidad. Y su esposa Karen es mujer y así consta también en todos sus papeles refrendados por escribana. Alexis y Karen están casados en el registro civil de Entre Ríos y son una pareja bárbara (él más bien flaquito, esmirriado, tímido; ella más pancha, más canchera, cero dietas, a *full* con las calorías, sin privarse de nada, como yo: ¿quién se va a comer las masitas y las medialunas si no somos Karen y yo?) y son unos divinos los dos y se re nota que se quieren, sobre todo cuando Alexis dice que lo de ellos podría definirse como un enamoramiento de las almas y no de los cuerpos, me mató cuando dijo eso, pensé que es el mismo tipo de amor que siento desde chica por Raphael y Camilo Sesto, por Juan Gabriel y por Sandro que en paz descansen, y por eso la amé a Susana cuando se atrevió a preguntarle a Alexis lo que todas las señoras que estábamos viendo el programa nos preguntábamos, en un pico de ansiedad: ¿Y cómo hiciste, Alexis, siendo hombre, para quedar embarazado? Qué grande, qué ídola, una diosa, yo toda la vida he querido ser como Susana, pero no tengo su talento y me conformo con tener su apetito. Alexis lo contó con gran aplomo viril: es hombre, pero tiene vagina, tiene clítoris, tiene útero. Es hombre y así consta en actas refrendadas por escribana, pero si le auscultas sus partes no vas a encontrar una poronga como no vas a encontrar un político peronista que no sea ladrón. No, Alexis no tiene poronga, Alexis tiene una pochola re bien disimulada porque cuando nació era mujer y en el camino quiso ser hombre y se convirtió en hombre para todo efecto práctico salvo (y, bueno, es un detalle menor, una pavada) en sus genitales, donde sigue siendo una mina. Y qué, digo yo, y qué: una no es sus genitales, una es su cabeza y su corazón, y Alexis dice que es hombre y yo le creo. Y es el primer hombre embarazado de la historia y es argentino y está en lo de Susana con ocho meses de embarazo y ni se le nota la panza, yo no pude nunca quedar embarazada y sin embargo tengo una panza en la que me entrarían cómodos y sin hacinarse trillizos como mínimo. ¿Cómo quedó embarazado Alexis? Y,

bueno, obvio, si es un buen chico y ama a Karen: haciendo el amor con ella. Karen, la esposa, re moderna, quería tener un hijo, pero le daba fiaca llevarlo en el vientre y prefirió que su esposo quedara embarazado. Qué grande, qué genia, una ídola, argentina tenía que ser. Karen y Alexis cogieron con la furia ciega que solo tienen los pibes para garchar, una furia con la que me imagino que Susana garchaba con Carlitos Monzón cuando yo era chica y me tocaba la cotorra pensando en cogerme a Raphael y Camilo Sesto, y Karen lo dejó embarazado a Alexis. ¿Cómo? En forma natural, no hubo inseminación, no hubo una mano extraña metiéndose en la cachufleta del chabón Alexis y depositando la semilla de la vida. Esa semilla, esa semillita, se la sembró Karen, fruto del amor. Karen es mujer, vos la ves en el *living* de Susana y ni en pedo te imaginás que, en sus pliegues más íntimos, Karen tiene una sorpresa para vos, una sorpresa argentina, una sorpresa como la que se llevó el mundo cuando el papa ganó el Vaticano. La sorpresa argentina de Karen es que tiene una poronga cruda del tamaño del Obelisco. Flor de poronga tiene Karen, una poronga argentina como la del papa, solo que Karen la usa de vez en cuando para cogerse a su esposo. Es que Karen, y yo vine a enterarme de todo esto viendo lo de Susana con la misma cara de pasmo astral que Susana, cuando nació era varón y la poronga que le fue dada la supo preservar más adelante cuando decidió, al amparo de las leyes peronistas de avanzada social, cambiar de identidad, de nombre, de apellido, de género, de todo, de todo menos de poronga. Y es lógico, digo yo: el chico quería ser mina y se volvió mina y es un minón, pero, como le gustan las porongas y su novio Alexis no tenía una, por las dudas se quedó con la suya, no fuera que más adelante le hiciera falta para sacarla de un apuro. Alexis no tiene poronga porque, que yo sepa, no te pueden implantar una poronga como no te pueden implantar el amor que sentimos los argentinos por Evita: con eso se nace, nene. Y me parece que fue muy juiciosa esta Karen divina cuando dijo: Quiero ser mujer, pero a mí nadie me corta la poronga como si fuera un chinchulín, esta poronga argentina la conservo para dársela a mi esposo en caso de extrema necesidad. Y ya casados y amándose con el candor de los amantes de la provincia, y re ilusionados con tener un hijo biológico, y sin complicarse la vida con eso de alquilar un vientre o hacerse una inseminación artificial, Alexis y Karen decidieron tener un hijo a la antigua, en honor al papa argentino, como manda la Iglesia: sin forro, sin pastillas, machacándose en la cama sin piedad. Qué más da si el esposo se puso en cuatro y la esposa se sacó una flor de poronga al palo y le dijo te la tenés que comer doblada, nene, serás hombre en tu DNI, pero esta poronga sin documentos te la voy a enterrar yo, tu esposa, tu Karen. Yo los re admiro, los re banco: nada de operarse en una clínica brasilera y cercenarse la poronga de la vergüenza y echarla al mar como si fuera Bin Laden, nada de ir a San Petersburgo a adoptar dos mellizos blanquísimos como la nieve de Villa La Angostura, nada de eso, Alexis se la comió doblada y quedó embarazado y no hizo ningún quilombo y pasó a la historia como el primer hombre (argentino) en quedar embarazado y llevar a buen término el embarazo y dar a luz a una nena saludable y rolliza llamada Génesis. Qué orto tienen estos pibitos de Entre Ríos: llamaron Génesis a la hija que parió el chabón por cesárea porque, siendo hombre, es obvio que tenía pánico al parto natural. Génesis, como en la Biblia, como la hija del Puma. Génesis, qué par de profetas estos chicos que vienen a reinterpretar los evangelios y demostrarnos que si un argentino puede ser papa, otro argentino puede tener pochola y parir una nenita llamada Génesis. Porque Alexis y Karen, y esto me commueve de veras, son re creyentes, creen en Dios, en la Iglesia, en el papa, y quieren que la Iglesia los case y bautice a su hija. ¿No son lo más? Podrían haberse enojado con Dios por la repartición al parecer errónea de los genitales, digo yo,

pero no se hacen un drama y todo les chupa un huevo y entienden que, si Dios es argentino, las cosas a veces pueden salir mal porque a lo mejor Dios estaba viendo un partido de fútbol cuando nacieron ellos y no puso mucha atención. Como argentina que soy, profundamente orgullosa de mi fe católica (una fe que se me había quedado dormida, pero que despertó cuando eligieron papa a Jorge Mario Bergoglio, hinchado acérrimo de San Lorenzo, cuervo como Tinelli y como mi marido), le pido al papa que case en el Vaticano, ante las cámaras de Telefé, a Alexis y Karen y que bautice a Génesis y que la madrina de la nena sea Susana y luego el papa no se corte y le dé un piquito a Susana como se daban un piquito el Diego y Caniggia sin que por eso nadie pensara que fueran gays: ya lo de ser gay pasó, no tiene onda, ahora lo que se lleva es ser esposo y quedar embarazado. Una vez más, los argentinos hacemos historia, creamos tendencia.

El secreto de Dorita

Estando en Lima, mi madre Dorita decidió pasar su cumpleaños en Madrid, en el apartamento de su hermano, y por eso me anunció que pasaría un par de días en Miami, visitándome de camino a Madrid, así el vuelo se le hacía menos tedioso.

En vísperas de su partida, le pregunté si quería quedarse en el hotel más caro o en el más económico de la isla. No lo dudó, eligió el hotel barato, la habitación más austera. De paso me dijo:

—Van a llegar a tu casa seis frascos de aceite de marihuana que he comprado en Amazon, ya sabes que me hacen maravillas en la piel y me quitan las manchas.

No me sorprendió, ya sabía que mi madre se aplicaba aceite de marihuana regularmente, ya habían llegado a la casa los frascos que ella pedía cada tanto.

En efecto, los seis frascos de aceite de cannabis, tamaño extragrande, llegaron un día antes de que llegase Dorita. Guardé un par para mí y dejé cuatro en la caja para ella.

Dorita llegó contrariada porque había perdido su celular en el avión y recién se dio cuenta de ello cuando estaba en la camioneta con el chofer que envié a buscarla al aeropuerto.

—Una de las azafatas me ha robado el celular —me dijo, nada más saludarnos—. Yo sé quién es. Estoy segura de que fue una chilena antipática con cara de atea, que me trató pésimo todo el vuelo.

—Ya no hay nada que hacer —dije, tratando de calmarla—. Compramos otro celular y punto.

—¡Cómo que ya no hay nada que hacer! —se enojó—. Voy a llamar a quejarme y voy a recuperar mi celular, ¡aunque tenga que ir a la casa de la chilena a quitárselo a la fuerza, jalándole las mechas! —advirtió, furiosa.

La llevé a una tienda en la isla, compré el mejor celular, elegí imágenes religiosas como fondo de pantalla, pero no conseguí que mejorase su humor. Estaba realmente contrariada. Poco después, tomando el té, me confesó:

—Es que tenía fotos bien lindas con mi novio.

Quedé perplejo:

—¿Tienes novio? —pregunté.

Dorita me miró con ojillos pícaros, vivarachos.

—Sí —dijo—. Pero es secreto. No lo sabe nadie.

—¿Quién lo sabe? —pregunté, sin salir del asombro.

—Nadie, ni siquiera él —dijo, y me reí, pensé que estaba bromeando, pero ella me miró muy seria y dijo:

—Es mi novio, está enamorado de mí, pero no se ha dado cuenta, es un poco lento.

—Tiempo al tiempo —dije.

Luego pregunté:

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Qué hace?

Dorita demoró la respuesta:

—Es Manuel, Manuelito, mi masajista.

La miré, demudado. No podía ser verdad:

—¿En serio? ¿Qué edad tiene Manuel?

—Como tu Silvilín —dijo mi madre—. Veintiocho años. Un pichoncito. Un pan de Dios. Un ángel que el Señor me ha mandado.

Me reí.

—¿Y de verdad crees que está enamorado de ti? —pregunté.

—No tengo la menor duda, como que me llamo Dorita Mary Lerner viuda de Barclays —sentenció—. No sabes cómo me masajea, con qué amor me acaricia, con qué ojitos revirados me mira. Y yo lo amo, pero no se lo puedo decir a nadie, porque ya sabes cómo son tus hermanos.

—¿Cómo son? —pregunté.

—Van a creer que Manuel me quiere solo por la plata. Y además no lo respetan porque es un hombre moreno, del pueblo.

No conocía a Manuel. Quería ver sus fotos, pero estaban en el celular perdido.

—¿Se han besado? —pregunté.

—No, todavía no —dijo Dorita—. Hay que darle tiempo.

Me miró como una niña traviesa.

—¿Qué? —le dije.

—Nos hemos bañado juntos en la tina —dijo.

Solté una carcajada.

—Pero los dos con ropa interior —matizó—. Es parte de mi terapia, no creas que Manuel es un mañoso como tú.

Antes de pagar la cuenta, dije:

—Tenemos que recuperar el celular.

Llegando a la casa, Dorita se instaló en un sillón reclinable de la sala y se quedó dormida. Aproveché para hacerme una tortilla de claras de huevo, tomates, champiñones y queso. Como siempre, usé su aceite de marihuana para calentar la sartén y darle un sabor especial a la tortilla. Estaba comiendo cuando mi madre despertó, se acercó a la cocina y preguntó:

—¿Qué comes, hijito?

—Tortilla de clara.

No quise decirle que había usado su aceite de marihuana para freírla.

—Invítame, me muero de hambre —dijo, y se sentó a mi lado.

No me quedó más remedio que servirle la mitad de la tortilla de ocho huevos. Dorita comió deprisa la tortilla con marihuana, elogiándola sin reservas:

—Es la mejor tortilla que he comido en mucho tiempo.

Quince minutos después, estábamos los dos echados en los sillones reclinables de la sala, los ojos levemente achinados, riéndonos de cualquier cosa.

—Qué bien me ha caído esa tortilla —dijo mi madre—. Me ha mejorado mucho el humor.

No quise explicarle que yo usaba su aceite de marihuana no para untármelo en la piel, sino para cocinar y ponerme risueño.

—Dame tu celular —me pidió, con gesto travieso.

—¿A quién vas a llamar? —pregunté.

—A mi novio —dijo ella.

En efecto, marcó unos números que sabía de memoria, debía de llamarlo a menudo, me hizo activar la función de altavoz, y enseguida dijo:

—Manuelito, hola, soy Dorita, tu jefa.

Se oyó la voz sorprendida de su masajista:

—Señora Dorita, qué gusto, ¿cómo le va?

—¿Has ido a misa hoy?

—Sí, señora, claro, y he rezado por usted.

—Muy bien, muy bien. ¿Me extrañas?

—Muchísimo, señora.

—Yo también te extraño, Manuel. ¿Quieres ir a Madrid a darme el encuentro para pasar juntos mi santo?

—Claro, señora, sería lindísimo.

—Y después nos vamos de luna de miel a París —dijo Dorita, y soltó una carcajada.

—¿Cómo está su salud? —preguntó él.

—Mal, muy mal —exageró Dorita—. Muy tensa. Necesito tus manos, cholo. Necesito que me ajoches fuerte los nudos de los nervios. Lo que más extraño es darme un buen baño de tina contigo y que me hagas masajes ricos en la espalda.

—En Madrid, si así lo desea, nos metemos en la tina, señora —prometió Manuel.

—Y en París también —se entusiasmó Dorita—. Chau, cholo, chau, ya te llamo después, mándame por internet todas nuestras fotos, que se me ha perdido mi celular, me lo robó una chilena atea.

Dorita cortó la llamada y me dijo:

—Mi cholo recio me hace sentir una mujer.

Luego se puso de pie y empezó a quitarse la ropa.

—¿Qué haces, mamá? —pregunté, sorprendido.

—Vamos a bañarnos a la piscina, pues, huevón —me dijo ella—. Desahuévate, Jimmy: nos bañamos yo en calzón y sostén y tú, en calzoncillos.

Así mismo entramos en la piscina. Dorita parecía la mujer más feliz del mundo.

—¿En quién piensas, mamá? —pregunté—. ¿En tu novio?

—No me interrumpas, hijito, que estoy haciendo pila —dijo ella.

Al salir de la piscina, me dio frío. Por eso decidí quitarme la ropa de baño detrás de una tumbona, así mi madre no me veía desnudo. Pero ella, cubierta por una toalla, se asomó pícaro, desinhibida, revoltosa, y quiso espíarme sin ropa. De inmediato soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —le pregunté, abochornado porque me había visto desnudo.

—Se te ha achicado el pipilín —dijo Dorita, riéndose—. Tienes un chizito. De niño lo tenías más grande.

Me quedé callado, sin saber qué decir. No reconocía a mi madre. El aceite de marihuana le había caído bien.

—Debe de ser que no lo usas nunca —dijo, riéndose como una niña, y se metió de vuelta en la piscina.

Choque y fuga

Silvio, mi esposo, el amor de mi vida, veinte años mi menor, mi potrillo insaciable, mi jinete incansable, me dice que ya estoy muy tía para manejar, que me quedo dormida manejando con la boca abierta, babeando, que cuando fuimos a Disney manejando era un bochorno ver cómo me quedaba dormida y él tenía que sujetar el timón para que no terminásemos dando vueltas de campana al pie de la carretera.

Yo creo que Silvio exagera en eso y en todo. No estoy dispuesta a dejar de manejar solo porque vivo tomando pastillas y me vienen lagunas de sueño intermitentes y me quedo dormida esperando en un semáforo y me despierto cuando un energúmeno me toca la bocina como si estuviéramos en Lima, donde los choferes se creen más machos tocando el claxon como salvajes. Yo le digo Silvio, no exageres, yo manejo rápido, manejo pepeada, manejo dormida, pero nunca choco, mi amor, nunca en mi vida he chocado feo. Y es verdad, no miento, estoy por cumplir cincuenta y un años y manejo desde que tenía quince y era una chiquilla en Lima y nunca he tenido un choque aparatoso con daños que lamentar.

Silvio me dice que soy una mitómana, una fabuladora, que choco todas las semanas, que mi camioneta y la suya están abolladas en todas las esquinas. Y sí, puede ser verdad, pero no son choques, son raspones, arañazos, topetazos, apenas unas marcas de pintura y una mínima hendidura en la lata que no vale la pena siquiera llevar la camioneta a que la planchen en el taller. Eso no es chocar, eso es abrirse paso a golpes en los parqueos diminutos de esta ciudad, eso es hacerse respetar, de vez en cuando raspo un carro o un árbol o un poste de luz, pero no le hago daño a nadie, no atropello a nadie, nunca he causado lesiones ni daños a terceros y sí me he causado algunas lesiones cerebrales por toda la coca que jalé cuando era jovencita en Lima y vivía dura, tiesa, pero nunca me he machucado en un choque y toco madera.

Yo no dejo que Silvio maneje porque me enerva verlo manejar tan despacito, tan remolón, respetando los límites de velocidad, manejando como una vieja impávida. Me impacienta, me calienta la sangre, me subleva. Por eso yo manejo cuando salimos o cuando él está durmiendo y me da un antojo maluco y tengo que salir a tientas, en pijama, y manejo al grifo y me empujo tres helados a escondidas de él, y después cuando me dice que estoy gorda, cerda, que parezco una foca de estanque, le digo ay, amor, no sé, qué será, estoy a dieta, debe de ser el agua de esta ciudad que engorda, porque por amor a ti he dejado los helados.

Qué suerte tengo de haber encontrado el amor a mi edad, ya de veterana, y con un pipiolo tan churro como mi Silvio, porque con mi primer marido, Sandro, sufrí mucho porque era borrachoso y vivía en resaca perpetua y no sabía montarme como era de ley y creo que tiraba un poco para la

mariconada, y con mi segundo marido, un peluquero argentino, Osvaldo, al que conocí en el sauna del Ritz, donde él era masajista, no pude ser feliz porque no me quería, solo quería mi plata, y cuando le presté para que pusiera su peluquería en Miami Beach, nunca me pagó y se portó como un patán, un sátrapa, menudo cachafaz, argentino de una villa miseria tenía que ser esa lombriz babosa, que, para colmo de males, era corto, cortina, manisero, tenía un colgajo chicuelo que parecía un pistacho y dos huevitos que parecían higos secos, y después dicen que los argentinos son aventajados, ¡andá!

He cumplido veinte años viviendo en Miami, trabajando como locutora de radios en español, dando las noticias en el canal 22, ya soy gringa, ciudadana, con pasaporte azul, aunque no hablo una palabra de inglés, cuando llegué hablaba un poquito pero ya me olvidé, y de Miami no me mueven ni con grúa, a Lima no regreso porque es una ciudad gobernada por militares brutos y orejones y por curas brutos y ojerosos, acá me quedo feliz, reconocida como locutora, con una casita que todavía no le he pagado al banco que me la financió hace veinte años, pero cuál es el apuro, yo encuentro siempre un abogado astuto que me refinancia la deuda y así gano tiempo y me ahorro el capital y pago a las justas el interés. Y si algo tengo que agradecerle a esta ciudad bendita, además del clima, porque siempre estamos en verano y como de vacaciones, es que he tenido todos los autos que me ha dado la gana, y cada dos años cambio de carro y nunca los choco y, cuando cumplen treinta mil millas, los cambio y saco unos nuevecitos, de estreno, y me embriago con el olorcito bienhechor a cuero fino que despiden recién salidos del concesionario.

En Lima jamás hubiera podido tener todos los autos tan lindos que he manejado acá. Cuando llegué el año 90, tras la derrota de Vargas Llosa, me compré un Honda Accord, después tuve mi fase de señora apitucada, sifrina, pijaparte, fresa, y tuve dos Cherokees, una para mí y otra para mi Sandro, que en paz descanse, pues falleció en accidente de tránsito, alicorado, en un canal de Hialeah, en pleno lago Okeechobee, y nunca se supo si fue accidente o suicidio, y si murió ahogado o si lo mordió un caimán en el estanque, cómo empinaba la botella mi Sandro. A su muerte, me compré un BMW Serie 7 carísimo, muy de señora, y una camioneta Lexus con la que iba manejando a Cayo Hueso a pasar unos fines de semana de masiva intoxicación alcohólica, no sé cómo no terminé clavada con la Lexus en el mar, siempre he sido muy cuidadosa para manejar, manejo rápido pero con reflejos felinos, de pantera, y creo que por haber aprendido a manejar en Lima, que es el caos, soy una campeona y no un fantasmón como era mi Sandro, que Dios tenga en su gloria y no le alcance una botella de pisco, que es capaz de terminar echándole un buitro en el mero cielo.

Fui muy feliz con un Jaguar azulino, muy fino, muy de señora en el exilio, descendiente de británicos de pura cepa, borrachos todos, tacaños todos, pero ya superé mi fase Jaguar y, quién lo diría, ahora que estoy tía y debería manejar una nave, un avión, un Lamborghini como el de mi vecino Lolo Sosa, o un Audi A8 como el de mis vecinos venezolanos que hicieron cien millones de dólares recibiendo del CADIVI dólares subsidiados a seis cuando en la calle estaban en ochocientos, tremendos pillos, y sin embargo, pudiendo tener el auto que me dé la regalada gana, y sin temor a que me secuestren como en Lima, me he vuelto ecológica y manejo un Honda Fit y un Toyota Prius, ambos híbridos, chiquitos, no contaminantes y baratísimos de mantener, con veinte dólares les llenas el tanque y te duran dos semanas, claro que igual no salgo mucho de la isla, porque acá tengo todo a mano y solo salgo para ir a la radio y al canal 22.

Ahora, cuando viene mi mami para mi fiesta de cumpleaños, le presto el Fit y yo manejo el

Prius y somos felices las dos. Y mi camioneta Audi se la presto a mi hermano Mike, que es un galán y viene de Lima con un guardaespaldas guapísimo, tanto que si Silvio se descuida se la voy a comer doblada en el asiento de atrás de mi camioneta, que sí, está un poco abollada, un poco raspada, pero son choques menores, choquecitos ridículos, no como la bestia de mi finado Sandro, que terminó metido en el lago Okeechobee por manejar ebrio y tener el coeficiente intelectual de un sapo.

Mi mami me ha preguntado qué quiero que me regale por mis cincuenta y un años y le he dicho bromeando un Bentley negro, cuatro puertas, mami, y ella me ha jurado que llegando vamos a The Collection y me lo compra, ¿será? Si me lo regala, lo acepto, lloro con ataques de hipo, lo manejo medio año y luego lo vendo y con esa plata me escapo a Cusco una semana con el guardaespaldas tan regio y apetitoso de mi hermano Mike y luego me voy con Silvio tres meses a la Toscana a que me chanque con luces bajas y ahítos de buen vino.

Cosas que se hacen a escondidas

Mi madre Dorita llegó sorpresivamente desde Lima, sin anunciarnos su visita. En el aeropuerto tomó un taxi, vino a la casa, tocó el timbre y se presentó con una gran sonrisa.

—Necesitaba escaparme de Lima —dijo, tras abrazarnos—. Estaba harta de tantos problemas. Quiero desconectarme unos días.

Cuando se durmió en el cuarto de huéspedes, encontré sus tres celulares, los apagué, les quité los chips y los escondí debajo de mi cama, para que no la molestasen con llamadas impertinentes desde Lima. A la mañana siguiente madrugó, me despertó, me preguntó por sus celulares y le dije que no tenía idea de dónde podían estar y que seguramente los había dejado olvidados en el avión y mejor siguiera durmiendo. Pero ella, fiel a sus costumbres, fue a misa.

Desperté a media mañana y la encontré sentada en la sala. Me llamó, muy seria. Parecía contrariada. Una expresión sombría tensaba levemente su rostro.

—¿Cómo puedes haberle hecho eso a la Virgen? —me preguntó, la voz quebrada, como si fuera a llorar.

Yo estaba medio dormido todavía y no supe a qué se refería.

—¿Qué Virgen? —pregunté.

—La Virgencita de Huamanga que te regalé por tus cincuenta años —dijo ella.

—Claro, claro —dije—. Es bellísima. Una obra de arte, una pieza de colección.

—Me costó una fortuna. Se la compré a tu tío Waldo. Y te la traje con todo mi cariño, Jimmy. Y no me imaginé que le harías ese agravio tan horrible a la Virgen.

Comprendí que el asunto era delicado, me senté a su lado, la tomé de la mano y, tratando de entenderla, pregunté:

—¿Qué agravio le hice, mamá?

Ella se puso de pie, altiva, distinguida, una reina en mi pequeño chالé mesocrático, y me llevó al cuarto del ajedrez, y señaló, muda, a la Virgen.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

Me miró, profundamente decepcionada, y dijo:

—¡La tienes en el bar! ¡Has mandado a la Virgen de Huamanga al bar de tu casa! ¡Está al lado de los vinos, los *whiskys* y el champán!

—Mil disculpas, mamá, no me di cuenta, fue un descuido —me excusé.

—¡Sácala de allí ahorita mismo, hazme el favor! —me ordenó Dorita.

—Claro —dije, y retiré a la Virgen de esa esquina pecaminosa—. ¿Dónde te parece que debo ponerla? —pregunté.

—¿Dónde crees? —se enfadó Dorita—. ¿Dónde crees? Piensa, pues, hijito. No seas huevón. Piensa y dime dónde crees que debería estar la Virgen que te regalé.

—¿En mi cuarto? —me arriesgué.

—¡Claro, pues, huevón! ¡En tu mesa de noche! ¿Dónde más?

Subimos a mi cuarto, acomodé la Virgen en mi mesa de noche, rezamos tres avemarías para desagraviarla de las compañías alcohólicas que le había infligido y mi madre se fue a buscar sus celulares. Yo desconecté las dos líneas del teléfono fijo de la casa para bloquear todas las llamadas indeseables y me fui a hacer mis cosas. Más tarde Dorita me llamó a gritos, subí al segundo piso y me preguntó dónde había puesto el cuadro de mi padre que ella mandó pintar y me regaló a poco de que él falleciera.

—No recuerdo dónde está —le dije.

Llamé a Silvia y ella nos llevó al escondite: estaba en el cuarto de las escobas, junto con los plumeros, los trapeadores, las aspiradoras y los líquidos desinfectantes.

—Mil disculpas, mamá —le dije—. Pero no me da para colgarlo.

—¿Por qué, hijito? —preguntó ella, más curiosa que enojada.

—Porque en el cuadro papá sonríe, y a mí nunca me sonrió así —dije.

Dorita palmoteó mi espalda y me dijo, con aire burlón:

—Qué huevón eres. Siempre te haces la víctima.

Luego se agachó, se metió al cuarto de las escobas, sacó el cuadro y me dijo que, si no lo colgaba en un lugar decente, se lo llevaría a Lima, pues el retrato de papá no merecía estar arrumbado en ese habitáculo oscuro y desaseado.

A media tarde noté que Dorita bostezaba y le sugerí que durmiera una siesta y, para mi sorpresa, estuvo de acuerdo. La llevé al cuarto de huéspedes, pero me dijo que prefería echarse en nuestra cama matrimonial, para estar cerca de la Virgen de Huamanga. La dejé en la cama, sin zapatos, cubierta por una frazada, y me fui a mi estudio a tratar de escribir.

Un par de horas después me llamó la atención un zumbido eléctrico que provenía de nuestro cuarto. Entré con cuidado, no fuera a despertar a mi madre. Pero ella se encontraba ya despierta, sentada en la cama, y estaba jugando con uno de los pequeños consoladores a pilas que Silvia y yo usábamos ocasionalmente en nuestros juegos eróticos.

—Encontré este aparatito en tu mesa de noche —dijo Dorita—. Se prende y se apaga. ¿Para qué sirve, Jimmy?

En su bendita ingenuidad, mi madre no había atinado a sospechar que era una réplica en miniatura de un pene que servía para procurarse placer.

—Es para darse masajes faciales —le dije.

Luego me acerqué, cogí el adminículo, que seguía encendido, me lo llevé a la cara, y dije:

—Te da masajes debajo de los ojos, para quitarte las bolsas. Y alrededor de los labios, para evitar las arrugas. Y por el cuero cabelludo, para disolver los puntos de estrés.

—A ver, dame —dijo Dorita.

Le di el consolador, empezó a pasárselo por la cara, una expresión de placer se dibujó en su rostro, y dijo:

—Es una delicia, funciona de maravillas.

En ese momento, Silvia apareció en nuestro cuarto y vio a Dorita pasándose el consolador alrededor de la boca y soltó una risotada y salió corriendo.

—Me lo voy a llevar a Lima —dijo mi madre, y lo apagó y guardó en su cartera—. Es perfecto para el estrés.

Enseguida fuimos a tomar el té, volvimos a la casa, me di una ducha y le dije a Dorita que Silvia y yo iríamos al canal de televisión, que ella se quedaría de reina y señora de la casa, acompañada de la nana y la cocinera, y de nuestra hija Zoe, que estaba en su cuarto viendo dibujos animados. Dorita se quedó encantada y nos dijo que no nos apurásemos en volver, que ella tenía mil cosas que hacer desde mi computadora, pues, a falta de sus celulares perdidos, se comunicaba con Lima vía correos electrónicos.

Llegando al canal, el guardia de seguridad nos dijo que mejor volviéramos a casa, pues esa noche había ciertos problemas técnicos que nos impedían salir en vivo.

Tan pronto como regresamos a casa, notamos en el estacionamiento un auto que no supimos reconocer. ¿Quién había ido a visitar a Dorita? ¿Una de sus amigas de Miami? ¿Uno de sus asesores financieros? Entramos despacio, sin hacer ruido, y oímos unos murmullos que provenían del segundo piso. Subimos delicadamente, nos acercamos al cuarto de Zoe y contemplamos una escena insólita: el cura Julio, de la parroquia cercana, cubierto por una sotana verde, estaba bautizando a Zoe, acompañado de Dorita y las empleadas domésticas, que sollozaban, emocionadas. Zoe miraba intrigada y, al parecer, divertida, mientras el padre Julio pronunciaba unas palabras severas en latín y Dorita rociaba gotas de agua bendita en el cuarto de nuestra hija.

—Perdón, ¿interrumpimos? —pregunté.

Dorita nos miró con naturalidad, sin culpas ni temores, con la poderosa autoridad que emanaba de ella, y nos dijo:

—Pasen, pasen, que estamos bautizando a Zoe.

Ella sabía que no habíamos querido bautizar a nuestra hija porque éramos agnósticos, pero había conspirado con su amigo, el cura Julio de la parroquia, para bautizarla clandestinamente, aprovechándose de nuestra ausencia. No nos pareció apropiado interrumpir la ceremonia, porque Zoe parecía encantada con la atención que le prestaban, ella en el centro de la escena, la estrella indudable que era siempre.

Al terminar el bautizo, acompañamos al sacerdote hasta su auto, le di una propina y le agradecí. Luego entramos en la casa y Dorita vino resueltamente, me abrió los pantalones y me echó en la entrepierna toda el agua bendita que había sobrado.

—¡Mamá, qué haces! —di un respingo, mis genitales de pronto fríos, mojados.

—Purificándote el pajarito, Jimmy —dijo ella, y soltó una carcajada.

Luego sacó el consolador, se lo pasó por la cabeza y dijo:

—Ay, qué rico.

Vieja loba de mar

A Silvio, mi marido, le debo la vida. No exagero: me conoció hace años, cuando yo estaba deprimidísima, gordísima, echada al abandono, tomando veinte pastillas cada noche, a ver si quedaba dormida del todo y no despertaba más para verle la cara lánguida al angurriente de mi marido de entonces, Osvaldo, el argentino.

¿Por qué estaba tan mal? Porque había descubierto que Osvaldo me quería solo por mi dinero y ya no me deseaba, no me miraba con intención, no maliciaba mis carnes fofas de vieja loba de mar. Yo llevaba años casada con mi argentino y él me había sacado todo lo que quería: su apartamento en Buenos Aires, su carro alemán, buena plata en sus cuentas de Miami y Montevideo. Ya no nos amábamos, no nos daba ilusión viajar juntos.

Osvaldo viajaba con su mamá, tenía adoración por ella y usaba las tarjetas de crédito con la comodidad de saber que yo las pagaría. Y yo pagaba calladita, sin quejarme, soñando vanamente que él volvería a ser el potro chúcaro, brioso, que me cabalgaba cuando nos conocimos, una tarde que fui a darme masajes en el hotel Plaza de Buenos Aires y él me atendió y desde entonces me hice adicta a sus manos y a su habilidad para jinetearme.

Lamentablemente, Osvaldo se me achuló y quería que yo me matara anonadada de pastillas. Me daba más y más pastillas, se reía cuando me veía caer de lo dopada que estaba, se burlaba cruelmente de mí. El muy vividor de Osvaldo pensó que yo moriría y él se quedaría con todo.

Pero no fue así, gracias a Silvio no fue así. Porque el destino quiso premiarme con el amor de este muchachito que ahora tiene apenas treinta años, y yo soy una gorda con cincuenta y un años y cien kilos (antes de echarme perfumes y cremas).

Silvio me conoció en una feria del libro, escuchó mi charla catatónica, hizo una cola y aguantó paciente y me pidió que le firmara mi novela, y apenas lo vi tan machito y a la vez tan sensible, tan musculoso y tan curioso, tan agarradito maceta y tan intelectual moderno, caí rendida de amor y sentí que me estremecía un rayo de luz bienhechora y obraba un milagro en mi sistema de desagüe y baja policía y el clítoris se me ponía tan duro, tan tieso, que era casi un pene y el tamaño de mi madreperla en expansión fácilmente superaba al del pistacho ajado de mi Osvaldo.

Enhorabuena dejé al argentino. Tuve que indemnizarlo, pero me lo saqué de encima y me convertí en la esclava, súbdita, *geisha* adiposa de mi Silvio. Nadie me ha montado tan sagazmente como él. Es un campeón. Merece un premio ecuestre.

Ni mi primer marido Sandro, que murió alicorado en un choque en la Costa Verde con un ciclista borracho de nombre Yordi Yordano, ni mi segundo marido Osvaldo, me supieron chancar como Silvio. Sandro prefería la bebida al sexo y, cuando estaba ebrio o achispado o beodo, ya no

se le ponía dura la tripita y a veces yo me rebajaba a soplársela a ver si renacía y él se quedaba dormido y yo me sentía una auténtica soplapollas, era una humillación, algo inenarrable. Y de Osvaldo, qué puedo decir, al comienzo me cumplía, era rendidor, pero luego se fue replegando, volviendo apático, desganado, renuente, y ya no me quería machucar y yo me ponía calzones de Victoria Secret tamaño XXXL o *pantys* negras a ver si lo erotizaba, pero era en vano, él prefería encerrarse como un enfermo a ver pornografía, y eso me dejaba tristísima y con ganas de morir intoxicada.

Hasta que Silvio se me apareció en una feria del libro, bendita mi suerte. Desde entonces no he vuelto más a una feria del libro, ya conseguí lo que estaba buscando, ya me gané la lotería. Y me la he ganado dos veces: cuando mi madrecita Dorita me heredó en vida con una parte sustancial de su enorme fortuna, y cuando Silvio lo dejó todo y vino conmigo a esta isla tropical.

No sé si somos felices, creo que sí, eso siempre es relativo, debatible, lo que sé es que Silvio me cumple todas las noches, todas, sean domingos, feriados, Navidades, Fiestas Patrias, él siempre me busca, me tienta, me humedece, me toca y retoca, me da vuelta y tuerce y retuerce, me abre y entreabre, me coge con lujuria animal, bestial, como si recién me conociera, como si fuese nuestra última noche y al día siguiente se nos acabara el mundo. Me singa parejo, me pisa y me tiembla, me chanca incansable en primera vuelta y *ballotage*, me obstruye y taponea todos los orificios, me susurra indelicadezas deliciosas, me deja muda, ahíta, bruta, revirada, atónita, sin saber cómo me llamo, quién diablos soy, con el orto perforado como si fuera el túnel del Chapo Guzmán, una obra maestra de ingeniería.

Soy tan feliz con Silvio que solo decirlo me da pudor. Y no me da vergüenza decir las cosas como son: no, no trabajamos, y no estamos buscando trabajo, y dormimos diez horas diarias y además hacemos la siesta, él todo al natural, sin pastillas, y yo medicada, por supuesto. Porque gracias a Silvio, que me ha llevado a tantos doctores, ahora sé que soy bipolar y tomo no sé cuántas pastillas carísimas para evitar mis manías de grandeza y mis depresiones misérrimas, casi suicidas, y ya voy acostumbrándome a caber con comodidad en mi cuerpo fofo de vieja loba de mar. Estos años con él han sido los mejores de mi vida, qué duda cabe. Hemos viajado tanto, tratamos de ir a Europa los meses del verano, evitamos el frío como la peste, casi no vamos a Lima, preferimos Nueva York y Los Ángeles, que nos quedan más cerca.

¿Qué hace Silvio? Va al gimnasio, toma clases de yoga, corre tres millas diarias, es vegano, toma jugos de espinaca con coco o de lechuga con banana, come y excreta en raciones mínimas, se avienta unas diez o doce latas de cerveza mientras mira videos cómicos de Youtube y se muere de risa, a la noche me acompaña al cine a ver alguna película, ya nos da igual si es buena, mala o regular, vemos toda la cartelera porque salir nos airea y hace bien. Y a medianoche se convierte en mi potro, mi potrillo, mi poni, y me monta y cabalga y me sujeta del pelo como si fuera de rienda corta y tira con fuerza y me golpea el lomo con un látigo, el de sus manos ardientes, y me olvido de que soy una vieja fofa y por un momento me siento una ricura, un bomboncito, un cuero fino. Después cada uno duerme en su cuarto, es mejor así. Mi Silvio se duerme a la media hora de haberme saturado los orificios, Dios lo bendiga y le preserve el sueño pueril, y yo tomo a escondidas unas pastillas que no le confieso y que me hacen dormir como una vaca después de pastar y dejarse ordeñar.

Teóricamente, Silvio está escribiendo un libro sobre cómo ser vegano y bajar de peso, y yo estoy escribiendo una novela contando mi azarosa vida sentimental, cómo pasé de ser una señorita

reprimida a la gorda putona que soy ahora. El problema es que nuestros libros no avanzan, están estancados: los comenzamos hace cinco años y Silvio está en el segundo capítulo y yo solo he escrito ocho páginas porque no encuentro tiempo para la literatura y me tienta más ir a la piscina y bañarme calata tomando vino helado canadiense y fumándome un porrito con Silvio. Y no, no somos adictos, pero fumamos un cachito cada tarde, no por dependencia, sino por independencia: nos eleva el espíritu y atiza el humor y, al mismo tiempo, nos independiza de los idiotas, los imbéciles, los mamertos, toda esa vasta población de bobos, papanatas, mentecatos y tontilocos que están siempre al acecho para poner zancadillas a nuestro buen pasar y enfangarnos en el lodo de su memez y cretinismo.

¡Qué buena vida nos damos Silvio y yo! Espero que esto dure veinte años más, si no es mucho pedir. Yo ya me gané la lotería dos veces y la tercera sería que Silvio me acompañe hasta mi último estertor, que no es lo mismo que eructo, no se me entienda mal. Y ya le he pedido que mi epitafio diga: Aquí yace una yegua que supo hacer buen uso de sus orificios.

El gato satánico

Mi madre Dorita y yo subimos a la camioneta, eran las doce del mediodía, encendí el motor y nos dirigimos a la parroquia del padre Julio a oír misa. De inmediato, oímos el maullido de un gato.

—¿Tienes un gato en la cartera? —pregunté.

—No, que yo sepa —dijo Dorita, revolviendo su bolso.

No cesaron los maullidos desgarrados.

—Se ha metido un gato a la camioneta —sentenció mi madre, al tiempo que se daba vuelta y miraba el asiento trasero.

Me detuve, bajé, miré en la maletera y debajo del asiento posterior, pero no encontré nada. Apenas volví al timón y proseguí la marcha, continuaron los maullidos. No provenían de lejos, se oía claramente que un gato estaba dentro de la camioneta, solo que no sabíamos dónde se había ocultado.

—Mira en el motor —aconsejó mi madre, y eso mismo hice: abrí la cubierta del motor, miré cuidadosamente, no encontré a ningún gato.

No quedó más remedio que cerrar la cubierta. Conduje hasta la parroquia y no hubo más lamentos gatunos. Quizá el minino se había marchado.

—Qué raro esto del gato —dije, al llegar a la iglesia, donde mi madre oía misa todos los mediodías cuando venía a visitarme, y yo la acompañaba en ocasiones especiales, es decir cuando estaba mal de plata y, tras la liturgia religiosa, pensaba pedirle un préstamo, un sablazo más, delicada operación que solía tener éxito si veníamos saliendo del templo con la unción apropiada.

—De repente era tu papi, que se ha reencarnado en un gato y estaba saludándonos, porque justamente hoy cumplía ochenta años —dijo Dorita, risueña, y se rio de su ocurrencia.

Me hacía gracia verla tan contenta, gastándole bromas a mi padre como no se hubiera atrevido cuando él se hallaba entre nosotros.

Nada más volver a la camioneta (chocada, chocada por Dorita, todavía no reparada porque el seguro no me cubría el planchado y yo no tenía dinero para solventarlo) y encender el motor ya desgastado, con más de cincuenta mil millas, de nuevo un gato, de un modo inequívoco, nos hizo sentir su presencia cercana, maullando con desespero, como si pidiera ayuda, como si estuviera atrapado y rogara que lo rescatásemos.

—Hay un gato metido acá —se azoró Dorita.

—¿No será que te han cambiado el timbre de tu celular y ahora suena «miau, miau»? —pregunté, porque mi madre era capaz de todas las excentricidades y a veces mis hermanos le

hacían travesuras de esa índole y ella no se enteraba o no las recordaba.

—A ver, llámame —dijo, sacando su teléfono móvil de un bolso grande donde había de todo, las cosas más inimaginables, por ejemplo, media banana, tres rosarios, un mango chupado, tequeños envueltos en una servilleta de tela robada, rodajas de tuna maloliente, un frasco de aceite de marihuana, toda clase de estampitas religiosas en español y latín y un montón de supositorios y laxantes.

La llamé y en su celular timbró el *Ave María* de Schubert.

—No soy yo —dijo ella—. ¿No serás tú?

Me llamó de vuelta y mi celular vibró suavemente, sin imitar voces de mininos en trance de angustia.

La concha de la lora, pensé, dónde carajos está el gato que nos tortura, ¿o es que estamos imaginándolo y nos hemos vuelto locos?

De nuevo el gato maulló una, dos, tres veces.

—Aquí hay un gato, ¡para, baja! —se volvió a crispas Dorita, y sus órdenes fueron tan enfáticas que las cumplí sin chistar.

Bajamos, volvimos a mirar todos los resquicios, orificios y hendiduras de la camioneta por donde podría haberse colado el gato de marras, pero no hubo suerte.

—Llamemos a los bomberos —dijo Dorita.

—¿A los bomberos? —pregunté, sorprendido—. ¿Para qué?

—Para que vengan a encontrar el gato, pues, huevón —dijo mi madre, que cuando se impacientaba me llamaba así, huevón, aunque no de un modo desdeñoso, sino con afecto maternal.

Dorita marcó el número de emergencias, pidió hablar con los bomberos y, en su perfecto inglés de antigua alumna del colegio Villa María de Lima, describió la improbable escena: se nos había metido un gato al coche, lloraba y maullaba y gemía, no podíamos encontrarlo, tenían que venir a rescatarlo de inmediato, sabía Dios cuánto tiempo llevaba atrapado, podía morir y ella era muy caritativa con los animales. Como me temía, los bomberos le dijeron que no podían venir a socorrer al gato, pero Dorita insistió tanto que le dijeron que muy bien, que vendrían, aunque desarmarían la camioneta si era necesario y, en caso de hallar al gato o no hallarlo, no la armarían de vuelta, eso ya era problema nuestro.

—Huevonazos —les dijo Dorita, en español, sin pensar que el bombero era también fluido en nuestra lengua.

—¿Perdone, señora? —dijo el bombero, con marcado acento cubano.

—Váyase a la mierda —dijo Dorita, y cortó, porque ella, ya con setenta y largos años, no le aguantaba pulgas a nadie y, si no le hacían caso, los mandaba a rodar.

Sugerí pasar por la gasolinera. El dependiente, un nicaragüense muy amable, músico aficionado, anticomunista visceral, se ofreció a ayudarnos. Le prometí una buena propina. Dorita me miró como diciéndome ni se te ocurra pedirme plata. El señor se metió debajo de la camioneta con una caja de herramientas y maniobró afanosamente durante diez o quince minutos y fue abriendo y retirando partes metálicas y buscando sin desmayar al gato, que seguía maullando y con seguridad se encontraba allí adentro, atrapado, hasta que, sudoroso, extenuado, pero con una gran sonrisa de júbilo, el tipo nos enseñó a un gato negro, de ojos asustados, de destellos rojizos, apenas un cachorrito, temblando con pavor, flaco, raquítico, ¿cómo diablos se había metido debajo de la camioneta, cómo había sobrevivido, cuántos días llevaría allí, entre fierros y

aceites?

—Vamos a la parroquia —ordenó Dorita, después de que le diese la propina prometida al amable dependiente nicaragüense.

—¿De nuevo? —pregunté, sorprendido—. ¿Para qué?

Dorita me miró a los ojos sin resquicio o átomo de duda y sentenció:

—Para que el padre Julio le haga un exorcismo al gato.

La miré perplejo, demudado. Ella prosiguió:

—Este gato es tu papá. Salúdalo. Hola, Jaime.

—Hola, papi —dije, por las dudas.

Dorita prosiguió:

—Está poseído por el diablo.

La miré con una sonrisa cínica, burlona.

—¿Cómo puedes estar tan segura, mamá?

—Porque yo sé, hijo, yo sé, al diablo lo reconozco rapidito, siento su presencia maligna, y en este gato callejero veo a tu papi y a Satanás, así que maneja rápido a la parroquia, carajo, y no me alegues.

Comprendí que debía obedecerla. Llegando a la parroquia, marcó el celular del padre Julio, su amigo y confidente, quien salió sin demora.

—Se nos ha aparecido milagrosamente este gato —le dijo Dorita, cargando con ternura al animalito—. Creo que es mi marido que quiere decirme algo. Pero le veo clarito en su mirada que está poseído.

—Ya, ya —dijo el curita Julio, obediente, sumiso, sabiendo que no debía contrariar a mi madre, que era muy generosa en sus donaciones a la parroquia.

—Límpieme al gato, sácale al Maligno —ordenó Dorita.

El padre Julio nos llevó al altar, sacó agua bendita, farfulló a regañadientes unas oraciones en latín y luego roció de agua bendita al pobre gato negro asustado, de ojos rojizos chillones, iridiscentes, sospechoso de ser mi padre y el diablo al mismo tiempo. El gato dio un respingo, maulló con estrépito, se le escapó de los brazos a Dorita y salió corriendo, espantado.

—¡Jaime, ven acá, carajo! —gritó mi madre, furiosa.

Luego me ordenó:

—Anda agarra a tu papá y tráelo de vuelta.

El padre y yo perseguimos al gato por las bancas del templo y no fue fácil atraparlo, pero al final el cura se abalanzó sobre él y lo estrujó con su sotana y lo calmó, sobándole el lomo con su mano morosa, ajada, todavía impregnada de agua bendita. Mi madre miró al gato a los ojos de chispazos rojos y dijo:

—Estoy segura de que es mi marido. Y el Maligno ya se fue.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Usted se queda con el gato —le dijo Dorita al padre Julio—. Yo soy viuda y no quiero tener que ocuparme otra vez del pesado de mi esposo. Ocúpese usted, padre Julio, que es su deber.

Con una mirada parecida al asombro o el estupor, el padre Julio preguntó:

—¿Estás segura de que es tu marido?

—Como que me llamo Dorita Lerner viuda de Barclays —dijo mi madre, enfática, y le dio al padre Julio un beso en la mejilla, y luego acarició al gato y le dijo secamente:

—Chau, Jaime, pórtate bien, ya nos vemos.

De nuevo en la camioneta, ya libres de los maullidos inquietantes, le dije a mi madre:

—Hemos debido traer el gato a la casa.

—No me jodas, y maneja rápido, que me hago la pila —dijo ella, con impaciencia.

Poco antes de llegar a casa, manejando por encima del límite de velocidad, pregunté:

—Mamá, ¿y desde cuándo crees en la reencarnación?

Ella me miró traviesa, pícara, una niña terrible a sus setenta y largos años, y dijo:

—Desde que uso el aceite de marihuana.

Como solté una carcajada, ella me reprendió:

—Ándate a la concha de tu madre.

Luego se rio tanto de su repentina procacidad, que confesó:

—Creo que me hice la pila.

Una mujer de derecha

Yo desde chica he sido muy de derecha. Y no de derecha moderada: de extrema derecha. Y no de extrema derecha compasiva, democrática: de extrema derecha autoritaria, pistolera. Con los años no me he vuelto más conciliadora, sino más radical. Por eso tuve que irme del Perú y ahora vivo en una isla de Florida tan de derecha, que virtualmente no tiene gobierno, y cuyos habitantes son, como yo, anarquistas, libertarios, anarcocapitalistas.

Ya mi abuelo Jimmy, que en los setenta del siglo pasado me hablaba maravillas de Pinochet y detestaba a los militares comunistas peruanos que habían capturado el poder y saqueado a los empresarios con dinero, despojándolos de sus haciendas, sus bancos, sus minas, me educó en el respeto y la embozada admiración a los militares chilenos de derecha, de mano dura, que metían en vereda a los revoltosos de izquierda y, a la vez, fomentaban el progreso económico, confiando las reformas pro libre mercado a tecnócratas bien educados, y hasta se daban tiempo de condecorar a Borges. Y mi abuelo Robert, que tenía una hacienda de manzanas y naranjas al norte de Lima, con los tractores más modernos, dando empleo a centenares de peones, y que fue asaltado por los militares comunistas que le quitaron todo en nombre de una estúpida reforma agraria, sumiéndolo en la ruina y la tristeza, me enseñó a odiar a esos militares brutos, resentidos, envidiosos, incapaces de generar riqueza, pero bien capaces de robarla y dilapidarla.

O sea que yo de chica ya admiraba a Pinochet y detestaba a Velasco y Morales Bermúdez, los dictadores peruanos, uno de izquierda bruta, el otro de izquierda beoda, uno cojo idiota, el otro borracho baboso, y les decía a mis abuelos que algún día haríamos justicia y a mi abuelo Jimmy le devolverían sus acciones del banco, valoradas en millones de dólares, confiscadas por los matones uniformados de la izquierda piraña, y a mi abuelo Robert, ya mayor, casi ciego, con lupa y bastón, le pagarían una indemnización y restituirían la propiedad de su hacienda, el patrimonio de toda una vida de trabajo. Pero nada de eso pasó. Mi abuelo Jimmy murió en vísperas de cumplir ochenta años, de un súbito derrame cerebral, y seguía siendo admirador de Pinochet y detractor de Velasco, aunque cultivó amistad con el dictador licorero Morales Bermúdez, con quien se encontraba en la iglesia los domingos. Y mi abuelo Robert falleció en la ruina y nunca pudo cumplir el sueño de recuperar la hacienda que le robaron los militares ladrones, coludidos con intelectuales baratos, de pacotilla, escritores frustrados que terminaban trabajando en pasquines a órdenes de los militares de mala entraña.

A papi, que en paz descansa, no le quitaron nada los militares ladrones, porque papi mucho no trabajaba, era un mantenido del abuelo Jimmy, que le regaló una gran casa, buenos carros, armas de fuego cortas y largas, todo, y le conseguía trabajos bien pagados en negocios que él controlaba,

o sea que papi no tenía rencor ni animosidad contra los militares, más bien era amigo de ellos, prominentes espadones de una dictadura que se prolongó doce largos años, generales y coroneles que venían a nuestra casa de campo a emborracharse con papi y tramar golpes, sublevaciones, felonías y reacomodos pérfidos que nunca se cumplían porque el día que debían ejecutarse estaban todos con una resaca feroz. Papi era de derecha tiratiro, golpista, conspiradora, y además era borrachín y amigote de los militares, y no creía un carajo en la democracia, decía que los indios del pueblo llano no tenían puta idea de nada y no podíamos confiar en ellos para que eligieran un buen gobierno, y por eso le parecía correcto, deseable y conveniente que siguieran en el poder sus amigotes militares, principalmente su amigo más cercano y querido, un militar brillante, culto, con sentido del humor, que había vivido en Buenos Aires, apodado El Gaucho, a quien yo también supe querer porque no era bruto como sus colegas de armas, era un militar sensible, que leía, iba al cine y viajaba.

Mi mami Dorita, una santa, tan querida por todos, tampoco creía un carajo en la democracia, ella era del Opus Dei y admiraba a un señor iluminado, mesiánico, dicharachero, el curita Escrivá de Balaguer, a quien adoraba sin freno ni medida, y que ejercía su poder inmoderadamente, tiránicamente, como todo un déspota en santidad. Mami era superreligiosa, religiosa con motor fuera de borda, de misa y rosario diarios, y su ideología política era simple: aquí mandan Dios y el fundador de la Obra, y si acaso el cardenal, y no me vengan los rojos ateos a decir que los cholitos no bautizados, no catequizados, deben ser los que decidan quién nos gobierna y quién no. Cojudeces, huachaferías, decía mami, la democracia es para los países educados, nosotros somos un país de indígenas ignorantes que no tienen ni la más pálida idea de quién debe gobernarnos, por eso lo mejor es que nos gobiernen la santa madre Iglesia y los militares patriotas y católicos a su servicio.

Yo soy entonces una mujer muy de derecha, de extrema derecha, eventualmente golpista, porque así fui educada desde chica. Lo malo es que ahora casi no me atrevo a decir estas cosas porque la moda mundial es creer en la democracia, qué pereza. Y si no crees en ella, te lapidan, te escarnecen, te convierten en paria, leprosa. Y yo me sublevo y amotino y digo: ¿y qué si me da la gana de pensar que una dictadura ilustrada puede ser, en ocasiones, más eficiente en arreglar las cosas que un gobierno elegido por el pueblo? Hay democracias tan estúpidas, tan suicidas e incompetentes, que una, como mujer viajada, tiene legítimo derecho de dudar sobre la conveniencia del sistema como tal. Yo viajo mucho a Santiago de Chile porque tengo un novio fotógrafo izquierdoso allá, y conozco bien las cosas chilenas, y es obvio que Chile le lleva al Perú veinte años mínimo de progreso, ¿y eso, por qué? Porque en los setenta y ochenta, mientras el Perú era gobernado por militares idiotas, oligofrénicos, y por demócratas de verbo fino y agenda extraviada, todos los cuales hundían la economía más y más, en Chile mandaba el golpista ladrón de Pinochet, que, claro, fue un grandísimo truchimán y mandó matar a miles, un horror, pero en casi veinte años instaló a los chilenos en unos niveles de prosperidad a años luz de los peruanos. O sea que lo voy a decir bien claro, como mujer de derecha que soy, y desde la comodidad de mi exilio dorado: sí, yo hubiera cambiado a Velasco y Morales Bermúdez, par de sátrapas inútiles, por un Pinochet peruano que hiciera despegar la economía en los setenta, y no veinte años después, como ocurrió en los noventa con nuestra versión de Pinochet, el rufián de Fujimori, que hizo cosas espantosas, indefendibles, sí, pero, dejémonos de hipocresías, puso al Perú en la senda del progreso económico.

Yo soy un caso perdido, una contradicción patética, un enredo sin fin: soy de derecha y fumo hierba; soy de extrema derecha y bisexual sin culpa y en ejercicio; soy partidaria de que los gringos invadan Cuba y metan en la cárcel a los Castro, como hicieron con el rufián de Noriega en Panamá, y al mismo tiempo tengo una novia cubana que vive en La Habana y viene a comerme mis partes íntimas cada dos meses; he sido pinochetista, menemista, fujimorista, uribista, y creo que los militares no sirven para nada y lo ideal es tener un país sin ejército como Costa Rica; soy capitalista pro libre mercado y casi no me quedan ya capitales ni para ir a comprar frutas al mercado; soy agnóstica y me visto de morado en octubre y salgo en procesión con el Señor de los Milagros de Lima; soy amiga del cardenal peruano y he abortado dos veces, sin que él se entere, por supuesto; y me gustaría regresar a vivir al Perú, pero en el territorio inviolable de la embajada peruana en Buenos Aires, no sé si me explico, qué confusión la mía.

Riesgos de tomar *whisky* en Navidad

Silvia y yo llegamos secretamente a Lima el 24 de diciembre por la tarde, sin que su familia ni la mía estuviesen al tanto de nuestra visita. Pasamos por mi apartamento, descansamos y, ya de noche, fuimos a casa de mi madre Dorita, a darle una sorpresa de Nochebuena. Tocamos el timbre, una empleada doméstica nos miró con extrañeza y corrió a decirle a Dorita que habíamos llegado, abracé a mi madre y le dije:

—Llegaron los Reyes Magos.

Ella me corrigió, risueña:

—Serán los Reyes Vagos.

Yo había tomado *whisky* y pastillas para dormir en el avión y más pastillas para echar la siesta en Lima, y por eso estaba un poco lento, soso, errático, y caminé zigzagueante y me acerqué al árbol navideño a contemplar el nacimiento de Jesús en el pesebre y, de pronto, tropecé con una hilera de latas de trigo que marcaban el camino de los Reyes y caí pesadamente como un saco de camotes, aplastando la delicada decoración navideña:

—Ay, chucha —dije, mientras mi voluminosa humanidad de cien kilos caía como una bomba de neutrones sobre la réplica del pesebre de Belén.

Pude oír cómo crujían, al romperse y hacerse añicos, las figuras del nacimiento, chancadas por mi panza colosal.

—¿Qué haces, manganzón? —me dijo Dorita, al verme caído sobre el pesebre.

Silvia corrió a socorrerme y me ayudó a ponerme de pie. Dorita se arrodilló y examinó los daños: el Niño Jesús estaba partido en pedazos, el carpintero José decapitado, los Reyes Magos lisiados, y varios de los animales (vacas, burros, bueyes) privados de sus patas, cuando no de sus cabezas. Una masacre había ocurrido en el sagrado pesebre y el culpable era un agnóstico, amoral, libertino, yo, Jimmy Barclays Lerner, que había caído como una pesada desgracia sobre aquella cuidadosa puesta en escena en la que Dorita cifraba su fe antigua, maciza, irrompible.

—¡El Niño Jesús, el Niño Jesús, qué le has hecho, imbécil! —estalló Dorita, hincada de rodillas, contemplando la figura acéfala, tullida, de Jesusito maltrecho.

—¡Mil disculpas, mamá, fue un accidente! —dije.

—¡Ningún accidente, huevón, estás borracho, por eso te caíste! —gritó Dorita.

—No está borracho, señora, está mal medicado —salió en mi defensa Silvia.

—¡Es la misma huevada! —dijo Dorita—. Borracho de trago o de pastillas, da pena igual. ¿Para eso vienes a visitarme? ¿Para romperme el pesebre, huevón?

Me sorprendió que mi madre dijese tantas palabras soeces. Luego dio un grito («¡Personal,

repórtese!») y aparecieron como duendes sus empleadas y su chofer:

—¡Vayan a comprarme un nacimiento ahorita mismo! —les ordenó.

Pasé al bar, me serví un trago, saludé a mis hermanos, a todos ellos: al bando de los renegados, sentado en una mesa, y al bando de las pirañas, parapetado en otra mesa, y tuve que elegir a cuál de las dos mesas enemistadas sumarme, si a aquella que deploraba que Dorita diese más plata al campo adversario, rompiendo el criterio de equidad, o si a la que taimadamente le sacaba más dinero a Dorita, sin importarle que los renegados sufriesen por eso. Me senté con los renegados, tal vez porque todos bebían *whisky* como yo, y sentí las miradas hostiles de la mesa piraña. Recuperada del trauma de ver su nacimiento hecho trizas, Dorita se sentó con las pirañas. Pude ver que todos allí eran abstemios y tomaban agua o chicha morada o limonada. Hacíamos pequeña conversación chismosa cuando, de pronto, mi hermano Mike, el magnate, prominente líder de las pirañas, se puso de pie, pidió silencio con una extraña solemnidad y dijo:

—Jimmy, en nombre de nuestra querida madre Dorita, te pedimos, por favor, que no vayas a escribir una columna contando intimidades sobre esta linda reunión familiar.

Yo, muy pasado de pastillas y *whisky*, pues había comenzado a beber en el avión, tenía la lengua suelta, pecaminosa, y por eso le dije:

—Ya, siéntate, huevón. Si no te gusta mi columna, no la leas. Igual, como no terminaste el colegio, seguro que no sabes leer.

Hubo risas sarcásticas entre los renegados.

—¡Buena, lo cagaste! —me dijeron, palmoteando mi espalda, celebrando mi insolencia.

Mike desapareció de la escena. Cuando reapareció, traía un cuadro de nuestra bisabuela escritora, pintado por nuestro extinto abuelo, y vino caminando hacia mí, la mirada aviesa, el gesto torcido, y me golpeó la cabeza con el cuadro de un modo tan violento que el lienzo se rasgó, agujereándose, y mi cabeza terminó metida dentro del cuadro, en medio de las carcajadas de la mesa piraña, incluyendo las de Dorita, que parecía recién redimida de la aflicción de ver diezmado su nacimiento bendito. Silvia se puso de pie y me ayudó a retirar el cuadro de mi cabeza.

En venganza, mis hermanos Owen y John, altos jefes renegados, fueron a encarar a Mike por ponerme un cuadro familiar de sombrero, y Philip se levantó en defensa de Mike, y en cosa de segundos John y Mike estaban liados a golpes, y Philip tratando de ahorcar a Owen, tras recibir una patada en los testículos. Volaban las copas, los panes, los insultos, los gargajos, y yo seguía tratando de zafarme del cuadro de la bisabuela, cuando Dorita gritó a su personal:

—¡Llamen al serenazgo, carajo!

Tal vez recordando que una ofuscada señora había sido condenada a siete años de cárcel por abofetear a un policía, los hijos gamberros de Dorita se calmaron y volvieron a sus sillas, lamiéndose las heridas. Todavía no eran las doce, no se habían abierto los regalos, pero cinco hermanos malquistados teníamos los rostros dañados, amoratados, y se sentía en el aire una tensión que podía estallar en más violencia. Informada de que había llegado el nuevo nacimiento comprado en un bazar ambulante, Dorita se dirigió a acomodarlo, acompañada de su hija Caroline, lideresa moral de la facción piraña.

La cena estuvo deliciosa y disfrutamos de ella sin grandes contratiempos. Pero nadie de la mesa renegada hablaba con la mesa piraña, y ni siquiera se miraban entre sí. Solo Mike, cada tanto, me dirigía una mirada flamígera, prometiendo darme una paliza apenas terminara la

Nochebuena.

Fue curioso abrir los regalos porque solo Dorita y yo regalamos a todos, a los de un bando y a los del otro, aunque mis regalos, perfumes, siempre perfumes, fueron menos celebrados que los de Dorita, que no escatimó en comprar las mejores cosas para sus hijos.

De pronto, se me acercó Mike y pensé que venía a pegarme de nuevo, alto y robusto como un boxeador, y me entregó un regalo, para mi sorpresa. Lo abrí con cierta desconfianza. Era una corbata.

—Qué linda, es todo tu tipo —dijo Silvia.

Olí la corbata, la desplegué ante mis ojos, toqué la tela un tanto rugosa, comprobé que no era seda, y le dije a Mike:

—Es una buena mierda. Mejor úsala tú cuando quieras salir con mi hija Camelia, ganapán.

Le dije eso porque mi hija Camelia me había escrito sorprendida, contándome que estaba en Lima, de vacaciones, y Mike la había llamado y le había dicho para salir a tomar unos tragos. Mike se alteró, desorbitada la mirada, babosa la comisura de los labios, y las carcajadas de los renegados acicatearon su furia, y vino a golpearme. Pero yo lo sorprendí, porque llevaba un pequeño aerosol de gas pimienta en el bolsillo: lo saqué, apunté a su cara y disparé, pero, sin querer, terminé rociando también a varios de los renegados, y yo mismo, tan torpe como siempre, terminé menoscabado por el gas, todos tosiendo, lagrimeando, enceguecidos, Mike de rodillas, arrojando un vómito verduzco sobre los trigos de Dorita, como un volcán en erupción desbordándose sobre el repuesto nacimiento.

—¡No vomites sobre el Niño Jesús! —le gritó Dorita, pero ya era tarde.

Yo salí corriendo al jardín, me quité la ropa, quedé en calzoncillos y me arrojé a la piscina para aliviarme la quemazón del gas pimienta.

Detrás de mí, venía Dorita con una escoba, al tiempo que gritaba:

—¡Te voy a matar, gordinflón!

La mujer pingüino

Estoy harta de que me digan gorda. Me lo dicen algunos patanes que ven mi programa: qué gorda estás, Jimena Barclays, estás hecha una ballena, una foca, un cachalote, qué tal papada la tuya, sal a correr, ociosa. Me escriben esas cosas en Facebook y, cuando las leo, me deprimó tremendamente, me dan ganas de llorar, a punto estoy de contestarles una grosería a esos maleducados y termino bajando a la cocina a comer algo para calmar la ansiedad.

Pero sí, es cierto, estoy gorda. Por eso me duele que me lo recuerden, porque es verdad. Solo puedo decir en mi descargo que soy una señora de cincuenta años, madre de tres hijas, felizmente casada con mi Silvio, locutora del canal 22 de Miami, escritora de novelas cursis, a punto de colapsar de un ataque de nervios, sin tiempo para ir al gimnasio a ponerme en forma. Mi mami Dorita, que está en Lima y es flaca y zumbona como una avispa, me regaña, me dice que salga a correr, que me destete, que sude como balsera recién llegada, pero no entiende que no tengo su fe, su disciplina, su voluntad de hierro, pues yo salgo a correr y en la primera esquina empiezo a caminar fatigosamente, a desgana, y a las dos cuadras regreso a casa porque el sol me aturde, me aboba, me fríe la cabeza más de lo que me la he asado yo misma, tomando pastillas para dormir.

Estos días de canícula ando pesando noventa y ocho kilos recién salida de la ducha, ya seca, y cien kilos netos una vez que me aplico cremas, lociones y perfumes. Cien kilos es lo que pesan mis huesos, mi manojó de nervios, mis ubres de vaca loca, mis glúteos colosales, mis piernas de pata negra, mi panza ubérrima que no cede. Debería pesar ochenta y cinco kilos y peso cien. He tratado de bajar ese sobrepeso de pura grasa sosegada, pero me ha resultado imposible. Silvio, por suerte, es comprensivo, no me atormenta, lo acepta tranquilamente, de buen humor, y hasta dice que le gusto más así, rellenita, rolliza. A la noche, ya tarde, cuando regreso del canal, salimos a caminar, y él camina tan rápido que yo quedo rezagada y me quejo: Pero, Silvio, por Dios, baja un cambio, no puedo seguirte el ritmo, me estás matando, y él se ríe y me espera y se resigna a caminar al paso cansino que yo le marco. Luego, ya en la casa, Silvio me hace mis estiramientos y yo lo amo porque me hace crujir los huesos con mucha sapiencia y la barriga me pesa menos y puedo agacharme a recoger las cosas cuando se me caen o a darle un chupín exprés a mi marido.

También me duele profundamente que me digan que estoy loca. Lo dicen unos sujetos que no conozco y se descuelgan con comentarios mezquinos, insidiosos, en Facebook. Me dicen: vieja loca, tía terrible, ya quemaste cerebro, estás más loca que una cabra, estás zafada, ya piraste, dile a tu mamá que te lleve a un manicomio, por favor no vuelvas al Perú, que acá nadie te extraña. Cuando leo esas cosas, quiero echarme a llorar, pero, por amor a mis tres hijas, que me necesitan sana y fuerte y rendidora, y por devoción a mi Silvio, que me estira y desentumece como nadie, me

digo que no debo rendirme y no tiraré la toalla y seguiré leyendo las noticias con solvencia profesional en el canal 22. Pero me duele, sí, tal vez porque es verdad que estoy loca, no totalmente, pero un poco loca. Los estudios demuestran que soy bipolar y debo estar siempre medicada para evitar mis crisis de grandeza o enanismo. Tomo cuatro pastillas para controlar mi locura genética, unos químicos carísimos que por lo visto funcionan. Soy loca, sí, una gorda loca, sí, pero no es justo que me lo recuerden con aspereza, prohibiéndome en nombre de la cordura que regrese al Perú, aunque solo sea para visitar a mi mami, que está más loca que yo, pero loca y todo es feliz y tiene plata para permitirse todas las locuras que le den la gana.

Pero lo que más me duele es que me digan que soy mala madre, que mis hijas Camelita y Paulina me odian, que tuvieron pésima fortuna de nacer de mi vientre y acatarme como madre, que les he dado un malísimo ejemplo con mi estilo de vida libertino, mi promiscuidad con los barbitúricos y los escándalos sonados de mi vida amorosa. Pobres tus hijas, me amonestan, pobrecitas, qué mala suerte tuvieron, cómo habrán sufrido en el colegio teniendo a una madre como tú, qué vergüenzas no habrán pasado. Y pobre tu hijita menor Zoe, no sabe lo que le espera, en unos años pasará por la humillación de tener a una madre gorda, loca, putona, insaciable, con fama de marihuana, farmacodependiente y doble filo. Me entristece que me espeten, sin conocerme siquiera, que soy mala madre. No es verdad. Soy una madre liberal, relajada, cero reglas morales, cero disciplinas, agnóstica, un poco putona, sí, pero no por eso mala. Mi Camelita y mi Paulina han hecho siempre lo que han querido y las he apoyado sin entrometerme en su libertad y ahora estudian en Nueva York y yo les pago todo con mucho gusto y estoy orgullosa de ellas. Qué estudian, no sé; adónde viajan en verano, no sé; tienen novio o novia o ambos, no sé; tiran a la vagancia y el pepeo como yo, no sé; pero sé con certeza que me quieren. No quieren verme, es verdad, me ven a duras penas una vez al año, y apuradas, y hartas del calor insano de Miami, y mandando mensajes de texto sin hablar casi conmigo, pero estoy segura, segurísima, como que me llamo Jimena Barclays Lerner, que me quieren como yo las adoro a ellas. Duele un poquito que no quieran verme y, cuando les escribo proponiéndoles un viaje juntas las tres, no me responden, pero es porque están tan divertidas que lógicamente no quieren perder su tiempo conmigo, que soy una señora mayor, gorda, loca, bipolar, ahíta de pastillas y siempre dispuesta a echarse una siesta corta, alicorada.

Díganme gorda, loca, puta, mala madre, díganme lo que quieran, no me rebajaré a responder los agravios y mi revancha será comer más helados de chocolate, tomar mi dosis correcta de litio, comérsela doblada a Silvio y darles a mis hijas el estilo de vida regio, desahogado, que se merecen. Me contento con el amor de mi Silvio y mi Zoe y la certeza de saberme bien querida a la distancia por mi Camelita y mi Paulina adoradas. Sí, hijitas, sí, su mami es marimbera, dormilona, fofa, tontiloca, licorera, soplapollas, pero, así y todo, llena de defectos, no soy una mala persona, solo muy puta y hedonista, y no he pasado un solo día en la cárcel, y no le debo plata a nadie, y cuando muera les voy a dejar una rica herencia, cuenten con eso. O sea que no soy la madre perfecta, de acuerdo, pero tampoco una mala madre, como me acusan mis detractores ponzoñosos hijos de mil putas.

Gorda, loca, madre moderna, laxa, no convencional, yo, Jimena Barclays Lerner, he encontrado, sin embargo, tiempo para enamorarme de tres hombres (uno, Sandro, ya difunto; el otro, Osvaldo, el truchimán argentino, en prisión por tráfico de efedrina; y Silvio, todavía a mi lado), he hecho una carrera como locutora de televisión, ganando premios en las categorías

«mejor peinada» y «mejor vestida» y «mejor dicción», y he publicado tres novelas cursis, bobamente eróticas, sobre el amor tal como lo conozco. Y además estoy felizmente casada con mi Silvio, y no estoy desempleada, tengo trabajo en el canal 22 de Miami, y quisiera vivir hasta los ochenta años para fumarme toda la hierba fresca que pueda y ver los mundiales de fútbol que me sean concedidos y comerme kilómetros de poronga fina y llegar a pesar doscientos kilos secos, antes de perfumarme. Lo mejor, Jimenita Barclays, está por venir, me digo cada noche, cuando me miro en el espejo y veo a una pingüina hembra con la mirada melancólica y bien pujante la barriga. Pues eso es lo que soy, una mujer pingüino con hambre insaciable, y a quien no le guste, que se queje ante el supremo hacedor, que me hizo así, tan defectuosa.

¿Dónde diablos está mi corona?

Habíamos llegado finalmente a las montañas de Whistler, en British Columbia, después de volar ocho horas desde Miami, pasando por Nueva York y Vancouver, y tras manejar un par de horas por una ruta alucinantemente bella, como si estuviéramos viendo una película o un documental sobre los prodigios de la naturaleza: montañas recortadas de pinos, montañas rocosas, lagos, islas, puentes de vistas sobrecogedoras, ríos caudalosos al pie del camino, el viaje en auto más hermoso que yo había hecho nunca, por algo mi hermano canadiense me lo había recomendado con tanto entusiasmo.

Los viajeros éramos cuatro: mi esposa, inquieta por esquiar en un mes improbable para practicar dicho deporte extremo, mayo; nuestra hija que, como yo, deplora ponerse las voluminosas botas de esquí y sufre cargando los pesadísimos esquís y me recuerda que mejor estaríamos en la piscina o el *jacuzzi* del hotel; el perro Leo, de apenas tres meses, todavía un bebé, encantado de sentir temperaturas frescas y conocer la nieve, burlando los controles de seguridad de la montaña, pues estaba prohibido subir con perros y, sin embargo, lo escondimos en mi casaca polar y pasó como tejido adiposo mío, lo que no llamó la atención de nadie, así de gordo estoy; y yo, algo más estresado y nervioso que de costumbre, porque complacer a mi esposa, a mi hija y al perrito al mismo tiempo me tenía acelerado, desasosegado, feliz pero atropellado, eufórico pero al borde de un infarto, encantado pero recordando el vértigo de mis tiempos de cocainómano.

Tal vez por eso, aquella mañana, mientras esperaba que nos trajeran el desayuno a la habitación, cogí una manzana de la canasta de frutas que nos habían dejado como cortesía de bienvenida, di un mordisco apurado, probablemente un poco más brusco que de costumbre, porque el perrito insistía en mordisquear mis manos y jugar conmigo, y de pronto sentí un extraño orificio en mi dentadura, y enseguida comprendí que se me había caído un diente por morder de un modo tan desusadamente viril aquella manzana roja canadiense. En realidad, no se me había salido un diente sino una corona, un implante, pues del diente original quedaban apenas residuos ínfimos, microscópicos, erosionados por el paso del tiempo y los vicios subsiguientes. Corrí al baño, me miré en el espejo, sonreí sin ganas y vi con toda nitidez a un idiota con un hueco llamativo en la dentadura. Parecía un payaso de circo de provincia, parecía la Chilindrina del Chavo del Ocho. Mi hija y mi esposa, al verme, rieron a carcajadas. Luego nos pusimos a la tarea de encontrar el diente y por suerte lo hallamos sobre la alfombra. Esa corona me la había colocado no mucho tiempo atrás un dentista en Miami y ahora había que ponerla en su lugar cuanto antes, porque así, con esa cara de tonto, no podía salir a esquiar, a tomarme fotos con la familia, a hablar de política

con quienes pudieran reconocerme. Sin perder tiempo, llamé al dentista del pueblo, hice una cita y pospuse la aventura de esquiar. Poco después llegó el carrito con el desayuno. Leo se alborotó. Es un perro que se cree humano, y cuando nosotros comemos, él también come. No le interesa comer bolitas procesadas para perros, las desprecia con un mohín altanero. Le gusta comer pollo (pechuga, no muslo), pescado blanco (no atún ni salmón), carne roja (sin mucha grasa) y, muy especialmente, algo que a mí también me encanta: claras de huevo revueltas, o claras cocidas, duras. Nos sentamos a desayunar, yo puse el diente caído sobre el platito del pan, no se me fuera a perder, y mi esposa empezó a darle pedacitos de huevo blanco a Leo. Como ella estaba distraída mirando su celular, atenta a sus correos, y yo me encontraba leyendo las noticias del día, no me di cuenta de cómo y por qué mi corona rota desapareció. La busqué en la alfombra, en mis bolsillos, en el baño, en todas partes, pero fue inútil, no la encontré. Hasta que mi esposa, riéndose a carcajadas, me confesó lo que había ocurrido:

—Creo que Leo se ha tragado tu diente. Se confundió. Pensó que era un pedacito de huevo.

Mi hija y mi esposa se deshacían de risa, pero yo estaba sinceramente afectado: ¿y ahora qué carajos haría toda la semana en Whistler, con una sonrisa patética e impresentable, siendo el hazmerreír de todos? Me quejé, me molesté, regañé a mi esposa por no estar atenta a lo que el perro comía, pero fue en vano, mi tragedia dental solo provocaba grandes risotadas en ellas y el perro seguía comiendo claras revueltas o duras como si no hubiera mañana (los perros felices capturan el momento, no conocen la idea de mañana, del futuro, no pierden su tiempo haciendo planes).

Devastado, ridiculizado, estuve a punto de romper a llorar. Habíamos viajado desde tan lejos, ocho horas, dos vuelos, ¡para venir a perder un diente y que el perrito se lo tragase! ¡Cómo el azar podía haberse ensañado tan cruelmente conmigo! Y ahora ¿qué diantres haría? ¿Sería capaz de encontrar un dentista en Whistler que me hiciera una nueva corona exprés, ultra rápida? Parecía improbable. El dentista en Miami me tomaba las dimensiones exactas de mi dentadura y mi mordida y solía tardar un par de semanas en tener lista la corona. Me dispuse a llamar nuevamente al dentista de Whistler para explicarle que ahora ya no tenía una corona desprendida para recolocar, pero mi esposa, siempre tan ingeniosa, me detuvo:

—No, no lo llores. Haremos que Leo haga popó. Y encontraremos tu diente en el popó. Y con tu diente en la mano iremos al dentista a que te lo ponga de nuevo.

Nuestra hija soltó una carcajada estruendosa. Mi esposa continuaba riéndose a mis expensas. Leo no parecía incómodo con una corona dental en sus tripitas.

—¿Y cómo hacemos para que Leo haga popó? —pregunté—. ¿Y cómo sabes que mi diente aparecerá en su popó?

Mi esposa no se dejó amedrentar por la dificultad de la misión. Le dio al perrito media banana, un vasito de jugo de naranja que sorprendentemente bebió encantado, un poco de avena con leche y azúcar que le fascinó, y todo el huevo que quiso comer. Después, como Leo no suele defecar en espacios cerrados, pues lo han entrenado para que haga caca en el jardín, entre las plantas, pudorosamente, lo bajamos a la recepción del hotel, cruzamos la calle y nos echamos sobre el césped bien recortado del campo de golf, que, a esa hora de la mañana, estaba despoblado. Tumbado sobre el pasto húmedo de la mañana, contemplando el movimiento mínimo de las nubes en aquel cielo de extraña luminosidad, esperé a que Leo me devolviera mi diente indebidamente tragado. Una hora más tarde, el can se alivió a la sombra de unos pinos. Corrimos

a examinar su pequeño mojón, sin que nos diera asco, porque ya era parte de la familia. Fue mi esposa quien gritó, extasiada:

—¡Tu diente, tu diente! ¡Leo cagó tu diente!

Besamos a Leo, la abrazamos, lo apachurramos. Mi esposa me entregó el diente amarronado, un tanto apestoso. ¿Sería capaz de ponérmelo de vuelta? ¿Tanto amaba a ese perrito como para seguir usando un diente que había recogido de sus heces fecales? ¿A tal punto me había conquistado el chucho?

Lavamos el diente en el hotel, subimos a la camioneta alquilada y nos dirigimos al dentista, en el pueblito de Whistler, a poca distancia. El consultorio era extrañamente apacible, te pedían que te sacaras los zapatos al entrar y pasaras en unas pantuflas. Las enfermeras eran todas lindas. Le expliqué a una de ellas el percance, sin contarle, por supuesto, que el diente de marras había reaparecido en la torta de estiércol de nuestro perrito tan coqueto, y ella se enamoró enseguida de Leo y empezó a acariciarlo, hasta que llegó el dentista.

—Mordí una manzana y salió volando el diente —le dije—. Le ruego que me lo ponga de vuelta, que aguante unos pocos días. La próxima semana estaré de regreso en Miami y veré al dentista que me lo instaló.

El dentista hizo su trabajo con admirable esmero y celeridad. En media hora pulió la corona, colocó bastante cemento, la reimplantó y se aseguró de limar cualquier aspereza, probando que mi mordida no pusiera en riesgo la firmeza del cemento. Luego me dio un apretón de manos y se retiró. Quedé a solas con la enfermera o asistente. Era rubia, bellísima, y su belleza se acrecentaba porque ella no parecía ser consciente de eso, o no hacía alarde de eso.

—Le voy a recomendar dos cosas —me dijo, bajando la voz, sonriendo—. La primera: que, llegando a Miami, invierta (usó ese verbo: «invierta») en un protector nocturno para que sus dientes no se desgasten por la presión que ejerce sobre ellos cuando está dormido.

—Por supuesto, compraré el protector nocturno, muchísimas gracias —respondí.

Luego se acercó y susurró en mi oído:

—Y también le recomiendo que vea a un médico de confianza para que le cure su problema de aliento.

—¿De aliento? —me sorprendí.

—No quiero ser ruda —dijo ella—. Pero el diente que le hemos reimplantado huele mal, realmente apesta.

—Mil disculpas —me sonrojé, y no me atreví a contarle por qué esa corona olía tan persistentemente mal.

—Hay pacientes que tienen mal aliento —prosiguió ella, llena de ternura, tratando de ayudarme—. Pero el suyo parece ser un problema estomacal crónico. Por favor, vaya al médico. Su esposa lo va a dejar si su boca sigue apestando así.

Le di la mano, le agradecí mirándola a los ojos, y me retiré, profundamente humillado.

No es que sea tacaña

No sé por qué me han hecho fama de tacaña. No me considero una mujer avariciosa, rúcana, roñosa. Pero sí soy cuidadosa para gastar, enemiga de endeudarme, consciente de que hay que guardar pan para mayo y leña para abril, muy seria, casi alemana para ahorrar. Gano bien como locutora de televisión, gasto lo menos posible, ahorro todo lo que puedo y gracias a eso he amasado un modesto patrimonio que me permitiría vivir el resto de mi vida sin trabajar. Pero no sé vivir sin trabajar. Soy sumamente trabajadora, casi diría una adicta al trabajo.

Es cierto que no me gusta gastar dinero. No encuentro placer en darme aires de señora lujosa. Detesto pagar por cosas suntuarias. Podría comprarme un carro caro, sin embargo, prefiero manejar un modelo japonés supereconómico. Podría viajar en primera, no obstante, trato de no viajar siquiera en clase turista, más gozo ahorrándome el viaje que gastando tontamente en aviones y hoteles que solo me incomodan. Podría tener una casa grande y ostentosa, empero me quedo feliz en esta casita muy de clase media, ni lujosa ni desastrosa, el justo medio.

Disfruto ahorrando antes que gastando. No he nacido para ser dispendiosa, botarate, manirrota. Vivo de mi sueldo como locutora y los anticipos de herencia que cada año me da mami. Todo lo voy guardando en el banco. No me gusta arriesgar en la bolsa o en inversiones alocadas que prometen grandes retornos y luego te esquilman. La codicia puede ser una trampa mortal, eso lo aprendí de mami, que, como yo, es superconservadora con su plata y desconfía de los financistas con aires de sabiondos que se ofrecen a manejarle su dinero. Como mami, veo en esos tahúres oportunistas a una gavilla de embusteros, petardistas y estafadores, y no les doy ni el saludo, mucho menos mi plata tan tenazmente atesorada.

Mis amigas dicen que soy tacaña porque no tengo empleada doméstica, no me gusta salir a comer y no uso la secadora de ropa ni el aire acondicionado porque consumen mucha energía. En cuanto a lo primero, es cierto que prefiero no contratar a una mucama porque me duele en el alma pagarle un montón de plata solo para limpiar la casa, que, si no la limpia ella ni yo, ni cuenta me doy, será que soy cochina o miope, pero no veo el polvo, la suciedad. Además, me gusta estar sola en la casa con mi marido Silvio y andar en calzón o desnuda, sin compartir mi privacidad con una mujer de servicio. En cuanto a lo segundo, es verdad que mi marido y yo preferimos no comer en la calle, nos duele que cobren treinta o cuarenta dólares por un plato que además suele ser magro, diminuto, no sé por qué en estos tiempos las raciones tienden a volverse microscópicas. Odio gastar un dinerito, y más encima la propina, que en este país es obligatoria, cuando bien podría comer en casa, y hasta más rico. Por eso me quedo en casa y cocino mi especialidad: huevos duros, bien cocidos, sin yema, solo la clara blanquita, sin sal. Hago diez huevos, me como cinco y

mi marido se empuja otros cinco y quedamos bien satisfechos y nos ahorramos cien dólares cada vez que no salimos a comer. En cuanto a lo tercero, me parece un crimen usar la secadora de ropa cuando las prendas igual se secan colgadas en un tendedero de alambre y el aire acondicionado no lo prendo ni el día más sofocante del verano porque antes me abanico mis partes o me las abanica solícito mi marido.

¿Soy tacaña por no dilapidar mi plata en carros de alta gama, no comer en restaurantes de lujo, no viajar a las grandes ciudades europeas, negarme a comprar ropa de marca? No, no diría que soy tacaña, más exacto me parece decir que soy comedida, juiciosa con el dinero. Y eso, ¿por qué? Porque me cuesta mucho trabajo ganarlo como locutora ancla del telediario del canal 22 y a mami le costó mucho trabajo heredar de su hermano la fortuna que ahora posee y cada año comparte amorosamente conmigo como si dejara caer una garúa o lluvia finita, muy típica de la ciudad en que nació. ¿Cuánta plata he sabido ahorrar? Bastante, más de lo que imaginé, suficiente para vivir austeramente treinta años, hasta que cumpla ochenta. Mi gran temor es que me despidan del canal y nadie quiera contratarme porque soy una locutora veterana, con cincuenta años ya cumplidos, y que mami viva hasta los cien años y no me deje nada de herencia. Me encanta hacer mis números y calcular que con mis ahorritos podría vivir hasta tres décadas sin trabajar. Y además está el sueldo de mi marido, que también ha hecho carrera en la televisión y tiene mucho éxito presentando el bloque de farándula en el noticiero de otro canal, aunque él no es tan ahorrativo como yo, le gusta gastar su sueldo en vinos de bodegas nobles, corbatas italianas carísimas que me dan un vahído y la mejor hierba fresca de la ciudad, que yo desde luego le acompaño a fumar los fines de semana.

Ya no recuerdo la última vez que fui a un centro comercial a comprar ropa. Me da vértigo, mareos, ir de compras. Aborrezco que me tomen por lela y me metan la mano al bolsillo. No necesito ropa nueva, con la que tengo basta y sobra, y además mami cada tanto me regala ropa fina que da de baja. No trato de impresionar a nadie con mi ropa, lo que busco es la comodidad. La ropa vieja es siempre más cómoda que la nueva, no me cabe duda de eso. Y además una se encariña con ciertas prendas que evocan momentos felices, y usarlas es como volver al pasado y rejuvenecer un poco. Mi marido se ríe porque mis calzones y sostenes y medias están un poco ahuecados, desvaídos, y yo dejo que se ría a sus anchas y no me importa usar un calzón con hueco o directamente no ponerme calzón, prefiero eso antes que hacerme la dama de seda y gastarme una fortuna en prendas íntimas que nadie verá, a no ser por mi marido, que, la verdad, tampoco les presta ya mucha atención, pues llevamos tantos años juntos que no me mira con la lujuria de antaño.

Donde mis amigas ven placer, yo veo el disgusto de gastar: ellas gastan en *spas*, masajes, relojes, joyas, ropa de hechura italiana, autos principescos, yo me refreno, me inhibo, no me sumo al festín consumista, encuentro más placer no en complacer mis caprichos y apetitos desmesurados, sino en calcular cuánto he sabido ahorrar por no ceder a esas tentaciones frívolas, malsanas. Ellas se regodean gastando, yo me regocijo ahorrando. Ellas usan cremas faciales de cien dólares, yo me lavo la cara con jabón; ellas gastan fortunas en la peluquería, yo pago máximo veinte dólares por un corte de pelo; ellas van a comer al Ritz, yo compro tacos y tequeños en la gasolinera; ellas usan zapatos de quinientos dólares, yo calzo zapatos viejos que me regala mami; ellas dependen económicamente de sus maridos, yo he ahorrado tanto que no dependo de nadie, ni siquiera de las donaciones anuales de mami, que van directamente al banco y ni las toco, antes las

ponía en euros, pero ahora conviene más ahorrar en dólares.

La otra noche mi marido me insistió tanto en salir a comer que finalmente cedí porque, bueno, era su cumpleaños, y tuve que avenirme a sus planes, y terminamos en un restaurante francés. Cuando me dieron la carta y vi los precios, se me fue el hambre de golpe, quedé sin aliento, me sentí furiosa de que cobraran tan caro esos desgraciados. Solo pedí agua de caño, pan blanco y manteca, me negué a pedir las exquisiteces absurdamente caras. Mi marido comió entrada, plato de fondo y postre, yo pedí caramelos de menta gratis como bajativo. A la hora de pagar, me excusé y fui al baño y cuando regresé ya mi marido había pagado, menos mal. Y no sé si seré tacaña, pero los restos del postre los envolví en una servilleta y metí en mi cartera, junto con los panes crocantes que no alcancé a comer, y el salero, el azucarero y dos cucharitas, y no es que sea cleptómana, pero qué se habrán creído esos franceses mal cogidos para cobrarnos un dineral por esos platos enanos para pajarito.

El jardín de los pudores

Mi madre Dorita llegó de visita desde Lima a pasar una semana con nosotros. Vino sola, con sombrero y gafas oscuras, en silla de ruedas a pesar de que todavía camina perfectamente a sus setenta y tantos años, con tres maletas llenas de regalos entreverados, machucados y emanando olores promiscuos: frascos derramados de aceite de marihuana, bolsas de cola de caballo y uña de gato, botellas de emoliente de linaza, decenas de granadillas, plátanos anaranjados que ella llama «de la isla», a diferencia de los más comunes, que llama «de seda», jugosas chirimoyas agujereadas, textos religiosos comprados en el Vaticano y en bazares piratas del centro de Lima, chocolates Sublime, turrónes de Doña Pepa, rollos de plátano con canela, una colección de sombreros arrugados y muchas cosas más, de procedencia incierta y destinatario asimismo desconocido.

Normalmente Dorita viene acompañada de su hija mayor, Caroline, y se alojan en un hotel austero de la isla, pero en esta ocasión vino sola porque su hija estaba cuidando la salud de una amiga de ambas, Antonia, alias Mínima Bizca, que solo ve por un ojo y ha empezado a perder la vista por el único ojo bueno, conocida amicalmente en esta casa como Feliciano. No nos pareció que mi madre se quedara sola en un hotel, y por eso la acomodamos en el cuarto de huéspedes, afuera, frente a la piscina, con bastante independencia de la casa principal, para que ella pudiese hablar por teléfono con absoluta libertad. Dorita vino con tres teléfonos celulares que sonaban todos a la vez: la llamaban con desesperación, como si fuera el fin de los tiempos, o la antevíspera, su hijo Mike, su hija Caroline, sus secretarías y asistentas paniaguadas, sus amigas conspiradoras de la Obra, y, con particular insistencia, la mujer de los ojos diezmados, Mínima Bizca, alias Feliciano. Para nuestra perplejidad, Dorita, en camisón, descalza, a las dos de la mañana, el pelo recogido y teñido de un negro azabache, era capaz de hablar por los tres celulares a la vez, caminando como un flamenco rosáceo por la cocina, dando órdenes, despachando, intrigando, ejerciendo su inmoderada autoridad matriarcal, y, al mismo tiempo, rezando el rosario en latín con una de las tres voces que irrumpían de los teléfonos, la de su hijo pío y algo baboso, Mike.

No obstante que se dormía hacia las tres de la mañana, Dorita estaba en pie a las siete, desayunaba frugalmente pócimas de recios sabores, asistía a misa de ocho con el padre Julio, pasaba por la farmacia de Henry para comprar toda clase de chucherías, brebajes, ungüentos y baratijas, y luego volvía a sus aposentos y allí colapsaba varias horas, durmiendo como una bendita, tan profundamente que, a pesar de que sus celulares sonaban de forma incesante, ella no los oía y desde luego tampoco los atendía, aunque se negaba a apagarlos, pues, cuando yo le

aconsejaba tal cosa para cuidar su sueño, me decía:

—Cuando me metan bien muerta en el ataúd, quiero llevar mis tres celulares, y los tres prendidos, por si acaso.

Alérgica a los rayos de sol, harta de playas y piscinas, renuente a salir de compras, adicta a los teléfonos móviles y también a la línea fija de nuestra casa, que usaba con aire distraído para que las cuentas de sus llamadas las pagásemos nosotros, Dorita pasaba la tarde instalada en un sillón reclinable de la sala, casi siempre hablando a gritos, con virulencia, apasionadamente, conspirando sobre asuntos políticos, dando ucases y dicerios sobre cosas de dinero, pontificando sobre cuestiones morales, y, por supuesto, matizando y rebajando los conflictos con repentinas salidas humorísticas. Sus conflictos más quemantes podían resumirse así: uno de sus diez hijos estaba furioso con otro porque no lo había saludado en una reunión familiar; otro de sus diez hijos no le hablaba porque ella decía que le había hecho perder dinero en la bolsa; y su hija estaba peleada con media familia porque la acusaban de codiciosa y compradora compulsiva. Yo me refugiaba en mi estudio del segundo piso, tratando de escribir una novela, pero me llegaban, a lo lejos, las voces sibilinas de mi madre, sus risotadas, sus inopinados cánticos religiosos, que sumían a nuestra hija Zoe en el estupor moral.

Una tarde Dorita convocó a su lado a mi esposa Silvia, la Ninfa Inconstante, y le preguntó sin rodeos, a quemarropa:

—Dime, hijita, ¿tú y mi Jimmy se pegan sus buenas fumarolas de marihuana?

Silvia no supo qué decir, a duras penas atinó a contestar:

—No, señora, hace mucho que no fumamos.

—Pero bien que les gusta la marihuana, ¿no? —insistió mi madre.

—Bueno, sí, pero solo de vez en cuando —se cohibió mi esposa.

—Porque en Lima todo el mundo me pregunta si ustedes fuman marihuana a diario, y yo les digo que no sé —explicó Dorita.

—No, todos los días no, solo de vez en cuando —dijo Silvia.

Dorita se replegó en un silencio abismal, cavilando, curiosa, pero, al mismo tiempo, se diría que temerosa, y, cuando por fin se atrevió, preguntó con una media sonrisa:

—¿Y cómo es fumar marihuana? ¿Es rico?

La Ninfa Inconstante sonrió y dijo:

—Bueno, sí, es rico para comer, para oír música...

—¿Y para el sexo? —la sorprendió Dorita.

—Sí, también —dijo mi esposa, levemente ruborizada.

Dorita habló consigo misma, encapsulada en una burbuja de elegante melancolía:

—Algún día, antes de morirme, me gustaría fumar. Quizá cuando cumpla ochenta años.

En vísperas de su partida, y mientras Silvia la ayudaba a hacer sus tres maletas enormes, en las que escondió las servilletas, los saleros y los cubiertos que había robado sigilosamente de los restaurantes de la isla, así como la ropa usada que le había donado el párroco Julio del templo católico, Dorita sorprendió a mi esposa con una pregunta:

—¿Y por qué mi Jimmy tiene que tomar pastillas para que se le pare el pajarito, ah?

La Ninfa Inconstante se encontró de nuevo en el jardín de los pudores sonrosados y las arduas confesiones. Algo incómoda, explicó:

—Porque, si no toma sus pastillas amarillas, se le muere el pajarito.

Dorita se puso de pie, hizo un gesto contrariado, impaciente, al parecer autoritario, y dijo:

—Eso le pasa a mi Jimmy por masturbarse tanto.

La Ninfa, sorprendida, no supo qué decir.

—No se ha masturbado tanto —dijo—. Solo lo normal.

—No, hijita, no —se enfadó Dorita—. Yo sé por su psiquiatra, el doctor Morocho, que Jimmy se ha masturbado tanto que por eso ya no le funciona el pajarito.

—Sí le funciona —me defendió la Ninfa—. Bueno, de vez en cuando —matizó.

Dorita sentenció:

—Mi hijo es un pajero de toda la vida, y yo lo sé muy bien.

Luego sonaron sus tres celulares a la vez y ella los contestó a gritos, encantada.

No está el horno para bollos

Mi hija Camelita acaba de cumplir veintidós años. Estoy tan orgullosa de ella. Es una estudiante modelo. Solo le falta un año para graduarse de enfermera. Es la primera de su clase en la Universidad de Nueva York. Tiene media beca gracias a sus sobresalientes calificaciones y la otra mitad la pagamos con unos préstamos que nos da el gobierno de Obama por pertenecer a la pujante minoría hispana, préstamos que no pienso pagar ni loca y ya verá Camelita si los paga poco a poco cuando trabaje como enfermera, por mi parte no hay apuro, como tampoco tengo prisa por pagar el préstamo que nos dio el banco para comprar esta casita en Kendall, a un paso de las megatiendas de Dadeland, en la que vivo con Silvio, mi marido. Yo voté por Obama y lo menos que él puede darme a cambio es imprimir muchos dólares y, con esos billetes, pagar mis deudas morosas al banco y prestarnos para que Camelita se gradúe en un año, qué ilusión.

Le he dicho a Camelita que, si quiere estudiar una maestría apenas termine su carrera, yo la apoyo, le ofrezco todo mi respaldo maternal, sentimental, moral, aunque no puedo asegurarle que tendré los recursos para pagarle la maestría, porque ella sabe que, con mi modesto salario de locutora de radio La Poderosa de Miami, no me alcanza para nada, ni siquiera para pagar la hipoteca de mi casita, pero, aun así, si quiere seguir estudiando, yo no puedo negarle mi apoyo, aunque, la verdad sea dicha, y esto no me atrevo a decírselo, me da pavor que me comunique que hará la bendita maestría, porque no sé cómo me las ingeniaría para colaborarle, creo que tendría que prostituirme, y el problema es que siendo una gorda de cincuenta años, nadie pagaría por usufructuar mi cuerpo. O sea que yo le digo que estudie más, que haga maestría y doctorado si le nace, pero luego pienso por favor, Camelita, baja un cambio, pon freno de mano, apenas te gradúes te ruego que consigas un trabajo y así no seguimos endeudándonos tú y yo. Y ella me dice que, luego de estudiar tres años, ya no está tan segura de que quiere ejercer de enfermera, y yo me quedo atónita, pasmada, y le pregunto y entonces qué vas a hacer, hijita, y ella me responde que quizá le provoque hacer una maestría para nutricionista en la Universidad de Long Island y yo le digo genial, suena fantástico, piensa en grande, el cielo es el límite, yo estoy contigo, Camelita, me encanta que quieras ser enfermera y nutricionista y luego, si quieres, decoradora o chef, pero no me atrevo a decirle lo que de verdad estoy pensando: Hijita, no tengo un mango, estoy seca, frita, quebrada, no puedo pagarte ni media maestría y si quieres te doy unas clases de nutrición (come fruta, toma agua, no comas harinas, evita los dulces, ya está, nena, con eso tienes media maestría) y nos ahorramos la bendita maestría, que de solo imaginarla me quedo corta de aliento.

Porque, además, está mi otra hija, Paulina, que estudia para veterinaria en la Universidad de Columbia, y a quien le faltan todavía dos años, dos años largos, para graduarse. Lo bueno es que

ella tiene clarísimo que quiere trabajar apenas se gradúe y no le tienta para nada, Dios la bendiga, estudiar una maestría, se ve que ha salido a mí, que con las justas terminé el colegio Beata Imelda con las monjas alemanas en Chosica y luego hice un curso intensivo de Locución Comercial y Oratoria con las monjas de la UNIFÉ y además he seguido cursos de Hipnosis con el maestro Tony Kamo. Paulina ha nacido para cuidar animales, tiene un don para ganarse su confianza y aliviarles el dolor, y yo le digo que apenas se gradúe, abra un consultorio y me contrate como recepcionista, porque mis días en radio La Poderosa están contados y creo que van a despedirme en cualquier momento por negarme a hacerle una felación furtiva al dueño de la estación, un cubano que defiende a Trump, qué mentecato.

Me hubiera encantado celebrar los veintidós de Camelita con ella, pero no se pudo, no fue posible, o como dicen los futbolistas, «no se dio». Le mandé una platita por Western Union, le escribí varios correitos insinuándole que quería caer como paracaidista yo sola, sin mi marido, para festejar su cumpleaños, pero ella no me respondió, no quiere conocer a Silvio, no le tiene estima, considera que soy una vieja puta por estar con un hombre veinte años mi menor. El día de su santo le escribí cinco correos, pero no tuve respuesta de Camelita, y tampoco una línea siquiera de Paulina, me castigaron con el frío total, me congelaron mal. Hasta hoy no me responden, ya me escribirán cuando necesiten para sus viáticos o su movilidad, que yo mucho no puedo darles porque en La Poderosa me pagan poco y mi marido Silvio también anda ajustado en su trabajo como kinesiólogo del hotel La Nené de Hialeah.

Es una pena que Camelita y Paulina se hayan distanciado de mí. Yo he sido madre soltera, las he criado sola como una leona, les he pagado todo su colegio (es un decir, fueron al colegio público de Kendall), las he llevado de viaje por todo el mundo (exagero, en realidad solo las he llevado dos veces a Disney en Orlando, pero cada viaje se me hizo un mundo) y las he sacado adelante como dos señoritas con principios rectos y alto sentido de la moral, vírgenes hasta donde yo sé, no alcohólicas, no drogonas, dos chicas responsables, estudiosas, de su casa, una con el anhelo de ser enfermera, la otra camino de ser veterinaria diplomada, ambas bilingües, superfluidas en inglés, no como yo, que hablo un inglés que parece creole y la única lengua que hablo fluidamente es la del sexo oral, no sé si me explico. Yo no tengo la culpa de que Sandro, el papá de Camelita y Paulina, falleciera en accidente de tránsito, alicorado, con un travesti llamado Yordi Yordano en el carro, en plena Costa Verde, cuando nuestras hijas eran niñas en edad preescolar. Y tampoco tengo la culpa, soy mujer, soy humana, necesito que me apachurren cada tanto, de haberme enamorado de Silvio, cosa que mis hijas no me perdonan. Pero así y todo hemos salido adelante las tres, y estoy tan orgullosa de ellas, y si no viajo a Nueva York a visitarlas es porque no me sobra el dinero y, me duele confesarlo, porque cada vez que les sugiero pasar unos días juntas, no tengo respuesta, es el silencio total, como me ha castigado con su mutismo Camelita cuando le insinué que quería caerle con un champancito por sus veintidós.

Ya pasaron los santos de Paulina, que cumplió veinte, y Camelita, que acaba de cumplir veintidós, y ahora se viene el de mi marido, que cumplirá treinta, qué emoción. Me encantaría hacer un viaje exótico con él, llevarlo a sitios de increíble belleza, darnos la luna de miel que nunca pudimos tener, por estar escasos de liquidez. Silvio me dice para ir a las islas griegas, o a las Baleares, o a Córcega, y yo le digo que si quiere ver islas y mucho mar, mejor subimos a nuestro Toyota y manejamos hasta Islamorada, Cayo Largo o Cayo Hueso y ya está, porque mar es mar, sol es sol, y erisipela es erisipela, y a las islas griegas solo llevo por Google Maps, no sé si

me explico, pues no me alcanza la caja chica para pagarme un viaje así, de ricachona, como los viajes de tres meses a Europa que se da mi hermana Caroline, dueña del veinte por ciento de la minera Volcán & Conchán.

Camelita querida: si estás leyendo estas líneas, te extrañé muchísimo el día de tu santo, pensé mucho en ti, espero que te hayas divertido en grande, cuento los días para que te gradúes como enfermera y puedas conseguir un trabajo y de vez en cuando bajas a Miami a visitar a tu viejita y hacerme un chequeo gratuito de mis signos vitales. Silvio, que está a mi lado, te manda muchos besos y te ruega que si quieres estudiar una maestría, la hagas por internet con el maestro Tony Kamo, que no está el horno para bollos, mi amor.

¿Dónde está la piscina?

—Yo no me pongo un vestido ni zapatos de tacos para ir a la Casa Blanca ni para casarme —sentenció mi esposa.

La amé. Se había vestido con unos pantalones negros bien apretados y unos botines negros, toda ella muy masculina, como si viniera de cortar leña con Ellen DeGeneres. Caminábamos por la calle Diecisiete, rumbo a la Casa Blanca. Hacía un calor infernal a media tarde, 92 grados °F, aun peor que el calor espeso y agobiante que habíamos dejado en Miami.

—Cuando vivía en esta ciudad, no hacía tanto calor —dije, transpirando como un chimpancé en la canícula subsahariana.

—Eso fue hace mil años —observó mi esposa, y me sentí un viejo a su lado—. ¿Has oído hablar del calentamiento global?

Mi madre Dorita se había arreglado tanto y lucía tan espléndida, que parecía menor que yo: llevaba un vestido negro con flores estampadas, zapatos de taco aguja, joyas y un reloj que valían lo que yo gano en tres años, y le habían hecho un peinado alisado y azabache que le daba un aire de señorona indómita, viuda alegre y gran dama eterna, incombustible. Tomadas de sus manos caminaban mi hija Zoe, quejándose del calor abrasador, reclamando que la llevásemos a una piscina, pues nuestro hotel carecía de ella, y la risueña Tamarinda, fiel asistente de mi madre, la persona que le llevaba las tarjetas de crédito, le recordaba las claves, le alcanzaba la bacinica y la sometía a sesiones de calistenia, estiramiento y flexiones. Dorita y yo habíamos discutido al salir del hotel porque ella llamó al muchacho del *valet parking*, Carlos, Carlitos, que hablaba español y por añadidura era peruano, le alcanzó tres bolsas y le dijo:

—Mira, hijito, me vas a hervir este afrecho, esta linaza y esta uña de gato una hora por reloj, y cuando estén bien hervidas mis plantas, vas a remojarlas con estos higos secos, y cuando esté todo listo, me llamas a mi celular, ¿ya?

El pobre Carlitos recibió las hierbas, los higos y el termo y quedó demudado, y yo intervine presuroso y le dije a Dorita que no podía pedirle al señor del *valet parking* una cosa tan extravagante y fuera de sus posibilidades.

—No estás en tu casa, mamá —le dije—. No puedes dar órdenes así. No le pidas que haga algo que no le corresponde hacer.

Ella me dirigió una mirada desdeñosa y comentó:

—Tú siempre engriendo al personal.

El día anterior había pillado a Dorita conspirando y secreteando con las señoritas de la recepción del hotel. Le pregunté qué estaba tramando y no quiso decirme. Luego una de las chicas

me confesó:

—Su madre nos ha pedido que la llevemos a los lugares donde donan ropa usada. Dice que necesita que le regalen ropa.

Solté una risotada, no era la primera vez que Dorita hacía esa clase de travesuras furtivas, y les rogué a las chicas de recepción que no se coludieran con ella para asaltar la buena fe de alguna organización benéfica o de caridad.

—Mi madre no necesita ropa —les dije.

—Ella nos ha dicho que es para las víctimas de las inundaciones de su país —me aclaró una de ellas.

—No es así —la corregí—. La ropa usada es para ella. Mi madre goza recibéndola y sufre comprándola. Es un mal genético.

Como no le habían hervido sus semillas, plantas y raíces con higos secos, y le habíamos saboteado su incursión a las donaciones de ropa usada, mi madre estaba risueña pero distante, cordial pero levemente distraída, y cuando nos acercamos a la Casa Blanca, la oí decirle a su asistenta:

—Esta Casa Blanca no está tan blanca. Necesita que le den una manita de pintura.

Nos identificamos con nuestros pasaportes en la caseta de seguridad, ante tres hombres uniformados del Servicio Secreto, que portaban ametralladoras y miraban con comprensible hostilidad. Pasamos tres puestos de controles exhaustivos. Nos sometieron a toda clase de chequeos, reconocimientos y escrutinios.

—Hacía tiempo que un hombre no me toqueteaba así de rico —le dijo Dorita a mi esposa, y se rieron.

Luego nos tocó esperar a que viniera por nosotros uno de los hombres cercanos al presidente. Mi esposa se sacó los botines y dijo que le dolían los pies.

—¿Te parece bien quedarte en medias en la Casa Blanca? —le pregunté, en tono de amonestación.

—No me jodas, ¿ya? —dijo ella.

Luego se puso las zapatillas charoladas de la asistenta Tamarinda, quien a su vez calzó los botines de mi esposa. Entretanto, Zoe vio a un zancudo ventrudo sobrevolando cerca de ella y, dirigiéndose a mí, gritó:

—¡Mátalo, mátalo!

—Mi amor, no grites así, van a pensar que somos terroristas —le dije, alejando al zancudo de un manotazo.

Poco después, apareció uno de los hombres del presidente. Nos saludó cordialmente. Nos previno que no podíamos tomar fotos una vez que pasáramos al Ala Oeste, donde sostendríamos una breve reunión con algunas personas que me habían convocado para hablar de la crisis más grave de la región. Mi hija Zoe lo interrumpió:

—¿Dónde está la piscina? —preguntó.

El asesor celebró la ocurrencia y le respondió:

—Ya no hay piscina en la Casa Blanca. Antes había una. Ahora es el cuarto de la prensa.

Zoe frunció el ceño y me miró con cara de ¿qué carajos hacemos en esta casa vieja que no tiene piscina, si hace tanto calor?

Cuando pasamos al lado de un retrato de Hillary Clinton, Zoe le confió al asesor:

—Mis papás votaron por Hillary.

El asesor me miró sorprendido y se rio.

—Sí, yo voté por ella —dijo valerosamente mi esposa, que desde el día uno me dijo que no quería ir a la Casa Blanca y que el equipo del presidente tenía que estar loco de remate para que mi opinión le pareciera relevante, atendible, digna de ser escuchada.

—¿Cuánto tiempo más va a ser presidente Trump? —volvió a preguntar Zoe, la niña que siempre tenía una pregunta más.

—Mínimo ocho años —sentenció Dorita—. Yo lo apoyo cien por ciento —añadió.

—Mi papá dice que Trump va a durar solo cuatro años —dijo Zoe—. Y que el muro no lo van a construir nunca.

Yo me reí, como diciendo qué graciosa la niña, cómo se inventa cada cosa, pero el asesor, ahora acompañado de otro consejero presidencial, me miró con una cierta desconfianza, un creciente recelo. Luego les explicó a las bellas mujeres de mi comitiva que debían esperar en un gran salón, hasta que nuestra reunión terminase, y que por favor no usaran los celulares ni tomaran fotos.

—No te preocupes, hijito —le dijo mi madre, que se sentía como en su casa de Miraflores—. Y dile a Trump que al idiota de Maduro hay que sacarlo a patadas de una buena vez.

Los asesores festejaron entre risas la cruda franqueza de mi madre.

—Diles, pues, Jimmy, lo que piensas: no seas tonto, hijito —me arengó—. Diles que tienen que dejar de comprarle petróleo a Maduro.

—Sí, mamá, cómo no, hablaremos de eso —le dije, y la miré rogándole que fuese comedida y guardase silencio.

—Estamos evaluando esa opción —dijo uno de los asesores—. El problema es que tendría un fuerte impacto en términos humanitarios.

Dorita lo miró desde sus alturas olímpicas, imperiales, toda regia ella, la gran señora presidiendo en las alturas del poder, y sentenció:

—Para hacer tortillas, hay que romper huevos, hijito.

Luego uno de los asesores cerró la puerta del salón y, mientras caminábamos a toda prisa, rumbo a la reunión, se oyó la voz aguda e hilarante de mi madre, que decía:

—Si yo fuera la presidenta, mañana mismo invado Cuba y Venezuela.

Enseguida se asomó a la puerta y preguntó, como si estuviera en la cocina de su casa:

—¿Me muerdo de hambre! ¿Hay una cafetería acá? ¿Me pueden traer un sanguchito de jamón y queso?

Cayo Grasa

Silvio, mi marido, me invitó unos días a Cayo Hueso. Me dijo para ir manejando nuestro carrito japonés, aprovechando que la gasolina está barata, pero yo insistí en tomar el avión. Antes de viajar, Silvio estaba furioso porque compré tres pasajes a cuatrocientos dólares cada uno, y los cargué a la tarjeta de crédito de mi madre Dorita, cuando podíamos ir manejando y gastar máximo cien dólares a la ida y cien a la vuelta, ahorrándonos mil dólares, o ahorrándoselos a Dorita, que ya está tan mayor que ni se entera de los cargos que le hago a la tarjeta.

La cosa es que viajamos en avión y el vuelo no duró ni media hora y yo me puse a leer mi periódico en inglés (estoy suscrita al New York Times, a ver si aprendo a hablar en inglés, porque llevo años viviendo en Miami y se me ha trabado el inglés que aprendí en Lima) y ni siquiera había terminado la sección A cuando ya habíamos aterrizado. Zoe se portó divinamente, no lloró ni protestó, se pasó el vuelo viendo canciones de Taylor Swift en su tableta. Yo había reservado una limosina en el aeropuerto de Cayo Hueso, pero no apareció, me dejaron plantada, así que tomamos uno de los taxis rosaditos, manejado por un mexicano re putito encantador, y fuimos bajándonos latas heladas de cerveza hasta que llegamos al hotel, el mejor de la isla, fina cortesía de mi madre, Dorita Lerner viuda de Barclays, que me recomendó enfáticamente que nos quedásemos en ese hotel que ella conoce tan bien, uno de la cadena Waldorf Astoria.

Una vez en nuestras habitaciones, que eran dos, conectadas por puertas interiores, con vistas decadentes al mar, atacamos las dos botellas de champán que nos dejaron como detalle de bienvenida, y luego bajamos a la piscina, que estaba hirviendo, horrible, calentísima, como si se hubieran meado mil niños rusos, pues había rusos por todos lados, y continuamos tomando champán a cuenta de Dorita. La verdad es que casi todo lo tomé yo, porque Silvio es más comedido y yo tomaba mi copa y la media copa que él dejaba, y es que tengo mucho mejor cabeza que mi marido, que a las tres copas ya está achispado, yo en cambio para chupar soy rusa, ucraniana, tengo una cabeza que es un témpano, un glaciar, y no me derrito en borracheras babosas, aunque me sale, eso sí, el desenfreno erótico, y me vuelvo una vampiresa, y pierdo el pudor, las inhibiciones, y apenas nuestra hija se durmió, me le regalé a Silvio y le pedí que me hiciera venirme tres veces al hilo, y él me cumplió como semental y luego fui a darme una ducha y le dije ya tú verás cómo terminas, Silvito, perdóname el egoísmo.

Dormí muy pancha, re medicada, y cuando nuestra hija despertó a las ocho de la mañana, le di un yogur del minibar, le puse Disney Junior en la tele y le dije hijita, si quieres bajar a tomar desayuno, despiertas a tu papi y bajas con él, que tengo una jaqueca horrible. Ella se quedó tranquilita y, cuando desperté, ya habían bajado, desayunado y estaban en la piscina. Pedí el

desayuno con absoluta lucidez, exenta de cualquier resaca, y me dijeron que a las once habían dejado de servirlo y me puse tan perra, tan despótica, que hablé a gritos con la gerencia y exigí que me sirvieran el desayuno y así fue, me hice respetar, soy Jimena Barclays, hija de Dorita Lerner, y a mí me sirven el desayuno a las tres de la tarde si me da la gana, y si no me cumplen, empiezo a romper cosas como una diva y dejo la *suite* estropeada, a la miseria, y me voy sin pagar. Comí todo: tortillas, salchichas, tocino, yogures, cereales, panqueques, una chanchada, una fiesta pantagruélica, y nada de tomar jugos, le entré a las mimosas de una, sin preámbulos, y así fueron todos mis días en Cayo Hueso: despertar tardísimo, tragar como condenada, tomar hartos champán y andar zigzagueando como quien finge hacer turismo.

Estaba tan mamada que, en la casa de Hemingway, me tumbé en la añosa cama y vino la seguridad a reñirme; luego salí al jardín y no vi a los gatos de seis dedos y a uno le metí tal pisotón que creo que lo dejé con cuatro dedos; en el hito más al sur del país, donde todos los nabos atómicos se hacen fotos, me atacó una crisis estomacal y despedí con estrépito un efluvio maligno de gases y la cola de turistas intoxicados se asqueó de mí; en el conservatorio de mariposas me vino un hambre inesperada y agarré una banana con miel de abeja que estaban picando las mariposas azules y me la empujé discretamente, una delicia; en el museo de tesoros piratas quisieron venderme una moneda de plata del Atocha en siete mil dólares y me dio tanta cólera que me sobrevino un ataque de hipo; y en la casa de verano de Truman tropecé y caí sentada sobre una silla de madera de los cincuenta y le partí una pata, qué mala suerte. Fuera de eso, comí como un manatí, engordé cinco kilos y para mí no fue Cayo Hueso, sino Cayo Grasa, qué manera de engullírmelo todo.

Yo, la verdad, no quería hacer turismo, ni meterme a la piscina re meada, ni me interesaba un pepino bucear, yo quería almorzar y cenar en los mejores restaurantes, y así fue, todo a cuenta de Dorita, que nos recomendó Café Solé y Spencer's y por supuesto no falló, ella es una sibarita, aunque de vez en cuando ayuna porque tiene un lado católico autodestructivo. Tanto insistió Silvio en salir a navegar, que contratamos un yatecito y dimos una vuelta muy agradable y nos bajamos varias botellas de prosecco y terminé arrodillada en la proa, como Kate Winslet en el Titanic, pero echando un vómito rosa espumoso, mientras Silvio y Zoe se reían de mí y me hacían fotos así, prosternada, evacuando bucalmente una miasma inhumana, reducida a un guiñapo ridículo, anonadada de tanto trago.

Lo lindo de Cayo Hueso es que todos, absolutamente todos, están borrachos, y casi todos son putitos divinos, y entonces no te sientes mal porque siempre hay alguien más borracho que tú y más zorra que tú, y una se siente, digamos, muy en su casa, en confianza, entre pares o colegas. De lo poco que me acuerdo, porque todo el viaje estuve zampada, hay mucha gente en bici y en moto, y nadie parece estar trabajando, porque los camareros te coquetean y los taxistas son re delicados, y no hay un edificio de más de cuatro pisos, y no parece haber crímenes ni policía, todo es un relajó, una fiesta del carajo. Además, y eso me encantó, si pides un jugo de naranja, te miran fatal, y a nuestra hija le ofrecían cerveza sin alcohol, qué manera de libar bebidas espirituosas en Cayo Hueso, ahora entiendo por qué a Dorita le gusta tanto venir.

Todo salió de maravillas porque descansé mucho, tragué como marrana, engordé sin culpa, mamá lo que me fue ofrecido y lo que no, y Silvio me cogió con tanto ahínco que me dejó revirada, extática: nuestras sesiones de sexo comenzaban apenas se dormía nuestra hija, y los momentos más candentes ocurrían en el *jacuzzi* del balcón, y yo daba tales alaridos y gemidos de

vaca loca en celo, que una noche vinieron a tocarnos la puerta porque los huéspedes habían reportado un caso de abuso doméstico y decían que mi marido me estaba masacrando y yo daba unos gritos desesperados pidiendo auxilio, socorro, pero no, no eran gritos de ayuda, qué nabos los vecinos, eran chillidos desenfrenados, estrepitosos, guturales, de placer, puro placer animal, hay que ver lo bien que me chancó Silvio en Cayo Hueso, creo que mis gritos se oyeron hasta en La Habana, noventa millas al sur.

De más está decir que volveremos el próximo verano. Ahora me he puesto a dieta, tengo que bajar diez kilos, y Silvio está feliz porque se le había perdido la llave de su moto, pero anoche, al llegar a casa, me revisó con una linterna y la encontró al fondo de mi ermita vaginal, donde no cabe una llave, sino un llavero.

¡Todos gays!

Mi madre Dorita entró en su habitación del hotel en Washington, cerró la puerta y se encontró a oscuras. Todo era una densa penumbra, el oscuro corazón de las tinieblas. Quiso encender la luz, pero no sabía dónde se hallaba el interruptor. Caminó a tientas, procurando no tropezar y caerse, dando palos de ciego, tocando sigilosamente las paredes a ver si encontraba el modo de encender las luces. No atinó a entrar en el baño. Pasó varios minutos luchando con denuedo por encontrar los botones que deseaba pulsar para escapar de tan inquietante oscuridad, pero careció de suerte, se rindió, se tendió en la cama y, al estirar el brazo, descolgó el teléfono y fue apretando todos los botones hasta que alguien del *room service* le contestó en inglés. Dorita, que sabía hablar perfectamente inglés y francés, habló sin embargo en su coqueto español con acento limeño:

—Mándame un sándwich de pollo, por favor. Y avísale al gerente que estoy sin luz en mi cuarto.

Dorita pasó largos diez, quince minutos a oscuras, sin que nadie se acercase a socorrerla. Se lamentó de no haber prestado atención al lugar donde se hallaban los interruptores. Tenía un celular a mano, pero no sabía cómo activar la función de linterna en él. Un buen rato después, cuando ya la vencía el sueño, tocaron la puerta. Se acercó lenta y cuidadosamente, para no caerse. Eran dos hombres uniformados en mamelucos, con cajas de herramientas.

—Se ha quemado la luz —les dijo Dorita.

Ellos pasaron a la habitación y encendieron las luces sin dificultades. Dorita no les dio ni media propina y los amonestó cordialmente:

—¡Un poco más y llegan mañana! Se supone que este hotel es de cinco estrellas, ¿cómo puede ser que se vaya la luz?

—No se ha ido la luz, señora —le dijo uno de los operarios, en tono respetuoso—. Es que usted no sabía encenderla.

—¿Y cómo voy a saber prenderla, si está todo oscuro, dime tú? —se impacientó Dorita.

Los hombres en mameluco se retiraron cortésmente, dejando el cuarto con todas las luces encendidas. Poco después, tocaron la puerta y le dejaron a Dorita la comida. Pero, de nuevo sola, ella descubrió que no le habían llevado un sándwich de pollo, como había pedido, sino una *pizza*. No se enfadó. Le pareció que el descuido o el error la favorecía en cierto modo. Nos llamó a nuestra habitación y nos invitó a que subiésemos a su cuarto a comer *pizza*. Subimos enseguida. Estaba deliciosa. Luego mi esposa y nuestra hija se retiraron a descansar. Dorita pidió quedarse a solas un momento conmigo, dijo que tenía algo importante que decirme. Su asistente Tamarinda no se encontraba con nosotros, había salido a comprar ropa en una tienda de descuentos cercana al

hotel.

—Necesito que me pongas mi ozono rectal —me dijo mi madre.

Yo quedé perplejo, demudado. Nunca había oído esas dos palabras juntas, «ozono rectal». Había oído de la capa de ozono que la contaminación ambiental estaba agujereando, poniendo el peligro la vida humana en el planeta. Y desde luego había oído bien del conducto rectal, cómo no, y en otra época de mi vida me había dedicado con bastante empeño en darle usos heterodoxos, además de los convencionales, ya bien conocidos. Pero no sabía bien qué era aquello del «ozono rectal». Mi madre sacó de uno de sus bolsos un aparato con una manguerita adherida y me explicó el procedimiento: ella debía colocarse el tubito en su orificio trasero y luego yo debía bombear manualmente el aparato para que la insuflase de bastante ozono, de modo tal que su cuerpo se oxigenase y sus células desgastadas se renovasen como si fuese una jovencita.

—Mamá, no puedo ayudarte con el ozono rectal, te ruego que me disculpes —le dije.

—Ay, hijito, no seas tonto, por favor, déjate de cojudeces —me dijo ella, y se tendió en la cama, se puso en posición fetal, se cubrió con una sábana, y se bajó levemente el pantalón.

No me quedó más remedio que obedecerla como si fuera lo que aún era, el niño que siempre había adorado a su madre. Sin mirar mucho, apenas lo necesario, cubierta de la cintura para abajo por una sábana muy oportuna, Dorita colocó e introdujo suavemente el tubito en el lugar correcto y enseguida dijo:

—Perfecto, ya está. Ahora bombea el ozono. A la media hora paras, si no paras me puedes matar de una sobredosis. Yo, en el ínterin, me voy a echar una pestañita.

Mamá durmió media hora mientras yo le aplicaba el ozono rejuvenecedor. De pronto, despertó farfullando una oración en latín, retiró la manguerita y dio por terminada la sesión.

—Ni se te ocurra pedirme prestado mi ozono rectal —me advirtió—. Después te haces adicto y vuelves a tus malos hábitos.

Me retiré a mi habitación riéndome de las extravagancias de mi madre. Al día siguiente, mientras desayunábamos, Dorita se quejó de que los recepcionistas del hotel no la habían asistido con la diligencia y la amabilidad que ella merecía. Les había consultado dónde podía comprar cosas usadas, de segunda mano, a precios regalados, y ellos al parecer le habían dicho que no podían ayudarla dándole direcciones ni sugiriéndole nada.

—Son unos necios, unos majaderos, unos engreídos —dijo mi madre—. Muchachitos vanidosos. Creo que están maquillados y se pintan los labios con colorete.

—Podrían ser más amables —dije.

—El problema es que son todos gays —dijo Dorita, y no bromeaba.

—No digas eso, mamá —le dije.

—¡Son todos gays! —se enfureció Dorita—. ¡En este hotel son todos gays en la recepción!

Me reí a pierna suelta. No tenía sentido discutir con Dorita. En otros tiempos tal vez hubiese reprobado sus palabras, la hubiese llamado homofóbica, pero ahora me hice el tonto y no me di por aludido. Solo le dije:

—No creo que sean todos gays, mamá.

—Eres un huevón, hijito —me dijo ella—. ¿No ves cómo te coquetean? ¡Se derriten por ti! ¡Son todos gays!

Esa tarde, después de visitar un par de museos, nuestra hija Zoe pidió darse un chapuzón en la piscina. No fue fácil encontrar un hotel con piscina que nos permitiese usarla sin estar alojados en

él. Tuvimos suerte, sin embargo. En un hotel cerca de la plaza Dupont, el Embassy Row, nos dejaron subir a la terraza del último piso y, tras cobrarnos treinta dólares por persona, nos permitieron usar la piscina con agua salada. Mi madre, con sombrero y gafas de sol, abanicándose, echó una mirada a los bañistas y comentó con estupor:

—¡Esto es Sodoma y Gomorra!

En efecto, había una fiesta gay en la terraza del hotel y, de pronto, Dorita era parte improbable de aquella fiesta excéntrica, llena de hombres fornidos, musculosos, en trajes de baño muy ajustados.

—Todos los recepcionistas de nuestro hotel han venido acá —dijo Dorita—. ¿Cómo se te ocurre traerme a una fiesta del otro equipo, hijito?

Mi esposa y yo nos reíamos.

—Mil disculpas, mamá —le dije—. No teníamos idea.

Pocos después, Dorita cerró los ojos y se quedó profundamente dormida. Mientras ella roncaba, nuestra hija se hacía amiga de los gays más guapos de la ciudad y los hacía reír con sus ocurrencias y disparates.

Al día siguiente, un chofer del hotel llevó a Dorita a los arrabales de la ciudad, un barrio pobre y desangelado en el que vendían cosas usadas a precios de remate, un dólar, dos dólares, cinco dólares. Dorita y su asistente Tamarinda pasaron varias horas eligiendo muchas cosas. Regresaron al hotel con tantas bolsas y maletines, que tuvieron que contratar dos taxis. Mi madre se hizo íntima amiga de un hombre oriundo de Madagascar, que la invitó a conocer su isla remota, al tiempo que Dorita lo invitaba a conocer Lima y disfrutar de la exquisita comida peruana.

—Creo que el moreno me quiso levantar —me dijo mi madre, y enseguida se permitió un mohín coqueto.

Lo que había comprado era en verdad inverosímil: no solo muchísima ropa usada para hombres y mujeres, alguna muy gastada, roída, agujereada, zapatos maltrechos, corbatas arrugadas, sino, y esto era lo más insólito, toda suerte de utensilios para la cocina: ollas, sartenes, vasijas, espátulas, cuchillos, cucharones de palo y de metal, tazas y tazones de vidrio, y hasta gorros y mandiles para cocinar.

—¿Cómo vas a llevar todo esto a Lima, mamá? —pregunté, riéndome—. ¿Qué necesidad tenías de comprar ollas usadas?

—Esto es un tesoro —dijo ella, orgullosísima—. Todo es para mi personal. Van a estar felices. Tú sabes que yo los trato como si fueran de mi propia familia.

La ayudé a cargar las bolsas voluminosas hasta su habitación y, exhausto, le pregunté:

—Mamá, ¿me prestas tu maquina de ozono rectal?

Siempre una adicta

Por razones de trabajo, tuve que viajar a Houston, siguiendo instrucciones de mis jefes del canal 22, La Poderosa de Miami, para dar una conferencia titulada «Cómo vencer tu adicción al pene», pues mi programa tiene mucha sintonía en Houston y la comunidad latina me reclamaba con entusiasmo.

Yo he sido adicta al pene toda mi vida, desde muy joven, cuando estudiaba en el colegio Villa María de Lima, y luego como estudiante de Psicología en la universidad de monjas UNIFÉ, y no es por jactancia o aspaviento, pero pocas mujeres conocen tanto al pene y sus peligros y ramificaciones como yo. Me considero una experta, una gurú en la materia. He jugado con muchos penes, les he puesto nombres, apodos, les he hablado con cariño y familiaridad (no siempre en español), me han dado muchas horas de placer, he llegado a amigarme tanto con ciertos penes que a sus titulares no les hablaba y a ellos sí, y a mi edad, cincuenta años, puedo decir modestamente que soy una exadicta, he superado mi dependencia compulsiva, ahora me contento con uno solo, el de mi esposo Silvio, que es dos décadas menor que yo y me cumple de maravillas, tanto que ya no necesito salir a la calle a buscar otros.

El problema de ser adicta al pene es que uno lleva a otro y a otro y a otro, y ya ninguno te basta, te satisface, y haces tuya la superstición de que siempre habrá uno mejor, insuperable, esperando complacerte; otro problema es que, cuando conoces tantos, es inevitable compararlos, cotejar sus bríos y sus fuelles, y algunos te parecen amigables pero no suficientemente rendidores, y los das de baja, sin decirles a sus titulares o poseedores por qué te alejas de ellos, tampoco se trata de ser una malcriada; pero el problema más delicado es que la necesidad o urgencia de saturar tus orificios con un pene gallardo, enhiesto, peleón, puede asaltarte en cualquier momento, en la circunstancia más inoportuna, por ejemplo cuando estás trabajando en la televisión, o durmiendo al lado de tu marido, o comprando baratijas en tiendas de descuento, o almorzando en el cafetín cubano, y en esos casos la adicción se manifiesta en forma rotunda, y no hay manera de controlarla, y en verdad te esclaviza, y tienes que meterte en líos para conseguir un pene servicial que en apenas diez minutos te calme la ansiedad y te deje saciada, serena.

Algunas televidentes de Houston me preguntaron si la adicción al pene podría curarse con juguetes eróticos que sustituyan a ese bendito animalito que tanto placer me ha dado, y yo me debo a mi público y por eso no pude mentirles: no, ningún consolador, vibrador, adminículo de jebe o anillo mágico o rosario de madreperla podrá estar nunca a la altura de un auténtico pene indoamericano, siempre que el portador, claro está, sepa usarlo, porque hay tipos con grandes colgajos que son unos inútiles y te dejan insatisfecha, y hay idiotas con porongas normales que, sin

embargo, puestos a dar combate, se agigantan y resultan unos atletas sexuales y te llevan al éxtasis puro. Yo he tenido maridos inteligentes (Sandro) que no sabían chancarme bien y, en consecuencia, agravaban mi adicción y la hacían parecer incurable; maridos brutos y presumidos (Osvaldo, el argentino, del que colgaba una anaconda pérfida) que eran de muy escasa inventiva y me aburrían de tanto repetir las gimnasias eróticas; y ahora tengo un marido delicioso (Silvio, qué pedazo de choripán), gracias al cual he superado mi adicción, pues me tiene tan satisfecha y ahíta de placer, que no necesito salir a buscar en la calle lo que encuentro de sobra en el lecho conyugal.

En mis peores épocas de adicta, era prisionera de una enfermedad terrible, muy dolorosa, que me laceraba la piel y el alma: la envidia del pene. Ella se manifiesta soterrada y crecientemente, a sol y sombra, llueva o truene, y no consiste en querer ser hombre, pues una está contenta siendo hembra, pero es tal la necesidad de comerse un pene doblado, al dente, en carpacho aderezado, en el momento más insólito, que quisieras tener uno a mano, como parte de tu equipaje, para usarlo en caso de emergencia, como un extinguidor para apagar el fuego o un inhalador para calmar un ataque de asma. Vaya si habré envidiado penes, decenas de ellos: principalmente, si me pongo memoriosa, uno que era épico y poseía textura de héroe y cuando salía a dar batalla parecía que iba montando a caballo, el de Sebastián, el actor; y otro que era bello y radiante y embriagador como ver un arcoíris, el pistolón fogoso de mi viejo amigo y colega locutor Meme Salcedo, que me dejó horadada como un túnel en los años que fuimos compañeros en radio Oxígeno de Lima. Mi terapeuta, que, por supuesto, me ha enseñado su dotación, aunque me prohíbe tocarla, me asegura que he superado mi etapa de envidia furibunda del pene, y debe de ser verdad, porque ya no me gusta ponerme un cinturón poronguero y cogermelo a Silvio como machucaba otrora a mis maridos Sandro y Osvaldo, en mi época de adicta y envidiosa.

No por haberme curado, sin embargo, dejo de ser una adicta latente: siempre lo seré. Parte de la terapia consiste en reconocer eso mismo, que una adicta al pene lo será toda su vida, e incluso probablemente en la vida eterna, si hay penes en el cielo, si los ángeles vienen con sorpresa, que ojalá. Esto lo dije en mi conferencia en Houston y noté rostros compungidos, de preocupación, entre mis seguidoras: que cuando el pene ha sido una droga, un vicio, una forma de azúcar morena que inoculas en tu sangre, siempre serás adicta, aunque ahora te contentes con uno solo, como es felizmente mi caso. ¿Crees que ya estás a salvo de una tentación súbita, inopinada? ¿Que ya no harás locuras, imprudencias, disparates para adherir tus carnes a un florete picarón? ¿Que nunca más le pedirás a un extraño que te permita un momento de entretención o esparcimiento con su mascota colgante? ¿Estás segura de que ya no eres una perra en celo y que ahora estás domesticada? No, hija, no te engañes: siempre serás una perra, siempre estarás tentada de recaer, siempre pensarás en un pene hechicero cuando estés aburrida, escuchando a un cura dando un sermón o a un político prometiendo el paraíso o a tu marido roncando. Yo, por ejemplo, al día siguiente de mi conferencia, fui con Silvio a pasear por Galleria Mall, donde están las mejores tiendas de Houston, y si bien no compré nada porque estaba corta de fondos, sí me permití el desahogo de, cada vez que un peruano o un venezolano o un mexicano me reconocía por mi trabajo en el canal La Poderosa y me pedía una foto, no negarle mi rostro y avenirme a los retratos con gran simpatía, y cuando ellos, tan bobos, tomaban las fotos, yo les sobaba apenas la entrepierna para ver cómo venían dotados, cuánto bulto escondían, de qué calibre era su pistolita, todo por supuesto sin que Silvio se diese cuenta, como una caricia casual, accidental, y por suerte los

fanáticos que ausculté venían menos aventajados que mi Silvio, o al menos esa fue mi impresión.

Quise cerrar mi conferencia en Houston con una idea-fuerza, el eje de la ponencia, la columna de mi disertación: aprende a ser amigo del pene, háblale, ponle un nombre, dale un apodo cariñoso, no lo agites o sacudas o fricciones como si fuera tu empleado doméstico, tu criado todoterreno, no; siempre que puedas, háblale bonito, despacio, con afecto y hasta reverencia, y verás que poco a poco se va encariñando con tu voz, tus palabras almibaradas, y con solo hablarle te ganarás su amistad y luego te cumplirá encantado porque no sentirá que abusas de él. No pierdas tu tiempo, hija mía, hablando con el portador del pene, los hombres son casi todos unos tarados, háblale bonito al pene y verás cómo te cambia la vida. Yo al de Silvio le digo Pipiolo, Pipiolito, y él me sigue embelesado como girasol al sol, y cuando le hablo muy de cerca, juro que me sonrío.

El tesoro oculto de mi madre

Saliendo de la Casa Blanca, tuvimos que pasar por un detector de metales y la alarma sonó apenas registró algo extraño en la cartera de mi madre Dorita. Un atento oficial uniformado escudriñó el bolso de mi madre y encontró dos cucharitas de plata.

—Son mías —se apresuró a aclarar Dorita—. Las tengo, por si me invitan un tecito.

El oficial le creyó y las colocó de vuelta en la cartera. Pero yo me quedé dudando y por eso, cuando caminábamos hacia el parqueo donde habíamos dejado la camioneta, le pregunté:

—Mamá, ¿de verdad trajiste esas cucharitas del hotel?

Dorita me miró con picardía y respondió, bajando la voz, casi susurrando:

—No seas tonto, pues, hijito. Son de la Casa Blanca. Me las llevé como un *souvenir*.

Mi esposa Silvia soltó una carcajada. En efecto, nos habían servido té y café en la Casa Blanca, además de galletitas de chocolate para nuestra hija Zoe, y nadie había advertido que, con gran sigilo, como toda una profesional, Dorita introdujo dos cucharitas en su cartera.

No me sorprendió: ella era una experta en llevarse cosas de los hoteles, las aerolíneas, los restaurantes y cafés, incluso de ciertos templos y catedrales. No lo hacía por necesidad, desde luego, sino puramente por traviesa, por pícara, porque se divertía enormemente haciendo trampitas y fechorías y llevándose recuerdos imperecederos. De los restaurantes, además de la comida sobrante, le gustaba llevarse cubiertos, copas y servilletas. De las aerolíneas, principalmente los edredones de plumas y las almohadas. De los hoteles, las toallas, las batas, todos los champús y cremas y chocolatitos de menta que saqueaba furtivamente de los carritos de servicio en los pasillos. Y de las catedrales e iglesias, principalmente velas y cirios que apagaba con un discreto soplido y luego escondía en su cartera, un bolso grande, ancho, de doble fondo, en el que cabían todos sus recuerdos y *souvenirs*. Era, pues, una consumada coleccionista de objetos y piezas menores, y no iba a privarse de nada visitando la Casa Blanca de su admirado Trump.

Ya en la camioneta, le pregunté:

—Aparte de las cucharitas, ¿te llevaste algo más de la Casa Blanca?

—No, hijito, nada más, no te preocupes —me dijo, con aire distraído, como si no tuviera la menor importancia.

No le creí. Sospeché que algo más había guardado clandestinamente en su bolso infinito. Por eso, llegando al hotel, le pedí a mi esposa que examinase la cartera de Dorita, pero el operativo abortó porque mi madre no soltaba su bolso y lo tenía al lado, como si guardase un preciado tesoro. Más tarde, cuando se quedó dormida, entramos en su habitación y escudriñamos minuciosamente la cartera. Solo encontramos galletitas sobrantes del té en la Casa Blanca,

servilletas de tela con las iniciales del presidente y un rollo de papel higiénico, presumiblemente sustraído de los baños de la casa de gobierno, porque tenía un sello que decía *Make America Great Again*.

—Pudo ser peor —comenté, y nos retiramos, en cierto modo aliviados.

Cuando visitamos la Catedral, a Dorita le molestó tanto que nos cobrasen por entrar, que decidió tomar severas represalias, y así fue. A plena luz del día, y con la naturalidad de una profesional trotamundos curtida en esas lides, fue deslizándose en su cartera, con el aire santurrón y la mirada beatífica, varias biblias que se hallaban en las bancas, velas de todos los tamaños, estampitas de vírgenes, santos y beatos, y hasta cojines de terciopelo morado para suavizar la aspereza de la madera en la que los fieles más píos se hincaban de rodillas. Yo miraba todo atónito, perplejo, asombrado, no tanto por la pericia de mi madre para atesorar recuerdos que ella sentía que le pertenecían, sino porque en su bolso de doble fondo parecía que podían caber tres bebés, un muerto reciente y dos perros caniches.

Tampoco me sorprendió que, cuando fuimos a almorzar al hotel Trump, a pocas cuadras de la Casa Blanca, un majestuoso edificio que antes era la sede del correo en la capital de la nación, Dorita hiciera de las suyas: se llevó todas las servilletas y una cantidad insólita de toallas de algodón egipcio extraídas del baño, que decían Trump International Hotel.

—¿No están lindas las toallitas? —nos preguntó, mostrándolas en la camioneta—. Las voy a poner en mi baño de visitas en Lima, para que todos los que vengan a mi casa sepan que yo apoyo a Trump cien por ciento.

Más tarde recibí una llamada a mi celular, desde el cual había reservado la mesa en el restaurante del hotel Trump, y me habló, en tono comedido, un gerente de dicho establecimiento, quien me dijo, casi como si me confiara un secreto, que las cámaras de seguridad del hotel habían grabado a una señora mayor, muy elegante, una de mis acompañantes, llevándose todas las toallas de algodón del baño, ocho cucharitas de plata de las mesas adyacentes a la que habíamos ocupado, y cuatro paraguas al salir, y que por consiguiente estaba en la penosa obligación de cargarme a la tarjeta de crédito el valor de dichos artículos recogidos indebidamente. Me excusé, le dije que esa señora era mi madre y hacía esas cosas por traviesa y le rogué que borrasen la cinta. No quise decirle nada a Dorita, no quería incomodarla, pero envié a mi esposa al cuarto de mi madre y en efecto encontró todo, hasta los paraguas con el logotipo del hotel Trump. ¿Para qué necesitaría esos paraguas la bella Dorita, si en Lima nunca llovía y apenas caía una garúa timorata, casi imperceptible? Se lo pregunté al día siguiente, celebrándole la picardía, y me dijo:

—Para metértelos en el pote cuando salgas en televisión diciendo que eres bisexual.

Luego soltó una risotada de niña traviesa y yo me reí con ella.

Pero lo mejor estaba por venir.

Nos habíamos alojado en el mejor hotel de Georgetown, muy cerca del río Potomac, a la vuelta de los cines, y nosotros, quiero decir mi esposa, nuestra hija Zoe y yo, tuvimos que marcharnos un día antes que mi madre, porque ella volaría a Lima directamente desde Washington, y nosotros regresaríamos a Miami, de modo que Dorita y su asistente Tamarinda tuvieron que quedarse un día más, solas, sin nuestra compañía, en el hotel, pues su vuelo salía un domingo a medianoche, y el nuestro partió la noche anterior. Ese domingo, tal como yo sospechaba, Dorita se convirtió en Atila y arrasó con todo lo que encontró a su paso. Yo no fui testigo de ello, pues ya me había retirado del hotel, pero unos días después, estando en Miami, recibí una llamada del

gerente de origen mexicano, quien, muy atento, me dijo:

—Su señora madre, tan encantadora, se ha llevado algunas cosas que lamentablemente, usted comprenderá, tenemos que cargarle a su tarjeta, señor Barclays.

—Comprendo perfectamente —dije, resignado—. ¿Podría decirme, por favor, qué cosas se ha llevado la señora Dorita Lerner?

El gerente tosió, carraspeó, se tomó su tiempo. Evidentemente se sentía incómodo y hubiera preferido no pasar por dicho trance bochornoso.

—¿No será mejor que le diga simplemente el monto que vamos a cargarle por los detalles que se llevó su señora madre?

—No, no, dígame, por favor —insistí, apreciando que usara la palabra «detalles».

—Bueno, cómo no —dijo él, haciendo acopio de coraje.

Luego enumeró las expoliaciones que mi querida madre había rapiñado de esa propiedad señorial, cinco estrellas:

—Dos batas o albornoces. Ocho toallas grandes. Doce toallas de mano. Tres batas del sauna. Cuatro almohadas. Sábanas y mantas. Dos relojes alarma de la mesa de noche. Seis colgadores.

Escuchando atentamente el botín que había reunido subrepticamente mi madre, yo no podía sentirme molesto, al contrario, me reía a solas, para mis adentros. El mexicano prosiguió, relatando el tamaño del latrocinio o las fechorías de Dorita:

—Dos linternas. Una bacinica. Todo el contenido del minibar.

—¿Incluyendo las bebidas alcohólicas? —pregunté, sorprendido.

—Todo, señor —respondió el mexicano—. Absolutamente todo.

Será para su personal doméstico, porque Dorita no toma una gota de alcohol, pensé.

—Pero lo más insólito, y esto no nos ha ocurrido nunca, señor Barclays, es que su señora madre se llevó algo que sacó discretamente por la puerta trasera o de servicio del hotel —continuó.

—¿Qué se llevó? —pregunté, lleno de curiosidad.

—Bueno, espero que no se moleste, pero tenemos que cobrarle esto también —me previno el gerente, con los mejores modales y un tono de unción quizá excesivo—. Su señora madre se llevó doblada la cama plegable en la que durmió su asistenta.

Solté una risotada.

—¿En serio? —dije—. ¿Se llevó la cama plegable?

—Así mismo —respondió el gerente—. Pero no se preocupe, no es cara, solo le cobraremos doscientos dólares por la cama.

Si serán usureros, pensé, digno hijo de mi madre: con doscientos dólares, ¡compro diez camas plegables en Lima! Pero no se lo dije, claro, no quería ser rudo y que le lloviera sobre mojado. Le agradecí y lo autoricé a cargarme todo a la tarjeta.

Más tarde, camino al canal, llamé a mi madre desde el auto y le pregunté:

—Mamá, ¿te llevaste algún recuerdito del hotel de Washington?

—No, mi Jimmy, nada de nada, ¡cómo se te ocurre! —dijo Dorita, con su mejor voz de pícara.

Luego añadió:

—Amor, cuando vengas a Lima, he comprado una camita plegable para que tu linda Zoe se pueda quedar a dormir en mi cuarto, ¿no te parece una gran idea?

—Gran idea, mamá, gran idea —dije, reprimiendo la carcajada.

Una madre se queda sola

Mi hija Camelita se graduó de la universidad en mayo. Ya es oficialmente enfermera titulada con especialidad en asistencia de ancianos con artritis. Estoy tan orgullosa que no hay palabras para expresarme. Ya había reservado mi pasaje para ir a Nueva York a acompañarla en su graduación y luego invitarla a comer unas hamburguesas, porque estoy corta de plata, pero ella me frenó en seco:

—No, mami, mejor no vengas.

Le pregunté por qué prefería graduarse sin que yo estuviera a su lado como su madre que la adora, y me dijo delicadamente, pero sin un ápice de duda:

—Porque eres alcohólica, mamá, y no quiero que mis amigas te conozcan.

Me quedé muda, vacía, sin reacción.

—No soy alcohólica, Camelita —le dije—. Me bajo dos botellas de vino para combatir el estrés de mi trabajo como locutora de televisión, pero eso no me convierte en alcohólica, por el amor de Dios.

Camelita, que es muy avispada, muy lista, muy de mirar documentales en Netflix y saber de todo un poco, me dijo:

—Todo el día estás tomando, mamá. No sé si te lo han dicho en el canal, pero apestas a alcohol.

Me dolió en el alma que usara esa palabra: «apestas».

—No apesto —la corregí con firmeza—. Será que huelo un poquito a alcohol. No es lo mismo.

—Mamá, por favor, no quiero discutir —zanjó el asunto mi hija mayor—. Simplemente no quiero que vengas. Yo pasaré por Miami después y celebraremos juntas.

Me apresuré a decirle:

—Pero, hijita, no te olvides que yo te he pagado toditos los cuatro años completos de tu universidad carísima que me ha costado un ojo de la cara.

Lo que, en rigor, era mentira, o una exageración, porque Camelita y yo nos habíamos endeudado, poniendo mi casa como garantía, para que ella estudiase, pero el préstamo tenía que pagarlo ella en treinta años y con bajos intereses.

—¿No te parece que me merezco estar presente en tu graduación? —insistí.

Pero ella ya había cortado. Camelita es así: sabe lo que quiere, no pierde tiempo, te dice las cosas como son y a otra cosa, mariposa.

El sábado de su graduación me deprimí horriblemente porque mi esposo Silvio, que es un

espía consumado y se mete a la cuenta de Camelita en Instagram, me mostró fotos de mi hija con su novio, con la familia de su novio, con sus amigas, y yo, por supuesto, no aparecía ni de casualidad. Se avergüenza de su viejita, pensé. Reniega de mí. Le parece impresentable que no hable bien el inglés, que esté gorda, que sea borracha, que sea apenas una locutora de televisión y no una profesional titulada como ella. Triste vida la mía. Mi hija, mi propia hija, mi hija mayor, salida de mis entrañas, me aparta de los momentos más felices de su vida, y solo me llama cuando necesita algo, sobre todo plata, que además yo no tengo, porque en el canal 22 me han bajado el sueldo y no me queda más remedio que pedirle ayuda a mi Silvio, que es masajista del Ritz y solo con las propinas gana más que yo. En fin, mi hija se graduó y días después me llegó una foto enmarcada del día de su graduación, más nada.

Y luego, por supuesto, no pasó por Miami a visitarme, qué ocurrencia. Se fue con su noviecito a Francia, a la Costa Azul, a Cannes, a Niza, menos mal que unas semanas antes del atentado terrorista, y se dio la gran vida, porque creo que su novio tiene harta plata, y ni siquiera me escribió un *mail* contándome cómo estaba, y yo seguía esperándola, devastada, disminuida, humillada, rebajada a mi condición de madre fracasada que ya es un estorbo y a la que su hija da de baja sin pena ninguna.

Por eso, porque estaba desesperada, llamé por teléfono a mi segunda hija Paulina, que había conseguido un trabajo por el verano en el zoológico de Washington. La bella Paulina, tan relajada, cero competitiva, amante de los animales, se pasaba el día dando de comer a los monos.

—¿No estás poniendo en riesgo tu vida, hijita? —le pregunté, preocupada—. Porque esos monos no creen en nadie, no confies en ellos, son bien traicioneros.

—Más traicioneros son los hombres, mamá —me dijo Paulina.

Sin más rodeos, le dije que tenía ganas de ir a visitarla y le pregunté si podía quedarme con ella.

—No, mami, imposible —me dijo—. En mi apartamento somos tres amigas, y cada una tiene su cuarto, así que no hay espacio para visitas.

—Pero puedo dormir en tu cama, hijita —le sugerí.

—¿Es broma? —replicó, y se rio burlonamente, como si yo fuera una mona vieja, gorda, peluda, que le cae pesada a todo el mundo, a la que nadie quiere tirarle un banano.

—Hijita, te extraño —le dije.

Paulina me preguntó:

—Mamá, ¿estás borracha?

No supe qué contestarle. Eran las cinco de la tarde y había empezado a remojar me el paladar con un vinito tinto desde el mediodía. No estaba borracha, simplemente estaba sentimental.

—Te llamo otro día —le dije—. Salúdame a tus amigas.

Corté, me encerré en el baño y me eché a llorar. Me sentí una vieja. Mis hijas eran felices sin mí, preferían no verme, me tenían como a una borracha de la que se avergonzaban. Hacía meses que no las veía, desde la última Navidad, y ya me habían advertido de que la próxima Navidad no la pasarían conmigo y con Silvio en nuestra casita de Miami, porque se irían a Lima a pasar las fiestas con Sandro, su papá, que se había ennoviado con una francesa ricachona y no paraba de viajar. Llamé a Silvio, mi marido, y le pregunté:

—Amor, ¿tú crees que soy alcohólica?

Silvio se rio y me preguntó:

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque así me lo ha dicho Camelita.

—Yo no diría que eres alcohólica, gordita —me dijo mi esposo, amorosamente—. Yo diría que tienes cultura ética.

Lo amé.

—Es lo que yo digo: soy enóloga, no alcohólica —le dije.

Cortamos y fui a servirme una copa de vino. Luego descolgué una foto de mi hija Camelita, hasta entonces exhibida en la cocina, y la metí al cuarto de las escobas. Ya no me quiere, pensé.

El papa, mi madre Dorita y Gareca

Gracias a los buenos oficios del cardenal peruano Juan Luis Cipriani, mi madre Dorita y el entrenador de la selección peruana de fútbol, Ricardo Gareca, fueron citados un domingo por la mañana, muy temprano, en el palacio arzobispal de Lima, para reunirse con el papa Francisco, quien estaba de visita en la ciudad.

Dorita era íntima amiga de Cipriani de toda la vida, ambos pertenecían al Opus Dei, y pensó que su audiencia con el papa sería a solas, sin Cipriani ni Gareca. A su turno, Gareca, no siendo amigo de Cipriani, pero habiéndose convertido en un héroe para los peruanos, y me incluyo, por conseguir lo que parecía imposible, clasificar al mundial de fútbol, y a sabiendas de que al papa, hinchas de San Lorenzo, le gustaba el fútbol, no dudó en pedir una cita con el sumo pontífice, y cuando le dijeron que su santidad había expresado su deseo de conocerlo, pensó, como Dorita, que se verían ellos dos en privado, sin presencia de nadie más.

Lo que Dorita y Gareca no sabían es que el papa Francisco, corto de tiempo, se reuniría con ambos a la vez.

Dorita y Gareca llegaron de madrugada al palacio arzobispal. El cardenal Cipriani los saludó con afecto, los presentó mutuamente y les dijo que el papa no tenía tiempo de concederles una reunión privada a cada uno y que, en consecuencia, la audiencia sería entre los tres, pues Cipriani no estaría presente, debido a que tenía que cuidar los detalles de la agenda papal.

Dorita lucía espléndida, dichosa, en éxtasis, vistiendo sus mejores galas. Muchos años atrás había conocido al papa polaco Juan Pablo II y ahora se le concedería la ilusión de conversar con el papa argentino Francisco I. Gareca, el pelo indómito y despeinado dándole un aire de muchachón rebelde, bastante más alto que Dorita, vestía traje oscuro y corbata negra, y lucía una sonrisa invicta y merecida, la sonrisa del triunfador, del que se sabía querido y reverenciado por el pueblo al que vino a servir, jugándose con audacia su credibilidad.

—Su santidad solo podrá verlos quince minutos, no más —les informó el cardenal Cipriani.

—No hay problema —dijo Gareca.

—¿Quince minutitos nada más, Juan Luis? —se quejó, en tono risueño, Dorita—. No te hagas ilusiones. Yo no me separo del papa. Me regreso con él al Vaticano.

Tan pronto como les informaron que el papa estaba listo para recibirlos, Cipriani les presentó al sumo pontífice. Dorita se inclinó, hizo una reverencia protocolar y besó el anillo de Francisco, mientras el cardenal decía:

—La señora Dorita Lerner viuda de Barclays.

—Mucho gusto, señora Dorita —dijo Francisco.

Luego Cipriani anunció:

—El señor Ricardo Gareca, entrenador de la selección peruana de fútbol.

Espigado y con una frondosa hojarasca capilar, envidia de los calvos y enanos de este mundo, Gareca estrechó la mano cálida de su santidad, quien le dijo:

—Felicitaciones, Ricardo. Qué gran triunfo el tuyo.

Enseguida Cipriani se retiró y cerró la puerta. Siguiendo las indicaciones del papa, Dorita y Gareca se sentaron donde les señaló Francisco, quien, sin perder tiempo, le dijo a Dorita:

—Lamento mucho su viudez, señora. ¿Ocurrió recientemente?

Dorita, en pleno dominio de las circunstancias, sin dejarse intimidar por la presencia del papa argentino, segura de que haría buenas migas con él, respondió:

—No lo lamente tanto, Francisco. Mi marido murió hace muchos años. Y es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Fue una liberación para mí.

El papa arqueó las cejas, abrió los ojos y se permitió una risa franca y sorprendida. Gareca miró con arrobó a esa señora tan hermosa y segura de sí misma que parecía amiga del papa de toda la vida.

—Felicitaciones, querido Ricardo, por la clasificación al mundial —dijo Francisco.

—Gracias, su santidad —dijo Gareca, con una gran sonrisa.

—Rezaremos para que al Perú le vaya bien en Rusia —dijo Francisco.

—Te felicito, Gareca —dijo Dorita—. Jugaste muy bien contra Nueva *Zelandia*.

No dijo «Nueva Zelanda», dijo «Nueva *Zelandia*», pero ninguno consideró atinado corregirla. Gareca no quiso aclararle a Dorita que él no había jugado, pues era el entrenador.

—Ojalá le metas tres goles a Rusia —dijo Dorita.

—Ojalá, señora —dijo Gareca.

Entonces el papa se dirigió a esa señora tan estupenda que parecía la reina de Lima y le preguntó:

—¿Y usted a qué se dedica, Dorita querida?

—Soy madre de once hijos —dijo Dorita—. Uno falleció de chiquito.

—Cuánto lo siento —dijo Gareca.

—Una familia numerosa, ¡qué lindo! —comentó el papa, siempre rescatando lo mejor de la gente.

Luego Dorita consideró que era el momento de decirle a su santidad quién era ella principalmente:

—Soy la mamá de Jimmy Barclays.

El papa se quedó perplejo. Miró a Gareca, como pidiéndole una pista. El entrenador le devolvió una mirada de estupor.

—Perdone mi mala memoria, Dorita, pero ¿quién es Jimmy Barclays? —preguntó el papa.

Dorita pensó que el papa estaba bromeando y se rio a sus anchas.

—Mi hijo Jimmy Barclays es el peruano más famoso en todo el mundo —dijo.

El Papa sonreía amablemente y, sin embargo, su mirada delataba que no parecía recordar quién era el tal Barclays. Gareca tampoco ataba cabos.

—Mi hijo Jimmy Barclays es amigo de Trump —añadió Dorita.

El papa congeló su sonrisa y miró con leve desconfianza.

—Y va a ser el próximo presidente del Perú.

Gareca se arriesgó:

—¿Su hijo es el del flequillo, el que hace entrevistas en televisión?

—¡Ese, ese! —se alegró Dorita—. El famoso, el de la televisión. ¡Es amigo de Trump, comen juntos en la Casa Blanca!

El papa se apiadó de Dorita y dijo:

—Ya lo recuerdo, claro. Me parece haberlo visto alguna vez en la televisión argentina, haciendo sus entrevistas. El del flequillo, claro. Se peina como se peinaba Carlitos Balá, que en paz descansa.

—Carlitos Balá no ha fallecido, su santidad —observó Gareca.

—Yo le digo a mi hijo Jimmy que se corte el pelo como hombre y que deje de usar ese cerquillo ridículo, pero no me hace caso, santidad —se quejó Dorita.

—Rezará por su hijo —prometió el papa.

—¿Pero ya no sale en televisión, verdad? —se interesó Gareca.

—No sale en la televisión peruana porque acá lo han censurado —dijo Dorita—. Pero es famoso en Estados Unidos. Tiene un tremendo programa. Y es amigo de Trump.

—¿Su hijo no es el que publicó el libro *No se lo digas a nadie*? —preguntó Gareca.

—No, mi hijo no escribió ese libro, estás confundido, Gareca —dijo Dorita, mintiendo sin culpa, con aplomo.

Luego se dirigió al papa:

—Mi hijo era muy devoto, pero se ha vuelto medio ateo. Le ruego, papa Francisco, que me haga el milagro de hacerlo creyente otra vez.

—Rezaremos por él —prometió el papa.

Luego Francisco le preguntó a Gareca:

—¿Qué rivales te han tocado en Rusia?

—Dinamarca, Francia y Australia —respondió el entrenador.

—¿Cuál es el más difícil? —preguntó el Papa.

—Rusia —dijo Dorita.

—Francia —dijo Gareca.

Dorita interrumpió al papa y preguntó:

—Gareca, ¿tú juegas así con ese pelazo? ¿Puedes ver la pelota con tremenda melena?

El papa y Gareca soltaron una carcajada.

—Yo ya no juego, señora. Pero cuando jugaba, siempre me gustó usar el pelo largo.

—Igualito que mi Jimmy Barclays —dijo Dorita, como hablando consigo misma.

El papa parecía encantado de conocer a esa señora tan curiosa y estimable, y por eso le preguntó:

—Y además de ser madre, ¿qué hace usted, querida Dorita?

—Cuido mucho mi salud, Francisco. Hago terapia todos los días. Tres horas de terapia. Y estoy haciendo un tratamiento buenísimo. Se llama tratamiento orto-molecular.

El papa y Gareca se miraron sorprendidos y reprimieron las risas.

—Me inyectan oxígeno puro por la vía rectal. Es para regenerar mis órganos. Se lo recomiendo, papa Francisco. Si quiere, le doy los datos de mi terapeuta Martina.

—¿Trabaja acá en Lima? —se interesó el papa.

—Sí, pero ahora está presa —dijo Dorita—. Tiene una clínica regia, lástima que no tenía

licencia.

El papa quedó mudo. Gareca no atinó a comentar nada.

—¿Y qué les parece el actual presidente que tiene el Perú? —preguntó el papa.

Gareca, prudente, guardó silencio. Dorita no se cortó:

—Pésimo, pésimo. Tremendo coimero. Lo conozco mucho porque antes venía a los directorios de mi empresa minera. Tremendo coimero.

—Es una lástima la corrupción que hay entre los políticos latinoamericanos —observó Francisco.

—Una pena, sí —dijo Gareca.

—Por eso mi hijo tiene que ser presidente —terció Dorita—. Mi Jimmy tiene un montón de plata, santidad. No necesita robar.

—Qué bueno —dijo el papa.

En ese momento, entró Cipriani y dijo que la audiencia tenía que ir terminando. Se retiró enseguida. El papa se puso de pie y le dijo a Gareca:

—Mucha suerte en el mundial, Ricardo.

—Su santidad, le ruego que me dé su bendición —pidió Gareca.

El papa no vaciló en bendecirlo y le dijo:

—Rezaré por ti. Rezaré por la selección peruana.

Luego se dirigió a Dorita:

—Por favor, hágale llegar mis saludos a su hijo, el del flequillo.

—Así le diré —dijo Dorita.

Luego se puso de rodillas, contrita, y dijo:

—Por favor, su bendición, sicario de Cristo.

Dorita estaba tan exhausta, pues no había dormido la noche anterior, que dijo «sicario de Cristo», en lugar de «vicario de Cristo», pero nadie la corrigió. El papa la bendijo. Dorita se puso de pie, besó el anillo papal y dijo:

—Papa Francisco, Gareca, los invito a comer esta noche a Rafael, el restaurante de mi sobrino. ¡Se come riquísimo!

La Doctora Pipiola

Trabajo como locutora de radio La Pundonorosa de Miami. Cubro el turno de medianoche a seis de la mañana. Básicamente paso canciones de moda y, entre canción y canción, abro el teléfono, escucho preguntas de la audiencia y doy consejos sentimentales, laborales, familiares, incluso financieros, de toda índole. También me gusta dar mis opiniones políticas. Soy anticomunista radical, pistolera. Soy de derecha golpista, conspirativa, guerrillera. Siempre he pensado que los comunistas son todos unos tarados, personas de muy bajo coeficiente intelectual, brutos congénitos, sin cura ni remedio. En general estoy a favor de los golpes de estado, pero no de los golpes militares, porque los militares son unos inútiles, sino de los golpes empresariales, plutocráticos. En este momento, por ejemplo, me declaro a favor de que Lorenzo Mendoza y Gustavo Cisneros den un golpe en Venezuela, y así lo he dicho a gritos en mi programa. También vería con gran simpatía que Bill Gates y Jeff Bezos diesen un golpe de estado en Washington. ¡Cómo me excitaría ver a Mark Zuckerberg entrando con una tanqueta en la Casa Blanca!

Mi programa lleva ya diez años en La Pundonorosa y se llama «Pasa la noche conmigo». Tengo muy buenos *ratings*, especialmente entre las personas de sesenta años o más. Todo el mundo me conoce como la Doctora Pipiola y me trata de usted. Diré la verdad: no hago sobria mi programa. Estimulo mi lengua loca, viperina, bebiendo baileys, el licor irlandés. Es una mezcla fantástica de *whisky* y crema que me atiza el ánimo, me pone belicosa y me refina el humor. El *whisky* me desinhibe, me da valor para decir lo que pienso, y la crema me sirve como digestivo y me manda al baño a desahogarme en las tandas comerciales. Gracias al baileys, estoy flaca. Cuando llego a mi casita del Doral a las siete de la mañana, estoy un poco borrachina, sí, pero sin hacer escándalos ni bochornos. Vivo sola. Me he divorciado dos veces. No tengo mascotas, no tengo santos y virgencitas colgados en las paredes de mi casa. Tengo un retrato de Churchill, otro de Ronald Reagan y uno del papa polaco. Ya les dije, soy de derecha y no tengo complejos en proclamarlo.

Estoy deprimida y asustada porque los gerentes de La Pundonorosa me han dicho que están dispuestos a renovarme el contrato anual, pero recortándome el salario un treinta por ciento. ¡Treinta por ciento! ¡Es demasiado! ¡Mejor que me amputen tres dedos de una mano! ¡Antes, que me mutilen un seno! ¿Cómo haría para pagar mis cuentas sin endeudarme, ganando treinta por ciento menos? Les he rogado que no me humillen de esa manera, les he explicado que, si me bajan mis honorarios de ese modo tan drástico, tendré que irme a otra radio de Miami, por ejemplo, a radio La Caracola o a radio La Tripita. Sollozando, hipando, dándome golpes de pecho, le he dicho al gerente que estoy dispuesta a prestarle servicios sexuales clandestinos, si no me baja la

plata. Pero él me ha respondido:

—No, gracias, Pipiola, estás demasiado vieja para mí.

¡Degenerado! ¡Crápula! ¡Patán! ¡Amoral! No estoy tan vieja. Tengo cincuenta y un años. Con luces bajas y un poco de baileys, parezco de cuarenta y seis. No sé qué voy a hacer si me bajan el sueldo de esa manera abusiva, draconiana. Creo que tendré que vender mi casita del Doral y mudarme a un *efficiency* de Hialeah, con vistas al lago Okeechobee. ¡No es justo que me maltraten así! Pero el gerente no se compadece de mí y me ha dicho, con cara de palo:

—Tus *ratings* han bajado.

—¿Por qué? —le he preguntado, mortificada.

—Porque las viejas que escuchan tu programa se van muriendo año tras año. Entiéndelo, Pipiola: tu programa solo se sintoniza en los geriátricos. Tu público son las ancianas insomnes de setenta años o más. Y esa gente no consume nada. Por eso los auspiciadores no compran publicidad en tu programa. El único cliente que nos queda es el de pañales para viejitas incontinentes.

Si insisten en bajarme la plata tan brutalmente, me obligarán a renunciar. Me quedaré desempleada, pero mi dignidad no tiene precio. Prefiero morir de rodillas que vivir de pie, ¿o es a la inversa?

Mi sueño de toda la vida ha sido entrar en política, y creo que lo cumpliré bien pronto. Voy a fundar el Partido Liberal de Miami. No será un partido pacifista, intelectual, con una ideología. Será un partido tiratiro, ultraderechista, que reivindique la lucha armada para capturar el poder. Nuestra meta en el corto plazo será derribar las dictaduras de Cuba y Venezuela. Luego iremos por las de Nicaragua, Bolivia y Ecuador. Pediré dinero a los magnates de Miami (comenzando por Don Francisco, Emilio Estefan y Pitbull), compraré armas de fuego usadas en Hialeah, alquilaré un yate en la marina de Key Biscayne, lo bautizaré «Grandma» en honor a mi abuelita ya finada, y zarparemos desde el puerto de Miami hacia Matanzas. Además de armas cortas y fusiles de guerra, llevaremos veneno en cápsulas que mis amigas comprarán a la mafia rusa de Sunny Isles: polonio-210, ricina, manzanas de cianuro, hojas de belladona y pastillas expiradas de Viagra. Nuestro propósito será propiciar el descanso eterno de Raúl Castro y su camarilla militar; el bien ganado reposo de Maduro, Cabello y sus paniaguados; la mudez de Rafael Correa; la calvicie de Evo Morales; y el priapismo de Daniel Ortega. Una vez que capturemos el poder en esos cinco países dominados ahora mismo por el comunismo vicioso y ladrón, instauraremos el inglés como idioma oficial y el dólar como moneda única de cambio, construiremos campos de golf de Trump allí donde ahora hay cuarteles, y llegaremos a un provechoso acuerdo con Jeff Bezos para que esos territorios liberados se conviertan en grandes almacenes de Amazon. A quienes se opongan a nuestros planes redentores, no los meteremos en la cárcel ni los fusilaremos ni los mandaremos al exilio, solo les regalaremos celulares Samsung Galaxy Note 7 para que se quemen las orejas de vez en cuando.

Mientras tanto, seguiré haciendo mi programa todas las medianoches, una botellita de baileys escondida en mi cartera, unos tragos furtivos entre canción y canción, llamada y llamada. Soy la Doctora Pipiola, llevo treinta y tantos años haciendo radio en español, y no voy a permitir que unos desfachatados me hundan en el fango de la ignominia y destruyan mi legendaria carrera. Si no llego a un acuerdo de renovación con La Pundonorosa, hablaré discretamente con mis amigos de La Caracola, a ver si me contratan, o con la gerencia de radio La Tripita, conocida popularmente

como «la que no tiene pies y se para». Yo no nací para estar callada y ser sumisa y adúltera y consentir los abusos de la gerencia. Yo soy una luchadora, una gladiadora, una rebelde sin causa. Mis armas letales son mis palabras libérrimas; no me hincó de rodillas ante nadie, ni siquiera ante el papa argentino peronista; digo lo que me brota a borbotones del pecho o de las entrañas o de la trémula cueva vaginal, pues sufro de taquicardia vaginal aguda; soy una capitalista sin capitales; y no he venido al mundo para obedecer, sino para mandar.

A veces, cuando voy al *mall* de Sawgrass y mis radioescuchas me reconocen con solo oír mi voz pidiendo bragas y sostenes XXL, me preguntan: Pero Doctora Pipiola, ¿usted no cree en el amor, no tiene novio o enamorado, no ha encontrado a su media naranja? Usted que sabe tanto del amor y de la vida, que da tan buenos consejos, ¿vive sola, sin nadie que le haga masajitos en los pies y le diga cositas lindas? Usted que es una triunfadora, un ejemplo, una lideresa de opinión, ¿tiene que venir a comprar a Sawgrass, como nosotras, que vivimos de nuestras pensiones de jubiladas? ¿No puede usted comprar en Dadeland, en Aventura? ¿Cómo es posible que maneje un Toyota Yaris que le regaló el argentino de Kendall Toyota? Y yo me hago fotos con ellas, les firmo autógrafos (porque solo las muy veteranas todavía piden autógrafos) y les digo la verdad: Yo no creo en el amor, hija, solo creo en que a mi consolador no le fallen las baterías; y no creo en que servir a los demás y amar al prójimo te procura felicidad, pues a mí lo que me hace feliz es dormir diez horas corridas, comer chocolates y comprarme chucherías en descuento; y no creo en la democracia, porque el pueblo no sabe elegir lo que más le conviene, creo en el gobierno de los empresarios más ricos y exitosos, y por eso voté por Trump, aunque hubiera preferido que Michael Bloomberg fuese candidato.

Los espero a medianoche en La Pundonorosa. Por favor, ahora que estoy en crisis, ¡no dejen sola a la Doctora Pipiola!

El hombre de un solo huevo

Por tercer año consecutivo, habíamos viajado a Montreal, y luego manejado dos horas al norte hasta un pueblito llamado Mont Tremblant, para celebrar mi cumpleaños el tercer lunes de febrero.

El clima era benigno para los estándares canadienses, cero grados centígrados, pero previsiblemente helado para nosotros, residentes en Miami. Las montañas estaban coronadas de nieve. El pronóstico del tiempo anunciaba días propicios para esquiar. Las pistas lucían esplendorosas bajo una luz solar tan potente que enceguecía.

Siendo el menos apto de la familia para esquiar, me contenté con las pistas verdes, a diferencia de mi esposa y nuestra hija, quienes, intrépidas, se animaron a bajar las azules y hasta las negras, sin caídas ni percances que lamentar. Todo parecía sugerir que el día de mi cumpleaños sería feliz, desmesuradamente feliz. Pero el azar es un fantasma translúcido que se agazapa, pícaro, detrás de cada esquina. Y el día en que cumplía años me tendió una emboscada que no supe prever.

Como todos los días, esquiamos hasta las cuatro de la tarde, hora en que cerraron las pistas. En otras ocasiones habíamos manejado una hora al sur hasta una montaña, Saint Sauveur, que cerraba a las diez de la noche, para así continuar esquiando bajo poderosos reflectores de una luz blanca como la nieve. Pero ese lunes decidí mimarme, y reservé una sesión de masajes a las cinco en punto. Me atendió una señora en sus cuarentas, fibrosa, de manos aguerridas, más bien taciturna, austera con las palabras. Era francófona, pero conseguía balbucear un inglés arduo, ásperamente evacuado. A mi sugerencia, se ensañó con mi espalda, con los puntos de dolor. Le rogué que me masajeara las nalgas con ferocidad, sin compasión, y lo hizo, y fue un regalo de cumpleaños inestimable. Luego me pidió que me diera vuelta. Estaba desnudo, aunque por supuesto cubierto por una sábana que ella había tendido sobre mi cuerpo dolorido por las tensiones y fatigas del esquí. Lamentablemente, sus manos sobre mis nalgas habían provocado una reacción en mi humilde colgajo que no pude reprimir o neutralizar. Al darme vuelta y tenderme boca arriba, ella notó que sus manos habían erizado a mi mascota, a la que en días felices llamo Jimmy, o Jimmy *junior*. Se había despertado, se había desperezado, se había puesto de pie y se erguía, con ínfulas autoritarias, con pretensiones de dictador tropical, debajo de la sábana. Pedía atención, reclamaba cariño, demandaba en silencio su cuota innoble de masajes. Por supuesto, no me animé a officiar de ventrílocuo de Jimmy *junior* y pedirle a la amable señora que sus manos lo saludaran, le hicieran un toquecito furtivo, le dieran un estatequeto, muchacho palomilla. Me sentí fatal con la señora. Pensé: la dama francófona debe de estar odiándome, pensando que soy un

mañoso, un depravado. O no. A lo mejor está halagada de que mi cuerpo ya mustio se haya erizado con sus masajes. Lo cierto es que supe guardar silencio. No podía ser tan patán, tan inapropiado, de pedirle un masajito extra, lo que, en mis tiempos de juventud, cuando visitaba los baños turcos Windsor de San Isidro, en Lima, se conocía como «un completo», o «un final feliz», o «una excursión al sur del ombligo», pericias o habilidades en las que destacaba una señorita rusa o ucraniana, ducha en amansar erecciones ateas. Callé, me concentré, pensé en cosas horrendas, espeluznantes, y Jimmy *junior* se calmó, dejó de pedir atención y cariño, y volvió a dormir la siesta de los justos. Me sentí orgulloso de no haberle dicho a la señora masajista canadiense:

—¿Sería tan amable de masajearme los higos secos?

No: en estos tiempos de feminismo, supe respetar a la señora que me procuró tan inenarrables placeres, aunque mi Jimmy *junior*, díscolo como siempre, el verdadero niño terrible, no la respetó tanto como yo, y quiso amigarse con ella, cosa que no le permití.

Pues bien: le dejé una buena propina, confirmé sesión de masajes para el día siguiente y me dirigí al *jacuzzi*, donde me esperaban mi esposa y nuestra hija. Estaba afuera, al lado de la piscina, y la escena era de película: caían leves copos de nieve sobre el *jacuzzi* y la piscina, que daban a un lago congelado, una vista sobrecogedora. Pasamos largo rato en el *jacuzzi*, el cuerpo sumergido en las aguas cálidas, los rostros respirando el aire reconfortante de las montañas canadienses. Hasta que decidí hacer un alarde ridículo de virilidad:

—Me voy a la piscina helada —anuncié.

—¿Estás loco? —se sorprendió mi esposa—. Ni lo intentes. Te puede dar un infarto.

No le hice caso. Salí del *jacuzzi*, saqué pecho como un pavo real, me hice el macho que no le temía a nada y salté sobre la piscina, pensando que estaría fría, sí, pero soportablemente fría. Pues no: estaba helada, insoportablemente gélida. Nunca en mi ya larga vida había sentido un golpe de frío tan espantoso. Mi cuerpo entero se paralizó. Sentí que algo se encogía, se replegaba, quedaba subsumido entre mis piernas. Jimmy *junior*, que sabía reclamar sus derechos, pero era mudo, sintió el peor frío de su vida. Di un alarido de frío y dolor. Pensé que me daría un infarto, que perdería la vida allí mismo. El dolor, todo el dolor, se concentró en mi zona genital, entre mis piernas. Sentí que Jimmy *junior* había quedado congelado para siempre como una estalactita. Sentí que el frío lo había fosilizado, momificado. Pero sobre todo sentí que los higos secos testiculares se habían metido en una cavidad o madriguera o escondrijo, huyendo de ese frío cruel. Salí de la piscina temblando como un polluelo aterido, gritando de frío y dolor, corrí a las duchas españolas y me metí bajo un chorro de agua caliente. Desnudo, examiné los daños: Jimmy *junior* se había encogido a su mínima expresión, era un pobre cachorrito asustado, y mis higos secos no estaban, simplemente no estaban donde siempre estuvieron, y me dolían muchísimo, y daba la impresión que se habían quedado helados e irrecuperables en el fondo de la piscina, o que se habían metido en una cueva interior de mi organismo que yo no sabía que existía.

—¡Mis huevos, mis huevos, ¿dónde están mis huevos?! —gemí, desesperado, buscándolos con las manos, sin hallarlos.

Me miré en el espejo y era un hombre sin pelotas, con una manguerita, sí, pero sin la bolsa testicular que me fue dada al nacer. Llamé a gritos a mi esposa, vino corriendo, me vio, soltó una carcajada de lesa humanidad y me dijo, sin darle importancia:

—Ya regresarán solitos tus huevos, cuando se descongelen.

Y se fue riéndose, como si la situación no fuese todo lo pavorosa que era. ¿Regresarán

solitos? De ninguna manera, me dije. Debo recuperarlos cuanto antes. No puedo correr el riesgo de convertirme en un señor sin bolas, sin pelotas. Me dirigí de inmediato al salón de masajes y le dije a la señora que esa misma tarde se había ocupado de distender mis músculos:

—Esto es una emergencia, necesito su ayuda.

Por suerte estaba desocupada. Pasé a su habitáculo. Me tendí sobre la camilla. Me cubrió con la sábana de rigor. No tuve reparos en quitármela de encima y mostrarle la estragada zona de mi hombría:

—Mis testículos han desaparecido —le dije, a punto de romper a llorar—. Me metí en la piscina helada y se congelaron y no están más. Siento que se han metido adentro de mi cuerpo y que ahora son ovarios. Hay que encontrarlos, por el amor de Dios. Le ruego que me ayude.

—Ahora mismo regreso —dijo.

En efecto volvió presurosa, enchufó un aparato, encendió una secadora de pelo y dirigió una vaharada de aire cálido sobre el casi extinto Jimmy *junior* y sus pelotas desaparecidas. Ese golpe de aire caliente le devolvió el alma a mi Jimmy, si es que *junior* tiene alma. Pero sentí que, poco a poco, el pobre animalito salía del invernadero vesánico al que lo había inducido. Me miré abajo y noté que *junior* tendía a recuperar sus dimensiones, pero mis higos secos continuaban extraviados, lejos de su habitual morada, que había quedado deshabitada, vacía.

—¿Y mis pelotas? —pregunté.

—Ya volverán —respondió la masajista.

—Sí, pero ¿cuándo? —me exasperé.

Al ver que no regresaban, le rogué:

—¿No puede soplar un poquito?

—No, no —dijo ella, sonriendo, sosegada, con un aplomo admirable.

Al rato de recalentarme la entrepierna, uno de los higos secos volvió a confiar en mí y reapareció, mal que mal, renuente, cobijándose todavía helado en su madriguera de siempre.

—¿Y el otro? —pregunté, angustiado—. ¿Y mi otro huevo? ¿Por qué no baja? ¿Dónde está? ¿Seguirá con vida?

La señora masajista no se anduvo con rodeos:

—A veces se mueren de frío. Y, cuando se mueren, ya no regresan más.

Siguió echándome aire caliente, al tiempo que yo elevaba plegarias para que me fuera devuelto el higo seco que, por lo visto, había expirado. Por mucho que lo intentamos, no regresó a casa, no se dejó ver. Le di una generosa propina a la señora, le pedí mil disculpas y, al subir a la habitación, le dije a mi esposa:

—Mi amor, ahora solo tengo un huevo. El otro ha muerto congelado.

Ella me vio con el colgajo traumatizado y una pelota trémula, soltó una risotada y dijo:

—No importa. Da igual que tengas un huevo o dos, si al final no los usas nunca.

No me hizo gracia su humorada.

Han pasado varios días, estamos de regreso en Miami y sigo siendo el hombre de un solo huevo: el otro continúa inhallable, desaparecido.

Una ninfómana como yo

No se confundan, yo soy una señora gorda de derechas, de derechas extremas, extremistas, pero no de derechas trasnochadas, conservadoras, sino de derechas libertarias, modernas, es decir, de las que nunca ganan las elecciones.

Mis principales enemigos, además de los truchimanes de izquierda, que son todos unos haraganes, unos memos, unos buenos para nada, son los curas y los militares, en ese orden. Si yo llegara al poder por la vía democrática (altamente improbable), o mediante una conspiración militar (un golpe siempre cuesta un dinerillo, pero últimamente los generales han rebajado sus tarifas y ofrecen golpes a precios módicos, accesibles, pagaderos en cuotas mensuales a dos años plazo, así de arrastrados están), lo primero que haría sería disolver, repito, disolver a las fuerzas militares, y dejar de comprar armas de guerra, y decirles a los militares brutos que si quieren vestir uniforme e ir por la vida portando pistola al cinto, pues que trabajen como policías y hagan algo útil por la patria, en vez de estar acuartelados, mamando aguardiente, haciéndose pajas aceitosas, entrenándose para una guerra que nunca llegará, Dios nos libre de ella, porque esos mastuerzos no le ganan una guerra ni a la marina boliviana en el lago Titicaca.

Soy famosa por mi trabajo como locutora charlatana de televisión, atizadora de polémicas insidiosas, agitadora de escándalos de poca monta, decidora de diatribas, invectivas y filípicas contra mis enemigos políticos, que son multitud, pero no me gana la vida con el sueldo magro, esmirriado, que recibo de la televisión, el cual tiende a decrecer, sino con los estipendios que me paga mensualmente la central de inteligencia, quiero decir la CIA, que hace años me reclutó para dar la batalla mediática contra los enemigos de la libertad, los socialistas angurrientos, ávidos de poder, ansiosos por robárselo todo y esconder los bolsos de dinero en conventos y abadías. La CIA me paga bien, no demasiado bien, correctamente bien, aunque se niega a aumentarme el sueldo, alegando que nuestro acuerdo secreto era que yo, Jimena Barclays Lerner, me postulase a la presidencia del país en que nací, el Perú, un pacto que rompí sin consultarles, porque llegué al convencimiento de que, si me lanzaba como candidata, perdería a no dudarlo en las urnas, pues el ciudadano de a pie sabe bien que soy una gorda mañosa, drogadicta, perezosa, frívola y especialmente lujuriosa, y que mi relación con los hombres libidinosos es tan promiscua como la que tienen con la verdad los socialistas y comunistas, menudos cachafaces. La CIA me paga todos los meses en transferencias bancarias a mis cuentas en paraísos fiscales, y sobre esos dineros estoy exenta de tributar, y por eso soy una mujer rica, boyante (por la fortuna que he atesorado y por mi cintura adiposa que se parece a una boya), y el día de mañana, cuando me despidan de la televisión, me dedicaré a conspirar por las redes sociales, pero no me quedaré muy pancha, de

brazos cruzados, viendo cómo avanza la izquierda mentecata en nuestra América morena.

Hemos tenido dos o tres grandes victorias en los últimos tiempos, y no por eso estoy contenta o eufórica, sigo preocupada. Pero celebré como una loca que la izquierda argentina perdiera el poder y Macri consiguiera algo que todas en la agencia considerábamos imposible, y ahora lo apoyo a Mauricio, por supuesto, pero lo veo muy tirado a la izquierda, quizá para complacer al papa, que es un peronista encubierto, un socialista de toda la vida, en la agencia tenemos un expediente secreto de Bergoglio, y sabemos que, *in pectore*, es más chavista que las hijas de Chávez, por eso no dice ni pío de la represión genocida en Venezuela, jesuita tenía que ser. Macri querido, estoy con vos, pero tenés que privatizar los trenes, todo el transporte público, las aerolíneas, los yacimientos de petróleo y gas, los bancos, el canal de televisión y las radios, tenés que entender que gobernar desde el centro es un suicidio lento.

También ha sido un gran triunfo de nosotras, las gordas espías de la CIA (porque todas mis compañeras son obesas como yo, y nadie nos acosa sexualmente, somos nosotras las acosadoras, a decir verdad), que el hablantín de Correa perdiera el poder en Ecuador, nos salió fácil y barato ganarnos a Lenín, hablamos con él, estaba necesitando una silla de ruedas nueva, se la conseguimos, buenísima, de última generación, tan cómoda que yo misma la uso cuando voy de compras al *mall* de Aventura, y además le regalamos un helicóptero especial para personas discapacitadas, y se amigó con nosotras y mandó al carajo a Correa, bien por Lenín, que ahora, quién lo diría, está con nosotras y es sensible, maleable, dócil a nuestra agenda libertaria. Chile y Uruguay están totalmente bajo control, fuera del radar de preocupaciones, y en el Perú, mi patria querida, no hay suficientes calabozos para confinar en ellos a todos los ladrones de la política, qué escándalo.

Nos preocupa que en el Perú decline la estrella de la hija mayor de Fujimori y ascienda la de Kenji, el hijo menor. Sabemos que este chico no ha leído nunca un libro completo. Sabemos que su formación intelectual consiste básicamente en lecturas de Condorito, *Playboy*, la revista *Hola* y los calendarios de Luciana Salazar, y que es un pajero empedernido que se pasa las noches viendo cómo se cepillan a unas japonesas tetonas en internet. La CIA me comisionó hablar con el joven Fujimori y disuadirlo de ser candidato, pero cuando viajé a Lima y me reuní con él, lo primero que hizo fue mirarme las tetas, que, en mi caso, debo reconocer, son ubérrimas, y decirme «qué fuerte que está usted, señora Jimena Barclays», con lo cual me ganó bastante a su causa, la verdad.

Lo que más me alarma ahora mismo, como agente rolliza del servicio de inteligencia, es que la izquierda gane el poder en Colombia y en México. Estoy aterrada. He tenido que multiplicar mi consumo de ansiolíticos, vodka, coñac, hipnóticos y cannabis. Todas mis fuentes mexicanas me dicen que es inevitable que gane el Peje en México. Hasta Jorge Ramos, el periodista, con quien he tenido comercios eróticos furtivos en la cochera de Univisión, me confirma que el Peje es bolo fijo y que los jóvenes mexicanos votarán masivamente por él, lástima que aún no puedo convencer a Jorge de lanzarse como candidato. Si gana el Peje, será malísimo para nosotras, las chicas pistoleras en la agencia, porque sabemos bien que ahora ha moderado su discurso, copiando al Chávez embustero del año 98, pero cuando se haga del poder, dejará ver sus verdaderos colores y el rencor tomará posesión de su agenda, hay que ver lo mucho que detesta a los capos del PRI, a quienes quiere ver en la cárcel.

También veo con pavor que la izquierda gane las presidenciales en Colombia. Petro, que en su día era íntimo confidente y aliado de Chávez, va primero en las encuestas, y no sabemos qué hacer

para torpedearlo y bajarlo. Fajardo va segundo, y el problema con él es que nadie sabe si es de izquierda, de centro o de derecha, o sea es una suerte de peronista colombiano. La única izquierda buena en Colombia es la de James Rodríguez, el futbolista, punto final. Santos, el presidente, que solía estar en nuestra planilla, se hartó, nos mandó al carajo, se amigó con los chavistas, se obstinó con el Nobel, lo ganó, y ahora tiene a tres candidatos, que son Fajardo, Vargas Lleras y De la Calle, y hasta un cuarto, que es Petro, que mucho lo ayudó a ganar la segunda vuelta hace años. Nuestra prioridad en la CIA es derribar a Maduro e instalar un gobierno democrático en Venezuela, y si perdemos en México y Colombia, y esos dos países se vuelven defensores de Maduro, la cosa será mucho más complicada, y por eso duermo mal estas últimas noches, porque imagino al Peje y a Petro apoyando a Maduro y temo que mis jefes en la agencia, esos bandoleros que han ganado fortunas estos últimos años comprando acciones de Amazon, me despidan de una buena vez y para siempre.

Porque a Maduro tenemos que voltearlo antes de fin de año. Si para entonces ya ganaron Petro y el Peje, estaremos fritas. El momento para sacarlo será en mayo, luego de que consume el fraude monumental que viene maliciando para finales de abril. Le hemos pedido a Ramos Allup que no inscriba su candidatura, pero el viejito es terco y no nos hace caso y dice que es su última oportunidad biológica de ser presidente, porque ya está mayorcito. Le hemos ofrecido un maletín lleno de bitcoins, pero el viejito me respondió: Esas criptomonedas, señora Jimena Barclays, puede usted metérselas por su criptoculo. Me dejó fría, helada, no sabía que Henry era tan procaz. Y le hice caso y me introduje un bitcoin por la vía rectal, y la verdad es que fue un placer inenarrable, le debo ese éxtasis innoble al buen Ramos Allup. Y es que cuando muera quiero que mi epitafio sea: Aquí yace Jimena Barclays Lerner, que hizo un uso creativo de sus orificios.

No me ha quedado más remedio que ponerme en contacto con el general venezolano Padrino. Es un idiota redomado. Al lado de ese descerebrado, Maduro es Elon Musk o Jeff Bezos, y no exagero. Padrino es tan poca cosa que duerme con la luz encendida y con pantuflas de unicornio, y orina sentado (esto lo tenemos documentado fotográficamente en la agencia y es materia de encendidos debates, porque, al parecer, Padrino tiene una dotación genital tan microscópica que no aparece en cámaras, lo que acaso explica su aversión al coraje), y está enamorado de Delcy Rodríguez, una mujer que tiene el carisma de un lunar y la belleza de una verruga. Le he propuesto a Padrino una suma millonaria para que expectore del poder a Maduro, le hemos asegurado un exilio dorado en la costa oeste de Canadá, sin pagar por sus crímenes desde luego, pero cada vez que lo llamo por teléfono satelital encriptado me dice: Deme tiempo, señora Barclays, deme más tiempo, los cubanos me espían, tengo miedo de que me *afusilen*, como *afusilaron* al general Ochoa. Y yo le digo: Oiga, Padrino, se dice fusilen, no *afusilen*, y nuestra oferta expira a fines de mayo, y si usted no la acepta, contrataremos a otro y daremos el golpe y usted irá a la cárcel, así que piénselo bien y no se demore tanto, hágame el favor. Padrino es tan tarado que me dice: Pero señora, si ejecutamos la operación comando, yo no quiero irme a Canadá, quiero presidir la junta de transición, y ser candidato presidencial, y ganar las elecciones, y gobernar seis años. Y yo le digo: Pero Padrino, no sea mamagüevos, ¿quién carajos va a votar por usted? Y él me dice: Eso no importa, señora Barclays, dejamos a Tibisay en el CNE y así gano seguro. Tremendo pillito este felón de Padrino, no sabe que tiene sus días contados y es tan pesado y aburrido que pone a dormir a una ninfómana como yo.

El ladrón de madrugada

Todas las noches salgo a caminar a las dos de la mañana. Llevo una linterna porque las calles de la isla son oscuras. Trato de no pisar caracoles, sapos, lagartijas, arañas, lombrices, hormigas. Camino despacio, sin apuro, disfrutando del paseo, mirando las estrellas cuando la noche está despejada. Normalmente llego hasta la fuente de agua, doy vuelta y regreso a casa. Son casi las tres de la mañana cuando apago la linterna, tomo una limonada sin azúcar y me tiendo en la alfombra para hacer mis ejercicios de estiramiento.

La otra noche encontré dos conejos blancos en el césped de una casa cercana. Eran tan confiados que se dejaron acariciar sin inquietarse. Me senté en el pasto, les hablé boberías, los miré con curiosidad, me encariñé con ellos, tanto que decidí llevármelos. Regresé a la casa, saqué el auto, tuve suerte de que los conejos siguieran allí, los cargué, se dejaron mansamente, sin oponer resistencia, y los llevé a casa. Llegando, les di de comer zanahoria y después los dejé en el cuarto de juegos de mi hija, tras apagar el aire acondicionado, no fueran a morir de frío. Cuando mi hija despertó, le enseñé los conejos, los miró maravillada, le mentí, le dije que se los había comprado, pero mi esposa no me creyó, le confesé que los había recogido de la calle, y me riñó y conminó a devolverlos, pero me puse firme y dije que los conejos eran míos, pues estaban abandonados y los había rescatado.

—Eres un ladrón —dijo ella.

—No, soy un protector de animales desamparados —me defendí.

Por amor a nuestra hija, mi esposa cedió y los conejos se quedaron con nosotros.

Unas noches después, dando mi habitual paseo de madrugada, noté que en una casa en construcción habían dejado una hilera de arbustos de tamaño mediano, ficus elegantes de metro y medio, cada uno plantado en una bolsa negra con tierra, sobre las baldosas de la cochera, seguramente listos para ser sembrados al día siguiente, embelleciendo la fachada de esa casa millonaria, que, como muchas de la isla, no escatimaba en decorar a todo lujo sus jardines. Me acerqué, miré los ficus frondosos, no había nadie, todo estaba convenientemente a oscuras, no pasaban peatones ni automóviles, y eran tan lindos que me tenté. Ese fin de semana, tres muchachos centroamericanos habían construido un techo de madera en la cochera de mi casa, para evitar que el sol cayese sobre los autos, y se habían visto obligados a recortar la pared verde o cerco vivo de cipreses que nos daba cierta privacidad de la casa vecina de los argentinos, y por eso estaba necesitando unas plantas que reemplazaran a las que habían sido podadas. Excitado por el riesgo, regresé a casa, saqué la camioneta, aparqué en la casa en construcción, subí las plantas en sus bolsas negras una a una, doce en total, y las llevé a casa. Luego, diligentemente, las coloqué

allí donde antes crecían con lozanía los cipreses de dos metros que habían sido recortados y me fui a dormir, encantado con la nueva decoración de la cochera. Al día siguiente, el jardinero me preguntó dónde había conseguido aquellos ficus tan bonitos. Le dije que los había comprado. Me miró sorprendido, no sé si me creyó. Pero mi esposa, por supuesto, no me creyó, y cuando le conté que eran robados, soltó una risotada y me dijo que estaba loco y me arriesgaba a que un día viniera la policía y me arrestara por robar conejos y plantas del vecindario. Imposible, le dije, nadie me vio.

Una noche de luna llena me encontré con un gato mimado que se acercó, se sobó con mi pierna, olió mi zapato, al parecer confió en mí y se echó panza arriba, ronroneando cuando le acariciaba el vientre. Tanto se encariñó conmigo que, cuando dejé de acariciarlo, me siguió, no se despegó de mí, me acompañó en el trayecto de vuelta a casa y, al llegar, no vaciló en entrar conmigo. Le serví leche, pedazos de salmón ahumado, comió sin premura y lo dejé en la terraza, pensando que se iría. Pero al día siguiente seguía allí, panza arriba, yo acariciándolo, mi hija fascinada con su nuevo gato, mi esposa preocupada por mis hurtos de madrugada. Los gatos, bien se sabe, no son completamente de nadie, pero este por lo visto decidió que no quería vivir más con sus antiguos dueños y que le convenía pasar una temporada con nosotros. Por suerte, no mostró animosidad hacia los conejos. De pronto, teníamos tres animales en el patio y una cochera rodeada de plantas muy lindas, ya sembradas por el jardinero, y yo sentía que todo eso me había sido donado por el barrio y que yo lo merecía por ser tan buena gente. Pero mi esposa decía que me estaba convirtiendo en un cleptómano y que los robos ya no eran graciosos y tenían que parar.

El domingo caminé un poco más allá de la fuente de agua, hasta el final de la calle que bordea el mar, y me llevé una sorpresa: un carrito de golf, como los que abundan en la isla, con las llaves puestas, invitándome a probarlo. No era mi intención robarlo, solo dar un paseíllito despreocupado, pues nunca había manejado uno. Me senté, lo encendí, salí manejando con las luces apagadas y me asaltó una sensación de júbilo tal que me pregunté si no sería una buena idea dejarlo aparcado en casa, pues mi hija me había pedido con insistencia un carrito de golf y yo no quería comprarlo porque costaba mucho dinero y ahora de pronto había encontrado uno aparentemente sin dueño, abandonado, las llaves puestas, tentándome a llevármelo para darle a mi hija la sorpresa que merecía. No dudé en manejar a casa, estacionarlo en un lugar discreto y enchufarlo para que recargase la batería. Al día siguiente, cuando mi hija volvió del colegio, le enseñé el carrito de golf, le dije que se lo había comprado, salimos a dar un paseo y fue un momento de gran felicidad, solo cuestionada por mi esposa, escandalizada de que me hubiera llevado el carrito y urgiéndome a devolverlo.

—No tiene dueño, mi amor —le dije—. Estaba abandonado. Lo habían dejado al lado de la basura. En esta isla hay tantos ricachones que se hartan de sus carritos usados. Y antes de que se lo llevarsen los basureros, lo rescaté yo.

La otra noche, caminando de madrugada, encontré una bicicleta para niñas, tirada en la puerta de una mansión. Deduje que la habían dado de baja. Estaba impecable. Mi hija nos había pedido una bicicleta con cuatro ruedas para ir aprendiendo a manejar. Así que me subí a la bicicleta pequeña, rosada, con calcomanías de floripondios y muñecas, y los fierros rechinaron porque mis cien kilos eran excesivo peso, y empecé a pedalear torpemente, camino a casa. De pronto, apareció un auto de la policía y, con un juego de luces, me conminó a detenerme. De puro chiflado, seguí pedaleando a toda velocidad, tan frenéticamente que perdí el equilibrio y caí en el

asfalto, lastimándome un brazo. El policía bajó de su auto, me iluminó en la cara y me reconoció, pues ya sabía que caminaba todas las noches.

—¿Está bien, señor Barclays? —preguntó, y me ayudó a incorporarme.

—Sí, solo fue una caída menor —me di ínfulas de valiente.

—¿Qué hace montando esta bicicleta? —preguntó, amablemente.

—Es de mi hija —mentí con aplomo—. La estoy montando porque así sudo más que si monto mi bicicleta.

Me miró, perplejo, seguramente pensó que estaba loco y se ofreció a llevarme a casa.

—No, gracias —le dije—. Tengo que seguir pedaleando. Estoy demasiado gordo.

—Usted siempre con sus extravagancias —dijo, y se despidió de mí.

Tuve que seguir pedaleando hasta llegar a casa. Por suerte, a mi hija le encantó la bicicleta usada.

Las fotos prohibidas

Mis hijas Camelia y Paulina vinieron a visitarnos el fin de semana desde Nueva York, después de años sin vernos (ni en foto, porque no me aceptan como amiga en sus redes sociales y me tienen bloqueada para que no las espíe). Ellas dejaron de hablarme cuando me enamoré de Silvio y quedé dramáticamente preñada a una edad que parecía imprudente, cuarenta y cinco años, y no conocían a Silvio ni a nuestra hija Zoe, ya de cuatro años, y no habían querido verme todo este tiempo largo de guerra fría, en represalia por sucumbir a la inopinada pasión amorosa por Silvio, dos décadas mi menor, y por impregnarme de su emisión seminal con la esperanza de tener un cachorro que acabaría siendo Zoe, y por pelearme soezmente, con profusión de improperios, a cachetada limpia, con su papá, mi exesposo Sandro, que una noche en que se hallaba propasado de licores emboscó a Silvio en una calle de Lima y lo machacó a patadas y puñetes, dejándolo inconsciente y dejándome casi sin marido: es que Sandro, cuando bebía, se ponía belicoso, salía en moto y buscaba bronca con quien sea.

Estos años largos sin ver a Camelia y Paulina no han estado exentos de discusiones, entredichos, peleas y reproches: apenas terminaron el colegio, se fueron a estudiar cosas raras en Nueva York, y Sandro, su papá, se negó a pagar las universidades, alegando que estaba quebrado, en ruinas, diezmado por la bebida, no quedándome más remedio que endeudarme con el banco del tío Waldo, el único que realmente trabaja en la familia, para costear los estudios superiores de mis hijas; luego me pidieron que les comprase dos camionetas de lujo para recorrer los paisajes bucólicos que rodean a sus universidades, pero les mandé quinientos dólares a cada una y les dije que mejor comprasen bicicletas, así hacían ejercicio y no contaminaban; y cada vez que me pedían pasajes aéreos para irse de vacaciones a Cancún, me hacía la loca y fingía que no había recibido sus correos y ni contestaba. Para colmo de males, se han pasado todos estos años furiosas con mi madre Dorita, solo porque ella era leal a mí, su hija, Jimena Barclays Lerner, y no les transfería plata por debajo de la mesa, como las bandidas querían, para comprarse sus camionetas y hacer sus viajes de bacanales, saraos y francachelas. Dorita es un sol y cada vez que sus nietas la llamaban para pedirle una donación, un óbolo, ella les decía que primero tenía que consultarme, antes de lubricarlas con un billete amable.

Pero, mal que mal, les he cumplido a mis hijas: pago sus universidades, que cada una me cuesta cinco mil cocos mensuales, diez mil entre las dos, y encima, para sus viáticos, les bajo, como si no me doliera, otros cinco mil mangos entre las dos. Ellas creen que soy rica, que en radio La Poderosa me pagan una fortuna por el programa que animo todas las mañanas de seis a once, pero no es el caso y me da vergüenza decirles la verdad: que en La Poderosa me han

recortado el sueldo a la mitad, y ahora gano diez mil mensuales, y como ellas, sumadas, cuestan quince mil al mes, y Sandro no aporta ni una botella de pisco, tengo que endeudarme con el tío Waldo a cuenta de mi futura herencia, qué más me queda, y con Dorita, que nunca me niega un estipendio, una contribución, porque sabe que estoy desbordada de gastos y a punto de declararme en bancarrota, para que no me quiten las tarjetas de crédito, que son mi perdición.

Camelia y Paulina me escribieron un buen día, no sé por qué, tal vez porque estaban aburridas, y me dijeron que estaban dispuestas a venir a Miami a conocer a su hermana Zoe y a mi marido Silvio. Me puse eufórica, se lo conté a Silvio, no lo podíamos creer, Zoe estaba muy ilusionada por conocer a sus hermanas. Después me bajó el júbilo porque comprendí que vendrían en clase ejecutiva y no se quedarían en mi casa, sino en el hotel Ritz de la isla, que no es precisamente barato, lo que me obligó a pedirle a Dorita un préstamo blando, un salvataje financiero, que me fue concedido con una sola condición: que llevase a mis hijas y a mi marido a misa el domingo. Desde luego me comprometí con ella a cumplir su petición, aunque, llegado el domingo, me olvidé por completo de ir a misa y tuve que mentirle y decirle que habíamos rezado piadosamente, en familia, y hasta nos habíamos confesado.

No tengo quejas: Camelia y Paulina se portaron divinamente, como dos mujeres muy bien educadas. Le trajeron un osito de peluche a Zoe, una botella de champán a Silvio (es la fama que él tiene) y una camiseta XXXL a mí. Yo sé que soy tetona y estoy mórbidamente obesa, pero cuando me la probé parecía que me había metido en la carpa de un circo, me sentí humillada, bastaba con una XL, no tenían que traerme un polo para hipopótamo. Todo salió bien, mejor de lo que esperaba: Zoe estuvo fantástica, Silvio muy en su sitio, yo emocionada, moqueando, secándome las lágrimas, al borde de un síncope, sin poder creer que, por fin, mis tres hijas estaban conmigo, su madre que las adora. Para calmar los nervios, tomé demasiado champán y estuve un poco achispada, errática, babosa, pero tanta felicidad me sobrepasaba y tenía que navegarla con alcohol.

Solo hubo tres momentos levemente contrariados, a saber: cuando les dije que vinieran a darse un chapuzón en la piscina y ellas me dijeron que preferían bañarse en la piscina del hotel, pues Silvio no les daba confianza («no queremos que nos mire el pote», me dijo Camelia); cuando me pidieron que las llevara a la tienda Apple y eligieron las nuevas MacBooks y al pagar me rechazaron la tarjeta de crédito y Silvio tuvo que pagar con su tarjeta (y yo le dije «que Dios te pague, Silvio, y si no te paga Él, pídele a Dorita»); y cuando Silvio nos tomó fotos a todas, el día que se iban a Nueva York, por fin la familia reunida y contenta, y al día siguiente les pregunté a Camelia y Paulina si podía subir las fotos a mi página de Facebook, que tiene mil seguidores, y me dijeron que no me autorizaban a hacerlas públicas, pues había sido un momento «muy emocional, muy personal» y, si yo las colgaba, ellas sentirían violentada su privacidad.

¿Por qué no puedo subir las fotos, hijitas, por qué? ¿Les da vergüenza? ¿Solo aceptan a Silvio y a Zoe clandestinamente? ¿No quieren que mi público sepa que nos hemos reconciliado? ¿Por qué suben fotos con Sandro y jamás una conmigo? ¿Tan horrible es mi familia que no quieren asociarse públicamente con ella y se resignan a verla en encuentros furtivos? ¿Es porque estoy gorda, tetona, demacrada, canosa, hecha polvo? ¿Es porque chapurreo un inglés que las abochorna? ¿Preferirían tener una mamá pituca y no esta mamá defectuosa que lastimosamente les ha tocado? ¿No se dan cuenta de que, al prohibirme compartir nuestras fotos con mis mil seguidores, me han hecho sentir una vieja desgraciada, una fracasada? ¿No comprenden que todas

las alegrías que me dieron el fin de semana se fueron al hoyo cuando me prohibieron exhibir las fotos?

Hijas mías tan queridas: he recaído en la marihuana para aliviar el dolor de las fotos prohibidas. La fumo con Silvio y la consumo comiendo tortillas de clara de huevo que frío con el aceite de marihuana que me regala Dorita. Como si fuera poco, todas las mañanas de seis a once me embriago de cerveza haciendo mi programa en La Poderosa. Me duele en el ojo mismo del orto que no quieran salir en fotos conmigo. Dorita me aconseja sabiamente que no las suba, Silvio me pide que no las suba y les respete su voluntad antojadiza, pero yo soy una bala perdida y cualquier día me pongo necia, bruta, guerrillera y subo las fotos, al carajo, y son cinco años más de guerra fría. Pero no todavía: de momento estoy retocándolas con *photoshop* para rebajar el tamaño colosal de mis ubres mamarias y hacerme una banda gástrica cibernética.

Tranquilo, Jimmy, tranquilo

Todo comenzó en el baño de un aeropuerto. En general, no soy partidario de visitar los baños de un aeropuerto. Pero hay momentos en los que es urgente, impostergable, correr al baño más cercano. Es lo que me pasó el otro día. Sentí un cataclismo intestinal y atropellé mis pasos hasta sentarme en el inodoro del baño del aeropuerto. Hice conforme a ley mis deposiciones. Sin entrar en detalles escatológicos, dejé una bomba de neutrones. Cumplida la violenta evacuación intestinal, acerqué mi mano en busca del papel sanitario. No había tal cosa. Miré en los alrededores del retrete y comprobé con pavor que no había nada de papel higiénico. En el basurero habían arrojado papeles arrugados con secreciones innombrables: un mínimo sentido de la dignidad me previno de limpiarme con tales desechos.

Con las posaderas sucias y sin papel a la vista, me dije: si quieres llegar a buen puerto, tienes que ser capaz de salir de esta crisis. Es tu prueba de fuego. No pierdas la calma. Piensa. No entres en pánico. No grites. No llores. Piensa.

Lo único que fui capaz de pensar fue lo siguiente: con suerte, en el inodoro vecino encontraré papel higiénico, solo tengo que esperar a que se desocupe y luego reptar sigilosamente, como un soldado en combate, hasta el rollo de papel ultrasuave.

Mientras esperaba a que el caballero que ocupaba el inodoro adyacente terminase de hacer sus deposiciones conforme a ley, me hice dos preguntas: ¿Quién inventó el papel higiénico? ¿Cómo se limpiaban el trasero los hombres antes de que se inventase dicho papel? También me asaltó la siguiente reflexión: en los siglos pasados en que no se había inventado el papel sanitario y los hombres defecaban y se limpiaban con las hojas de los árboles o con sus recias manos, esos hombres mal limpiados debían de vivir escaldados, y el escozor o las irritaciones provocadas por las escaldaduras debieron de ser el origen de muchas guerras y asesinatos. Un hombre escaldado tiene que ser una criatura peligrosa, a punto de cometer un crimen.

Apenas se desocupó el inodoro vecino, una pestilencia salió de aquel recinto envenenado y me hizo dudar de ser capaz de ocuparlo. Eché una mirada y me cercioré de que no hubiese nadie espionando mis movimientos. Con los pantalones y los calzoncillos caídos, y las posaderas al aire crudo, atravesé gallardamente el corredor de la muerte, de una trinchera a la otra. Apenas entré, trabé la puerta y me indigné al comprobar que el pasajero recién salido no había tenido la cortesía de jalar la cadena. Me ocupé yo mismo de que desapareciera tamaña miasma inhumana. Luego me agaché (ya sé que es peligroso agacharse en un baño público, pero no tenía más remedio) y busqué, debajo de los cobertores metálicos, el papel que aliviaría mi orificio mancillado. Para mi horror, tampoco había papel higiénico en ese retrete y ya no había más inodoros en el baño de

varones.

En una libre adaptación de la canción de Juan Luis Guerra, me dije: Tranquilo, Jimmy, tranquilo. Pasarás el Niágara en bicicleta.

Caminé, si a ese andar oscilante y errático se le puede llamar caminar, hasta el lavatorio y busque papel de manos, ese papel rugoso que, sin embargo, en aquel trance desesperado, habría sido de incalculable valor, pero no era mi día de suerte, o era uno de esos días diseñados para que aprendas algo y no lo olvides más.

Por lo pronto, y sin saber cómo me limpiaría el trasero antes de subir al avión, ya había aprendido una cosa esencial: nunca hagas tus deposiciones conforme a ley, sin antes verificar que dispones de papel sanitario al alcance de tu mano. Dicho de otro modo: primero tocas el papel, luego eyectas la bomba de neutrones. Pero nunca dispares desavisadamente, sin haber sentido en las yemas de tus dedos el confort del papel higiénico.

Dado que no sobraba el tiempo y me sentía humillado con los pantalones abajo y el trasero maculado, y puesto que no era una opción subir de ese modo al avión, no me quedó otra opción (y no era la primera vez que lo hacía, desde luego) que entrar al baño de mujeres. En muchas otras ocasiones, por muy diversas razones, había entrado a los baños de mujeres, a veces solo o con otras mujeres, y siempre me había sentido muy a gusto, y en general guardaba un bonito recuerdo de aquellas incursiones guerrilleras.

Pensé: esto puede terminar mal, o puede terminar muy bien, pero tienes que entrar como una dama y encontrar el maldito papel higiénico y limpiarte el culo antes de que se vaya el avión. Pensé: en ciertas ocasiones, la vida te obliga a comportarte como una perra, y esta parece ser una de ellas.

Nada más entrar al baño de mujeres, bajé la mirada, la clavé en el piso con olor a lejía, evité todo contacto visual y escuché que dos señoras hablaban en español:

—Es Jimmy Barclays, el peruano de la televisión.

—Salió en el periódico que es bisexual.

—Se nota que ya se siente una mujer.

—Déjalo, pobrecito, son las pastillas.

—Está más loca que una cabra.

—Cómo sufrirá su mamá. Cómo sufrirán sus hijas. Pobres criaturitas.

—Voy a escribir una carta al periódico contando que este señor se mete a los baños de mujeres.

—No pierdas tu tiempo. Todo el mundo sabe que es un degenerado.

—Pobre su mamá. Imagínate que un día la señora está en el baño haciendo sus cositas y se encuentra a su hijo. Pobre señora. Cómo sufrirá.

Mientras las mujeres seguían comentando mi decadencia moral y los sufrimientos que imponía a mis familiares, me encerré en uno de los retretes y encontré el rollo de papel higiénico más redondo, blanco, luminoso y espléndido que he visto en mi vida. Nunca un rollo de papel higiénico me pareció una obra de arte como ese que me ocupé de devastar entero. No quedó nada de él. Lo usé todo en limpiar una y otra vez, obsesivamente, las partes maculadas.

Cuando salí del pequeño habitáculo, osé mirar a las señoras de lenguas viperinas y me sentí toda una dama y acallé sus comentarios insidiosos con mi helada mirada.

Esa fue otra de las cosas que aprendí ese día: a veces, un hombre tiene que actuar como una

mujer. A veces, para sobrevivir, un hombre tiene que sentirse una mujer. Porque, cuando me limpié las nalgas, lo hice como una mujer, me sentí una mujer. Y cuando salí del baño, nadie hubiera podido convencerme de que, a pesar de andar vestido como un hombre, yo no era una mujer.

Yo no tengo la culpa de ser tan *sexy*

La revista Ideal de Hialeah me ha nombrado una de las veinticinco mujeres más *sexys* de Miami. No me sorprende. Desde niña he sabido que soy *sexy*. Yo no tengo la culpa de ser tan *sexy*. Es una cosa que me nace, que está en mis genes. La pena es que aparezco en el puesto veinticuatro de la lista. Lo he sentido como un golpe bajo. Debería estar entre las primeras.

Cuando las jóvenes estudiantes de periodismo me preguntan cómo he logrado ser tan *sexy*, cómo irrado un poderío erótico que subyuga por igual a hombres y mujeres de todas las edades, cómo mi magnetismo no ha declinado con los años, les digo humildemente la verdad: una nace *sexy*, esto no se aprende en la universidad, ni modelando, ni en el gimnasio, ser *sexy* es una cosa que está escrita en tu destino, y la tienes o no la tienes, y si la tienes, más vale que la uses juiciosamente, porque mucha gente se enamorará de ti, y debes ser sensible con ella para no humillarla. Yo no tengo la culpa de que tanta gente viva enamorada de mí, yo no hago nada para propiciar ese encantamiento, ese embrujo, es solo una consecuencia natural de que tengo toda la onda, y soy tan chula, y sin darme cuenta despido una energía erótica tan poderosa, que hasta los ancianos invidentes se enamoran de mí, hasta los hombres homosexuales quisieran echarse una canita al aire conmigo, hasta los obispos y arzobispos se relamen pensando en mí. Pues siento en el alma decirles a los que viven embelesados por mí que no podré cumplirles a todos, pero si entran a mis páginas en las redes sociales encontrarán fotos mías con bien poca ropa, exhibiendo mi desusada belleza, de manera que puedan tocarse pensando en mí: no se repriman, tóquense, sóbense, fantaseen conmigo, yo sé que serán felices, por mi parte encantada de acompañarlos en sus delirios eróticos.

A veces pienso qué triste sería el mundo si no existiéramos mujeres tan *sexys* como yo. Me temo que mucha gente fea y solitaria se mataría, sin más. Es una gran responsabilidad ser una hembra tan *sexy*. Es un mandato. Tienes que entenderlo como una forma de servicio público, una contribución a mejorar la especie. Y debes comprender que una mina *sexy* será siempre más poderosa que un presidente de la república. Los presidentes, quién se toca pensando en ellos, quién, ni siquiera sus esposas. Y cuando terminan, son expresidentes, una cosa inútil, pesada, que mucha gente quisiera meter en un calabozo. En cambio, yo, que soy *sexy* desde muy chica, no seré nunca una ex mujer *sexy*, cuando eres *sexy* lo eres de por vida y mueres así, sabiendo que fuiste una rareza estadística, un triunfo genético, una orquídea en un plato de frijoles. Y es así: cuando veo a otras mujeres tan sosas, tan desangeladas, tan carentes de todo atractivo, me dan lástima, me digo esta es un frijol, una lenteja, un garbanzo, son apenas granos, cereales, y creo que han nacido así, tan feas sin remedio, para que las mujeres condenadamente *sexys* como yo brillemos y, por

comparación, seamos faros preclaros que les iluminen sus pobres vidas grises.

No es fácil ser una mujer tan *sexy*, claro que no. A veces me gustaría ser una más del montón, una doña nadie, salir a la calle sin que me miren, sin que me deseen tan impudicamente, sin que se queden salivando sus ganas de tocarme siquiera un poquito. Cuando eres tan *sexy* debes estar siempre al servicio de tu legión de adoradores, y nunca negarte a una foto, un besito al paso, un piropeo, y sonreír liviana y despreocupadamente, y caminar con gracia como si tuvieras una moneda entre las nalgas, y disimular si tienes hambre o sueño o frío, y parecer siempre risueña, cómoda en tu piel, embriagada de ser tú misma, tan contenta de conocerte que las personas que van tocándote a tu paso se queden pensando, abatidas: qué pena que no soy ella, cuánto más feliz sería en sus zapatos, qué suerte tiene de ser tan supremamente atractiva. Y sí, es una suerte ser yo misma, es verdad. Pero no se crea que es fácil: a ratos me deprimó pensando que moriré, y no me parece justo, alguien como yo debería ser inmortal, que se mueran las feas, las brutas, las cochinas, alguien tan linda debería ser eterna, me parece. Porque hay gente que me ha dicho: Al verte, he comprendido que Dios existe y tú eres su hija única. O me han dicho: Al tocarte, he sentido que ya puedo morir en paz. O me han dicho: Con solo ver tus fotos en bikini, me he corrido enseguida, sin siquiera tocarme, como un derrame volcánico. O incluso me han dicho: Me gustaría ser tus tetitas, o tu ombligo, o tu lengua, para vivir cerca de ti. Y a toda esa gente yo siempre le digo lo mismo: No te mires en el espejo, te vas a deprimir, mejor sígueme en las redes sociales, y cuando sientas que tu vida es un asco, hazte una paja pensando en mí.

Yo sé que soy tan *sexy*, para qué lo voy a negar. Cuando salgo de la ducha y me miro en el espejo, me hago fotos porque me veo tan regia, tan primorosa, que necesito registrarlo, documentarlo. Cuando hablo en televisión y me miro en el monitor, me mojo un poquito allí abajo de ver lo *sexy* que soy, lo hermosa que resulta esa mezcla hipnótica de inteligencia, elocuencia y belleza sin esfuerzo. Cuando me voy a dormir, me miro en el espejo del techo y tanta belleza me embriaga. Incluso cuando estoy manejando, tengo que encender las luces interiores del auto y mirarme en el espejo para recordar que es un milagro que la gente no se desmaye al verme. Por eso me hace gracia cuando me preguntan en qué trabajo, cuánta plata tengo, por qué soy tan exitosa. Yo no trabajo: soy *sexy*. No sé cuánta plata tengo: soy *sexy*. No soy exitosa: soy *sexy*. Todo lo espléndido que hay en mi vida es una consecuencia de lo hipnótica, hechicera, irresistible que es mi belleza. Es decir: mis libros se venden por mi foto, ya después no los leen; mis programas de televisión mucha gente los ve con el volumen mudo, solo para mirarme; la plata llega sola y no sé cuánta tengo en el banco porque mi sonrisa, que es eterna, vale un millón de dólares; mis miles de novios y novias asisten a mis charlas, conferencias y monólogos de humor, sin importarles lo que yo diga, solo para estar cerca de mí y sentir cómo mi inhumana perfección los hace levitar, elevarse sobre su chatura; y si no soy presidenta de mi país, es porque siendo tan *sexy* me debo a la humanidad, o a los cuatrocientos millones que hablamos el español, no tan solo a mi país de origen, donde la gente me ha adorado desde que era muy jovencita y empecé a salir en televisión y demostré que sí, una peruana podía ser más bella que una argentina, y que sí, una peruana podía parecer perfecta, y en efecto serlo, y por eso mismo verse en la obligación de irse al primer mundo.

Me da risa cuando me preguntan en qué momento me di cuenta de que soy *sexy*. ¡Pues desde que nací! Dice mi madre que no lloré, que nací sonriendo, guiñando el ojo, con los pezones bien duros, segura de que los doctores estaban derritiéndose al verme. Y es que yo no lloro nunca, por

qué habría de llorar si con una sonrisa y una palabra azucarada consigo lo que quiero: las envidiosas dirán que exagero, pero desde muy chica me han pasado las cosas más insólitas por ser tan maja, tan chula, tan bonitilla: por ejemplo, me acosté con todos mis primos y mis tíos; los modelos más lindos de la televisión me pagaban por mirar mi cosita; el papa me deslizó la mano durante una entrevista y me miró con una lujuria atea, animal; todos los contratos millonarios que he conseguido en la televisión me los firmaron apenas me dejé caer los pantalones y exhibí mis glorias; y no sigo porque mi madre Dorita, que me hizo tan *sexy*, puede estar leyendo esta confesión.

Seis viejitos gobiernan el mundo

Tengo una curiosa debilidad por los viejitos, la gente mayor. Parece ser que algunos viejitos también tienen una cierta simpatía por mí, o por mi programa de televisión.

Es frecuente que una mujer joven me diga: Mi mamá no se pierde tu programa, o mi abuelita no se pierde tu programa. No recuerdo a una señora mayor diciéndome: Mi nieta no se pierde tu programa.

La gente que viene al estudio cada noche a ver mi programa en vivo, a retratarse conmigo, a darme bendiciones y expresarme gratitudes, es, en promedio, más bien mayor. También vienen algunos jóvenes, pero los viejitos son franca mayoría. Debería escribir: somos mayoría, porque ya me siento un veterano.

Por lo demás, tal como ha cambiado el mundo, esto de ver televisión abierta, a tal hora, en tal canal, viene siendo ya un asunto de viejitos renuentes a la tecnología, pues los jóvenes a menudo pasan por completo de la televisión abierta y sus canales clásicos.

Cada noche vienen al estudio unas cuarenta o cincuenta personas. Hay noches lánguidas, despobladas, en que a duras penas vienen veinte, y noches volcánicas en que se agolpan ochenta almas y el estudio se desborda de entusiasmo. Depende de cuán mal le vaya al mundo: si le va fatal, se presenta más gente; si no hay grandes desgracias, acude menos gente.

Hay un puñado de espectadores que, llueva o truene, asisten cada noche, sin falta. Son todos viejitos, encantadores, entrañables. Yo los llamo, en tono jocoso, los accionistas del canal, los miembros del directorio, y ellos me celebran la broma, se sienten halagados. Viene una pareja de cubanos risueños e ilustrados, que con frecuencia me regalan libros y películas. Viene una pareja de viejitos muy fogosos para hablar de política, él fue preso político. Vienen dos señoras amorosas, que traen regalos para Zoe, mi hija menor. Viene un viejito algo subido de peso, tierno, bonachón, que solo ve con un ojo y vive con su mamá, casi centenaria. Viene otro viejito que se casó cinco veces, fue rico, pero quedó arruinado después de tantos divorcios.

La semana pasada, uno de esos viejitos, el donjuán, cumplió años, noventa y dos años, nada menos. Le pregunté qué haría por su cumpleaños, cómo festejaría semejante hito. Me dijo con gesto melancólico que no tenía planes. Lo invité a mi casa. Se sorprendió, me agradeció, se ilusionó. De paso, invité a mi casa a todos los demás viejitos infaltables en el estudio. Aquella noche, en la cama, se lo conté a Silvia, mi mujer. Vienen todos los viejitos el sábado por la tarde, le dije. Ella se enojó conmigo. Debiste consultarme, me dijo. No es plan para mí, añadió. Te entiendo, le dije. Pero no tienes que estar con nosotros, añadí. Te vas a la playa y me dejas solo con los viejitos, sugerí. Cuántos viejitos van a venir, me preguntó. No lo sé, respondí. Calculo que

entre seis y ocho, dije, pero el cumpleaños y su novia vendrán seguro, él cumple noventa y dos años. Luego pregunté: ¿Tendremos una vela con el número nueve y otra con el número dos? Mi mujer me miró con estupor y respondió: Tenemos un cinco y un cuatro, las que pusimos en tu último cumpleaños. Les diré que hay que sumarlas, dije, solo nos falta el dos.

Al final, vinieron seis viejitos bien acicalados y emperifollados, oliendo a perfumes nobles, el sábado por la tarde. Llegaron sin sobresaltos, por suerte no se perdieron, era la primera vez que venían a mi casa. Mi mujer se puso una minifalda muy *sexy*. Los vas a matar de un infarto, le dije. Yo había comprado tostados de miga, *croissants* de jamón y queso, y lasaña de carne en una tiendita de la isla.

Los viejitos llegaron todos a la vez, en tres autos algo vetustos. Vinieron en caravana para no extraviarse. El cumpleaños senil, que se casó y divorció cinco veces, y alguna vez fue rico, me presentó a su novia veinte años menor, en sus setentas, muy distinguida, con sombrero de ala ancha. Les ofrecimos vino, champán o agua mineral. El rey de la fiesta pidió vodka para irrigar bien sus noventa y dos recién cumplidos. No tenemos vodka, le dijo Silvia. Entonces sírveme un *whisky*, pidió él. Nunca se habían pronunciado esas palabras en nuestra casa: Entonces sírveme un *whisky*. Mi esposa fue a servirle el *whisky*, al tiempo que se acomodaban los viejitos ilustrados, risueños, siempre sonrientes, de buen humor, y la pareja de veteranos fogosos para hablar de política. Antes de que todos ellos llegasen, Silvia me había advertido que no se sentaría a la mesa con nosotros. Iba y venía con los tragos y la comida. Todos los viejitos la mirábamos, embelesados. En medio de tantos veteranos ajados, su insolente belleza resplandecía.

Quien tomó la palabra y pugnó por no compartirla fue el cumpleaños matusalén. Era su día, se sentía importante, festejado, y tenía mucho de qué hablar. Habló, por supuesto, de política. Hablamos de política con una pasión insana, no se habló de otra cosa que no fueran la política y sus ramificaciones policiales. Silvia venía, servía más vino, más champán, dejaba tostados crocantes, *croissants* espléndidos y desaparecía, espantada, como huyendo de un naufragio. El perrito Leo comía todo lo que caía a sus pies, y yo me ocupaba de que le llovieran las cosas más ricas. Entretanto, el cumpleaños provento no parecía dispuesto a compartir el uso de la palabra y gobernaba el mundo con mano férrea: invadía Cuba, invadía Venezuela, invadía Nicaragua, envenenaba dictadores, ajusticiaba tiranos, ahorcaba sátrapas, regresaba a la isla de la que escapó hace décadas, para no más volver. Y todos en la mesa, ya levemente alicorados, chispeantes, lo acompañábamos en sus invasiones militares, nos descolgábamos en paracaídas con él, vertíamos sigilosamente gotas de plutonio en el café del dictador. Fueron cuatro horas gloriosas, memorables, en las que un puñado de viejitos sin patria ni futuro, no muy lejos del fin, derrotamos a todos nuestros enemigos políticos y regresamos a nuestros países a tomar el poder, aclamados por las multitudes.

Hasta que empezó a llover torrencialmente, de súbito, sin previo aviso, y fue el fin del mundo, o casi.

Porque la precipitación fue tan violenta y copiosa que no nos dio tiempo de guarecernos y nos bañó por completo. Mientras nos poníamos de pie con decrepita lentitud, y los más añosos buscaban sus bastones, y las señoras veían con estupor cómo el chubasco les despintaba el pelo y les corría el maquillaje, ese chaparrón virulento e inopinado vino a recordarnos que tal vez debíamos estar todos en un asilo geriátrico, comiendo papilla, y no conspirando de forma vocinglera. De pronto, nuestro heroísmo cívico y fuego libertario se vieron bastante

menoscabados por aquella lluvia impertinente que nos dejó a todos como gallos mojados y gallinas empapadas.

Mojados hasta los huesos, diezmados por el diluvio, aguadas la tinta del cabello y la base del maquillaje, con aspecto de náufragos o fantasmas, los viejitos pasamos a la casa, nos protegimos del aguacero y nos sentamos en la sala.

Entonces comenzó el festival de toses. Todo el mundo tosía, mientras el cumpleaños nonagenario gritaba cosas políticas inflamadas y proponía hacer una colecta allí mismo para comprar drones y matar por fin al dictador. Entre toses, carrasperas, achaques, convulsiones y estornudos, la tertulia prosiguió, aunque ya Silvia no aparecía, y nuestra hija Zoe tampoco, y la empleada Tamarinda, menos que menos, pues todas ellas se refugiaron en el segundo piso, tan pronto como los viejitos momios invadimos el primero.

En algún momento, alguien me preguntó cuál era la situación política en mi país de origen, y entonces empecé a hablar caudalosa y apasionadamente: por fin era mi momento para hablar, contarles que yo pude ser presidente, impresionarlos con mis ideas libertarias, pero, hablando todo fogoso, tal vez azuzado por las bebidas espirituosas, noté que un viejito se había quedado dormido, otro miraba su celular y una viejita leía una hoja parroquial. Le pregunté a la viejita si era religiosa. Me dijo que sí, de misa diaria. Su esposo, todavía húmedo por la lluvia, me dijo que ellos rezaban todos los días por mí. Me conmovieron. El viejito que dormía a pierna suelta empezó a roncar. Nadie quiso despertarlo.

Más tarde, ya de noche, decidimos levantar el campamento. Le había prometido a Silvia que iríamos al cine, pero ya era muy tarde, la función había comenzado. Al salir, mi esposa bajó y se despidió amorosamente de todos. Yo llevé a las señoras del brazo, no fuesen a resbalarse. Al darnos un abrazo, le pregunté al cumpleaños, noventa y dos años bien llevados, qué planes tenía para seguir disfrutando de la vida. Voy a sacarle plata a la compañía de seguros, me dijo. No le entendí.

Pero, al salir manejando, retrocedió su auto de un modo imprudente y lo estrelló contra un árbol. Me acerqué, preocupado. Le pregunté si estaba bien. Perfecto, me dijo, mejor que nunca. Diré que me chocaron por atrás y se fugaron, añadió. Tengo el cuello muy adolorido, el seguro me tendrá que pagar treinta mil dólares, dijo, risueño, y soltó una carcajada.



JAIME BAYLY: Nació en Lima en 1965. Después de ejercer el periodismo varios años, inició su carrera de escritor en 1994 con *No se lo digas a nadie*. Pronto se convirtió en una de las voces más originales y exitosas de la nueva literatura hispanoamericana. Ganó el premio Herralde en 1997 con *La noche es virgen* y fue finalista del premio Planeta en 2005 con *Y de repente, un ángel*. Ha dirigido sus propios programas de televisión en Perú, Estados Unidos, Argentina, Colombia y República Dominicana. En tres ocasiones fue condecorado con un premio Emmy regional. Sus libros han sido traducidos a trece idiomas, incluyendo el francés, italiano, alemán, griego y portugués.